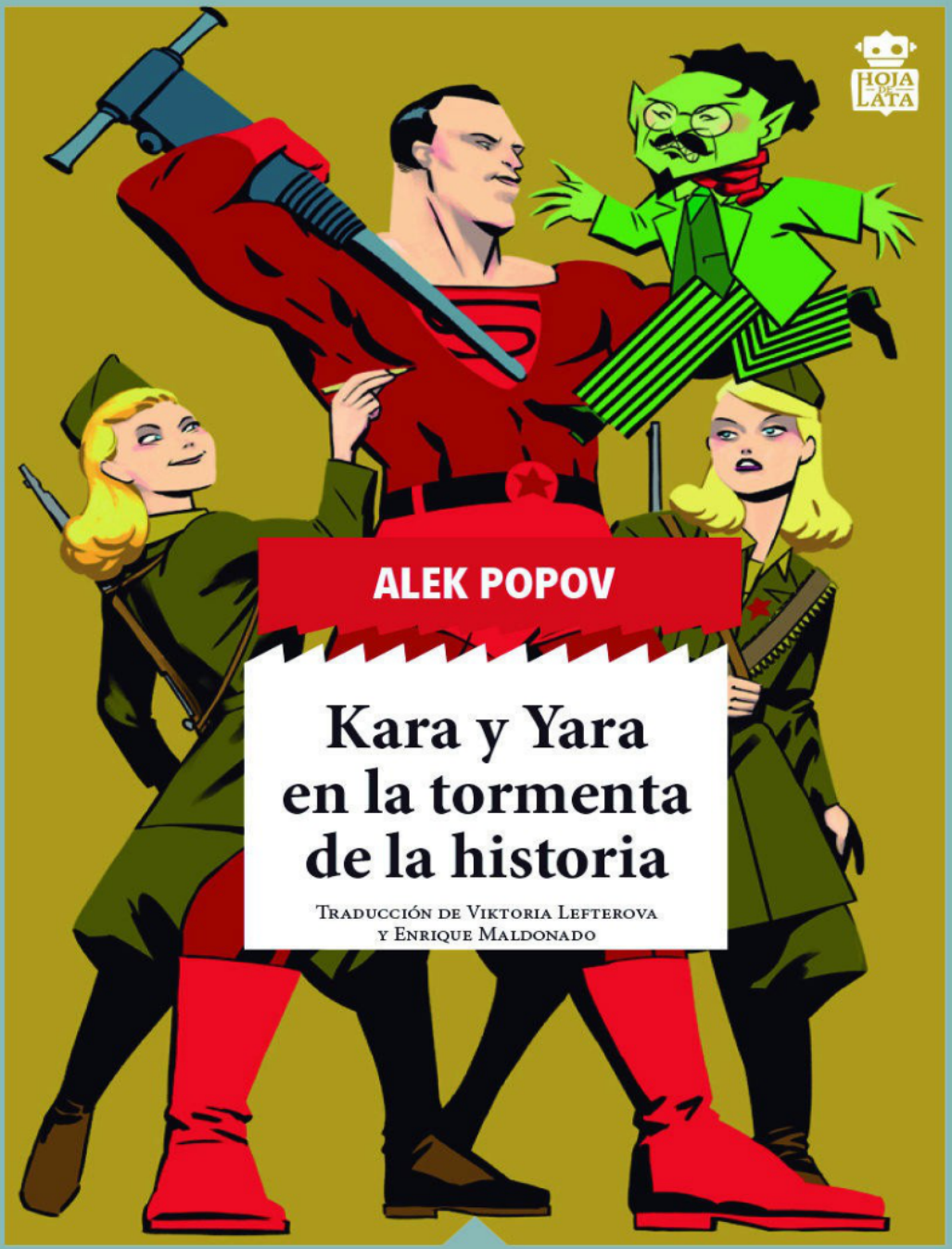

ALEK POPOV

Kara y Yara en la tormenta de la historia

Traducción de Viktoria Lefterova y Enrique Maldonado

KARA Y YARA EN LA TORMENTA DE LA HISTORIA

ALEK POPOV

SENSIBLES A LAS LETRAS

ALEK POPOV

KARA Y YARA

EN LA TORMENTA DE LA HISTORIA

TRADUCCIÓN DE VIKTORIA LEFTEROVA
Y ENRIQUE MALDONADO

HOJA DE LATA

SENSIBLES A LAS LETRAS, 63

Título original: *Палавееви в бурята на историята*
© 2019 Alexander Popov
Authorized translation from the Bulgarian
Spanish edition published by arrangement with Eulama Lit.Ag.
© de la traducción: Viktoria Lefterova y Enrique Maldonado, 2020
© de la imagen de la portada: Javier Rodríguez, 2020
© de la presente edición: Hoja de Lata Editorial S. L., 2020

Hoja de Lata Editorial S. L.
Avda. Galicia, 21, 4.º E, 33212 Xixón, Asturies [España]
info@hojadelata.net / www.hojadelata.net

Edición: Hoja de Lata Editorial S. L.
Diseño de la colección: Trabayadores culturales Glayíu
Corrección: Olaya González Dopazo

ISBN: 978-84-16537-92-1
Producción del ePub: booqlab

This book has been translated with the support of the National Book Centre, part of the National Palace of Culture - Congress Centre Sofia.

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Esta historia es ficción literaria y su fin no es dar una imagen objetiva de la época. Los acontecimientos descritos no pretenden tener precisión documental y el parecido con personas reales es completamente accidental. Los nombres de parajes y localidades han sido elegidos al azar o han sido inventados por el autor y como tales pertenecen al territorio de su imaginación.

Alek POPOV

1. LA CALLE

En el viejo barrio de Sofía en otros tiempos conocido como Kónyovitsa, y como Zona B-18 en los años del socialismo desarrollado, hay una callejuela diminuta cuya salida bloquean las casetas del mercado cooperativo. Con el trascurso de los años, esta parte de la ciudad, que antiguamente se consideraba alejada, poco a poco fue engullida por el mar de bloques de apartamentos y ya está más cerca del centro que de la periferia. No muy lejos pasa un canal que a veces aflora a la superficie y a veces desaparece, para terminar desembocando en el sucio regato marrón que divide el tráfico en la avenida de Slívnitsa. En general es un paisaje mustio del que brotan nuevos y coquetos edificios de viviendas de vibrantes colores rosas, amarillos y verdes como flores artificiales.

Calle de YARA PALAVÉEVA

La placa sobre la fachada desconchada de la casa que ocupa la esquina es la única señal que indica el nombre de la calle. Este no figura ni siquiera en los mapas más detallados de Sofía, tal vez porque el tramo es tan corto que el nombre no cabe. Hay tan solo siete números. La casa de la esquina es la más prestante, aunque de dimensiones modestas, con sus frontones y cornisas de principios del siglo XX. A continuación hay tres o cuatro edificios larguiruchos y feos, erigidos a toda prisa por los desplazados después de las guerras, con las vallas desvencijadas y endebles construcciones anejas. Los sigue uno de los ya mencionados nuevos bloques de viviendas con ventanas de PVC y un aislamiento verdoso que reviste el muro medianero.

Lo que tienen en común los habitantes de este conjunto de casas tan heterogéneo es que nadie sabe nada de la ilustre persona que da nombre a la calle. Tampoco el enjuto caballero mayor de inclinaciones artísticas que vive en la casa cuya pared luce la placa y que tiene por costumbre recibir a sus visitas apuntándoles con una pistola. En realidad la pistola es un juguete, pero en eso se repara más tarde. El caballero lleva viviendo aquí al menos medio siglo, pero no recuerda

el antiguo nombre de la calle ni si alguna vez lo han cambiado. Únicamente la anciana del número 6 guarda un recuerdo vago de aquel día del año 1952, cuando, a la vuelta del colegio, se encontró con un grupo de hombres con gorras apiñados en la esquina. Entre ellos había una mujer que llevaba un austero traje marrón. La placa estaba recién puesta. La mujer pronunció un discurso breve, los hombres se quitaron las gorras, estuvieron un rato en silencio y subieron a los dos coches oficiales que esperaban cerca. La mujer habló en voz muy baja. Lo único que la anciana recordaba de aquellas palabras era que Yara Palavéeva era una partisana que había fallecido heroicamente en la lucha contra el fascismo y el capitalismo. ¿Cabía esperar otra cosa?

Hoy, casi veinte años después de la así llamada Transición, que barrió los símbolos del antiguo régimen y borró montones de nombres extraños y desconocidos de los mapas de las ciudades búlgaras para sustituirlos por otros —no menos ajenos y fortuitos—, parece un auténtico milagro que esta callejuela haya conseguido resguardarse del huracán que cambió todos los nombres. Bien es cierto que bautizar semejante apéndice, minúsculo y feo, con el nombre de un personaje público importante, una fecha histórica o un símbolo internacional sería un despropósito. Probablemente por esta razón ningún comité, ninguna institución ni partido —y los partidos, como es sabido, son insaciables— ha mostrado nunca interés alguno en los siete números de la calle de Yara Palavéeva. De modo que la callejuela sigue llevando su antiguo nombre partisano hasta hoy, a pesar de las vicisitudes de los tiempos y de las modas políticas.

Pero ¿cómo se ha llegado a esta situación? ¿De dónde surgió la iniciativa de bautizar este rincón insignificante de la capital con el nombre del personaje en cuestión? ¿A qué se debía este ambiguo honor? Una carpeta polvorienta, abandonada en el archivo del Ayuntamiento de Sofía, responde parcialmente a algunas de las preguntas, aunque no a las más importantes. Entre sus ajadas cubiertas se conserva la documentación que acompañó a esta decisión histórica. De allí se desprende que el 11 de febrero de 1951 un grupo de los así llamados combatientes activos contra el fascismo y el capitalismo propuso cambiar el nombre de la calle Gladstone por el de Yara Palavéeva, en memoria a su compañera de lucha. El motivo era el inminente aniversario de la heroica muerte de Palavéeva, así como el hecho de que había nacido y crecido precisamente en aquella calle. En la lista de firmantes está también el nombre de Kara Palavéeva (Grebenárova de casada), hermana de la heroína. Obviamente, hablamos de la general Kara Grebenárova, veterana funcionaria de la Seguridad del Estado. Su nombre aparece periódicamente en los medios de comunicación, asociado a los escándalos que rodean a los

servicios secretos del antiguo régimen. Poco antes de que la jubilaran, desaparecieron del archivo de la Seguridad del Estado más de 140 000 expedientes. En 1992 la general Grebenárova desapareció de la vida pública.

En la carpeta se conserva la respuesta de un tal Danaílov, secretario de la comisión encargada de los nombres (¡sí, existió tal comisión!). Este informa al Comité de Iniciativas, encabezado por Kara Grebenárova, que por aquel entonces todavía tenía el rango de comandante, que el consejo de la capital valora altamente la hazaña de Yara Palavéeva, pero no le es posible satisfacer su petición porque ya se ha decidido bautizar la calle con el nombre de otro ilustre representante del movimiento revolucionario. Por cierto, según los testimonios históricos, la calle llegó a cambiar de nombre, aunque dicho representante falleció un año más tarde. A continuación se presenta una nueva propuesta para bautizar con el nombre de Yara Palavéeva otra calle del centro, que es rechazada por motivos similares. Durante un tiempo las partes se pasan la pelota. La comisión demuestra un ingenio envidiable a la hora de inventar motivos para desestimar las propuestas. La razón tal vez reside en las luchas intestinas dentro del Partido, tal y como sugiere el informe que aduce el origen burgués de las dos hermanas, integrado en el expediente. Sin embargo, los compañeros de lucha de Palavéeva, encabezados por su hermana, están decididos a salirse con la suya.

La cuestión se resuelve en el otoño de 1952. En su reunión ordinaria, la comisión inesperadamente decide que el nombre de la hermana sea adjudicado a «la perpendicular de la calle Dúnavska Zora que desemboca en el mercado de Dimítar Néstorov». Esta redacción hace pensar que hasta aquel momento el tramo en cuestión ni siquiera tenía nombre. Probablemente se encontraba en proceso de regulación o en otro procedimiento administrativo. Con este pérfido acto las autoridades, en la práctica, se lavan las manos. A los compañeros de Palavéeva se les presenta el hecho consumado. Se ha rendido tributo a la hazaña de la partisana, aunque de forma sigilosa, sin provocar innecesariamente curiosidad y revuelo entre los medios de comunicación. La carpeta queda enterrada en los archivos. En más de cincuenta años nadie se acordará de ella. Quizá por eso ha logrado sobrevivir…

2. LA LLAMADA DEL CUCO

Llevaban más de dos horas caminando en silencio, sin detenerse. Solo el cabrerillo, que andaba deprisa por delante, se daba la vuelta de vez en cuando para comprobar que no se quedaban atrás. Estaba acostumbrado a llevar al monte a toda clase de personas, pero ninguna era como esas dos chicas. Desde que percibió su aroma, se dio cuenta de que eran muy especiales y no terminaba de comprender qué hacían allí. Su ropa, sus manos, sus caras, incluso sus voces, por lo que había podido oír, no tenían nada que ver con la única realidad, cruda y frugal, que conocía. Habían venido con el estudiante al que debía llevar hasta los partisanos. Se habían presentado ya equipadas: con sus mochilas, sus bombachos, sus cazadoras y unos botines de suelas muy gruesas como jamás había visto. «¡Menudas son estas!», pensó el cabrerillo.

—Las envía la comandancia de la zona —le aseguró el estudiante.

Pero el cabrerillo seguía desconfiando… El estudiante también le resultaba extraño. Era alto, con pequeñas gafas, gorra y se envolvía en un abrigo de ciudad ceñido con un cinturón. Llevaba unas botas blandas que probablemente estropearían las primeras nieves. De su hombro colgaba una bolsa de lona, artesanal, no muy llena. Lozán, así se había presentado el gafotas, empezó a flaquear desde el principio. Comenzó a respirar trabajosamente y de forma entrecortada, se tropezaba con los baches y se tambaleaba. Pero por amor propio y terquedad no permitía que los demás se parasen por su culpa. En cambio, aquellas chicas de ciudad, que tenían pinta de que iban a desistir en la primera cuesta, subían con agilidad sin jadear siquiera. El único cambio fue que el aire del monte les sonrojó la cara, lo que las hacía aún más guapas.

Quién sabe por qué, el cabrerillo se enfadó y se puso a andar todavía más deprisa. Los resoplidos a su espalda aumentaron. Algunos terrones se precipitaron al desfiladero. Él sonrió con malicia enseñando sus dientes podridos. Una de ellas le tiró con fuerza de la manga. No podría decir cuál de las dos. Se parecían, debían de ser gemelas.

—¡No tan deprisa! —dijo la chica.

Al llegar a un pocillo, escondido entre las raíces de tres hayas que entretejían sus troncos, el cabrerillo se detuvo, aguzó el oído e imitó la llamada del cuco cinco veces seguidas. No hubo respuesta. Lozán se dejó caer pesadamente en la hierba. Una de las chicas destapó su cantimplora y le dio de beber. El cabrerillo volvió a llamar, esta vez siete veces y media. Aguzó el oído: nada. En la lejanía se oían los picotazos de un pájaro carpintero.

El cabrerillo siguió llamando insistentemente hasta que algo voló silbando en el aire. El cabrerillo gimió como un gatito al que han pisado y se apretó el hombro. Dos hombres, visiblemente airados, salieron de los arbustos y se abalanzaron sobre el grupo.

—¡Oye, Raycho —empezó a gritar uno de ellos, que llevaba una carabina recortada al hombro—, ni siquiera eres capaz de recordar una contraseña! ¿Cuántas veces dijimos que tenías que llamar?

—Pues… no sé —tartamudeó el cabrerillo frotándose donde le había dado la piedra.

—¡Nueve! —El hombre levantó los dedos de las dos manos y dobló uno.

—¡Pues yo llamé nueve!

—¡Nueve! ¡Y una leche! ¡Cinco! Quince… Diez… ¡Nos has vuelto locos!

—Depende de cómo lo cuentes —intervino una clara voz femenina —. *Cu* o *cu-cu*. En principio el cuco hace «cu-cu». Por eso se llama *cuco* y no *cu*.

—¿Y tú quién eres? —dijo el hombre bajando instintivamente su carabina.

—Tío Vanyo —respondió incorporándose Lozán—, vienen conmigo.

El otro partisano se echó a reír. Llevaba una cazadora de guardabosques y de su cintura colgaba una Parabellum de cañón corto. Tenía una cara ancha y plana con barba rubia.

El hombre de la carabina se lanzó hacia el estudiante, lo abrazó y dijo en voz baja:

—Ahora me llamo Lenin.

Era el mayor de los dos y por lo visto estaba al mando. Lozán empezó a contarle algo sobre la Unión de las Juventudes Obreras[1] de Yuchbunar,[2] pero el otro lo interrumpió con un indeterminado «luego, luego» y lanzó una mirada a las gemelas.

—¿Y estas quiénes son?

—Las camaradas Gabriela y Mónica, del grupo de sabotaje del Primer Instituto Femenino.

—¿Por qué las has traído?

—Ha habido un problema en la escuela. Ante la posibilidad de que

las descubran, se ha tomado la decisión de que pasen a la clandestinidad.

—¿Quién lo ha decidido? —preguntó con aspereza Lenin—. ¿El Comité Central? ¿La comandancia? ¿Tu abuela?

—Puees… —respondió el joven bajando la vista—. Esto…, por cuestiones de conveniencia…

—¡Queremos ser partisanas! —exclamaron a la vez las chicas.

—Ya, ¿y qué más? —Lenin se quitó la gorra y empezó a rascarse la cabeza, que era completamente calva como la del propio Lenin—. ¡Es imposible! ¿Os creéis que esto es un juego de niños?

Se dirigió al cabrerillo:

—¡Llévatelas de vuelta!

—¡No vamos a ninguna parte! —respondieron, tozudas, las chicas.

Sus ojos grisáceos brillaban desafiantes y Lenin se dio cuenta de que no le sería fácil convencerlas. También intervino Lozán:

—Tío Vanyo…

—¡¡Lenin!!

—Camarada Lenin —empezó el chico con una solemnidad inesperada—. Las camaradas corren peligro de muerte. Los fascistas les pisan los talones. Les he prometido ayudarlas. Si no las admites, yo también me vuelvo con ellas y que sea lo que Dios quiera.

—Estas dos bocachas le han sorbido los sesos —dijo el otro silbando entre dientes.

—Oye, Enterrador, ¡no llames así a las camaradas! —lo reprendió Lenin—. Ya te amonestaron una vez ante el destacamento. ¡Si te lo oigo decir otra vez, informaré a Medved!

Al mencionar este nombre se produjo una pausa significativa. Las chicas intercambiaron miradas y sonrieron.

—Es como hablamos en Pernik,[3] ¿qué pasa?… —refunfuñó el hombre conocido como el Enterrador.

Por supuesto, era su nombre de guerra, en realidad solo una parte de él. Pero nadie tenía tiempo de llamarlo Enterrador del Capitalismo, el nombre que eligió cuando se unió al destacamento. Lo llamaban, simplemente, Enterrador.

—¿Y qué hago ahora con vosotras?… —dijo Lenin, que apretaba nervioso la gorra—. ¿Sois de Sofía? —Las miró de arriba abajo e hizo un gesto con la mano—. Para qué preguntar, está claro que sí…

—Que lo decida Medved —propuso el Enterrador—. ¿Traéis pan?

—Traemos sándwiches —respondió una de las chicas.

—También armas —añadió la otra.

Bajaron las mochilas y sacaron dos pesados paquetes alargados envueltos en lona. Dentro, desmontadas, había dos escopetas de caza

Smith & Wesson de cañones superpuestos. Una talla decoraba las culatas de caoba.

—¡Vaya! —exclamó con un silbido Lenin.

Tomó una y desplegó el cañón. Era un cazador empedernido, pero jamás había tenido en las manos un arma tan lujosa. Acarició la boca del cañón. Comprobó el cerrojo: la cámara estaba vacía. Levantó la escopeta y apuntó por encima de los árboles.

—¿Dónde las habéis pillado?

—Son de nuestro padre —contestaron.

—Vuestra familia parece tener dinerito —dijo con envidia el Enterrador.

—¿Dónde están los cartuchos? —preguntó Lenin.

—No tuvimos tiempo de recogerlos —explicó una de las chicas—. Hemos encargado doscientas unidades en la tienda de Michelson. Del calibre 9, el que usan para cazar jabalíes. Nuestro padre compra allí. Tenemos que mandar a algún camarada para que los recoja y nos los mande.

—¡Ay! —suspiró Lenin, invadido por un mal presentimiento—. ¡Vámonos!

Después se volvió hacia el cabrerillo, que aguardaba con expresión culpable:

—¡Nueve veces! —le recordó—. ¡Cu-cu!

—Cu-cu —repitió el cabrerillo alicaído.

Ahora el grupo lo encabezaba Lenin; a duras penas lo seguía Lozán, a continuación iban las hermanas y, por último, en la retaguardia, el Enterrador. Ante los pequeños y firmes culos que se bamboleaban delante de sus narices, era incapaz de aguantarse y de vez en cuando emitía unos agudos silbidos y repetía al ritmo de los pasos de las hermanas: «¡Primera bocacha!», «¡Segunda bocacha!». Las chicas al parecer no le prestaban atención, hasta que se sentaron a descansar y se dirigieron a él:

—Camarada Enterrador, quisiéramos preguntarle una cosa…

—Me podréis llamar Enterrador después de pasar un invierno en el monte. Por ahora soy el Enterrador del Capitalismo.

—Camarada Enterrador del Capitalismo… —empezó una de las chicas con aspecto serio.

Estas palabras lo acariciaron como un bálsamo. Hacía tiempo que no oía su nombre clandestino en todo su esplendor.

—¿Nos podría explicar, camarada Enterrador del Capitalismo, qué factores sociales han impuesto el uso de este saludo tan original a las mujeres en la ciudad obrero-combativa de Pernik?

—¿Eeeh? —dijo abriendo los ojos como platos el Enterrador.

—¿Nos podría revelar el sentido revolucionario de la metáfora

«bocacha»? Seguro que tiene algo que ver con la lucha del proletariado de Pernik… —añadió la otra.

El Enterrador intentó comprender lo dicho, pero su cerebro hizo clac y se apagó. Notó una dolorosa sensación de desamparo, como si de pronto se hubiera quedado ciego. Lo único que logró soltar fue un «¿Pero qué…?», y masticó las últimas palabras como un pepino amargo.

—¡Te han enterrado, Enterrador! —Lenin sonrió de oreja a oreja—. ¡Chicas listas! Solo espero que no nos enterréis también a nosotros…

3. *KOMBRIG* MEDVED

Afinales del verano de 1941, mientras el carro de fuego de la Wehrmacht arrasaba desbocado la gran estepa rusa, en las cálidas aguas de la bahía de Varna asomó el periscopio de un submarino soviético. La costa estaba oscura, y la noche, sin luna. El submarino negro afloró silenciosamente en la superficie. Se abrió una compuerta y una docena de siluetas agachadas cruzaron la cubierta en fila india. Poco después, del cuerpo del submarino se separó un bote de goma que se dirigió a la costa. Los hombres remaban en completo silencio, hundiendo los remos con cuidado para no hacer más ruido del necesario. El submarino se sumergió tal y como había aparecido —desapercibido—, dejando tan solo una franja de espuma de mar.

En el bote, junto con otros doce camaradas de confianza, estaba Spartak Gálev, alias Pies Ligeros, más tarde conocido como *kombrig*[4] Medved. Eran parte de un grupo de exiliados políticos que la dirección del Partido Comunista Búlgaro en Moscú había enviado para reforzar las filas de la organización en aquel momento crítico. El Gobierno búlgaro se había negado a mandar tropas al frente oriental, aunque ofrecía apoyo logístico al Tercer Reich. Era preciso desplegar una lucha partisana en la retaguardia del enemigo, pero los combatientes disponibles no solo eran insuficientes, sino que también estaban muy poco preparados. La operación estaba dirigida por el oficial del Ejército Rojo Tsvyatko Radóynov. Parte del grupo —los así llamados «submarinistas»— fue trasladado a Bulgaria por mar; otros se lanzaron en paracaídas. Todos ellos habían pasado por el duro entrenamiento del contraespionaje soviético, donde habían adquirido valiosas habilidades, necesarias para todo tipo de actividad subversiva. El Partido había depositado grandes esperanzas en estos hombres entrenados que debían liderar la resistencia armada. Pero nada más pisar el suelo patrio, la policía dio con su rastro y logró capturar a la mayoría. Medved fue uno de los pocos que se salvaron, lo que le confería una autoridad adicional.

Spartak Gálev había emigrado a la URSS nada menos que dieciocho años antes. Después de la derrota del Levantamiento de Septiembre de 1923[5] estuvo deambulando por montes y campos con

distintos destacamentos hasta que el Partido abandonó oficialmente la política de lucha armada. Esto ocurrió después del atentado en la iglesia Sveti Kral,[6] en el que fallecieron ciento cincuenta personas. La corriente de la izquierda sectaria fue condenada y se disolvieron las formaciones de combate. El grupo de Gálev, cuyos miembros esperaban en su mayoría penas de muerte, cruzó la frontera con Grecia y se entregó a las autoridades locales. Los internaron en la isla de Heraclea, en el mar Egeo, donde pasaron algunos meses. Sus camaradas del Partido Comunista Griego los ayudaron a subir en secreto a un barco soviético que los llevó a la tierra prometida del socialismo.

Nadie sabía cómo había vivido exactamente Spartak Gálev en la URSS. Tampoco nadie se atrevía a hacer conjeturas al respecto. El propio Spartak era muy parco en detalles. Parecía obvio que no se había titulado en ninguna universidad. Daba a entender que había estado sirviendo en el Ejército y que había participado en la campaña de Finlandia, pero no quedaba claro cómo ni con qué rango. Se comportaba como si estuviera acostumbrado a estar al mando de grandes masas de gente. Durante su ausencia sus padres habían fallecido, parte de sus compañeros habían sido asesinados y otros habían acabado en la cárcel. Los pocos que quedaban no eran capaces de reconocerlo. Pero, como era bien sabido que la vida soviética cambiaba a la gente hasta el punto de hacerla irreconocible, nadie se sorprendió. En tiempos Spartak Gálev era como un palillo: delgado, ágil y rápido. Decían que esquivaba las balas antes de que salieran del cañón; de ahí su apodo Pies Ligeros. Provenía de los pueblos de alrededor de Sofía y le gustaba reírse del poder con el típico sentido del humor mordaz de los shopis.[7] Pero de la URSS regresó hecho un ladrillo: robusto y corto, como si hubiera pasado todos aquellos años metido en una caja. Solía estar quieto, con una cara malhumorada y rugosa de tez cetrina que no cambiaba con el sol ni con el viento. De su sentido del humor no había quedado ni rastro. Hablaba de forma concisa y con precaución, salpicando su discurso de palabras rusas. Ya nada lo podía asustar excepto el nombre de Stalin. «Partió siendo una liebre y volvió hecho un oso», dijo alguien. Desde aquel momento todos empezaron a llamarlo Medved.[8]

Él no tenía ningún inconveniente.

La primera y más importante tarea era la de protegerlo. Debido a su fuerte acento ruso, resultó más complicado de lo previsto, puesto que no era capaz siquiera de comprar tabaco sin delatarse. En aquellos tiempos en Bulgaria se oía poco ruso y enseguida llamaba la atención. No podía, o bien no quería, renunciar a este acento porque, al fin y al cabo, era una cuestión de prestigio. Durante todo el otoño y el invierno lo estuvieron escondiendo en diferentes buhardillas y sótanos

de Sofía, bajo distintos nombres, hasta que en la primavera de 1942 terminaron convenciéndolo de que asumiera el mando de una unidad de partisanos en proceso de formación que operaba en el extremo oeste de los montes Balcanes: el destacamento Patarinska. El problema radicaba en que Medved venía de la URSS habituado a manejar escalas completamente diferentes, preparado para liderar al menos una brigada o una división, algo que aún no existía en Bulgaria. No era menos problemático que los destacamentos de la Primera Zona Operativa Militar ya tuvieran sus propios comandantes, gente local que no podía ser sustituida así como así, sin provocar un importante malestar y discrepancias. Por otro lado, estaba más que claro que un líder de la magnitud de Medved no aceptaría ningún cargo de segundo orden como comisario político o instructor. Ni siquiera intentaron ofrecérselo: ¡tal era el respeto que le tenían en aquellos días! Medved había venido para estar al mando y debía estarlo. Y, además, no de cualquier cosa. Entonces los camaradas de la comandancia central emplearon una pequeña artimaña…

La unidad militar en cuestión, de cuya composición y armamento solo se podían hacer conjeturas, rápidamente fue elevada al rango de «batallón de la comandancia central». A Medved le explicaron que este era el corazón de la futura división de partisanos que llevaría el impactante nombre de «Primera División de Guardia de Stara Planina».[9] Debía reconquistar territorio independiente en la parte occidental del país, asumir el control del desfiladero del río Ískar y con el tiempo tomar la capital. ¡Sonaba irresistible! Dos semanas más tarde, cuando apareció entre los soldados del destacamento Patarinska equipado con todo lo necesario para las actividades militares en un frente amplio, incluido el *Breve curso de historia del Partido Comunista de toda la Unión (bolchevique),*[10] Medved se dio cuenta del engaño, pero ya era demasiado tarde…

En aquellos primeros años de lucha, el destacamento Patarinska —nadie supo por qué se llamaba así— contaba con cerca de diecinueve partisanos. Decimos «cerca de» porque algunos de ellos bien volvían a sus pueblos cuando los empapaba la lluvia o empezaban a echar de menos a sus mujeres, bien volvían al monte cuando estaban hasta las narices de dichas mujeres. Estos movimientos eran aceptados con compasión y comprensión por parte de sus camaradas. Todos sin excepción calzaban alpargatas. La mayoría llevaban gorros de pelo; había también un par de boinas y una gorra de guardabosques. Muchos de ellos vestían los tradicionales pantalones fondones de lana; uno se había fugado con su traje de bodas y otro lo había hecho con su uniforme militar. Su armamento sumaba cuatro carabinas, una escopeta de caza de dos cañones y un fusil de chispa. La munición ascendía a un total de 44 cartuchos, 13 de los cuales eran para el

sistema Mannlicher, aunque todavía no disponían del propio fusil Mannlicher. El fusil de chispa tenía sobre todo un valor simbólico; se creía que en tiempos había pertenecido al mismísimo voivoda Valyo y era el talismán del destacamento. Contaban además con cinco revólveres y una Parabellum, tomada al enemigo en una acción independiente del miembro de más edad del grupo, el conocido por el peculiar nombre de «Enterrador del Capitalismo». También tenían seis bombas de la Primera Guerra Mundial con mangos de madera. Las tapas de dos de ellas se habían perdido y no quedaba claro si iban a explotar ni, aún más importante, cuándo lo harían.

El resto eran palos y cuchillos.

En comparación con ellos Medved parecía un arsenal andante: un subfusil automático Shpaguin, una pistola Tulskiy Tókarev y siete granadas de mano: cuatro de asalto y tres de defensa. Por no mencionar el resto de maravillas que escondía su mochila… Todo lo que llevaba era de cuero: desde la gorra y la cazadora hasta la funda de la pistola y las botas altas. Sus pantalones estaban hechos de un material nunca visto, totalmente impermeable.

Los miembros del destacamento lo observaban con muda admiración, como si fuera una deidad que hubiera descendido de la brillante cumbre del comunismo para llevarlos por caminos ignotos pero, sin duda, gloriosos. Sin embargo, Medved no sentía lo mismo. Miró con escepticismo a los hombres que lo rodeaban, se sentó en un tocón, sacó su último cigarrillo Belomorkanal,[11] sacudió la boquilla en el tacón de la bota y profirió pensativo:

—*Ну, маак…*[12]

4. LAS REGLAS DE LA CONSPIRACIÓN

El Enterrador se agachó, cogió dos piedras del suelo y las hizo chocar tres veces. Esperó unos diez segundos y volvió a hacerlas sonar. Le respondieron cuatro golpes idénticos. Un poco más adelante, como si hubiera brotado de la tierra, apareció un centinela con gorro de soldado y fusil con bayoneta. Lenin lo llamó Valyo.

Al ver a las dos chicas se le iluminó la cara.

—Nuevas incorporaciones, ¿eh?

—Gabriela y Mónica. —Las chicas extendieron sus manos.

—¡Camaradas! —las regañó Lenin—. ¡Observad las reglas de la conspiración!

—¡Son nuestros nombres clandestinos! —respondió una de ellas—. Siempre hemos querido llamarnos Gabriela y Mónica. Ella es Mónica.

—No, ella es Mónica y yo Gabriela. ¿No teníamos un acuerdo? —intervino la otra.

—Quedamos en que una semana tú serías Gabriela y la siguiente sería yo. Esta semana me toca a mí.

Valyo se rascó la cabeza:

—¿Acaso es malo ser Mónica?

—¿Pero qué son esos nombres? —se enfadó Lenin—. ¿Os creéis que esto es un baile de sociedad?

Las muchachas arquearon las cejas de la manera ya conocida que señalaba un importante proceso reflexivo. Después de dar unos diez pasos, una de ellas dijo con aparente indiferencia:

—Yo no sé de bailes que no sean de sociedad. El camarada probablemente quería decir «vienés»…

—¡Oye, Lenin! —se echó a reír el Enterrador—. A mí me enterraron, pero a ti directamente te hundieron.

—Ya veremos, ya veremos, listillas —respondió Lenin sin detenerse.

* * *

Desde el fondo de la pradera llegó un alboroto confuso que rápidamente se propagó por todo el campamento como fuego por pajar y alcanzó la tienda de Medved. El comandante levantó la cabeza y frunció el ceño. En ese momento estaba ocupado apuntando algo en su cuadernillo. La lona de la entrada se apartó y en la abertura asomó la cara redonda de su ordenanza, Stoycho:

—Camarada *kombrig*, ¡permítame reportar!

—¿Qué?

—Acaban de llegar los nuevos partisanos.

—¿¡Qué!? —repitió Medved, que se incorporó pesadamente.

No lo habían informado de la incorporación de nuevos partisanos. Solo sabía que debía llegar un militante de la Unión de las Juventudes Obreras, familiar de Lenin, porque en su grupo se había producido un fallo operativo. El bullicio en la pradera iba en aumento. No le gustó. Se echó por los hombros el chaleco de lana y salió.

El destacamento —ahora ya batallón de la comandancia central— no recordaba semejante excitación desde que Medved apareciera ante los partisanos con su equipo de combate completo. Ahora el destacamento contaba con cuarenta y cuatro personas, ni una más ni una menos. El abandono se consideraba deserción y se castigaba con mano firme. La única mujer del grupo era la comisaria política Extra Nina, pero por varias razones sus camaradas la consideraban una igual. También había un pope, Tijón, enclaustrado en el monasterio de Cherepish por pecado dogmático y que más tarde había huido al monte. Era un hombre enorme, con una sotana andrajosa bajo la que no había nada más que espeso vello. Iba armado con un palo y un revólver Nagant antediluviano, aunque su arma más temible era su risa atronadora. Así, todas estas criaturas peludas y mugrientas, que anhelaban una caricia o al menos una mirada, habían salido a la pradera y rodeado a las gemelas. Las devoraban con los ojos, se embriagaban con su presencia. A la vista de sus rizos rubios muchos estallaron en carcajadas infantiles, como si les hicieran cosquillas en los talones. Otros musitaban cosas incomprensibles. También los hubo que comentaron algo en voz alta, intentando ocultar su timidez. Desde hacía una semana en su menú predominaban la cebolla y el ajo, que hacían su aliento más mortífero que el fuego que escupe un dragón de tres cabezas.

Las chicas miraban asustadas mientras el círculo a su alrededor se estrechaba. De su anterior confianza no quedaba ni rastro. Lenin y el Enterrador sonreían con malicia a su lado. Lozán intentaba explicar algo en vano. Nadie le hacía caso.

—¡Ay, mis cabritillas! —farfullaba Tijón, que agitaba su sotana andrajosa como si intentara sacudirle las pulgas.

—¿Qué ocurre? —preguntó una voz alta y ligeramente chillona.

Los hombres se apartaron. Medved pasó entre ellos empujando a unos cuantos empeñados en no moverse. Su mirada se posó por un instante en el estudiante y luego se deslizó hacia las chicas. Se quedó boquiabierto y una preocupación que rayaba el pánico contrajo su rostro. Pero esto solo demostraba que el comandante era humano como los demás. Aunque por poco tiempo…

Medved carraspeó y dijo en voz más baja:

—¡Camaradas! ¿Puedo saber dónde están vuestras armas?

Los partisanos empezaron a mirar a su alrededor sobresaltados. Sus miradas se dirigieron a las fogatas donde hasta hacía poco se alzaban las pilas de armas. Ya no estaban. Alguien se puso a cantar alegremente desde el otro extremo de la pradera:

—¡El partisano se prepara para el combaaate!

Stoycho estaba sentado debajo de un árbol, sobre un montón de armamento variopinto.

—¡Se os entregarán las armas por orden de lista! ¡En marcha! —ordenó Medved.

Cabizbajos y avergonzados, los hombres hicieron cola. Medved hizo una seña al estudiante para que esperara junto a Lenin y al Enterrador. Las chicas poco a poco volvían en sí. Les lanzó una mirada hosca y preguntó con aspereza:

—¿Por qué habéis venido?

—¿Perdón?

—¿Por qué habéis venido aquí? —repitió Medved nervioso.

—Hubo un problema en el instituto —informó una de ellas—. Nuestro grupo llevó a cabo un acto subversivo con motivo del Primero de Mayo. Resultó fenomenal; tuvo una amplia repercusión política entre los alumnos y los profesores. Vino la policía a investigar. Pero la camarada Silva, Letizia Pirónkova, nos falló. Supimos que había ido a la dirección a delatarnos. El camarada Lozán nos ayudó a pasar a la clandestinidad y después nos trajo al destacamento.

—¿Qué acto subversivo? —preguntó Medved entornando los ojos.

—Pintarrajeamos el retrato del zar que está colgado en la escalera principal —dijo la otra, que puntualizó—: ¡con pintura roja!

—¡Por el amor del Partido! —exclamó Medved, e hizo un gesto a Lenin y al Enterrador, que seguían la conversación con interés, aunque su contenido se les escapaba—. ¡Estas niñas tienen que volver inmediatamente!

—Ya os decía yo —masculló el Enterrador.

—¿Qué decías? ¡No dijiste nada! —estalló Lenin.

—¡Camarada Medved! Si vuelven, esos desgraciados las arrestarán y las torturarán. ¿Es eso lo que quiere? —gritó Lozán.

—¡Imbécil! —graznó Medved—. Nadie las arrestaría por esa broma. Como mucho las echarán del instituto.

—Pero nosotras pensábamos también dinamitar el Ministerio del Interior, está justo al lado de nuestro instituto —repuso una de las chicas—. Hay un viejo canal por el que se puede llegar. Aquella chivata seguramente se lo ha dicho…

—¡Caramba! —El comandante apretó el puño—. Pero no lo habéis dinamitado, ¿verdad? Pueden tomarlo como una… fantasía pueril.

—Dejemos este asunto para mañana, ¿qué os parece, camaradas? —propuso Lenin mirando al cielo—. Ya se ha hecho tarde.

—Parece que no te enteras, ¿o es que te estás haciendo el loco? Cuanto más tiempo pasen aquí, más difícil será hacerlas volver.

—Así es —intervino una voz ronca—. Tenemos que tomar la decisión ahora.

La voz era de una mujer delgada y fibrosa con el pelo liso, completamente blanco, recortado en forma de bol. Tenía el tórax ligeramente hundido y en la comisura de sus labios humeaba un cigarrillo liado a mano. Había llegado al destacamento siendo Nina, pero pronto habían empezado a llamarla Extra Nina por su puntería. Además de ser una excelente tiradora, era la que más sabía de política. Los camaradas compartían muchas veces con ella sus preocupaciones ideológicas. Era capaz de llegar a la esencia del problema y arrancaba sus dudas pequeñoburguesas como muelas podridas. A Extra Nina no le gustaba hablar de su pasado. Parecía mayor de lo que era en realidad. Se sabía que había sido maestra en la región de Vratsa antes de tomar la senda de la revolución profesional. Corrían rumores de que su pelo se había vuelto blanco por las torturas de la policía.

—Señoritas… —se dirigió a las chicas.

—¡Somos camaradas! —la interrumpieron ellas al unísono.

—Vale, camaradas. Esto no cambia el hecho de que habéis actuado de manera muy poco prudente. La vida de los partisanos no es para cualquiera. Desde la perspectiva de la ciudad puede que parezca muy romántica, pero dudo que la realidad os guste. Aparte de Lozán, ¿quién más sabe que estáis aquí?

—Nuestros padres… —dijo bajando la cabeza la chica que insistía en ser Gabriela.

—Les dejamos una nota para que no se preocuparan —añadió Mónica, que no quería ser Mónica—. No pusimos nada en concreto. Solo que nos vamos al monte y que volveremos tras la victoria. Y que si morimos, que no lloren.

—¡Caramba! Seguro que ya las están buscando con la policía.

—¡Eso me temía! —exclamó Extra Nina—. Han pasado por toda la cadena. Si las arrinconan, lo cantarán todo. Empezarán los arrestos,

los bloqueos…

—¡No nos chivaremos! —dijeron las chicas ofendidas.

—Oh, ¿en serio? —Extra Nina esbozó una sonrisa dolorosa—. ¿Y si os torturan? Y lo harán, os lo garantizo. Desembucharéis con solo ver los instrumentos… Tienen métodos elaborados que funcionan a la perfección. ¿Qué te parecería si… —dio una calada brusca a su cigarrillo y agitó su extremo candente frente a la cara de Mónica— apagase esto en tu tierno cuello?

Las chicas dieron un brinco hacia atrás.

—¡Es tu culpa! —increpó Medved a Lenin—. ¿Cómo pudiste traerlas aquí sin permiso? ¡Hacerle caso a un mocoso! ¿Dónde está tu cautela revolucionaria? ¡Te mereces que te castigue con horas en cuclillas con la mochila llena junto al fuego!

—¡Atrévete! —Lenin ladeó desafiante su gorra.

—¡Camaradas! ¡No os peleéis! ¡Discutamos el tema en una reunión de partido a puerta cerrada! —propuso Extra Nina.

Medved tan solo rechinó los dientes, se dio la vuelta y se dirigió hacia su tienda.

No podía castigar a Lenin por una razón muy evidente: su nombre. La vida soviética le había enseñado a ser prudente. Todo acto tenía un sentido simbólico de consecuencias inesperadas. Incluso aquí, en el bosque, no podía librarse de la sensación de que alguien constantemente estaba siguiéndolo, analizándolo e informando de sus actos. ¡Castigar a Lenin! Humillarlo tendenciosamente para humillar también su obra… Si castigara hoy a Lenin, mañana podría llegar a castigar a Stalin, etcétera. ¿Quién sería ese «alguien»? ¿Extra Nina? ¿El Enterrador? Podría ser cualquiera… Menos mal que en el destacamento no había ningún Stalin. No es que faltasen candidatos para investirse con este nombre glorioso, pero Medved no lo permitía. Era categórico al respecto. Los nombres de los líderes no podían circular por ahí expuestos a ser profanados o insultados. Stalin asesinado. Stalin no resiste y se va de la lengua. O incluso peor: Stalin es un agente provocador. ¿Qué pensaría la gente? Lo de Lenin venía de antes. Era uno de los fundadores del destacamento Patarinska, el primer partisano de su tierra, miembro del Partido con contactos y autoridad. «Lenin no merece su nombre, es astuto, autocomplaciente y descuida sus obligaciones. Padece de complejo de líder, aunque no dispone de la aptitud para ello», había apuntado Medved en la libreta donde anotaba las características resumidas de sus camaradas. «Ideológicamente ignorante, propenso al faccionalismo», añadió cuando regresó a su tienda.

5. NADIE QUIERE SER MÓNICA

Hacia las siete los partisanos empezaron a aguzar el oído por si escuchaban el repiqueteo de la cuchara de palo que los convocaba para la cena. La cocina se encontraba en una hondonada cerca del campamento y estaba cercada con lonas para que no se percibiera el humo. Aunque allí hacía mucho que no encendían ningún fuego. Se alimentaban fundamentalmente de cebollas, tocino y pan, con predominancia de las primeras, por lo que el campamento había sido bautizado «campamento Cebolla». Aquella mañana, sin embargo, tres camaradas habían regresado de una misión de aprovisionamiento con las mochilas llenas y ahora la olla con las alubias bullía alegremente. Junto a ella trajinaba un hombre canijo y cheposo (Proshko Zhékov, del pueblo de Koren) con el poético nombre de Elín. Sus camaradas lo llamaban amistosamente Arbusto, sin darse cuenta del dolor que le infligían. Durante varios años había estado trabajando en la taberna del pueblo, soportando las groserías y los insultos de los paisanos, hasta que en su pequeño cuerpo cristalizó la decisión de rebelarse. Tenía siete hermanos y hermanas, todos menores que él pero más altos. Su familia se enteró de que había desaparecido solo cuando dejó de recibir su mísero salario. Junto con él había desaparecido la carabina del tabernero. Pero después del primer disparo quedó claro que Elín nunca podría utilizarla. La culata le dio un golpe seco como la coz de un mulo y dio dos vueltas de campana hacia atrás con un chillido lastimero. La bala pasó a milímetros de la calva de Lenin. La carabina fue asignada a otro camarada y a Elín le entregaron el cazo. Con él no tenía igual. Más tarde Medved le dio una pequeña pistola femenina con dos balas que no se sabía cómo había llegado al destacamento. Era el único que no lo llamaba Arbusto, con lo que se ganó su fidelidad incondicional.

Las alubias eran viejas y duras como piedras; tardaban mucho en cocer. Ocupado en su preparación, Elín se había perdido el gran acontecimiento: la llegada de las dos muchachas al destacamento. Por encima de su cabeza, en la cocina improvisada, estaban secándose ramos de hierbas aromáticas con las que aderezaba el frugal menú de los combatientes del pueblo. La misión de abastecimiento había resultado bastante escasa: aparte de las alubias, los camaradas solo

habían llevado dos botellas de aceite de girasol y cantidades ingentes de pimentón. «¡No volváis sin pimentón!», fueron las instrucciones de Elín. De modo que habían hecho todo lo posible por conseguirlo. Elín tomó un cazo entero del aromático polvo rojo, lo sumergió en la olla hirviente y lo revolvió bien.

Las alubias iban a estar de rechupete.

Mientras tanto, en la pradera tenía lugar —aunque todavía torpemente— el proceso de toma de contacto. Después de los primeros instantes incómodos de sorpresa y estupefacción, los partisanos poco a poco se recuperaban y volvían a las formas naturales de la comunicación humana, excepto el monje rojo Tijón, que llevaba una extraña disputa a solas (en eslavo eclesiástico) con sus demonios.

—No le hagáis caso, a veces se le va la olla —les explicó un chico recio—; por lo demás, es de los nuestros hasta la médula. Yo soy el Último Clavo en el Ataúd del Capitalismo.

—Es decir, el Clavo —dijo alguien.

—¿No será de Pernik, camarada? —preguntaron arqueando las cejas las chicas, que también habían recuperado en parte su compostura, una vez convencidas de que el peligro de ser despedazadas en el acto había desaparecido.

Todos se echaron a reír. Sí, el Clavo era de Pernik e incluso era pariente lejano del Enterrador, aunque, a diferencia de él, había estudiado en un instituto de Sofía y se abstenía de llamar a las camaradas «bocachas». A finales de la década de 1930 los libros de Karl May habían adquirido gran popularidad entre la juventud progresista de la ciudad minera. Las hazañas del guerrero Winnetou estimulaban la imaginación de los militantes de la Unión de las Juventudes Obreras, que en cierta medida se identificaban con la lucha de los hermanos pieles rojas oprimidos. Estaban en boga los nombres de guerra largos: el Toro Salvaje de la Revolución, la Flecha de la Internacional Comunista, el Gran Oso Rojo, el Rayo de la Ira Proletaria, etcétera. El típico reduccionismo balcánico, sin embargo, impidió que la tendencia se extendiera.

«Alégrate de que no te llamen el Ataúd», había bromeado el Enterrador.

—Tornillo —se presentó otro.

Empezaron a llover nombres: Maxim, Nikola, Vlado, Boyán, Dicho, Bótev, Svilen…

—Gabriela y Mónica —contestaban sonriendo las chicas—. Mónica y Gabriela.

Pronto los partisanos quedaron confundidos por completo.

—Un momento —las interrumpió el Tornillo—. ¿Quién de las dos es Mónica?

Se hizo un silencio incómodo.

—Vale, de acuerdo —dijo al cabo una de ellas—. Yo soy Mónica. Pero la próxima semana lo serás tú.

—¡Eso no puede ser, camaradas! —replicó el Tornillo—. ¿Qué es esto? Una vez una y otra vez la otra. ¡Llegad a un acuerdo de una vez por todas!

Tornillo era el presidente de la Unión de las Juventudes Obreras del destacamento y sentía la responsabilidad de imponer orden en las relaciones entre sus miembros.

—Pero ¿por qué os llamáis Gabriela y Mónica si ninguna quiere ser Mónica? —intervino Dicho, un camarada bajito con ojos tristes y húmedos que agradaban particularmente a las mozas.

Esta pregunta, al parecer lógica, les resultó difícil de contestar.

—Suena bien… —terminó por decir una de las chicas con cierto pudor.

—Que lo echen a suertes —propuso alguien.

—Me parece razonable —convino el Tornillo.

Tomó dos palillos, mordió el extremo de uno de ellos y los apretó en el puño.

—El corto es Mónica.

Tras una breve duda, las chicas sacaron cada una su palillo. La que se quedó con el corto quedó cariacontecida.

—¡No te pongas así! —intentó animarla Dicho—. Cuando combatíamos en España había una tal Monica del Batallón Thälmann. ¡Una tía de armas tomar! Cayó en Guadalajara después de haber reventado tres tanques italianos ella sola. Monica Geralducci, de Turín. Había trabajado en las fábricas de Fiat y se sabía el truco de aquellos malditos tanques. Más tarde le dedicaron una canción… ¡Debes estar orgullosa de llevar su nombre!

La muchacha se animó un poco.

—Esto, sin embargo, no resuelve el problema de cómo las vamos a distinguir —dijo el Clavo—. Se parecen como dos gotas de agua. Incluso visten igual.

Enseguida alguien propuso:

—Que Gabriela se tiña de negro.

—¿Cómo vamos a encontrar tinte en el monte? Será mejor que se corte el pelo.

Mientras tarareaba la marcha del Batallón Thälmann, Dicho buscó en su mochila y sacó de su interior un pañuelo de seda rojo con lunares negros. Lo había comprado en Barcelona para su novia en 1938, poco antes de que las Brigadas Internacionales se retirasen de España. Pasaron dos años hasta que logró volver a Bulgaria. En el entretanto la persona en cuestión se había casado felizmente con un

funcionario de la Agencia Tributaria. Pero ahora, con aquel trozo de tela entre las manos, Dicho no pensaba en su antiguo amor, que había fondeado en la bahía tranquila de la vida burguesa. Ante sus ojos desfilaron los soldados del ejército republicano, retirándose hacia la frontera francesa, exhaustos, envueltos en polvo; vislumbró las caras de sus compañeros fallecidos de diferentes nacionalidades y su corazón se inundó con la hiel de la derrota.

—Creo que esto servirá. —Dicho entregó el pañuelo a la chica—. Así todos sabrán que eres Mónica.

—Soy Gabriela —gruñó ella con cara de poco amigos, y todos se echaron a reír.

Mónica se puso el pañuelo en el cuello sin decir nada.

Dicho seguía tarareando la marcha del Batallón Thälmann. Quién sabe por qué, todos se entristecieron, aunque pocos tenían claro el significado de la guerra civil española en el contexto de la revolución mundial.

—¡Eh, camaradas! —gritó el Tornillo—. ¿A qué vienen esas caras largas? Esto no es España. Al este el Ejército Rojo está aplastando a las hordas fascistas y pronto acudirá en nuestra ayuda. ¡Arriba esas cabezas!

—¿Y qué pasa con las alubias? —se interesó el Clavo.

—¡Es verdad! —se impacientaron los demás—. ¡Alubias! ¿Dónde estáis, alubias? ¡Venid, alubias!

—¡Si supierais qué buenas están las alubias que hace el Arbusto! —empezó diciendo el Tornillo, que ya salivaba—. No sé qué clase de hierbas les pone, pero no he comido unas alubias más sabrosas en mi vida. Ya veréis, os vais a chupar los dedos…

Lo que no sabían era que ya hacía una hora que Medved había ordenado al Arbusto que quitara la olla del fuego.

6. SÁNDWICHES, AUTOCRÍTICA Y BALAS

Estas dos últimas horas habían sido las más dulces de la vida, por lo general falta de momentos felices, del soldado Kólev, conocido por el nombre de guerra de Valyo. Había huido de su unidad hacía unos tres meses por el trato inhumano que recibía de los soldados veteranos y del suboficial. Considerando que sus posibilidades de sobrevivir en el monte eran mucho mayores, se presentó en el destacamento con su fusil y su equipamiento.

Mientras la penumbra a su alrededor espesaba, Valyo no podía dejar de pensar en las dos hermanas que Lenin y el Enterrador habían llevado al campamento. Gabriela y Mónica, resonaban sus nombres. ¡Qué maravilla de nombres! Gabriela y Mónica, repitió en voz baja, con el cuerpo llenándose de dulzor y las piernas flojas. Valyo se apoyó en un árbol y se quedó mirando al cielo a través de un hueco entre las ramas. ¡Ay, Gabriela y Mónica! Hasta el cambio de guardia aún quedaban dos horas y se preguntaba cómo iba a aguantar tanto. Imaginaba a sus camaradas en el campamento hablando con ellas, gastando bromas y jactándose de sus hazañas. ¡Pues menudas hazañas! De repente se sintió tremendamente estúpido en su tosco uniforme de soldado. ¿Cómo podía atraer su atención? No tenía ninguna hazaña que contar ni resultaba particularmente gracioso. Sin embargo, tenía ciertas habilidades prácticas. Podía, por ejemplo, hacerles un refugio subterráneo. O fabricarles unos camastros. Los cubriría de heno y ramas de pino. ¡Olerían tan bien! Les haría también una chimenea, claro. ¿Acaso se podía pasar sin una chimenea? Pero para eso tendría que buscar un tubo…

—¡Quieto ahí!

Valyo sintió bajo el mentón la helada boca de un cañón.

—¡Ni se te ocurra abrir la boca! —le espetó la voz bajo el casco metálico.

De la penumbra emergieron más figuras uniformadas. Le quitaron el fusil y lo esposaron. Uno de ellos llevaba a rastras al cabrerillo sollozante con la nariz ensangrentada. Detrás apareció un tipo alto con la cara redonda como la luna, con bombachos, gorra y cazadora negra

de cuero. De su cuello colgaba una linterna Siemens. Era el capitán Draguíev, comandante de la Séptima Compañía de Caza, también conocido como Capitán Noche por su costumbre de realizar las operaciones después de ponerse el sol.

—La segunda sección, que avance por la derecha —ordenó—. La tercera, que rodee el desfiladero. ¡Que nadie dispare antes de la señal!

* * *

—¡Treinta y nueve! —exclamó Medved agitando la lista con la que Stoycho había devuelto las armas a los camaradas—. Treinta y nueve de cuarenta y cuatro abandonaron sus armas por culpa de un par de faldas. ¿Qué hubiera ocurrido, pregunto yo, si el enemigo nos hubiera atacado en ese momento?

A su alrededor, sentados, estaban los miembros del comité del Partido en el destacamento, un total de once personas —comunistas veteranos—, entre ellos Lenin, el Enterrador y Extra Nina. La mayor parte de los partisanos eran miembros de la Unión de las Juventudes Obreras o simples simpatizantes de la izquierda. Había también unos cuantos miembros de la Unión Nacional Agraria, que habían enviado a la reunión a un representante que debía pronunciarse sobre el caso. El anarquista Dicho renunciaba a participar en tales foros. Estaba convencido de que no servían de nada. Sin embargo, acataba las decisiones que tomaban.

—Tío Metodi —se dirigió Medved a un hombre con impermeable y largos bigotes puntiagudos—, ¿cómo pudiste permitir que se llevasen a Penka?

—No lo sé… —El hombre abrió los brazos—. No sé qué me pasó.

Penka era una vieja carabina, con la culata naranja como la cola de un zorro, que él cuidaba con enternecedor esmero: la limpiaba, la empapaba de lubricante, la envolvía en un paño de lana para protegerla de la humedad y de la lluvia. «Ya quisiera yo vivir como Penka», bromeaban sus camaradas. La puntería de Penka era legendaria; se decía que había matado a un general en 1925. Le había dado justo en el monóculo cuando viajaba en su carruaje. Ahora bien, en el tiempo que llevaba en el destacamento, el tío Metodi (Golinko, del pueblo de Gubesh) no había logrado acertar ningún tiro, ni siquiera a un jabalí. ¿Sería porque tenía mala puntería?

—¡Quiero hacer autocrítica! —exclamó levantando la mano un camarada con el pelo claro y ralo y la frente grasienta, sembrada de pequeños granos blanquecinos.

En las caras de los presentes apareció una sombra de aburrimiento. Desde que se había leído el *Breve curso de historia del Partido Comunista*

de toda la Unión (bolchevique), Bótev había desarrollado una verdadera pasión por la autocrítica. No dejaba pasar la ocasión de utilizar aquel poderoso instrumento de purificación del espíritu revolucionario, con o sin motivo. Hurgaba en los rincones más recónditos de su mente como un psicoanalista experto y sacaba a la luz sin piedad sus debilidades.

—Yo —empezó Bótev— mostré una debilidad de espíritu imperdonable en un momento crítico para el destacamento. Puse en peligro la vida de mis camaradas, permitiendo a la biología tomar el control de mi mente. Este fue un acto típicamente decadente, dictado por la búsqueda del placer egoísta. Con mi conducta ofendí a las camaradas recién llegadas, reduciéndolas a simples objetos. Creo que mi respuesta no fue solo un impulso pasajero, sino que tiene raíces más profundas en mi subconsciente. Mi mayor error es que no he discutido abiertamente con el Partido las preocupaciones que me atormentan, sino que las he estado ocultando en mi interior. De esta manera me he estado engañando a mí y también al Partido en lo relativo a mi preparación para el combate…

Media hora más tarde todos lo miraban completamente agotados. Era como si un arcaico reptil los hubiera empapado de toneladas de saliva prehistórica, densa y viscosa como pegamento.

Antes de aparecer en la futura Primera División de Guardia de Stara Planina, Bótev (Ilko Patsirev) había cambiado varias veces de destacamento. Primero estuvo en el grupo del Remendador, que operaba por los alrededores de Lóvech, su patria chica. Después, misteriosamente, entró en las filas del grupo Chavdar, cuyos miembros, siguiendo las indicaciones personales de Yanko (el futuro jefe de Estado Todor Zhivkov), lo enviaron con Slavcho Transki: «El camarada Transki permite criticar a los demás, pero cuando llega la hora de la valoración crítica de sus propios actos y palabras no hace nada». Pero el comandante de aquel glorioso destacamento no se dio por enterado y sin más miramientos mandó a Bótev al destacamento de Kyustendil,[13] acampado cerca del pueblo de Gorno Uyno. Fue a principios del invierno, una estación particularmente apropiada para la autocrítica. La nieve había bloqueado las carreteras. En las largas noches invernales, delante de la estufa, en el refugio subterráneo, Bótev se sumía en profundos autoanálisis. Llegó incluso a interpretar sus sueños, en los que detectaba elementos reprochables, y rogaba entre lágrimas que el Partido le impusiera un castigo. Las primeras campanillas de invierno apenas habían asomado entre la nieve cuando Bótev salió escoltado por dos partisanos malhumorados. Después de tres días y tres noches de acelerada marcha por los caminos helados llegaron a las afueras de Sofía, donde sin más explicaciones lo entregaron a la comandancia de la zona. Desde allí lo redirigieron

inmediatamente a Medved con el pretexto de reforzar la estructura del Partido en el destacamento.

Medved tenía un fuerte temple estalinista. Durante los años pasados en la URSS él mismo se había sometido numerosas veces a una despiadada autocrítica, de modo que algo así no lo asustaba. Sabía por experiencia que había cosas mucho más terribles. Bótev se convirtió en su arma secreta. Cuando daba por terminadas sus extenuantes confesiones nadie tenía fuerzas ni ganas de discutir. Reinaba una unanimidad ovina.

—Gracias, camarada —dijo Medved—. ¿Alguien quiere añadir algo?

Lenin bostezó, Extra Nina se frotó los ojos.

—En mi opinión estas chiquillas nos darán muchos problemas —prosiguió, enérgico, Medved—. Nada más llegar, provocaron tal alboroto que todos abandonaron sus armas. No quiero pensar en lo que pasará si se quedan más tiempo… Por eso propongo que mañana las mandemos de vuelta. Si la policía les pregunta, dirán que se han perdido en el monte y que no han visto a nadie. Provienen de una familia acaudalada y nadie se dedicará a torturarlas.

—Entonces resulta que las chicas tienen la culpa de que los camaradas se hayan quedado mirándolas, ¿es eso? —Extra Nina se había espabilado de pronto.

Después de la adormecedora autocrítica de Bótev, Medved no esperaba una oposición tan activa.

—No sé si lo sabéis, camaradas, pero en comparación con otros destacamentos, el nuestro es el que menos mujeres tiene —prosiguió Extra Nina—. En la práctica, solo una. Mientras que en el de Antón Ivánov hay nada menos que catorce.

—Bueno, los de Antón Ivánov son harina de otro costal —repuso el Enterrador—; ¡tienen hasta una ametralladora!

El comandante le lanzó una mirada escalofriante. El destacamento de Antón Ivánov operaba en el monte Ródope bajo la dirección del legendario Ded (Gueorgui Likin). Ded también había llegado en un submarino de la URSS, pero, a diferencia de Medved, ya dirigía una unidad completamente real de cuatro destacamentos con más de doscientos partisanos considerablemente mejor equipados e ideológicamente preparados que los valientes herederos del grupo Patarinska.

—Pues yo he oído que ya tienen una segunda ametralladora con mil cartuchos —añadió Lenin.

—¡Tonterías! —dijo Medved, incapaz de contenerse más—. ¿Dónde lo has oído? ¿Acaso lo han dicho en Radio Moscú?

—Si no tenemos ametralladoras, al menos vamos a…, eso, reforzar

la sección femenina —dijo el tío Metodi con un tono tan ansioso que provocó una risotada malsana.

—¡Tú limítate a cuidar de tu Penka! —exclamó Medved con la boca torcida en un gesto de desdén.

—Nosotros, los miembros de la Unión Nacional Agraria, estamos a favor —se posicionó un hombre enjuto y con rostro de labrador, tostado por el sol, que hasta el momento había estado callado.

—¿A favor de qué?

—De reforzar la sección femenina. —La respuesta fue clara y la acompañó una mano levantada.

En un profundo e inconsciente impulso democrático, codificado en la propia naturaleza humana, todos, a excepción de Medved y Extra Nina, levantaron las manos y votaron sin que se hubiera establecido el procedimiento de la votación. Medved buscó con la mirada a Bótev, con la esperanza de que se lanzara a otra autocrítica, pero comprobó con amargura que él también había alzado la mano.

—Creo que la decisión está por completo en línea con la llamada del Partido a la masificación del movimiento partisano y a la movilización de la juventud estudiantil —concluyó Extra Nina, que también levantó la mano.

«Primero abandonan las armas y ahora imponen la democracia», pensó Medved alarmado. La influencia nociva de las muchachas ya tenía resultados evidentes. A saber qué otros peligros escondían…

—En lo relativo al irresponsable abandono de las armas —proclamó el comandante con voz llana—, impongo un castigo disciplinario a todo el destacamento, incluidos aquellos que han permitido semejante conducta frívola por parte de sus camaradas. Para la cena se servirá la ración habitual de las últimas dos semanas. El guiso quedará para la comida de mañana. Ha terminado la reunión.

* * *

La noticia de que la cena había sufrido cambios radicales tuvo una profunda repercusión en el espíritu de los partisanos. Delante de la cocina, desde la que seguía brotando el aroma de las alubias cocidas, se formó una cola melancólica. Con cierto pudor, el Arbusto entregaba a cada uno una rebanada de pan poco hecho cubierta con un trozo de tocino y una cebolla. Gabriela y Mónica también hicieron cola, se llevaron sus raciones y se sentaron en el corro de hombres malhumorados. Mientras masticaban apáticos, los partisanos no perdían de vista sus maltrechos fusiles, amontonados a sus pies. El sol había desaparecido detrás de las cumbres y sobre la pradera cayó una sombra densa y oscura, como si un dinosaurio enorme hubiera echado

sus posaderas sobre ella. El bosque empezó a susurrar, se oyeron las voces del búho y del mochuelo.

Las muchachas observaban con interés su modesta cena. Con su navaja suiza multiusos, Mónica había pelado y partido con cuidado la cebolla en rodajas regulares. Gabriela dio un mordisco al tocino, cerró los ojos e hizo un gesto de aprobación.

La comida popular estaba sabrosa.

—¡Que aproveche! —dijo alguien con sarcasmo.

Las chicas no terminaban de entender qué inconveniente veían los camaradas en esa combinación tan apetitosa, pero notaban que su enfado de alguna manera iba dirigido también contra ellas. De pronto una se dio una palmada en la frente:

—¡Pero si tenemos sándwiches!

Abrieron sus mochilas y sacaron varios paquetes envueltos en finas servilletas de color rosa estampadas con conejos de Pascua. Los desenvolvieron y se los ofrecieron a los camaradas. Los sándwiches eran pequeños, triangulares, elaborados a la inglesa. La rebanada superior era de pan blanco, y la inferior, de pan negro. Entre ellas había una hoja de lechuga, un pepinillo, jamón de York o salchichón húngaro untados con mostaza bávara y una loncha de queso amarillo con agujeros. Los había de rosbif y rábano picante. También de paté y pimiento. Cada bocadillo estaba asegurado con un palillo de dientes para que no se abriera.

—¿Pero qué es esto? —exclamó el Enterrador, que retiró con cuidado el palillo y miró entre las rebanadas. Tomó el queso, dobló la lengua como si fuera un canutillo y metió la loncha dentro—. ¡Menudo queso!

—¡Venga ya! —El Clavo le dio un empujón.

—Es emmental —explicó Mónica tímidamente.

Los sándwiches pasaban de mano en mano: los partisanos los admiraban, llenos de asombro.

—¡Venga, comed ya! —los alentó Dicho—. ¿Es que nunca habéis visto pan con salchichón?

Tijón enseguida se metió uno en la boca, pero se atragantó con el palillo.

—Te dije que sobraban los palillos —le susurró Gabriela a su hermana.

Al poco quedaban solo las servilletas.

—Este emmental es muy dulzón —señaló con indiferencia el Clavo.

Un chico de aspecto simplón y con la cara llena de marcas de viruela rompió de pronto a llorar.

—¿Por qué lloras? —le preguntó Dicho.

—Yo nunca…, ¡nunca, nunca! —repetía Tinko, del pueblo de

Golets, y las lágrimas se escurrían por sus pómulos.

Probablemente la mostaza había trastornado sus sentidos, que no estaban acostumbrados a sabores tan exóticos, o quizá había otra razón existencial más profunda que no era capaz de expresar.

Medved estaba sentado fuera del corro, sumido en sus propios pensamientos sombríos. Era como si un recuerdo terrible lo hubiera alcanzado, envolviéndolo y encerrándolo en una coraza de plomo impenetrable. En momentos así nadie, excepto Extra Nina, se atrevía a hablarle.

—Tú, camarada, ¿qué tienes en contra de las muchachas?

Medved sacó la cabeza de su caparazón como una tortuga:

—Un instinto de clase.

—Te equivocas. Serán unas partisanas excepcionales.

Entonces se oyó un estallido sordo y por encima de los árboles voló una bengala verde de señalización, serpenteando como una estrella borracha. Empezó a disparar una ametralladora. Alguien gimió. Medved se tiró boca abajo sobre la hierba.

—¡Al suelo! ¡Al suelo!

Extra Nina se arrastró sobre los codos hasta una piedra. Apoyó su delgada carabina y apuntó en la dirección de donde procedían los tiros. Varias granadas explotaron casi a la vez.

7. CÓDIGO ZELENIKA

Nada más sonar los primeros disparos, las chicas se vieron tumbadas boca abajo, con las narices clavadas en la hierba. El Clavo las había tirado al suelo y les había salvado la vida. Tinko, el de Golets, no tuvo la misma suerte. El fabuloso sabor del sándwich recién ingerido aún lo tenía cautivado. Ni siquiera se enteró de lo que pasaba y, a decir verdad, tampoco le importaba demasiado. La descarga de la ametralladora lo segó como un haz de trigo.

Por el cielo ascendió otra bengala, que reventó como una rosa e iluminó la pradera entera. Desde el bosque aparecieron figuras con cascos y bayonetas en los fusiles. Los partisanos los recibieron con fuego enfurecido e impetuoso.

—¡Ahorrad balas! ¡Disparad a matar! —gritó Extra Nina.

Las figuras se ocultaron otra vez entre las ramas. Al parecer no se esperaban una respuesta tan rápida y organizada. El Capitán Noche había esperado a propósito que el destacamento se sentara a cenar para asestar su golpe. Sin embargo, no podía saber que, debido al castigo que había impuesto Medved, los partisanos no se atrevían a separarse de sus armas. La mísera cena tampoco predisponía a la relajación ni a la fiesta. Los hombres estaban nerviosos y malhumorados.

La bengala dejó una huella de humo en el cielo. Dicho aprovechó el breve oscurecimiento, avanzó a rastras como una lagartija y lanzó su única granada en dirección a la ametralladora. Las probabilidades de que explotara eran del cincuenta por ciento. La semana anterior se le había caído en el río. Después la había estado secando con esmero al sol, pero ¿iba a funcionar? Sobre la pradera se encendió otra bengala y, justo en aquel momento, retumbó la explosión.

El ladrido mortífero de la ametralladora se interrumpió.

Los partisanos se movieron, algunos incluso levantaron la cabeza, pero enseguida llegaron disparos de fusiles de asalto desde distintos flancos. Algunas balas se clavaron en la mochila de Gabriela. Las muchachas se pegaron aún más al suelo.

—Parece que estamos rodeados —susurró Mónica.

—¡¡Código Zelenika!! —se oyó gritar a Medved.

—¡Código Zelenika! ¡Código Zelenika! —repitieron otras voces.

—¡No os mováis! —ordenó el Clavo, que se encaminó a rastras detrás de Dicho.

El Tornillo se fue culebreando en sentido contrario.

—¿Y ahora qué? —murmulló Gabriela cuando las dos hermanas se quedaron solas.

No en vano había estado sacando brillo Medved a los pupitres de la Escuela de Entrenamiento Especial adjunta a la II Dirección General de Contraespionaje del Ejército Rojo, responsable de las operaciones subversivas en la retaguardia del enemigo. Mientras que el resto de trepas del grupo búlgaro estudiaban como locos el *Breve curso de historia del Partido Comunista de toda la Unión (bolchevique)* y procuraban destacar con sus conocimientos del comunismo científico, él daba prioridad a la preparación práctica. Le parecían especialmente útiles las clases del teniente coronel Miná yev: «Tácticas de supervivencia en condiciones de cerco enemigo». La asignatura no tenía mucho prestigio, puesto que la supervivencia nunca había sido una prioridad de los mandos soviéticos, pero Miná yev definitivamente sabía lo que hacía. De forma metódica y concienzuda exponía planes, dibujaba esquemas, desarrollaba conceptos. La manera más segura de no caer en una emboscada es que tú mismo hagas una emboscada, enseñaba Miná yev. ¡Hay que estar siempre en posición de emboscada! Medved apuntaba en su cuaderno y grababa en su mente cada palabra. Tenía dos objetivos principales que no se atrevía a pronunciar ni siquiera para sus adentros por miedo a que alguien los intuyera. Sin embargo, estos objetivos se habían fijado en su mente, en cada impulso nervioso, como un hilo rojo. Eran los siguientes:

1. Conseguir marcharse para siempre de la URSS.

2. Sobrevivir hasta el final de la guerra y, a ser posible, después de la misma.

Miná yev había elaborado un sistema no muy original pero bastante eficaz para salir del cerco enemigo (SSCE: sistema para salir del cerco enemigo, con variantes del 1 al 5) que Medved había adaptado a las condiciones locales. El sistema incluía varios componentes básicos, el primero de los cuales eran tres latas de gas (de veinte kilos cada una) llenas de trinitrotolueno y clavos, hábilmente camufladas en el bosque, dispuestas a unos cien metros de distancia una de otra. Estaban conectadas mediante un cable al dispositivo de detonación a distancia Zvonok que Medved había traído en su mochila personalmente desde Moscú junto con el resto de aparatos subversivos. Entre los componentes del SSCE estaban también el «arco detonador de distracción», situado a un ángulo de ciento veinte grados con respecto al principal, así como la «misión especial», cuyo objetivo era provocar confusión adicional en el enemigo.

La instalación del sistema era considerada un gran logro para el destacamento, aunque hasta el momento no había sido puesto a prueba. Su manejo estaba en manos de cuatro camaradas en los que Medved tenía cierta confianza. Él era el único que estaba autorizado a declarar el código Zelenika, que ponía en marcha los componentes del sistema en un orden estrictamente determinado. El significado concreto de la palabra era objeto de discusión. Según algunos, la zelenika era una planta del monte de Strandzha, otros afirmaban que era una seta venenosa y los había que defendían que se trataba del protagonista de un cuento popular ruso. El comandante guardaba un silencio misterioso.

Mientras las balas silbaban por encima de su cabeza, Medved recordó la voz confiada del instructor soviético. Era un hombre apuesto, con la cara pálida y carnosa, limpio y aseado, de movimientos tranquilos y lentos que apuntaban a una vida reposada. De pronto le asaltó una idea en la que no había reparado antes. ¡Aquel tipo jamás había estado en una emboscada! ¡Ni siquiera había olido el campo de batalla! ¿Cómo podía saber cómo funcionaría el sistema en condiciones reales? No podía saberlo. Pero lo peor era que, evidentemente, le importaba un bledo. Fuera como fuera, para Minávev la supervivencia no era una prioridad.

—¡Que te den, Minávev! ¡Y a toda vuestra chusma! —maldijo Medved soltando una ráfaga con su subfusil destinada a proteger a Dicho y el Clavo, que gateaban hacia el rosal silvestre donde estaba escondido el dispositivo Zvonok.

Dicho extrajo la caja negra de baquelita y giró la manivela para conseguir tensión. El dispositivo Zvonok se parecía a un teléfono antiguo, pero en lugar de un auricular tenía un mango en forma de T. Del dispositivo salía un cable enterrado a poca profundidad bajo la hojarasca.

—¡Dale! —dijo el Clavo apuntando hacia los arbustos de enfrente.

Dicho agarró el mango con ambas manos y lo presionó con fuerza. Ambos se tiraron al suelo cubriéndose la cabeza con las manos a la espera de la explosión. Pero no hubo ninguna.

—¡Vuelve a girar la manivela! —ordenó el Clavo—. ¡Más rápido! ¡Más rápido!

De pronto, Dicho contrajo el gesto y lo miró con sus grandes ojos tristes, que ahora brillaban aún más melancólicos.

—¿Qué pasa? ¿Estás herido?

Dicho se limitó a levantar la manivela, que se había quedado en su mano.

—¡La madre que te parió! —El Clavo le quitó el dispositivo de las manos, agarró el mango y, desesperado, se dejó caer sobre él.

Las latas estallaron a la vez con un estruendo ensordecedor. La tierra se estremeció como una ballena herida. La onda expansiva produjo una granizada de cascotes mortíferos. Varios árboles se desplomaron crujiendo y con las ramas rotas.

En medio del silencio sepulcral que se impuso, los partisanos se lanzaron corriendo hacia el paso recién despejado en el bosque: agachados, avanzando en zigzag, como les había enseñado Medved. Solo Gabriela y Mónica se quedaron tumbadas donde las habían dejado. Les pitaban los oídos todavía por la explosión titánica; tenían la sensación de haberse caído en un sótano sumido en una oscuridad pegajosa. Entonces la cabeza blanca de Extra Nina asomó por encima de ellas:

—¡Venga, a moverse!

—¿Qué?

—¡En marcha!

Desde el extremo inferior de la pradera volvió a oírse la ametralladora, pero sus disparos sonaban distraídos y débiles. En la oscuridad vislumbraron la silueta diminuta del Arbusto, que llevaba el saco de pimentón sobre el hombro. Tras él corría Stoycho con la mochila de Medved.

Una bengala volvió a iluminar la pradera, donde solo se veía un desorden de cadáveres esparcidos. El tiroteo había cesado. El Tornillo oyó a su espalda los pasos cautelosos de unos soldados. Alguien susurró:

—Huyeron hacia allí, los cabrones…

El Tornillo tiró de la cuerda que tenía enroscada alrededor del dedo. Los protectores de las granadas de mano, amarradas en los árboles, salieron con un sonido metálico. ¡Clinc!

Los pasos se detuvieron.

—¿Qué ha sido eso?

«¡Fuegos artificiales navideños!», se rio para sus adentros el Tornillo y se tapó los oídos. Las bombas empezaron a reventar por encima de sus cabezas, provocando un nuevo torbellino de metralla, gritos y gemidos. El partisano aprovechó la confusión y corrió hacia sus camaradas. Poco antes de desaparecer en la maleza, a su espalda sonó un disparo solitario. La bala se deslizó por el lado derecho de su cráneo. El Tornillo se tambaleó y se desplomó sobre la hojarasca.

* * *

—Fantástico disparo, mi capitán —observó zalamero el sargento-cadete Zánev.

El hombre alto y de expresión grave tan solo sopló el humo de la

boca de su pistola y la guardó en su funda. Era la variante de artillería de la legendaria Luger Parabellum, conocida también como Die Lange Pistole 1908 o LP-08. El cañón de este modelo tenía nada menos que doscientos milímetros de longitud y la mira estaba calibrada hasta ochocientos metros. Las Parabellum habían sido adoptadas como armamento en el ejército búlgaro en vísperas de la guerra balcánica, en el año 1911. Desde entonces había corrido mucha sangre, pero el sistema Luger seguía siendo tan fiable como siempre, aunque requería de una mano fuerte. Los oficiales actuales preferían los modelos más compactos y fáciles de manejar como la Walther o la Sig Sauer, pero el Capitán Noche tenía predilección por lo clásico.

—¡Édrev! —le dijo al cabo bajito que lo seguía como una sombra —. ¡Vete a recoger el cadáver!

—¡A la orden, mi capitán! —respondió Édrev y salió corriendo hacia el lugar donde había caído el Tornillo.

Sobre la pradera había salido una luna pálida y delgada como el recorte de una uña. Los soldados registraban la zona con la ayuda de potentes linternas; recogían los muertos y los dividían en dos montones: nuestros y suyos. Por otro lado estaba el grupo de los heridos, entre los que no había ningún partisano.

—¿Reporte? —preguntó el capitán al sargento-cadete.

—Nueve suyos y once nuestros —informó Zánev—. Heridos…

—Olvídalo —lo interrumpió Noche, para quien las personas se dividían solo en vivas y muertas.

Édrev volvió deprisa e informó con cierta incomodidad:

—¡No encontré nada, mi capitán!

Un espasmo doloroso contrajo la cara de su jefe. ¡¿Cómo?! ¿Acaso su fiel Luger le había fallado? ¿O es que estaba perdiendo vista? Llamó al soldado al cargo del perro y ambos se dirigieron hacia el fondo de la pradera. La luz de la linterna recorrió la hierba pisoteada y se detuvo sobre unas briznas salpicadas de sangre. Aquí ha caído, concluyó Noche, que siguió el rastro que se perdía en el interior del bosque.

—¡Vamos, Rex, busca!

El perro bajó el morro, obediente.

El Tornillo yacía a tan solo veinte metros de ellos, escondido en la maleza. La bala le había arrancado parte de la oreja y la sangre corría por el cuello, pero la herida no era grave. Sería mucho más grave que lo descubrieran. Se metió en la boca el frío extremo del cañón de la carabina. ¿Sería capaz de hacerlo? Hasta entonces había pensado que esta era la salida más fácil. Aprietas el gatillo y se acabó. Sin embargo, en aquellas circunstancias, entendió que no sería nada fácil. En absoluto. El terror se apoderó de él. Todas las torturas posibles

palidecieron ante esta elección única e irrevocable.

—Pero ¿qué le pasa a este chucho? —preguntó nervioso el Capitán Noche.

El perro no hacía más que volver la cabeza y gimotear.

—Debe de haberse asustado por la explosión, mi capitán —supuso el soldado—. Se recuperará dentro de un par de días.

—Maldita sea —se lamentó el capitán.

Sacó la Parabellum y aguzó el oído. Tras el silencio que siguió a la explosión, el bosque volvía a llenarse de los ruidos nocturnos habituales, que tapaban cualquier vestigio de presencia humana. A pesar de ello, el Capitán Noche notaba que el herido estaba cerca, agazapado en la oscuridad. El latido de su corazón asustado iba a delatarlo. El corazón asustado suena como una lata, para oírlo basta con sintonizar los sentidos con las ondas del miedo. Centró su mirada en el cañón y se puso a filtrar las vibraciones que llegaban desde la oscuridad: una por una, como si estuviera pelando las capas de la noche.

La voz lastimera de Édrev interrumpió su concentración:

—¡Ha habido un problema, mi capitán!

Los sonidos de la noche volvieron a mezclarse. El Capitán Noche siguió al cabo maldiciendo su suerte.

El Tornillo esperó a que sus pasos se alejaran y escupió el cañón de la carabina. El sabor metálico tardaría en desaparecer de su boca.

La olla de las alubias aún humeaba, colocada sobre cuatro piedras. En el suelo, como lombrices pisadas, se retorcían tres soldados. De sus bocas salían espumarajos amarillos y un gorgoteo. Sus dedos arrancaban convulsivamente la hierba. Tenían los ojos en blanco. Sus compañeros los habían rodeado sin saber cómo ayudarlos. El Capitán Noche se abrió paso empujando a los hombres asustados.

—¿Qué ocurre aquí?

—Han comido alubias, mi capitán —le informó Édrev.

Se acercó a la olla y miró dentro. Le llegó el aroma de las hierbas con las que el Arbusto había sazonado generosamente la sopa. Desprendían un olor irrealmente fresco, como si estuvieran recién recogidas. Se le hizo la boca agua. Con el hambre que le había entrado después del combate, sintió un impulso irresistible de tomar un cazo entero. Pero su mirada se volvió a posar en los soldados que se revolcaban en la hierba.

—¡Ri-rri-rri-cooo! —gorgoteaba sin parar uno de ellos mientras seguía retorciéndose.

Antes de largarse, el Arbusto había cumplido con la «misión especial»: vertió en las alubias el contenido de una pequeña cápsula que le había dado Medved. El veneno de acción rápida RN337 había

sido sintetizado por la Dirección Central de Inteligencia a principios de la guerra. Consistía en una base de ricino combinada con un agente que potenciaba los aromas naturales de los alimentos. El objetivo era estimular los receptores gustativos del enemigo y su glotonería innata. Más tarde esta tecnología sería aplicada en la industria alimenticia para mejorar el sabor de los congelados. Las cápsulas de RN337 junto con el dispositivo Zvonok eran parte del paquete subversivo estándar con el que los especialistas soviéticos habían equipado a Medved.

—¡Imbéciles! —dijo entre dientes el Capitán Noche dándole una patada a la olla.

8. NOCHE EN EL BOSQUE

El único punto claro en la oscuridad era la cabeza blanca de Extra Nina, con el pelo recortado en forma de bol. Las chicas no tenían ni idea de adónde las llevaba, pero la seguían sin separarse. En plena noche, la hilera de partisanos se había alargado y dividido en grupos que no tenían comunicación entre sí. No se atrevían a intercambiar señales por miedo a ser descubiertos. El enemigo estaba todavía cerca, aunque aturdido por el cambio inesperado en el desarrollo del combate.

De pronto el bosque clareó y las tres se encontraron al borde de un precipicio. La luna iluminaba los peñascos entre los que crecían pequeños pinos torcidos. Extra Nina tanteó con el pie la ladera e intentó bajar. Varias piedrecitas cayeron al barranco, arrastrando otras a su paso y haciendo retumbar el monte entero. Dio media vuelta inmediatamente.

—Por aquí es imposible —concluyó—. Tendremos que pasar por arriba.

Continuaron subiendo por la ladera hasta que los árboles gradualmente dieron paso a los arbustos de enebro. La montaña pelada se cernió sobre ellas como una ola gigante que en cualquier momento podía salir de su letargo y aplastarlas. Por fin lograron superar la ladera y volvieron a bajar hacia el bosque. Extra Nina se tumbó de espaldas en el primer claro. Sus dos compañeras se dejaron caer a su lado.

Habían caminado casi seis horas sin descanso.

—¡Enhorabuena por vuestro bautismo de fuego! —las felicitó Extra Nina una vez recuperado el aliento.

—¿A alguien le apetece chocolate? —preguntó Mónica.

—A mí. —Su hermana extendió la mano.

—¿Chocolate?, estaréis de broma —se rio Extra Nina.

Mónica metió la mano en su mochila y sacó una tableta imponente envuelta en papel de plata. La partió en dos, guardó la mitad, y la otra la dividió en tres trozos y la repartió.

—Mmm, qué bueno… —se relamió Extra Nina.

—Es Lindt —puntualizó modestamente Mónica.

—¡Dame más! —Gabriela volvió a extender la mano.

—No. Dejemos algo para más tarde.

—¿Cuándo es más tarde? ¿Cuando nos maten?

—¿Y tú por qué no cogiste?

—Porque estaba pendiente de las armas.

—Por eso se te olvidaron los cartuchos…

—¡No os peleéis! —las interrumpió Extra Nina—. Gabriela tiene razón. Nunca se sabe. Hay cosas que no se deben dejar para más tarde. El chocolate es una de ellas.

Mónica suspiró, sacó la otra mitad, la partió y, en un tono de reproche, se lamentó:

—Ahora solo nos quedan los bombones de caramelo.

Se quedaron tumbadas, saboreando extasiadas los últimos trozos de chocolate. Pero al cabo de pocos minutos empezaron a castañetearles los dientes. El frío se había filtrado inadvertidamente a través de la ropa.

—¿Habéis traído mantas de lona? —preguntó Extra Nina apoyándose en el codo.

—Nadie nos avisó —respondió Mónica.

—Eso pasa cuando no hay una instrucción unitaria. —Extra Nina sacó de su mochila un trozo de lona y lo desplegó—. ¡Acercaos!

Las tres se acurrucaron bajo la manta. El calor de sus cuerpos se fundió y las envolvió en una cápsula invisible.

—Jamás os quedéis sin manta ni sin balas en el monte —susurró Extra Nina—. Sin chocolate se sobrevive, pero sin manta ni balas estáis perdidas. Al menos dos balas. Una para cada una. No os deben capturar con vida. De lo contrario os torturarán.

«Os torturarán…», repitió para sí la veterana.

El sabor del chocolate se mezcló con el amargor de un recuerdo doloroso. Sintió ardores en la boca del estómago, como si se hubiera tragado una cucharilla candente. Empezó a sudarle la frente, pero no se le humedecieron los ojos.

—¿A ti te torturaron? —preguntó en voz baja Gabriela.

Sus finos dedos tibios se aferraron a los de Extra Nina.

—Aquello que me ocurrió —empezó Extra Nina— en realidad no me sucedió a mí. Aquella muchacha ya no existe. No está. Y no soy ella, esta es la única manera de seguir viviendo. Incluso cuando consigo vengarme, no lo hago por mí, sino por ella. Así es más fácil…

Apretó la mano de Gabriela y continuó con voz seca y plana, como si se tratara de otra persona:

—¡Pobre Dimitrichka! La arrestaron cuando volvía del colegio, con el bolso lleno de cuadernos. Deberes que nunca iba a revisar. Su

pistola estaba debajo del colchón. La encontraron en el registro. Una pistola de chicha y nabo, pero serviría… La esposaron y la mandaron directamente a Vratsa, al sótano de la oficina provincial de la policía. Fueron tres: el inspector Bázov, un tal Ivanoolu y un tipo gordo y sonrosado llamado Kúzov. Bázov le pareció enorme. Nada más entrar empezaron: «O sea que tú, mocosa roja, ¿les das a tus alumnos a leer a Geo Mílev?[14] ¿Y a aquel lumpen soviético de Mayakovski?». La pobre pensó que la iban a acusar de subversión ideológica. «Eso no es un crimen —dijo audaz—. Geo Mílev aprendió de Marinetti. ¿Saben quién es Marinetti? ¡El poeta favorito de Mussolini!». «¡No queremos saber nada de ese gilipollas de Marinetti! —Bázov le dio un guantazo —. Y Mussolini nos importa un carajo. Aquí manda solo Adolf Hitler. ¡Bulgaria ante todo! Y, para tu información, esta paliza no es por unos puñeteros poetas pelagatos, sino por otra cosa bien diferente. Ahora dinos, ¿con quién de esta unidad te reúnes?». «Con nadie…». ¿Qué podía decir? Entonces le quitaron la ropa, la amarraron a un caballete para cortar leña y trajeron un manojo de varillas de cornejo humedecidas en vinagre. «¡Pero qué carne más bonita y blanca tienes! —dijo Bázov sonriendo—. Una lástima». Y empezaron a azotarla hasta que brotó sangre.

—Dimitrichka —susurró Gabriela—. ¿Es ese tu nombre real?

—Dimitrichka… —repitió Mónica con ternura.

—Y Dimitrichka solo repetía: «No conozco a nadie, no me he reunido con nadie». ¿Cómo iba a traicionar a los camaradas? ¡¿Cómo iba a traicionarse a sí misma?! Entonces entraron otros dos uniformados. Los cadetes Sávov y Garménov, del Regimiento de Infantería de Vratsa. «Es ella —dijeron—, solía venir a hacer propaganda en los bailes del centro cultural. Le dijimos que éramos de la Unión de las Juventudes Obreras porque nos la queríamos cepillar. Pero no se dejó. Le mentimos diciendo que habíamos creado una organización y que íbamos a llevar armas al monte: dos ametralladoras, bombas, fusiles, todo lo que te puedas imaginar». «No se deja, ¿eh?», se reía Bázov. «No, la muy zorra». «¡Ya se dejará, pero no con vosotros, so imbéciles! ¡Marchando!». Y salieron. Pero antes aquel cabrón de Garménov apagó el cigarrillo en su piel.

—¡Ay! —Gabriela se estremeció, como si el cigarrillo la hubiera quemado a ella.

—«¡Renuncia! ¡Renuncia y te soltamos! —gritaba Bázov—. De todos modos, ya lo sabemos todo. Sabemos quién te hace los encargos y a quién rindes cuentas». «¡No, no renunciaré jamás! ¡Jamás!», gemía ella. ¿Qué quedaría de mí entonces? ¡Nada! Un ser despreciable y cobarde que se introdujo en el seno del Partido. ¡Ten cuidado, Dimitrichka! ¡Yo misma te aplastaré la cabeza si renuncias!

—¡Pobrecita! —la abrazó Mónica.

—¡Yo no, yo no! Ella… —decía Extra Nina—. La bajaron del caballete y la colgaron de un gancho en el techo, cabeza abajo. «¡Recita a Mayakovski ahora, so perra! No te oigo, no te oigo…». Y venga a pegarle con la manguera en los talones.

—¡En los talones! —Mónica contrajo el gesto.

—«*Como un lobo / devoraría la burocracia, / no siento respeto / por las credenciales / y mando / a todos los diablos / todos los "papeles". / Pero este…*».[15] «Pah —escupió Bázov—. ¡Y a eso lo llaman poesía! Ahora verás tú lo que es el poder soviético y la electrificación. Kúzov, ¡coge los cables!».

—¡Qué cabrones!

—Kúzov dispuso los cables…

Nina se convulsionó, como si por su cuerpo volviera a pasar la corriente eléctrica.

—Enchufaron y desconectaron la corriente varias veces, hasta que perdió la conciencia. Volvió en sí en medio de un charco de excrementos. Sentía algo detrás, en el ano…

—¡¿Qué era?!

—No lo sabía. Tan solo veía un cable que sobresalía como una cola de cerdo. Bázov se agachó, la miró a los ojos y prendió el extremo. La mecha empezó a chisporrotear. «Tienes tres minutos exactos para confesarlo todo».

—¡No! —gritaron aterradas las chicas.

—¡Sí! ¡Le habían metido un palo de dinamita, aquellos monstruos! «Hasta aquí hemos llegado —pensó ella—, se acabaron mis penas. He sido leal hasta el final». Quería gritar, cantar algo revolucionario, pero la pobre no tenía fuerzas. No tenía fuerzas para recordar nada de su vida pasada. Solo podía contar mientras la mecha se acortaba. «¡Vaya limpieza nos va a tocar hacer!», dijo Bázov y salió de la habitación con los demás. Se quedó completamente sola. La mecha seguía siseando, hasta que de pronto se calló. Pasaron un par de segundos: nada. Pasaron otros cinco: sin cambios. Resultó que no era dinamita, sino un cirio grueso… Pero ella no lo sabía. Pasó toda la noche tumbada, sin hacer otra cosa que no fuera respirar.

El viento susurraba en lo alto de las copas de los árboles y llenaba el bosque de sonidos y gemidos. Los huecos que dejaban las hojas cambiaban continuamente de forma; de tanto en tanto asomaba a través de ellos alguna estrella que se reflejaba en los ojos vidriosos de Nina. Las chicas habían entretejido los dedos de las manos con los de ella y, emocionadas, contenían el aliento.

—¿Y cómo lograste huir? —preguntó por fin Mónica.

—Me escapé del tren cuando me trasladaban a Sofía. Me escoltaban dos policías. Pasada la estación de Lakátnik conseguí

distraerlos y quitarles las armas. Tiré del freno de emergencia y salté a los arbustos que bordeaban la vía. Hubo pánico. En el tren viajaban militares también, pero no se atrevieron a perseguirme. Hasta salió en los periódicos —concluyó modestamente.

—¡Entonces, siempre hay esperanza! —observó Gabriela con admiración.

—Siempre y cuando aguantes… —respondió pensativa Mónica.

Gabriela se apoyó en un codo y de pronto le plantó un beso a Nina en los labios.

—¡¿Qué haces?! —La comisaria política la apartó discretamente.

—¡Eres una auténtica revolucionaria!

Nina no contestó. Las chicas también se sumieron en el silencio, asaltadas por repentinas dudas y temores. ¿Serían ellas capaces de superar semejante prueba? Las dos intentaban ponerse en el lugar de Nina y sentir al menos parte del dolor que había experimentado. Pero por mucho que apretaban los ojos intentando imaginarse suspendidas del techo, desnudas, con el látigo hiriente castigando sus talones, nunca podrían alcanzar la esencia de aquel dolor y así descubrir los límites de su heroicidad.

Extra Nina apartó bruscamente la manta.

—¿Qué pasa? —susurró Mónica.

—¡Ssss!

Agarró la carabina y se deslizó ágilmente como un gato. Se agachó entre los altos helechos que bordeaban la pradera y miró a su alrededor. La noche ya clareaba, sobre el suelo flotaba una fina neblina. No vio a nadie, pero juraría que había oído un crujido de ramas secas. Los animales no solían pisar de esa manera. Notó un nuevo movimiento y apuntó con su arma en dirección al sonido. Entre los árboles se perfiló una silueta humana. Avanzaba de forma insegura y a tientas. Parecía que no iba acompañada. Extra Nina tomó la carabina por el cañón, esperó a que el tipo se acercara y le atizó con la culata con todas sus fuerzas. El hombre se desplomó en la hojarasca sin hacer ruido. Extra Nina lo volteó con el pie y escudriñó su cara.

Era el Tornillo.

9. TÓRTOLA O AUTILLO

Un total de diecinueve personas bajo el mando de Medved alcanzaron el paraje de Byala Vapa a primera hora de la tarde del día siguiente. Después de caminar durante toda la noche, resultó que habían aparecido en Cherna Vapa y tuvieron que volver, rodeando los pastizales abiertos a los pies del monte. Los conducía un partisano del pueblo de Gubesh, un tal Galabinko Lesichkov (Coraje), también conocido como el Guardabosques. Como indicaba su nombre, el Guardabosques había trabajado muchos años en el Departamento de Silvicultura y se suponía que conocía los senderos de esta parte de Stara Planina como los dedos de su mano. Galabinko había pasado los dos últimos años en un estado de borrachera salvaje, tan salvaje y desesperada que su mujer, Dona, se vio obligada a mandarlo casi a la fuerza con los partisanos. El hermano de ella, el tío Metodi, era uno de los fundadores del destacamento Patarinska y presionó para que lo aceptasen. En el monte no hay tabernas, reina una disciplina férrea, se curará. O lo matarán. Curiosamente, el hombre se recompuso. Nadie sabe si fue por el aire limpio, por temor a Medved o por vergüenza ante sus compañeros. Sucedió, eso sí, que los caminos quedaron enmarañados en su memoria como un ovillo de lana. Por aquí, por allí, luego vuelta atrás. Después por ahí. No, por ahí tampoco, era por el otro lado. *Чёртвозьми!*[16] Pero por mucho que se enfadara, Medved no podía negar que, al fin y al cabo, Coraje siempre lograba llevarlos al lugar señalado. Por un camino u otro…

Byala Vapa era el punto de encuentro señalado para los partisanos en caso de que se invocara el código Zelenika y el destacamento tuviera que dividirse en grupos. Hacía dos meses que el Arbusto y otro camarada llamado el Bidón habían ido allí para organizar las provisiones alimenticias. Habían escondido dos sacos de harina, unos cien kilos de patatas y una lata de aceite. No era mucho, pero valdría para un primer momento. Allí se encontraron con otro grupo de ocho personas liderado por Lenin. Habían llegado hacía dos horas. Lenin era un montañero experimentado y no dejaba pasar la oportunidad de demostrar su superioridad en términos de orientación. Lo acompañaban Tijón y Lozán, herido este último en el hombro. Por el camino Tijón se había comido una seta y ahora se quejaba del vientre.

El Arbusto intentó determinar qué clase de seta era, pero solo pudo saber que era amarilla.

—Si tienes suerte, camarada padre, va a ser solo una cagalera —concluyó el Arbusto.

—¡Siempre y cuando haya qué cagar, jo, jo! —retumbó la voz de Tijón.

La ordinariez indisimulada del camarada-padre echaba atrás a algunos espíritus más delicados, pero no podía asustar a Medved. Consideraba que su energía y su humor primitivo tenían un efecto vigorizante para el destacamento, sobre todo en momentos como este. De todos modos, nada podía compensar la falta de camaradas guerrilleros como Extra Nina y el Tornillo. Las gemelas tampoco aparecían. Teniendo en cuenta que todos los problemas empezaron con su llegada, Medved no tenía razones especiales para estar triste. No suponían más que quebraderos de cabeza. Pero la idea de que no las iba a volver a ver, quién sabe por qué, le provocaba un continuo pesar. Un pesar que no tenía tiempo de analizar porque tocaba tomar decisiones importantes.

Por cuestiones de seguridad Medved ordenó al grupo principal acampar unos cuatrocientos metros más arriba. Solo un círculo reducido de camaradas conocían el punto de encuentro, pero faltaban algunos, entre ellos el apodado Bidón. Nadie sabía con certeza si habían caído muertos o capturados, en cuyo caso era posible que la tortura hubiera llevado a alguno a desvelar el punto de encuentro. No debían quedarse mucho tiempo allí. Medved mandó al Arbusto y al Clavo a buscar la comida escondida. Abajo se quedaron de guardia el Enterrador y el tío Metodi: para recibir a los restantes camaradas y enseñarles el punto de encuentro o para avisar si aparecía el enemigo. Debatieron cuál debía ser la señal de aviso precisa, algo que siempre desembocaba en prolongadas discusiones. El comandante tenía preferencia por la llamada de la tórtola: tal vez porque era la única que sabía imitar. Sin embargo, el tío Metodi objetó:

—La tórtola —dijo con aire competente— vive en las llanuras. En los huertos, junto a los ríos, en el campo, allí es donde hay que buscarla. Si oyes a una tórtola por encima de mil doscientos metros, seguro que es un partisano. ¡Es como cantar *La Internacional*! Se reirán de nosotros, camarada *kombrig*.

Desde que llegó al destacamento, Medved intentaba elaborar e imponer un clasificador único de las señales de aviso, tal y como le habían enseñado en la escuela. Por ejemplo: para el enemigo, la tórtola; para un viajero cualquiera, la curruca; para los amigos, la alondra; y así en adelante. Pero los partisanos de la zona se empeñaban en no aceptar este método integral. ¿Cómo vas a imitar una curruca en los hayedos en octubre? Cualquiera que te oiga irá a

denunciarlo a la policía. Porque hasta los niños saben que la curruca anida en los abedules y los tilos y en septiembre migra al sur. Es mejor imitar al chochín. Y si estás cerca de un claro puedes cantar como un guion de codornices… ¿Codornices? ¿¡Pero qué dices!? Y se desataba la disputa. Junto al claro anida el bisbita arbóreo. ¡Tii-tii-tidoi! No, ¡así hace el agateador! Vive en los pinares. Pero al otro lado del monte. En este lado se puede oír el cascanueces común o el carbonero: ¡tsip-tsip-tsip!

Tras escuchar un rato, Medved desistió. ¡No había manera con esos patanes! Gorjean, trinan y silban como niños. Él también se había criado en el pueblo, pero con los años el alegre coro de los pájaros de su infancia había enmudecido. De donde venía los pájaros cantores eran pocos y no se quedaban mucho tiempo. En las interminables noches invernales aullaban las tormentas, se escuchaba el llanto de los borrachos y la nieve chirriaba bajo las botas de los miembros de la Checa. El resto era silencio, profundo y pesado, que aquí no existía en absoluto. Incluso en los meses más fríos siempre habría un gorrión, una urraca o un torcecuello que se posara en alguna rama y llenara de melodía el sereno día invernal. Para Medved todos estos sonidos eran casi iguales, pero para la gente local evidentemente tenían una gran importancia. Así que desistió de discutir y los dejó desarrollar su complejo sistema de comunicación, adaptándolo para cada caso concreto.

—Entonces, ¿qué propones? ¿Urogallo?

—¿Urogallo? —repitió pensativo el tío Metodi—. Ahora no es temporada de urogallos. El urogallo canta cuando está en celo. Eso será dentro de dos semanas, ahora está mudo como una tumba. Imitar ahora la llamada del urogallo es equivalente a gritar: «¡Muerte al fascismo!».

—¡Maldita sea! —dijo el Enterrador.

—¿Entonces, qué? —preguntó Medved con cierta impaciencia.

—Autillo —propuso el tío Metodi.

—Querrás decir búho…

—No, autillo —repitió el tío Metodi—. El búho grita solo por la noche, mientras que al autillo se lo oye también de día.

Juntó las palmas de las manos delante de la boca y emitió un sonido sordo y grave:

—¡Tuu-tuu!

—¡Vaya! No sabía eso —dijo el Enterrador.

De repente desde el bosque llegó un chillido metálico. Medved se quedó de una pieza. En la cara del tío Metodi asomó una amplia sonrisa.

—¡Ese es el Tornillo! —anunció con alegría—. Intenta parecer una

alondra, pero siempre le sale como un silbato de vapor.

—Un silbato de vapor agujereado —puntualizó el Enterrador, que lo imitó.

Los matorrales se movieron y de allí salieron el Tornillo, Extra Nina y las dos chicas. La cabeza del Tornillo iba vendada torpemente con un trapo rosa. A la derecha tenía una mancha marrón de sangre.

—¡Por fin! —El Enterrador los abrazó—. ¡Hola, bocachas!

(Esto último pasó inadvertido).

La aparición de este pequeño grupo ofrecía cierta esperanza de que pudiera haber más supervivientes. El Enterrador y el tío Metodi se quedaron esperando mientras Medved condujo a los recién llegados al campamento provisional. El Tornillo no dejaba de parlotear sobre sus hazañas, mientras que Extra Nina parecía ensimismada. Las chicas la seguían cabizbajas. El pesar que carcomía a Medved por no volverlas a ver de pronto se desvaneció. En su lugar apareció un malestar inexplicable que aumentaba a cada paso.

10. ¿DÓNDE ESTÁ LA BOLITA?

El Arbusto y el Clavo deambulaban desalentados por el pinar.

—¡La madre que me parió! —maldecía el enano—. ¡Aquí tampoco está!

—¿No habéis puesto señales? —se enfadó el Clavo, que tenía un hambre canina—. ¡Menudos conspiradores de mierda!

En otras circunstancias el Arbusto podría haberse ofendido, pero ahora se sentía avergonzado y confundido.

—Volvamos a aquella roca cubierta de musgo. La recuerdo muy bien…

—¿Cuántas veces vamos a volver? —protestó su compañero, aunque, de todos modos, volvieron.

—Entonces, desde aquí hay que contar treinta pasos a la izquierda —musitaba el Arbusto, que se puso a contar.

—¡Espera! —lo interrumpió el Clavo—. ¿Contaste tú los pasos?

—No, ¡el Bidón! —El canijo se dio una palmada en la frente—. ¡Madre mía, qué idiota soy! Sus pasos no son como los míos. Ven tú a medir.

En el trigésimo paso el Clavo pisó unas ortigas espesas que le llegaban al pecho. Miró a su alrededor desesperado.

—Antes no estaban, han debido de crecer ahora… —se justificó el Arbusto—. Tiene que haber un palo en forma de Y, blanquecino. Es la señal.

El Clavo, maldiciendo, se puso a hurgar entre las ortigas.

—¿Hacia dónde apunta el extremo corto?

—¡Y yo qué sé! Hacia allí…

—¡Cuenta otros sesenta pasos!

El Clavo salió de las ortigas frotándose las manos enrojecidas. El Arbusto correteaba alegre detrás de él.

—¡Aquí está! ¡Lo hemos encontrado!

Alzó la mirada hacia las ramas del imponente abeto que se cruzaban como una bóveda sobre sus cabezas. La idea revolucionaria de almacenar las provisiones en los árboles era del Bidón. De esta manera, decía, no las encontrarían los jabalíes. «¿No se caerán?»,

preguntaba preocupado el Arbusto. «Descuida», respondió el Bidón. Dicho y hecho. El Bidón subió al árbol incluso la lata de aceite, envolviéndola en algo para que no brillase y no atrajera la atención.

El Clavo miró primero el abeto, después al Arbusto y suspiró.

Apoyó el fusil en el tronco, se frotó las manos y empezó a subir. Las acículas verdes lo envolvieron y se fue abriendo camino entre las ramas hasta perderse de vista por completo. «¡Qué idea más ingeniosa tuvo el Bidón! —pensaba el Arbusto—. ¿Dónde estará ahora su pobre cabeza?». Se apartó juiciosamente por si alguno de los sacos le caía encima. Transcurrieron varios minutos. El Clavo había subido tan alto que ya no se le oía. ¿Sería capaz de lograrlo ese jovencito? El Bidón era más fuerte… Al cabo de un rato las ramas que estaban encima de su cabeza volvieron a crujir.

El Clavo aterrizó de un salto, cubierto de rasguños y furioso.

—¡Nada!

—¿Cómo? —El Arbusto dio un paso atrás.

—¡¡Arriba no hay nada!! —repitió el Clavo apretando los puños.

—El palo… —tartamudeó el enano—. ¿Estás seguro de que el palo apuntaba hacia aquí?

—¡Tú, mala hierba! ¡Cardo borriquero, liquen despreciable…, escoria!

* * *

Extra Nina estaba sentada en la hierba limpiando el cañón de su carabina con un esmero taciturno. Tenía las manos manchadas de lubricante. Mónica y Gabriela se le acercaron en silencio y se acomodaron a su lado sin decir palabra. La baqueta entraba y salía del cañón con un ruido sibilante. Por fin Mónica reunió coraje y dijo tímidamente:

—Dimitrichka…

—¿Cómo te atreves? —Extra Nina le lanzó una mirada terrible—. ¡No me llames nunca así!

Sin decir nada más, se levantó y se trasladó unos diez metros más allá para seguir con la limpieza de su arma. Las chicas intercambiaron miradas confundidas. «¿Qué diablos pasa?», pensó Medved, que había seguido la escena con interés.

En ese momento a su espalda hubo cierto movimiento.

—¡Permítame informar, camarada *kombrig*!

«El gran comandante —solía repetir el coronel Dovlátov, profesor de preparación táctica general— es capaz de aceptar con la misma tranquilidad tanto las pequeñas derrotas como las grandes». Medved recordó con claridad sus palabras cuando el Arbusto y el Clavo

comparecieron ante él para informarle de que no habían encontrado la comida. «El gran comandante no revela lo que ocurre en su corazón. Sus rasgos no tiemblan, igual que la cara de Lenin, dormido en su mausoleo, iluminado por el resplandor interno de la Revolución».

—O sea, que no la habéis encontrado —dijo con los ojos entornados Medved.

—Afirmativo, camarada *kombrig*. No la hemos encontrado —repitió el Clavo—. La culpa es de este idiota. Se le ha olvidado dónde han escondido la comida. ¡Se merece que lo empalemos como una codorniz asada!

El Clavo hablaba desde el corazón. Pero el Clavo no era comandante. Empalar al Arbusto no iba a cambiar sustancialmente la situación táctica, exceptuando tal vez la breve satisfacción moral. «El gran comandante no tiene tiempo de ajustar cuentas personales —les enseñaba Dovlátov—. El gran comandante solo tiene que ajustar cuentas con la historia».

—Camarada Elín —pronunció con frialdad Medved—. Me decepciona.

¡Era el único que lo llamaba Elín! Y había traicionado su confianza. El dolor era insoportable. Tal vez sus compañeros tuvieran razón cuando pensaron que era indigno de un nombre tan bello. ¡Merecía ser «el Arbusto» el resto de sus días!

—Me… me acordaré… —empezó a farfullar el enano—, ¡me acordaré sin falta!

Pero Medved ya no lo escuchaba. Se volvió hacia el destacamento y ordenó:

—¡Que se abran las RIA!

La reserva intocable de alimentos (RIA) eran dos trozos de pan duro y una pizca de azúcar envueltos en un paquete que todo partisano debía llevar en su mochila. Se procedía a su apertura solo por orden expresa del comandante. Dos semanas antes Medved había inspeccionado las mochilas y había comprobado con satisfacción la existencia de los paquetes. El propio comandante contaba con una RIA especial que le permitiría aguantar una semana entera en régimen de «supervivencia autónoma». Contenía catorce pequeñas pastillas de sustancia alimenticia altamente energética (SAAE), creada, por cierto, en el mismo laboratorio que había producido el veneno de vanguardia RN337. Aquel insípido y grasiento compuesto que parecía lubricante congelado sería la base de los futuros alimentos para cosmonautas. A Medved le contrariaba tener que gastar esta inestimable reserva en una situación tan estúpida, pero no tenía otra opción.

«El gran comandante —enseñaba Dovlátov— acepta la estupidez humana como un fenómeno natural. ¿Acaso te puedes enfadar con el

viento por haber tirado tu chimenea?».

Se dio la vuelta y se metió inadvertidamente el cubito de color marrón oscuro en la boca. Dejó que se reblandeciera, lo aplastó y lo puso debajo de la lengua. Cuanto más lentamente lo chupaba, mejor se asimilaban las calorías.

—¿Y tú por qué no comes? —se dirigió Medved a un partisano llamado Svilen, que observaba el paquetito de RIA con cara de tonto.

—Pues yo… ya he comido.

—¿Cuándo has comido? —preguntó el comandante invadido por un mal presentimiento.

Svilen bajó la mirada. Medved le quitó el paquete de las manos y lo abrió.

—¿Y eso? —murmulló sin dar crédito a sus ojos.

En su interior había dos trozos de corteza de pino y una bellota.

El comandante levantó la vista y vio que casi nadie comía. Los partisanos, culpables, evitaban su mirada. Algunos incluso fingían estar dormidos. Extra Nina seguía hurgando con la baqueta en el cañón de su carabina. Medved se sintió trágicamente solo, con el terrón de SAAEderritiéndose bajo su lengua.

—¡Camarada *kombrig*!

Una mano se alzó insegura.

—Permítame que haga autocrítica.

—¡Adelante!

«Si no hay pan, os alimentaré con autocrítica», pensó Medved con malicia.

—Yo —empezó Bótev con voz gangosa— he formado parte de una irresponsabilidad colectiva. En lugar de informar a la dirección de los peligrosos procesos que se desarrollaban delante de mis ojos, he preferido participar en ellos influido por factores naturales inconscientes como el hambre y la glotonería. No busqué apoyo en la teoría y la práctica de las grandes enseñanzas de Marx, Lenin y Stalin, no impulsé una discusión sobre los problemas…

Las chicas volvieron a arrimarse a Extra Nina y se sentaron a su lado.

—Tenemos bombones —susurró Mónica.

—No tengo hambre —respondió Extra Nina sacudiendo la cabeza.

Pero las hermanas no se movían.

—Queremos ser como tú —dijo Gabriela.

—Ten cuidado con lo que pides —contestó Extra Nina.

—¿De verdad que no quieres un bombón? —le ofreció Mónica.

—¡Largaos!

—¡Atento todo el mundo! —alzó la voz Medved.

—… culpable de malgastar mi reserva intocable personal y de engañar a la dirección del destacamento respecto a su existencia. En un arrebato de solidaridad malinterpretada, permití que mis compañeros cometieran el mismo error, de lo que me arrepiento profunda y sinceramente. Entiendo que esta reserva me es necesaria ahora para sobrevivir sin ser una carga para los demás. Subestimé la complicada situación táctica y creo que merezco un castigo severo.

En ese momento desde el bosque llegó un sonido profundo y sombrío:

«¡Tuu-tuu! ¡Tuu-tuu! ¡Tuu-tuu!».

* * *

El Capitán Noche llegó a Byala Vapa a las cinco en punto de la tarde. Apareció como de la nada, junto con las sombras que ya se estaban alargando. Valyo había oído que por allí habían dejado una base de provisiones en caso de retirada repentina. Compartió esta información de buena gana, antes de que le tocaran ni un pelo. Pero el cabrerillo conocía solo el monte que rodeaba su pueblo natal. Tuvieron que buscarse a otro guía. Encontraron a un guardabosques de la empresa forestal Romanovo, donde dejaron a los muertos y a los heridos. Todo esto les hizo perder tiempo.

En Byala Vapa ya no había nadie. Les recibió tan solo la llamada sorda de un pájaro invisible: «¡Tuu-tuu! ¡Tuu-tuu! ¡Tuu-tuu!». El capitán miró a su alrededor inquieto y llamó a un soldado que supuestamente conocía las aves.

—¿Qué es esto, Andréev?

—Un autillo, mi capitán —respondió el soldado sin pensárselo.

—Sí, es un autillo —confirmó el guardabosques.

—¡Un autillo! —El Capitán Noche se dirigió al partisano capturado, que iba maniatado—. ¿Adónde nos has traído?

Valyo parpadeó asustado:

—Le dije todo lo que sabía, señor capitán…

—Es porque no le hemos pegado una paliza —dijo Zánev.

—Bueno, pues ahora lo ahorcaremos —decretó el capitán, que miró a su alrededor—. En aquel árbol de ahí. ¡Marchando!

—¡No! ¡No! —palideció Valyo.

Tres soldados lo agarraron y lo arrastraron hacia el árbol señalado.

—Te escapas del Ejército, ¿eh? ¡Maldito desertor!

—¡No me he escapado! ¡Los partisanos me reclutaron a la fuerza! —se justificaba Valyo retorciéndose entre sus manos.

Uno de los soldados trepó ágilmente por el gigantesco abeto y colgó de una rama una soga con un lazo. Los otros dos se lo pusieron a

la víctima, aclamados por sus compañeros. De pronto, desde el árbol llegó una voz.

—¡Arriba hay algo, mi capitán!

—¡Cuidado! —avisó Zánev—. ¡Quizá sean explosivos!

—¡Al suelo! —ordenó Noche y se dirigió a Valyo—: ¡Tú, súbete al árbol!

Los soldados lo liberaron. El prisionero no esperó a que se lo repitieran y rápidamente trepó por las ramas, contento de haber sorteado el terrible desenlace, al menos por el momento. Al rato cayeron al suelo unos sacos de harina que levantaron nubes de polvo blanco. Después bajó la lata de aceite, bamboleándose en la soga. Valyo saltó al suelo y se frotó nervioso las palmas manchadas de resina.

—¡Os lo dije! ¡Os lo dije! ¡Aquí es! ¿Verdad?…

El capitán hizo un gesto para que lo apartasen.

—Parece que los hemos adelantado —observó contento Zánev.

—Eso parece… —convino con precaución Noche.

Édrev llegó corriendo.

—¡Mire lo que he encontrado, mi capitán!

Le dio un envoltorio transparente de celofán. Noche lo tomó con dos dedos, lo levantó hacia la luz y se quedó mirando el elegante rótulo: Serge. Lo olió incrédulo. Era de un bombón de caramelo caro. ¿Qué demonios hacía en ese lugar remoto?

—¿Dónde lo encontraste?

—Por allí, a unos cien metros, mientras registrábamos la zona.

El sargento-cadete tomó el envoltorio y lo inspeccionó a su vez.

—¡Imposible! —exclamó—. ¡Mis bombones favoritos! Cuestan diez levas la pieza y en Sofía se venden solo en un sitio: la pastelería de Serge Minasyán, en la esquina de Rakovski y Moskovska. Deben de haberlo dejado unos turistas…

—¿Turistas? ¿Aquí? —dijo pensativo Noche.

Con pasos amplios y decididos volvió al sitio donde habían encontrado la pista. Llamó al soldado que llevaba el perro y metió el envoltorio bajo la nariz húmeda del animal. Este lo olisqueó y miró al hombre con sus grandes e inteligentes ojos.

—¡Vamos, Rex, busca! —dijo el capitán.

El perro seguía mirándolo.

—Todavía no se ha recuperado del susto, mi capitán —informó confundido el soldado.

—¿Ah, sí? ¿No habrá perdido también el apetito?

—¡Negativo, mi capitán!

—¡Un alma sensible! —exclamó con sarcasmo Noche. Sacó su

Parabellum y apuntó al animal—. ¡Si me vuelves a salir con este numerito, te dispararé personalmente, maldito caniche!

El perro gruñó. El soldado tiró asustado de la correa y se lo llevó a una distancia segura, hablándole en voz baja:

—¿Cómo me puedes fallar de esta manera, Rex?

Noche puso cuidadosamente el envoltorio entre las páginas de un cuadernito acompañado de un lápiz de plata que sacó del bolsillo de su cazadora. Apuntó algo y lo volvió a guardar. El sol se ocultó tras las cumbres y el cielo se llenó de una herrumbrosa penumbra. Con el atardecer los ruidos del bosque aumentaban y se hacían más nítidos. El capitán aguzó el oído como si quisiera captar algo especial en el aire.

—Andréev —susurró—, tu autillo ha desaparecido por completo. ¡Llámalo a ver qué pasa!

El soldado que entendía de aves hizo bocina con las manos:

—¡Tu-tuuu! ¡Tu-tuuuu!

Transcurrieron varios minutos, pero no hubo respuesta.

—¡Tu-tuuuu! Tu…

—¡Suficiente! —lo interrumpió el capitán—. Aquí no vendrá nadie. Es inútil esperar. Recoged la comida y vámonos. Pero nos volveremos a encontrar… —canturreó en voz baja.

11. CAUTIVOS DE LA MITOLOGÍA

Llevaban caminando horas en completo silencio. Los conducía Coraje y solo él y el comandante conocían el lugar al que se dirigían. Medved había dado orden de partir inmediatamente después del aviso de peligro. Lenin se había quedado a esperar al tío Metodi y al Clavo. Los alcanzaron poco antes de cruzar la cresta de la montaña. El grupo hizo un alto para descansar, pasada la medianoche, a los pies de una gran roca que asomaba sobre la hondonada como el pico de un pájaro. Lozán se desplomó en la hierba, exhausto por la herida. Se le habían agotado las fuerzas. El resto tampoco estaba en mejor forma. Del vientre del padre surgían ruidos indescriptibles. Cada dos por tres corría a esconderse detrás de alguna piedra, pero volvía desanimado. Sus intestinos producían solo gases. Todos miraban con respeto a las dos hermanas, que habían estado caminando con ellos sin quedarse atrás y sin quejarse.

—¿Y ahora hacia dónde? —preguntó malhumorado Lenin.

Medved escudriñaba las oscuras cumbres cubiertas de bosques seculares que descendían hacia la llanura.

—¿Dónde está el pueblo? —le preguntó a Coraje.

—Y yo qué sé… —El antiguo guardabosques se rascó la nuca y añadió—: Camarada *kombrig*…

El plan de Medved era que el destacamento acampara cerca del pueblo progresista de Gubesh, de donde habían salido el tío Metodi y el propio Coraje. Allí había un pequeño pero sólido núcleo del Partido y una red de colaboradores en los que se podía confiar. Las tareas más importantes en este momento eran deshacerse de sus perseguidores y conseguir provisiones. En la primera parecían haber tenido éxito, pero la segunda todavía se alzaba amenazante ante ellos.

—Parece que hemos terminado en el pico del Gran Klyunder. Nuestro pueblo cae más allá, detrás del Pequeño Klyunder —explicó el tío Metodi señalando hacia el este.

—Pues es que en esta oscuridad… —empezó a justificarse Coraje.

—¡Menudo guía! —resopló Lenin.

—¿Queda lejos el pueblo? —preguntó Medved.

—¡Qué va! —se animó Coraje—. Unos treinta kilómetros, más o

menos.

—Treinta kilómetros… —repitió pensativo el comandante, que recorrió con la mirada a los partisanos tumbados en el suelo e hizo un gesto negativo con la cabeza—. No aguantarían. Bajaremos al bosque. Allí veremos lo que hacemos.

—Está bien, pero ¿qué comeremos? —se oyó la voz de Lenin.

—Este es el bosque de Dadán.

—Yo propongo que nos vayamos al bosque, pero cerca del pueblo —insistió tímidamente Coraje—. Está a tiro de piedra… ¡La tía Mika nos va a preparar unas *banitsas*[17] de rechupete!

—Pues yo he oído que Dadán está lleno de caza… —dijo el Enterrador.

—¡Está lleno porque no entra nadie! —le contestó enfadado el tío Metodi.

—¡¿Por qué?! —preguntó impaciente Medved.

—Porque por allí ronda… el Maligno.

—¡¿Quién?!

—El Maligno —repitió el tío Metodi, que añadió con cierto apuro —: Una fuerza oscura…

—¿Pero qué son esas chorradas, tío Metodi? —estalló Medved—. ¡Si tú eres un miembro veterano del Partido! Pensaba que tenías un concepto marxista científico del mundo.

—Así es… —El veterano miembro del Partido bajó la mirada—. Sin embargo, allí hay algo.

—Lo hay, lo hay —afirmó Coraje—. Siempre se ha sabido. Hace un par de años unos gitanos entraron en el Dadán para hacer carbón de leña y nadie volvió a verlos nunca más. Si se te pierde algún animal allí, ya sea un cerdo, una cabra, una ternera, una vaca o un burro, no te molestes en buscarlo. Los leñadores, cuando van a talar árboles en el bosque de Dadán, tienen que dejar obligatoriamente alguna ofrenda: un cordero o un cabrito, pues de lo contrario les persigue la mala suerte.

Medved escuchaba incrédulo.

—¡Pamplinas! —sonrió Lenin.

—¡Pues pregunta a Mitso Iliev, el de nuestro pueblo, cómo se quedó sin una pierna! —le contestó Coraje—. Algo le asestó un golpe desde atrás y, cuando volvió en sí, vio que su pierna estaba a un par de metros, ¡cercenada con su propia hacha!

—¡Y podría haber sido mucho peor! —observó el tío Metodi—. En el 1928 unos soldados entraron en el Dadán con su suboficial, un total de catorce personas. Al cabo de una semana los encontraron ahorcados con sus propios intestinos. Intentaron achacarlo al movimiento, pero en aquella época los destacamentos ya estaban

disueltos, de modo que el asunto se encubrió…

—Yo también he oído hablar de esos soldados —intervino el representante de la Unión Nacional Agraria, conocido por el nombre clandestino de Raíz (Vicho Dúlev, del pueblo de Grozen)—. Estaban de maniobras allá por Zanózhene y se perdieron. El cuñado de mi hermana trabajaba por aquel entonces en el consultorio veterinario de Dolna Kriva y vio cómo los transportaban en unos carros cubiertos. Los militares decían que llevaban jabalíes enfermos de peste. Incluso establecieron una cuarentena en toda la zona. Pero él vio que de uno de los carros asomaba una bota.

—Vaya, ¡si los militares no hacen más que mentir! —dijo el tío Metodi.

—Ese bosque es muy antiguo —explicó Coraje—. En la época otomana perteneció a un tal Karahasán Bey, al que los campesinos llamaban el Maligno. Cada año los campesinos le entregaban a una virgen para que los dejara vivir en paz. Él se llevaba a las muchachas a un lugar secreto donde abusaba de ellas y después las cortaba en pedazos. Pero una muchacha, una tal Iliyana, logró embaucarlo y matarlo. Escapó, pero con las prisas se dejó la puerta abierta. Entró una ardilla o un lince y saltó por encima del cuerpo sin vida del tirano. Y se convirtió en vampiro.[18]

—Tenía que haberle clavado una estaca en el corazón —indicó Raíz.

—¡Camaradas! ¡Camaradas! —los interrumpió Medved—. ¡¿No os da vergüenza?! ¡Caer presa de tan repugnante superstición! ¡Esto supone una renuncia a los principios de nuestra ideología revolucionaria! ¿Qué soy yo, comandante de partisanos o de abuelitas? ¡A formar! ¡Hacia el bosque de Dadán, *чёрт возьми*, marchando!

Medved se encaminó enérgicamente hacia abajo. Al cabo de unos cien metros se dio cuenta de que nadie lo seguía. Se detuvo y se dio la vuelta. Los combatientes populares seguían, indecisos, a los pies del enorme pico pétreo. Medved volvió con pasos de plomo. Su mirada recorrió las caras pálidas y fatigadas, en las que habían cobrado vida las sombras de los prejuicios milenarios. «¡Qué poco falta para que se derrumbe el pensamiento científico!», pensó con amargura, pero después se rio de sí mismo. ¡Estos salvajes jamás habían tenido un auténtico pensamiento científico!

—¿Tú también, Lenin? —dijo Medved con sarcasmo.

—¿Quién, yo? ¡No! No creo en esas chorradas —replicó Lenin, pero, aun así, no se movió.

—¡Nina! —se dirigió a la comisaria política, que miraba al cielo apoyada en la roca—. Has cometido muchas faltas sustanciales en la

preparación ideológica del destacamento.

Extra Nina siguió muda como una radio apagada.

De pronto Medved se sintió completamente solo. Incluso su ordenanza, Stoycho, que solía pisarle los talones cargando con la mochila, estaba ahora agazapado en un nicho como un zorro asustado.

—¡Oye, padre, reza una oración contra los espíritus malignos y vámonos! —Medved intentaba bromear.

El padre solo volvió la vista frenéticamente y empezó a susurrar algo para su barba.

—¡Vámonos, camaradas! —resonó una voz clara y joven.

Gabriela y Mónica dieron un paso adelante, sosteniendo a Lozán por los dos costados. El Tornillo se arrimó a ellas. Lo siguieron Dicho y el Clavo. Tras una breve duda, se unió también el Enterrador.

—Si tenéis problemas con el Maligno, nos podéis entregar a una de nosotras —explicó Mónica—. Somos vírgenes.

La noticia recorrió como una corriente eléctrica la panda de hombres cabizbajos en la que se había transformado el destacamento. Las miradas se aclararon, en algunas caras asomaron tímidas sonrisas pícaras. Era como si un soplo de aire fresco hubiese levantado el velo de la superstición que cubría las cabezas prácticas y razonables de los campesinos.

—¿Os dais cuenta? ¡Vergüenza nos debería dar! —sonrió Lenin, que rápidamente se situó detrás del comandante.

Extra Nina bajó la mirada de las nubes y se fijó en las gemelas con una mezcla de temor y admiración.

—Camaradas, camaradas… —Medved se limitó a hacer un gesto de reproche y se lanzó cuesta abajo.

La fila de los partisanos se prolongaba a su espalda.

—¿Y esas dos de verdad son vírgenes? —murmuró, no muy convencido, un camarada.

—Ya se sabrá —dijo el que iba delante.

12. VESTIGIOS DE LA IZQUIERDA SECTARIA

Mónica se despertó con el cuerpo entumecido por el frío. El sol brillaba a través de una fina telaraña que tenía encima de la cabeza, en la que resplandecían gotitas de rocío. Los partisanos habían caminado toda la noche, adentrándose más y más en el bosque de Dadán, hasta que por fin Medved dio la orden de descanso. Dos personas se quedaron de guardia; los demás se echaron donde pudieron y se quedaron dormidos casi enseguida. El cansancio era mayor que el hambre.

Mónica hizo un intento por moverse y se dio cuenta de que algo iba mal. Estaba amarrada. La soga le apretaba las muñecas, pasaba entre las rodillas y le inmovilizaba las piernas por encima de los tobillos. Su hermana estaba tumbada a su lado en el mismo estado.

—¡¿Qué pasa?! —susurró Mónica.

—No lo sé… —gimió somnolienta Gabriela.

Mónica alzó la cabeza. Lo primero que vio fueron tres extrañas figuras con enormes cabezas peludas. Una de ellas era de una estatura gigantesca. De su frente salían dos gruesos cuernos. No tenían rostros, solo unos orificios a modo de boca en los que se vislumbraban pequeños dientes afilados. Sus cuerpos estaban cubiertos de pesadas pieles que les llegaban hasta los pies.

—Jo, jo, jo… —retumbaban sus voces.

Sus camaradas, también amarrados, se retorcían como gusanos en la hierba.

—¡Desaparece! ¡En nombre de la sagrada cruz, te ordeno que desaparezcas! —decía Tijón—. Padre nuestro, que estás en el cielo, ¡ahuyenta a estos demonios! Santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino…

—¡Amén! —concluyó sarcástica una de las criaturas. Se subió entonces la cabeza peluda, que resultó ser una simple máscara.

Debajo de ella apareció una calva lustrosa.

Los otros dos monstruos imitaron su gesto. El gigante tenía una cabeza pequeña y redonda con los ojos hundidos que resplandecían

maliciosos. El más bajito tenía la mandíbula vendada con un trapo rojo mugriento. Sus pómulos eran planos, y la barba, rala. Parecía un mongol.

El calvo extrajo de entre los pliegues de su abrigo una larga y fina pipa, se la llevó a los labios y la encendió con un mechero de plata grande, muy probablemente arrebatado a su anterior propietario.

—¿Los habéis contado?

—Veintisiete cabezas —respondió frotándose las manos el gigante.

—¡Veintiocho! —lo corrigió el bajito de la barba rala.

—¡Eh, bellas durmientes! —habló entre risas el calvo, que dio una enérgica calada a la pipa—. ¿Cuál de vosotros es el jefe?

Pasó entre los cuerpos amarrados, soltándoles alguna patada indiscriminada. Tenía una cara lisa con los rasgos severos y los labios azulados e hinchados. Su cabeza brillaba como una bola de billar. Por debajo del abrigo asomaba un subfusil MP40.

—Este debe de ser. Parece el mejor vestido… —El bajito de la barba rala se inclinó sobre Medved—. Tiene un subfusil. ¡Ruso!

—Será él… —asintió el calvo—. ¡Regístralo, Hipólito!

Al cabo de un rato en sus manos estaban el cuaderno, el reloj y la pluma de Medved. El reloj era sólido, con correa de placas metálicas, cronómetro y una esfera adicional. No había ninguna marca ni señal del fabricante. Las manecillas de la segunda esfera estaban adelantadas dos horas.

—¿Hora de Moscú, eh? —sonrió el hombre.

Hojeó el cuaderno y se puso a leer las páginas, llenas de una escritura densa.

«*Dicho (Sava Marínov, del pueblo de Negoden). Un combatiente capaz y resistente, aunque expuesto a influencias occidentales nocivas con inclinación anarquista como resultado de su incorporación a las Brigadas Internacionales durante la guerra civil española. Le gusta recordar su participación con o sin motivo. Crítico con la ayuda de la URSS en la última fase de la guerra…*».

—¡Vaya! —exclamó—. ¿Quién es Dicho?

Silencio.

—¡¿Quién de vosotros es Dicho?! —El hombre sacó la pistola de Medved y apuntó a su cabeza—. Cuento hasta tres y le reviento la sesera.

—Soy yo —contestó una voz débil pero firme—. ¿Y tú quién eres?

—El Maligno. Es como se me conoce por estos lares… ¡El Maligno! —El calvo se acercó a Dicho y lo miró con lástima—. O sea, que eras anarquista. Entonces, ¿qué haces aquí con esta escoria bolchevique? ¿Acaso no viste en España lo que valían? ¡Imbécil!

—¡Llevamos una lucha común contra el fascismo!

—Una lucha común… —El Maligno escupió con desdén—. ¡Entonces vete a la mierda con ellos!

Volvió a hojear el cuaderno y dijo:

—Según esta lista, sois más… ¿Dónde están los que faltan?

Medved apretaba los labios blanquecinos.

—Se quedaron esperando a la brigada Chavdar en el pico de Klyunder —contestó con audacia Extra Nina—. Estarán aquí en cualquier momento.

El gigante y el hombre llamado Hipólito se miraron. El Maligno torció el gesto en una mueca:

—¡Madre mía, qué miedo! Esto se va a poner feo…

Pasó unas cuantas hojas y leyó:

«*Dimitrichka Rúseva (Nina), comisaria política. Una camarada con temple, excelente tiradora y conocedora del territorio, pero propensa a actos impulsivos…*».

—O sea, que le falta un buen polvo. —El Maligno le lanzó una mirada crítica—. Añadiría que también es incapaz de mentir.

—¡Capullo! —le espetó Extra Nina.

—Hay otras dos hembras —informó el gigante.

—¿Ah, sí?

La calva del Maligno asomó sobre las gemelas.

—¡Oh, jo, jo, joo! —Sus labios azulados dibujaron una amplia sonrisa—. Esto ya es otra cosa.

Se estiró y sus articulaciones crujieron con un ruido sordo.

—¿Y quiénes sois vosotras? Veamos… Hmm. Aquí no pone nada de vosotras. —Cerró el cuaderno y se acuclilló al lado de las gemelas—. ¿Cómo os llamáis, guapas?

Su duro y áspero dedo se deslizó por la mejilla de una de ellas. La chica giró bruscamente la cabeza y lanzó un mordisco. Pero el Maligno resultó ser más rápido. La vida en la naturaleza había agudizado sus reflejos.

—¡Vaya, qué peligro tiene! ¡Auténtica partisana! —Guiñó un ojo al gigante y se incorporó—. Kolcho, ¡llévatelas a la cueva!

—¿Nos… nos las vamos a tirar? —A Kolcho se le iluminó la cara.

El Maligno le apuntó con la pistola.

—¡Me las tiraré yo! Después Hipólito y al final tú. Este es el orden. ¿Está claro?

—Afirmativo, jefe…

—¡Que nadie tome la iniciativa!

Kolcho se agachó, agarró a una de las chicas, luego a la otra y se las echó a los hombros como si fueran caza menor.

—¡Déjanos, maldito degenerado! —protestaban ellas pataleando en

el aire mientras las cargaba con pasos amplios y lentos.

—¿Y con estos qué hacemos? —preguntó Hipólito señalando con el mentón a los partisanos tirados en la pradera.

—El Estado paga cincuenta mil por cabeza. —El Maligno abrió el cuaderno y sacó la pluma de Medved—. Vamos a echar la cuenta…

En ese momento sonó un disparo. La bala pasó tan solo a unos milímetros de la cabeza calva y dejó un rasguño rojo y caliente. De la parte posterior de la pluma, que estaba abierta, salía una delgada columna de humo. Sin querer, el Maligno había apretado el gatillo del DAE: el dispositivo de autodefensa encubierto que era parte del arsenal de Medved. Funcionaba con un calibre especial de 0,75 mm, instalado en la parte superior del tubo metálico, que se accionaba mediante un simple giro.

—¡Menudo aparatejo! —El Maligno se palpó el lugar donde lo había rozado la bala, miró la pluma, luego a Medved y dijo—: Este debe de ser un pez gordo. Fíjate en lo que te digo, Hipólito, ¡este tipo puede valer incluso doscientos mil!

—Pues, entonces, vamos a cortarles la cabeza y las entregamos —se animó Hipólito, que se abrió el abrigo y puso la mano sobre el mango curvo del cuchillo que asomaba de su cinturón.

—Puede que vivos valgan más… —observó pensativo el Maligno.

—Pero ¿cómo vamos a cargar hasta Vratsa con tanta gente?

—¡Hijo de perra! ¡¡Traidor!! —gritó alguien.

El Maligno volvió lentamente la cabeza hacia la voz. El tío Metodi, furioso, se había levantado de la hierba en la medida en la que se lo permitía la soga. Tenía la cara enrojecida y echaba espumarajos por la boca.

—¡Te he reconocido! ¡Te he reconocido! ¡Eres el Héroe! En 1925 formabas parte del destacamento de Kiskínov. Habéis dormido en mi pajar. ¡Os habéis comido mis alubias! Te las dabas de anarcocomunista, pero no eras más que un delincuente. No en vano te echaron del Partido. ¡Este es el Héroe, camaradas! El que atracó el Banco Agrario de Lovech en 1927. Según los periódicos se había pegado un tiro…

—¡Imposible! —lo interrumpió Lenin—. El Héroe fue un idealista.

—Idealista, ¡y una leche! —escupió el tío Metodi.

—¡Cierra el pico! —El Maligno le dio una patada en un acceso de furia—. El Héroe fue un idealista. Quería seguir con la lucha. Pero fuisteis injustos con él. Lo utilizasteis de cabeza de turco cuando ya no os hizo falta. Abandonasteis las armas y volvisteis con vuestras mujeres y vuestros orinales.

—El Partido decidió que el contexto revolucionario había terminado —respondió con firmeza el tío Metodi—. Pero tú te negaste

a acatar la decisión.

—¡Cómo no iba a terminar! Con semejantes revolucionarios… No hacíais más que reuniones, conferencias, plenos, resoluciones… Luego decíais que las masas estaban cansadas, que el capitalismo se había estabilizado…

Medved seguía la discusión con un interés creciente. A pesar de la postura incómoda y poco representativa en la que se veía obligado a estar, carraspeó y habló con tono grave:

—Camarada Héroe… o Maligno, como prefiera. He oído hablar de sus proezas, aunque no nos conozcamos personalmente. Por aquel entonces yo operaba en otro sector, en el destacamento de Gueorgui Popov, y luego tuve que exiliarme. Comprendo su decepción por la gestión administrativa de la dirección del momento. Le puedo prometer que haré todo lo posible para que vuelva a ser miembro del Partido. Pero solo si nos libera ¡in-me-dia-ta-men-te!

Durante unos segundos el asombro enmudeció la cabeza calva. Después se estremeció con una risa ronca, fea y sombría como el graznido de un cuervo de cementerio.

—¡Este tipo es la monda! Me han ofrecido toda clase de rescates, pero nunca un carnet del Partido. ¿En qué mundo vives?… ¿Para qué narices querría yo ser miembro del Partido?

—Cuando tomemos el poder, cambiarás de opinión… —dijo con sangre fría Medved—. Y no cabe duda de que lo tomaremos.

—Es lo único que os interesa… —replicó mordaz el Maligno—. Pero yo estaré ya lejos de aquí. ¿Te digo lo que va a pasar? El zar me amnistiará personalmente. No, no os pediré dinero. He ahorrado suficiente durante estos años. Lo único que necesito es un pasaporte y un expediente judicial limpio. El tren, Estambul y me subo al barco.

—¿Y adónde irás?

—A algún sitio elegante… —El Maligno dio una calada a su pipa con aire soñador—. ¡Me han crecido cardos en el culo en este monte! Digamos… ¿a Buenos Aires? Allí está la avenida más amplia del mundo. Y se comen las chuletas más gordas. ¿Qué te parece? Entre tanto, aquí supongo que os habrán erigido monumentos. Os llevarán flores… Y yo estaré bailando tangos.

—¡Trotski también se escapó a América! —le espetó Extra Nina—. Pero no pudo esconderse del Partido.

—¡Trotski! ¡Qué miedo me da! —resopló con desdén el calvo. Se dirigió entonces a Hipólito—: ¡Vigílalos! Y nada de cortar cabezas antes de que vuelva. Kolcho se ha demorado demasiado…

13. EN LA GUARIDA DE LA BESTIA

Las gemelas comprendieron que no merecía la pena malgastar sus escasas energías oponiendo una resistencia inútil y se quedaron colgando de los hombros del gigante como un par de zorros muertos. Mejor dicho: como zorros que fingían estar muertos… De vez en cuando Kolcho les daba una palmadita en los traseros, gruñendo de satisfacción, y olisqueaba ansioso su ropa impregnada del aroma de la carne joven. Las chicas apretaban los ojos y se mordían los labios. Kolcho avanzaba en línea recta, pisando los helechos, las ramas y los arbustos, saltando las raíces y dando patadas a las piedras como si fueran latas de conserva. La cueva estaba al fondo de una hondonada poco profunda, escondida entre los árboles. El gigante apartó la piedra de la entrada y bajó por una escarpada rampa arcillosa en la que habían tallado unos toscos peldaños.

Notaron un olor pesado y rancio. La cueva apestaba como la jaula del león en el zoo. En las paredes bailoteaban los reflejos herrumbrosos de la lumbre a punto de apagarse. Desde el interior llegaba un borboteo invisible. Kolcho echó su carga sobre una pila de pieles, se acercó al fuego, removió las brasas y añadió algunos leños. Las llamas se avivaron e iluminaron las estalactitas pétreas del techo, que parecían los dientes de una enorme mandíbula prehistórica. El espacio estaba abarrotado de cajas, sacos, bolsas y alfombras, amontonados unos encima de otros. Entre ellos asomaban varias culatas y la boca de una ametralladora. Sobre la hoguera había una chimenea natural que conducía el humo a la superficie. Al lado había un puntal de madera en el que estaba clavada un hacha. Alrededor, dispersos, se veían huesos roídos y un cráneo con una cornamenta majestuosa.

—Tenemos que hacer algo… —dijo Gabriela.

Mónica intentó mover las muñecas y los pies.

—No será fácil —respondió.

—¡No les permitiremos que abusen de nosotras! En cualquier caso acabarán matándonos…

—No, no lo permitiremos —convino Mónica, que fijó la vista en el hacha—. Tienes que distraerlo. Antes de que llegue el otro.

—¿Y por qué yo?

—Porque yo… tengo un plan —dijo sin mucha convicción.

La sombra de Kolcho se alzó sobre ellas. Su mirada se movía inquieta de una chica a la otra. Se parecían. Le era difícil decidir cuál le gustaba más. ¿Esta o aquella?

¡¡Ni se te ocurra tocarlas!!

Desde que tenía trece años, Kolcho se jactaba ante sus amiguitos del pueblo de que lo que más le gustaba era «echar pollos a la estufa». En otras palabras, cazar los pollos que se paseaban indolentes por el corral de su abuela y echarlos vivos a la estufa. Esta operación estaba acompañada de chillidos desesperados y nubes de humo asfixiante que lo llevaban al éxtasis. Su abuela, una anciana medio sorda y ciega, nunca supo dónde desaparecían los pollos y maldecía a los zorros y a los hurones. Siete años más tarde Kolcho abandonó su pueblo natal escoltado por cuatro policías después de una serie de brutales violaciones que había empezado con cabras y otras criaturas y había terminado con la viuda Sevdalina y sus tres hijas. Lo llevaban encadenado, en un carro, como un animal salvaje. La carretera cruzaba el extremo oriental de Dadán, donde por casualidad merodeaban el Maligno e Hipólito. Nadie volvió a ver el carro ni a los policías. Kolcho se convirtió en fiel esclavo de su salvador, que había considerado muy valioso su potencial antisocial y se había ocupado de desarrollarlo.

De repente le pareció que una de las chicas le sonreía. Al parecer la de la izquierda… A lo largo de su vida Kolcho había visto muy pocas sonrisas y muchas más muecas de terror. Se fijó en los ojos azul verdoso como si esperase encontrar en ellos algún rastro de burla. Fue en vano. ¡Le sonreía de verdad!

No debes…

Rozó con los dedos el blanco cuello. La sonrisa desapareció enseguida de los labios de la chica. Contrajo el gesto. Kolcho apartó la mano y la sonrisa volvió a asomar tímidamente. Pero no por mucho… Su mano se posó de nuevo en el cuello de Gabriela y esta vez no se apartó. La otra se introdujo con decisión debajo de la ropa, alcanzando los cálidos y húmedos hemisferios.

Las venas pulsaban en el cuello de la chica.

—¡No! —gimió Gabriela.

Kolcho sonrió de oreja a oreja y estrujó sus pechos.

—Bo-bo-niiii-to…

Mónica rodó con precaución hacia el extremo de la piel. El gigante no se percató de su movimiento. Se había agachado sobre Gabriela y no apartaba la vista de ella. Mónica siguió rodando hasta que chocó con una caja y se quedó paralizada. Pero el gigante tampoco

reaccionó. En la penumbra se oyó un susurro: «¡No! ¡No!». Mónica encogió las piernas, se giró de espaldas, cambió de dirección y empezó a rodar hacia la hoguera. El hacha estaba clavada con fuerza en el puntal. Arqueó el cuerpo e introdujo la soga entre el filo del hacha y el madero. Frotaba la cuerda como loca, sin perder de vista al grandullón que había atrapado a su hermana. Por fin, la soga se rompió. Mónica se incorporó con agilidad, rodeó el filo con las muñecas y siguió cortando. Tenía las manos entumecidas por la falta de circulación. Intentó sacar el hacha del tronco, pero no lo consiguió.

Después de bajarle como pudo los bombachos a su víctima hasta los muslos, Kolcho se dio de bruces con un misterio existencial que dinamitó todos sus conocimientos previos. Se quedó mirando sin dar crédito a sus ojos. En el lugar de aquel enigmático matojo que las tías protegían tan celosamente no había nada. Solo piel lisa, cubierta de una pelusa dorada. A la luz de su somera formación en anatomía, aprendida de la naturaleza, solo había una explicación lógica.

—¡Pero si no tienes coño! —farfulló el gigante santiguándose.

—¡Y tú no tienes cerebro! —se oyó a su espalda.

Mónica alzó el brazo y le atizó con todas sus fuerzas en la nuca con la culata de un viejo rifle Berdán oxidado que había sacado al azar del montón de chatarra. El golpe accionó el percutor y detonó una bala olvidada en el cañón. El disparo retumbó con fuerza en la cueva. ¡Puum! Kolcho se estremeció. El estallido le impresionó mucho más que el propio golpe. Por un instante incluso pensó que la bala lo había alcanzado. Se palpó la cabeza: le pitaban los oídos, pero no había sangre. Se giró justo cuando Mónica volvía a levantar el rifle. Lo agarró en el aire, se lo arrancó de las manos y lo tiró a un lado.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó el gigante.

Detrás de él, Gabriela juntó los talones y lo golpeó en las corvas. Kolcho se tambaleó. Mónica cogió el cráneo de la cornamenta y lo dirigió hacia su pecho. Las puntiagudas ramificaciones atravesaron al gigante, que se desplomó sobre ellas con todo su peso. Mónica rápidamente le quitó el cuchillo que asomaba del cinturón. Después dio un brinco hacia atrás. Kolcho se derrumbó boca abajo entre crujidos de huesos y cuernos. Mónica corrió hacia su hermana y cortó los amarres.

—¡Menudo subnormal! —exclamó Gabriela subiéndose los pantalones.

—¿Te ha hecho algo? —preguntó su hermana preocupada.

—Me ha roto los botones…

—Así es la lucha —resumió filosóficamente Mónica.

* * *

El Maligno, anteriormente conocido como el Héroe, bajó a la cueva canturreando: «Kolcho, so imbécil, como hayas tocado a las cerecitas, te voy a dar una buena tunda…». Ya anticipaba la diversión y se relamía lascivamente. Había comprendido algo importante, algo que le rondaba la cabeza desde hacía tiempo. ¡Tenía que largarse de este lugar salvaje! El papel de Maligno ya no le resultaba atractivo y la estupidez de sus compañeros lo irritaba cada vez más. Ya era hora de cambiar. Pero antes iba a catar las cerecitas. ¡Le correspondía!

—¡Eh, Kolcho! —gritó—. ¿Dónde estás, Kolcho?

Las altas llamas emitían una luz temblorosa. El cuerpo de Kolcho yacía en un charco de sangre. Una de sus piernas temblaba convulsivamente. El Maligno se agachó sobre él sin dejar de mirar a su alrededor.

—¿Qué pasa aquí?

—No… no… no tienen coño…

—¡Gilipollas! —zanjó su jefe.

El insulto alcanzó con cierto retraso la mente del gigante, como una gota solitaria que cayera desde lo alto. «¡Gilipollas!», retumbó en su cabeza. Después se impuso el silencio absoluto.

El Maligno tomó el subfusil que llevaba al hombro y se incorporó.

—Cerecitas, ¿dónde estáis? —preguntó juguetón.

—¡Aquí! ¡Ven a recogernos! —respondió una risa traviesa.

El Maligno puso el dedo en el gatillo y se volvió.

—¡Quieto ahí! ¡Tira el arma!

Le apuntaba la boca de la ametralladora. Era un trofeo conseguido tres años antes en una breve escaramuza con la policía. Modelo Madsen 1928, de las de cargador con capacidad para veinte cartuchos de 11 mm.

—Anda… —Una sonrisa torcida asomó en sus labios.

—¡Tira el arma! No queremos matar a nadie más.

La cara de la chica se perfilaba detrás de la mira, pálida y no muy decidida, o eso le pareció. Se agachó, dejó el subfusil y abrió los brazos. Dio un paso adelante, después otro…

—¡Quieto ahí!

El Maligno empezó a mover la lengua entre los labios como un resorte.

—Tranquila. Primero te voy a lamer.

Se escuchó un chasquido metálico. Mónica había apretado el gatillo.

—¡Se encasquilló! —respondió riendo el Maligno, que agarró el fusil y cambió de tono bruscamente—. ¡Vamos, salid de ahí, cerecitas,

antes de que os deshuese!

Detrás de él se deslizó una suave sombra. Gabriela clavó el cuchillo con ambas manos, pero el abrigo de piel era grueso y duro como una coraza. El filo tan solo arañó el omóplato. El Maligno se volvió y le pegó con el dorso de la mano. Gabriela salió volando hacia atrás, chocó con un baúl y se derrumbó. De su nariz empezó a brotar sangre. El Maligno la cogió del pelo y le levantó la cabeza.

—Nunca le digas a nadie que no lo quieres matar si lo tienes que matar. Simplemente mátalo.

De pronto oyó un sonido metálico agudo. Torció el gesto, como si el ruido le hubiese perforado los tímpanos. ¡El cartucho encasquillado había sido expulsado! Del cañón de la ametralladora surgió una llamarada entrecortada. ¡Ta-ta-ta-ta! Esta vez el abrigo no pudo salvarlo. Las balas lo lanzaron a varios metros de distancia. Su cabeza se desplomó sobre la hoguera y levantó una nube de chispas. Empezó a oler a carne chamuscada.

Gabriela miró a su hermana y preguntó jadeando:

—¿Cómo lo has conseguido?

—No es tan complicado.

* * *

Hipólito estaba en medio de la pradera, con el fusil bajo el brazo, y fumaba sin ocultar su aburrimiento. El Maligno y Kolcho se demoraban, lo cual le hacía pensar que probablemente se lo pasaban en grande con las dos hembras. Y, mientras, él tenía que vigilar a estos tarugos como un idiota… ¡No era justo! Primero el trabajo y luego el placer: esa era su disciplina.

—Y tú, camarada, piénsalo bien. —El tío Metodi no dejaba de hacer propaganda—. ¿A quién sirves? ¿Por qué? ¿Cuál es tu interés social?

—No soy tu camarada —replicaba con pereza Hipólito como si ahuyentara una mosca molesta.

—¡Sí que lo eres! —insistía el veterano miembro del Partido—. Si eres un hijo pobre del pueblo, eres camarada nuestro. Solo que has tomado la senda equivocada. Te has entregado a la desesperación social y te has convertido en un bandido.

—Callaaaa…

—Tal vez nadie te haya dado a leer los libros adecuados. —En la voz del tío Metodi sonaron notas de compasión—. ¿Sabes leer?

—Claro que sí —se ofendió Hipólito—. Pero no quiero.

En ese momento vio a Kolcho. Andaba un poco torpe, como si se hubiera tomado un litro de rakía,[19] y en su cabeza se bamboleaba la

máscara peluda.

—¡Por fin! ¡Mira que te has hecho esperar!

Kolcho avanzó unos metros más sin decir nada.

—No te habrás encebollado, ¿no? —preguntó Hipólito entrecerrando los ojos—. ¿A quién pretendes asustar? ¡Quítate esa máscara!

La parte inferior del enorme abrigo de piel se abrió de pronto. De su interior asomó el subfusil del Maligno y, sin más preámbulos, soltó una ráfaga breve pero firme que alcanzó a Hipólito en el pecho y lo tumbó con los brazos abiertos.

Gabriela se levantó con las dos manos la máscara y la tiró al suelo. Desabrochó el pesado abrigo, lo dejó caer y saltó de los hombros de su hermana. Una veintena de cabezas se alzaron de la hierba y fijaron sus miradas incrédulas en las chicas.

—¡Campeonas! —las aclamó Medved, que no se solía permitir esos cumplidos.

—*Mashalla!*[20] ¡Bravo! —se unieron los demás.

Solo el tío Metodi suspiró decepcionado:

—Lástima. Cuando lo tenía ya ganado para el movimiento…

Gabriela se dedicó a liberar a los camaradas.

Mónica miró el cañón humeante y después al tipo tendido cuya sangre iba absorbiendo la tierra. Los ojos de Hipólito estaban abiertos de par en par, con una expresión de asombro infantil. Matar resultaba tan fácil que Mónica se temió que pudiera gustarle.

14. EL RASTRO DE UN BOMBÓN

—Fíjese en lo que le digo, Zánev, este bombón nos llevará lejos —había dicho el Capitán Noche sosteniendo el envoltorio con sus dedos delgados como pinzas—. Percibo las vibraciones de la furia. De la rebelión existencial contra el *statu quo*. Pero también noto una voluptuosidad oculta que nada tiene que ver con la protesta social… ¡Prepárese para sorpresas!

Ambos entraron en la pastelería de Serge Minasyán y se dirigieron al largo expositor de tartas y pasteles. Zánev llevaba un traje de lujoso tejido inglés, confeccionado antes de la guerra y acompañado de una corbata azul. El capitán lucía un uniforme de gala ajustado (con algunas mejoras individuales) y lustrosas botas de charol. Noche había permitido al sargento-cadete vestir de paisano por razones estratégicas. Uno de los dos debía predisponer. El otro, infundir respeto.

La pastelería, decorada en estilo Secesión, era considerada uno de los lugares más elegantes de la Sofía del momento. Entre las mesas se alzaban amarillentas lámparas esféricas montadas sobre pedestales de latón con forma de ninfa. La barra, con incrustaciones geométricas de nácar, recordaba los diseños del famoso grupo Wiener Werkstätte. En las paredes colgaban láminas de Gustav Klimt y de Koloman Moser, así como un lienzo original de su seguidor búlgaro Iván Mílev, acomodado en un nicho especial con molduras florales.

—¡Aquí están! —susurró Zánev señalando un bol dorado fabricado por el taller de cristalería Loetz y lleno de bombones de caramelo.

—¿Qué desean, señores? —preguntó sonriendo la dependienta.

Como todas las muchachas que trabajaban en la pastelería de Minasyán, llevaba un sencillo vestido negro de lunares ceñido en la cintura con un delgado cinturón de brillante color rojo. En la mejilla se había pintado un lunar. Los labios lucían el mismo tono que el cinturón.

—Queremos diez de sus increíbles bombones de caramelo, señorita. —Zánev se apoyó en la barra de mármol mientras la observaba meter los bombones en una cajita con las iniciales S. M.

—¿Es necesario todo esto? —murmuró impaciente el capitán.

—Estamos combinando los negocios y el placer, mi capitán —respondió el sargento-cadete, que entregó el dinero a la chica—. Quédese con el cambio.

La joven bajó la mirada en señal de gratitud. En su pecho había una plaquita en la que se leía en letras modernistas: MAGDA.

—Querida Magda —empezó indolente Zánev—, te estaría eternamente agradecido si nos pudieras dar alguna información acerca de dos clientas habituales de tu maravillosa sección. Son gemelas, de unos diecisiete años, rubias y, entre otras cosas, muy aficionadas al caramelo. Es imposible que no te acuerdes de ellas…

La chica parpadeó confundida.

—Gemelas —repitió con voz grave el capitán.

Zánev hizo amago de buscar en un bolsillo interior un documento que justificara su derecho a exigir tal información. Pero no fue necesario; el aspecto de su acompañante fue más que suficiente. Magda señaló con la mirada una mesa en la que estaban unas alumnas de instituto comiendo tarta Sacher y charlando despreocupadamente.

—Las he visto con ellas… —dijo Magda en voz baja.

—¡Gracias! ¡La patria se lo agradecerá! —declaró con afectación Zánev, que se dirigió entonces al capitán—: Si no tiene inconveniente, me ocuparé de esto, mi capitán…

—De acuerdo —dijo Noche y se acomodó en una mesita a un lado.

Aunque el origen del envoltorio podía considerarse establecido, la razón y la forma en la que apareció en Byala Vapa seguía siendo un misterio. La información que habían logrado sonsacar a Valyo y al cabrerillo era muy insuficiente. No obstante, sus testimonios coincidían en un punto: por la tarde, antes del ataque, al destacamento habían llegado dos gemelas que —juzgando por los testimonios confusos de los pobres testigos— pertenecían a una especie humana muy diferente a la que habitualmente se encontraba en el monte.

Zánev se acercó a la mesa de las niñas, hizo una leve reverencia y al parecer dijo algo muy gracioso. Una risa melodiosa resonó en el salón e incluso provocó las miradas de reproche de dos señoras mayores. Esto no preocupó ni lo más mínimo al sargento-cadete, que acercó una silla y sin preguntar se sentó entre las chicas. Noche seguía el desarrollo de la operación con una expresión agria. El maestro de las emboscadas nocturnas, de las ágiles maniobras de rodeo, el perseguidor de bandas armadas, se sentía absolutamente incapaz de hacer nada en semejante compañía. Toda su inteligencia se esfumaba en el acto. Su columna vertebral se congelaba como un carámbano y en las partes aún vivas de su cerebro retumbaba una única frase. Y en latín, por si fuera poco: *Est modus in rebus*…

Noche tenía una mente metódica. Pero comunicarse con los seres del sexo opuesto era un arte. Requería talento. Zánev lo tenía en abundancia. Por mucho que lo observara, el capitán era incapaz de descifrar el complejo sistema de mímica, gestos, señales y palabras que su subordinado usaba para engatusar a las pobres niñas. Si se hubiera tratado de una ametralladora, la habría desmontado. Si hubiera sido un mapa topográfico, lo habría leído. Si hubiera sido una instrucción, la habría aprendido punto por punto: haz lo primero, después lo siguiente, pasa a lo tercero… Sin embargo, los pasos de este baile endiablado seguían una lógica desconocida. Las chicas, por desgracia, no eran ametralladoras ni hélices de avión…

—¡Ya está! —dijo Zánev cuando volvió y se sentó cruzando las piernas—. Tuve que sacrificar los bombones, pero me he enterado de todo. Estas monadas son del Primer Instituto Femenino. Tienen dos compañeras gemelas que son clientas habituales de la pastelería. Kara y Yara Palavéevi. Llevan unos días sin ir al instituto.

—¡Anda! —sonrió Noche.

Las alumnas les lanzaban de vez en cuando miradas furtivas.

—¿Ve aquella de la derecha, la rubia con cara de yegua? —preguntó Zánev—. Está claro que usted le gusta. Dijo que se parece a Rommel.

—¡¿Al mariscal de campo Rommel?!

—Se llama Marinela. Me tomé la libertad de pedirle el teléfono. Podemos invitarla al cine mañana por la tarde, con aquella pelirroja. La llaman Kiki. Todavía no han visto la segunda parte de *El buen soldado Hans*.

—¡Suficiente! —El Capitán Noche se incorporó—. No nos desviemos del plan.

Se volvió hacia la mesa de las muchachas y rozó el borde de su gorra con un movimiento rígido. Bajo la máscara de su severo rostro cruzó una ola de calor. Zánev las saludó agitando juguetón los dedos de la mano. Los despidió un coro de risotadas.

* * *

Stanimírov, el director del Primer Instituto Femenino, revisaba los nuevos estándares de formación enviados por el Ministerio de Educación. Pero había otra cosa que lo atormentaba y le impedía concentrarse. De tanto en tanto sus redondos ojillos inquietos se posaban en un lienzo grande que estaba cubierto con una sábana y apoyado contra la pared. Después, como si buscasen amparo, se dirigían al icono que adornaba la chimenea, la efigie de los santos hermanos Cirilo y Metodio.

—Señor director…

La puerta tapizada del despacho se abrió con un crujido suave y en el hueco apareció la cara carnosa del bedel.

—Le buscan dos señores de la seguridad pública.

—Que pasen —dijo Stanimírov como si hubiera estado esperando la visita toda la mañana.

Un par de lustrosas botas cruzaron la alfombra seguidas por unos ostentosos zapatos de color blanco y negro como los que solía llevar la gente del mundo del espectáculo del otro lado del océano. El director había prohibido a los profesores llevar semejantes zapatos en el instituto. Los dos hombres se presentaron brevemente. El director les ofreció tomar asiento en el sofá de cuero y se acomodó frente a ellos en una silla.

—¿En qué puedo servirles, caballeros?

—Buscamos a las alumnas Palavéevi —anunció lentamente el Capitán Noche.

—Palavéevi… —repitió pensativo el director—. Sí, por supuesto… Su padre es comerciante de pieles. Una familia muy acaudalada. Me parece que no las he visto últimamente. Habrá que preguntar a su tutora.

—Llámela —dijo Noche.

Stanimírov se levantó con evidente desgana. Poco antes de salir su mirada se deslizó involuntariamente hacia el cuadro apoyado en la pared.

—Me apuesto cualquier cosa a que las señoritas se han ausentado por enfermedad —comentó el sargento-cadete cuando se quedaron a solas.

Pero los pensamientos de su jefe ya discurrían en otra dirección.

—Zánev, ¿se ha fijado cuando subíamos en la gran mancha de color claro que había en la pared de la escalera central?

—Me temo que no presté atención, mi capitán.

—Algo me dice que este cuadro estaba colgado precisamente ahí.

Noche se levantó del sofá, cruzó la habitación y tiró de la sábana que cubría el lienzo. Dio un paso atrás, ladeó la cabeza y entornó los ojos.

—Interesante.

El sargento-cadete se quedó boquiabierto.

El capitán regresó a su sitio, acercó el cenicero de cristal y prendió uno de sus largos cigarrillos marrones de filtro dorado.

—¿Qué opina, Zánev? ¿Quién puede haber hecho esto? —dijo en voz baja y soltando una espesa nube de humo aromático.

El cuadro estaba de lado. En él aparecía el monarca búlgaro Boris III[21] en uniforme de gala, de pie, al lado de una joven que estaba de

espaldas. Era, evidentemente, su secretaria, que escribía algo a máquina. La postura y la expresión del monarca irradiaban solemnidad. En la esquina inferior del marco dorado había una plaquita:

«Su majestad Boris III dicta una carta de agradecimiento a A. Hitler con motivo de la firma de los Acuerdos de Craiova (1940)».

—¡Anda! —exclamó Zánev cuando se recuperó de la sorpresa.

El lienzo, cubierto de generosas capas de pintura al óleo en tonos pastel, estaba rubricado por un tal Mokríchev, típico seguidor de la escuela realista. Una mano anónima había ampliado ideológicamente la obra de Mokríchev plantando un enorme pene de color rojo brillante que salía del monarca y rozaba la cabeza de la secretaria, el símbolo de una demoníaca libido subconsciente.

—Me huele a surrealismo —observó Zánev.

Era un chaval culto, titulado en el Segundo Instituto Masculino, donde con frecuencia invitaban a escritores, pintores y catedráticos. Los distinguidos conferenciantes presentaban a los jóvenes de Sofía las últimas tendencias del arte, la ciencia y la vida social europeos.

—¡A mí lo que me parece es que esto es auténtico pollaísmo! —contestó Noche con tosco humor militar.

Al otro lado de la puerta entreabierta se oyeron voces. Stanimírov entró en el despacho acompañado de una señora pechugona de unos treinta y cinco años, con camisa de seda y un diario de clase bajo el brazo. Su espeso pelo castaño descendía por los hombros en mechones ondulados.

—La señora Victoria Lagadínova —la presentó el director—. Profesora de lengua búlgara y literatura. Tutora del décimo A.

Zánev y Noche besaron respetuosamente la blanca y esponjosa mano. Stanimírov notó que habían retirado la sábana del cuadro y palideció.

—Esto es… —susurró abochornado—. Esto es vandalismo.

Se apresuró a recolocar la sábana.

—¿Han avisado a la policía? —preguntó con severidad el Capitán Noche.

—Estamos llevando a cabo una investigación interna —informó el director—. Se la he encargado al señor Trayánov, el profesor de latín. Tiene formación militar.

—Ajá. ¿Y cómo va la investigación?

—Probablemente han accedido desde fuera. Descubrimos una ventana rota en los aseos de la primera planta. En el alféizar había una huella de zapato… Habrán sido los anarquistas de los suburbios, supongo. Nuestras alumnas nunca perpetrarían semejante acto abominable. Su educación es otra. Tienen otro sistema de valores. No

son nihilistas.

—Entiendo. —Noche hizo un gesto cortante con la cabeza y se dirigió a la tutora—: Seguramente ya sabe que buscamos a dos alumnas de su clase, a las hermanas Palavéevi.

—Están enfermas. Llamó su madre para avisar. Una forma aguda de meningitis vírica. Espero que no tengan complicaciones. Son de mis mejores alumnas.

—¡No me diga! ¿Y desde cuándo faltan exactamente?

—Desde el jueves.

—¿Y cuándo ocurrió el incidente en cuestión? —Noche lanzó una mirada al cuadro.

—El jueves —respondió de forma automática el director.

Zánev y el capitán intercambiaron miradas ambiguas.

—No creo que tengan nada que ver —intervino Lagadínova—. Son de muy buena familia. Han tenido institutrices particulares durante la primaria. Tal vez sean un poco caprichosas, pero son extraordinariamente inteligentes y refinadas. Se les dan muy bien los idiomas. ¿Quieren ver sus notas?

—No, gracias —sonrió Noche con gesto amargo—. Pero nos gustaría saber más sobre sus actividades extraescolares. ¿Qué ideas profesan? ¿Quiénes son sus amigos?

—Pues… son excelentes gimnastas —respondió Lagadínova tras dudar un instante y con evidente desgana por tener que compartir información de carácter personal con representantes del aparato represor—. Participan en nuestro grupo de Cultura Motriz y están entre sus fundadoras. No hacen amigos fácilmente. A veces entablan amistad con alguna de sus compañeras, pero no suele durar mucho…

Noche sacó su cuadernito y apuntó con su lápiz de plata: «gimnastas». Después añadió una palabra más: «asociales», y, quién sabe por qué, puso un signo de interrogación.

—¿Y no ha notado ninguna tendencia ideológica? —terminó por participar Zánev.

Lagadínova apretó los labios con aire de superioridad.

—La mayoría de nuestras alumnas profesan el ideal de la liberación femenina a través de la educación. Es lo que les enseñamos aquí. El resto no nos interesa, mientras no interfiera con la disciplina.

—¡El feminismo es para las feas! —soltó con audacia el bien informado Zánev—. Como Clara Zetkin y Rosa Luxemburgo.

Lagadínova lo miró con desdén:

—Juzgue por sí mismo, joven…

—¡Lagadínova! —la reprendió el director.

—Nos gustaría revisar los expedientes personales de las hermanas Palavéevi —prosiguió sin inmutarse Noche después de anotar algo

más en el cuadernito—. Tráiganos también fotos de la clase, si tiene.

—Por supuesto —dijo Stanimírov y se puso en marcha.

Media hora más tarde, Noche y Zánev abandonaron el edificio del Primer Instituto Femenino y tomaron la acera izquierda hacia el jardincito de la iglesia de los Siete Santos Letrados. Brillaba el suave sol de la tarde. Había señoras paseando perritos y madres que empujaban amplios carritos, blancos como conchas. El borracho de costumbre dormitaba en un banco. El mendigo habitual estaba de guardia ante las puertas del templo. Por encima de los tilos se divisaba la fachada del Ministerio del Interior.

—Fíjese lo que ha resultado, Zánev —dijo Noche, que leyó en voz alta sus apuntes—: Gimnastas, asociales, feministas…, guapas.

—¡A saber qué más! —añadió el sargento-cadete.

—Tal vez sea hora de ir visitar a tan notables jovencitas en su casa, ¿no le parece? Aunque dudo mucho que estén en la cama…

15. INVENTARIO E HIGIENIZACIÓN

Blu, blu, blu… La papilla amarillenta hacía grandes y lentas burbujas que al reventar arrojaban gotas calientes. Junto a la olla estaba un partisano de aspecto amargado que revolvía la polenta con una larga vara, cuidándose de que las salpicaduras no le quemasen las manos.

—¡Revuelve bien, sin miedo! —le decía el Arbusto cada vez que pasaba a su lado—. ¡Que no se pegue!

El propio Arbusto tenía una tarea de mucha mayor responsabilidad. Después de saciar su hambre con los primeros trozos de pan y tocino que encontraron, los partisanos se pusieron a investigar el contenido de la cueva. El Arbusto dirigía el grupo de inventariado de las provisiones. Por desgracia, gran parte de los productos habían quedado irremediablemente inutilizados por una mala conservación y la total falta de higiene.

—¡Mira qué cerdos! —se indignaba el Clavo, mirando con dolor unas ruedas de queso mohoso—. Es lo que hace la anarquía.

Independientemente de las pérdidas, los productos aptos para el consumo no eran pocos y, bien distribuidos, podrían garantizar el sustento del destacamento durante varias semanas. En una galería lateral descubrieron una decena de latas de miel y aceite, junto con una reserva imponente de conservas: vacuno, alubias, guisantes y pepinillos. Encontraron otros dos barriles de tocino excelente, conservado bajo una gruesa capa de sal, así como una veintena de sacos de harina de maíz. En otro lado estaban almacenadas setas y frutos del bosque secos, y de la chimenea colgaban tres jamones de ciervo ahumados. Con cada hallazgo los camaradas aplaudían y se alegraban como niños. El Arbusto los apuntaba debidamente y vigilaba que no hubiera un uso arbitrario ni despilfarro.

—¡Anda, mira tú dónde estaba escondida! —exclamó el Enterrador al asomarse a un nicho—. Sabía yo que andaban cerca…

En el interior del nicho había dos pequeñas barricas de cincuenta litros. Levantó una y la meció con suavidad como un columpio de bebé. Estaba llena. Abrió la espita y pegó los labios a la abertura. Durante unos instantes se escuchó solo «glu, glu, glu», hasta que alguien gritó:

—¡Dame también a mí!

—Está buena… —El Enterrador se secó la barbilla y pasó la barrica al siguiente.

—Camaradas, ¡no hagáis eso! —protestó el Arbusto, pero nadie le prestó atención.

Se extendió un olor a rakía de ciruelas añeja.

Entretanto otro grupo, bajo la dirección de Extra Nina y del Tornillo, se dedicaba a sacar las armas. A lo largo de los años la banda había acumulado bastante chatarra: desde ejemplares antiguos que habían servido en la guerra ruso-turca de 1878, rifles Berdán, fusiles Krnka o Martini-Henry y escopetas de cañón doble recortado, destinadas a la solución de disputas entre campesinos, hasta fusiles Mannlicher nuevecitos, importados para el Ejército a finales de la década de 1930. Las armas estaban apiñadas sin orden en las esquinas y la mayoría estaban cubiertas de óxido. Por otra parte, descubrieron una docena de revólveres y pistolas de diferentes sistemas, relativamente bien conservados, envueltos en trapos. Además de la ametralladora ligera Madsen, se toparon también con una ametralladora pesada Maxim con un sistema de enfriamiento por agua, pero que había perdido el cerrojo. Encontraron también dos cestos de mimbre llenos de explosivos: granadas de mango de madera, granadas comunes, cartuchos de dinamita, detonadores… Los cartuchos, a saber por qué, estaban almacenados en simples cubos como el que estaba junto a la hoguera.

—¡Salvajes! —decía indignado el Tornillo.

Extra Nina ordenó que extendiesen una manta de lona delante de la cueva. Volcaron los cartuchos encima y encargaron a Bótev que los clasificara por tipo y calibre.

Gabriela y Mónica estaban en el tercer grupo, encabezado por Lenin, cuyo objetivo era hacer un inventario del resto de los bienes. Este resultó ser el trabajo más ingrato de todos. La cueva era como un nido de urracas. Una vez almacenados, los objetos enseguida eran olvidados y enterrados bajo las nuevas adquisiciones. Ropa, zapatos, mantas, alfombras, pieles, cacharros de cocina, máquinas de escribir, un receptor de radio, utensilios litúrgicos, varias sillas vienesas con la tapicería raída…

—¡¿Para qué querrían todo esto?! —se asombraron las chicas.

—Los que pierden la ideología —dijo Lenin levantando el dedo— acaban siendo víctimas de la pasión por la propiedad privada.

El cadáver de Kolcho seguía tendido delante de la hoguera. Pesaba tanto que los camaradas eran incapaces de sacarlo fuera. Lenin propuso cortarlo en pedazos. El Clavo trajo una sierra de arco.

Gabriela tiró de su hermana:

—¡No nos vamos a quedar a mirar!

—¿Por qué? Es mejor que nos vayamos acostumbrando.

—Hay cosas a las que no hay que acostumbrarse.

Gabriela señaló la oscura garganta de la galería.

—Será mejor que comprobemos qué hay allí.

Gabriela enrolló un trapo en el extremo de un palo y lo introdujo en una lata de queroseno que habían descubierto. La antorcha empezó a arder con una llama de color amarillento sucio. Las chicas se adentraron en la angosta galería. El suelo tenía una ligera pendiente y las paredes estaban cubiertas de una humedad pegajosa, como los azulejos de un baño. El pasillo se estrechaba hasta que llegaron a una rendija irregular. Al otro lado empezaba una escarpada pendiente por la que bajaron hasta la orilla de un pequeño lago. Sobre la superficie flotaba un vaho verdoso. Aquí y allá emergían burbujas que desprendían un olor a huevos podridos.

—Está caliente —comprobó Mónica metiendo la mano en el agua.

Gabriela se acuclilló a su lado.

—Más que caliente. ¡Bañémonos!

—¿Cómo? ¿Hablas en serio?

—¿Y por qué no? Hace tres días que no nos bañamos. La ropa ya se me está pegando al cuerpo. ¡Apestamos! ¿No lo notas?

—No sé… —Mónica hundió la nariz en el cuello de su camisa para comprobar su nivel de higiene—. La verdad es que no nos vendría mal. Pero ¿te parece sensato?

—Nadie vendrá a mirarnos. Tienen otras cosas que hacer.

Gabriela clavó la antorcha en la orilla arenosa y empezó a desvestirse. Su hermana la siguió titubeante. Las chicas doblaron la ropa y la dejaron sobre una piedra plana, se recogieron el pelo en una coleta y entraron en el lago. El agua caliente poco a poco las envolvió; debía de estar a unos cuarenta grados. Después de dar unos pasos la arena se acabó y se hundieron en un lodo pegajoso y poco espeso. Mónica se impulsó ligeramente desde el fondo y se dirigió nadando hacia la pequeña isla que había en medio del lago. Gabriela la siguió sin sumergir la cabeza.

—¡Ay, qué bien! —Alcanzó a su hermana y se giró de espaldas.

Las burbujas borboteaban a su alrededor con un ruido suave.

Mónica buscó el fondo con el pie, pero al tocar el lodo rápidamente lo apartó.

—Ese barro de abajo da mucho asco…

—¡Siempre le sacas defectos a todo! —sonrió su hermana, que golpeó el agua con la palma de la mano y le salpicó.

—¡Te vas a enterar! —El agua voló en sentido opuesto.

Pequeñas olas surcaron la superficie inmóvil. De pronto Mónica

dejó de chapotear. Algo fino y largo pasó entre sus piernas, lamiendo la parte superior del muslo. Escudriñó el agua, pero la luz estaba lejos y no pudo ver nada. Acto seguido sintió un roce resbaladizo en la espalda… La expresión de su cara cambió bruscamente.

—¿Qué pasa? —preguntó Gabriela acercándose.

De repente sacó la mano del agua y la agitó con pánico. Alrededor de su muñeca se retorcía un delgado cuerpo negro que lanzó aterrorizada al aire.

—¡Una culebra!

—Está lleno de culebras… —añadió Mónica en un hilo de voz.

Aunque no podía verlas, sentía su presencia en todo el cuerpo; se restregaban por el pecho y el abdomen, se enredaban en las pantorrillas, se deslizaban por la cintura… ¡El agua parecía haber cobrado vida!

—¿Serán venenosas?

—No lo sé… ¡No te muevas!

Al decir esto, Mónica hizo justo lo contrario. Empezó a patalear como loca y con unas pocas brazadas potentes llegó a la isleta. Se encaramó a una roca resbaladiza y tendió una mano a su hermana, que apareció a su lado casi a la vez. Las dos se apretujaron, jadeando, y se quedaron mirando la orilla, donde estaba su ropa.

El agua poco a poco se calmó.

—¿Te han mordido? —preguntó Mónica.

—Creo que no… —La chica se revisó los brazos y las piernas—. Al menos no me lo parece. ¿Y a ti?

—No lo sé. Ya veremos.

—Tal vez estas culebras no muerdan.

—Tal vez.

—¿Y cómo volveremos?

En la superficie asomó una pequeña cabeza negra y casi enseguida se escondió. La antorcha, clavada en la arena, iba consumiéndose. Sus raquíticos reflejos se tornaban cada vez más lejanos y débiles, hasta que en la oscuridad quedó brillando solo un rescoldo rojo. Al poco este también se apagó.

16. LA ISLA DEL TESORO

El tío Metodi sacó punta a tres estacas de medio metro de largo y las dejó junto a los cuerpos de Hipólito y del Maligno. Los restos de Kolcho formaban un imponente montón cubierto con una lona. Su cabeza había rodado unos metros más allá y miraba al cielo con ojos imperturbables.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Medved, que sospechaba de sus intenciones.

—Pues nada, por si acaso… —murmuró sin más el tío Metodi.

Eligió una piedra maciza con la parte inferior cuadrada como un martillo y se sentó en el pecho del Maligno. Le abrió la ropa, acribillada por las balas, cuadró la estaca y se preparó para clavársela en el corazón.

Los camaradas hacían gestos de aprobación.

—¿Te has vuelto loco o qué? —gritó Medved.

—Es lo que hay que hacer para que no se conviertan en vampiros —explicó con paciencia el tío Metodi—. Puede que les haya saltado algún animal por encima…

Volvió a levantar la piedra.

—¡Ni se te ocurra! ¡Te echaré del Partido!

—Camarada *kombrig* —habló Lenin—. ¿Qué más da? Son las costumbres populares…, hay que respetarlas.

—¡Bobadas! —lo interrumpió Extra Nina—. ¿Qué vampiros ni qué vampiros? Estáis haciendo el ridículo. ¡Fueron dos muchachas las que se cargaron a estos desgraciados! ¡Dos muchachas que no habían tocado un fusil antes!

—¡Viva el comunismo científico! —gritó el Tornillo, un poco fuera de lugar.

—También el movimiento cooperativista… —añadieron los miembros de la Unión Agraria, totalmente fuera de lugar.

—¡La polenta está lista! —anunció solemnemente el Arbusto.

Delante de la olla se formó una larga cola. El enano agitaba orgulloso un cazo de plata oscurecido que habían encontrado en la cueva con el resto de objetos de menaje. En lugar de servir la polenta

en latas de conserva y cuencos metálicos baqueteados, usaba platos hondos de porcelana fina con los bordes dorados y el monograma de una familia noble. El conjunto constaba de sesenta piezas y estaba sin abrir bajo una pila de mantas apolilladas. A juzgar por los lazos que conservaba y el ornamentado papel que lo envolvía, probablemente había estado destinado a ser un regalo de bodas. Lo acompañaba un juego de cubiertos de plata que también se repartieron entre los camaradas.

—¿Qué estáis mirando? ¡Vamos, tomad! —El Arbusto se reía y rociaba generosamente cada ración con chicharrones y pimentón.

Tras cierto titubeo, Medved dio permiso para que repartieran también un cacito de rakía por persona. Extra Nina lo convenció de que los camaradas merecían relajarse después de tanta peripecia, aunque ella no tomaba alcohol.

—¿Y dónde están nuestras heroínas?

Su mirada buscó entre los partisanos sentados en semicírculo, que rebañaban con apetito los lujosos platos y comentaban:

—¡Mira en qué platos come la jodida burguesía! Esto sí que es otra cosa. Sabe mejor y todo…

—Camaradas, ¿dónde están Gabriela y Mónica? —repitió en voz alta Nina.

Los hombres miraron a su alrededor.

—Esto…, estuvieron con nosotros en la cueva… —farfulló Lenin.

Medved apartó el plato y frunció el ceño:

—¿Y dónde están ahora?

* * *

La islita era una roca irregular de unos tres metros por cuatro. Las chicas la investigaban a gatas por miedo a resbalarse y caer en el agua, atestada de culebras. El aire era rancio, de vez en cuando alguna gota se desprendía del techo y caía sobre sus cuerpos desnudos. En la oscuridad se oía solo el gluglú de las burbujas.

—¡En menudo lío nos hemos metido! —sollozó Gabriela—. ¡Como auténticas idiotas!

—¡Tranquila! —Mónica le acarició el hombro—. Seguramente ya nos están buscando.

—Pero ¿tú crees que nos encontrarán?

—Nos encontrarán… tarde o temprano.

—Eso dices tú.

El extremo superior de la roca estaba partido como una pezuña. Mónica metió la mano en el hueco, que resultó ser inesperadamente profundo. El canal tenía dos ramificaciones. La primera se perdía en

una estrecha rendija, la segunda llevaba a algo parecido a un bolsillo: espacioso y seco. Sus dedos tocaron el final de una correa de cuero.

—Aquí hay algo…

—¡Una culebra! —chilló su hermana.

—No es una culebra.

Mónica se agarró al borde del hueco y metió la mano hasta el hombro. Sacó el bolso resoplando. Era pesado y voluminoso. Después volvió a hurgar en el agujero y sacó otro bolso más.

—Anda, bolsos… —silbó Gabriela, que los palpaba en la oscuridad —. ¿Qué habrá dentro?

—¡Eh, camaradas! ¿Dónde estáis? ¡Camaradas! —dijeron unas voces lejanas.

En la orilla aparecieron luces.

—¡Aquí estamos! ¡Aquí estamos! —Mónica dio un brinco y agitó los brazos—. ¿No te dije que nos iban a encontrar?

—¡Allí están! ¡Allí están! —El Clavo señaló hacia la islita.

—¡Luz, dadme más luz! —ordenó Dicho—. ¡Por aquí!

Las llamas amarillentas de las antorchas poco a poco iluminaron toda la sala. Sobre la roca, en medio del pequeño lago, se divisaban dos figuras esbeltas que saltaban y agitaban las manos:

—¡Hola! ¡Estamos aquí!

—¡Pero si están desnudas! —El Tornillo abrió los ojos como platos.

Las antorchas se movieron inquietas.

—Ya vemos que estáis ahí —llegó la voz de Dicho—. Pero ¿por qué estáis desnudas?

—¿Cómo? —gritó una.

—¡Estamos desnudas! —acabó por entender la otra.

—¡Es verdad! —Gabriela instintivamente se cubrió el pecho—. ¡No nos miréis! ¡No nos miréis!

Les respondió una risa grupal.

Medved bajó torpemente por la ladera, lo que provocó una avalancha de piedras.

—¿Qué pasa aquí?

—¡Las hemos encontrado! —informó Dicho.

El comandante entrecerró los ojos: las dos chicas estaban de espaldas a la orilla y lanzaban miradas preocupadas por encima del hombro. Los reflejos de las antorchas bailoteaban en sus tersos traseros.

—¿Dónde tienen la ropa?

—Aquí. —Dicho señaló una piedra.

—Probablemente han entrado a darse un baño —intervino Extra Nina—. Camaradas, ¿pero qué es esto? ¡Dejad de mirarlas!

—¡Que todo el mundo se dé la vuelta! —ordenó Medved.

Los hombres obedecieron con desgana.

—¡Vamos, chicas, volved! ¡Nadie os está mirando!

—No podemos —gritó Gabriela.

—¡El lago está lleno de culebras! —añadió Mónica.

—¿Qué? —preguntó Medved.

—Ahora resulta que hay culebras… —Extra Nina acercó la antorcha al agua y se fijó en el fondo arenoso—. ¡No veo nada!

—¡Vaya heroínas! —soltó con sorna Dicho—. Pues vamos a traerlas nosotros, ¿qué os parece, camaradas?

Se desató con rapidez los zapatos, se los quitó y empezó a desnudarse. Los demás lo imitaron de buena gana.

—¡No todos! ¡No todos! —gritó Medved—. ¡Solo cuatro!

Dicho, el Tornillo y el Clavo fueron los más rápidos. A ellos se unió un partisano que, ansioso como estaba, hasta olvidó desvestirse y saltó al lago directamente con la ropa puesta. Después resultó que no sabía nadar y cuando el agua le llegó por la barbilla tuvo que dar media vuelta. En su lugar, enseguida, se metió otro.

—¡Cómo apesta! ¿Qué es esta mierda del fondo? —arrugó la nariz el Clavo, que se hundió hasta los tobillos en el suave fango.

Algo flexible y tibio se le enroscó en la pantorrilla.

—¡Mierda, culebras! —gruñó y empezó a golpear el agua en todas direcciones.

—¡Culebras! ¡Culebras! —chillaron los demás casi al unísono.

En menos de un minuto estaban en la orilla.

—¡Está lleno de culebras! —exclamó Dicho con la respiración entrecortada.

—¡Me han mordido, mierda! —gimió el Tornillo revisándose el abdomen— Aquí. Se está poniendo rojo…

—No tenías que hacer movimientos bruscos —dijo el partisano Svilen y se apresuró a tranquilizarlo—. Las culebras de agua no son venenosas.

—¿Quién sabe? —intervino otro—. Estas culebras pueden haber sobrevivido desde tiempos prehistóricos. He oído que en las cuevas crecen ejemplares de hasta diez metros de largo. ¡Auténticos dragones!

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Lenin.

—Propongo echar unos cuantos explosivos en el lago y cargarnos a los bichos —propuso osado el Enterrador.

—¡Vaya ocurrencia! —Extra Nina frunció el ceño—. Las chicas no tienen donde cobijarse. Pueden resultar heridas.

—Hagamos una balsa —propuso otro.

—¿Una balsa? —A Medved le pareció una idea excelente—.

¡Manos a la obra!

* * *

—¿Qué están haciendo? —preguntó Gabriela mirando hacia la orilla.

—Están fabricando algo… —respondió Mónica.

—Hemos quedado fatal.

—Al menos estamos limpitas.

Su atención volvió a centrarse en los dos viejos bolsos de cartero. Debían de haber pasado años en el escondite. El cuero estaba agrietado y duro como la hojalata. Las cerraduras estaban cubiertas de un óxido verdoso. Gabriela intentó abrir una, luego la otra, pero no lo logró. O bien los mecanismos se habían estropeado, o bien estaban simplemente cerrados con llave.

—Así no lo conseguiremos —constató Mónica.

A la islita se acercó una construcción endeble de ramas, tablones, bidones y otros materiales que encontraron, unidos con trapos cortados en tiras. La manejaba Dicho, que remaba con una vieja pala.

—¡Vamos, subid a bordo! —las invitó.

Pisando con precaución, las chicas subieron a la balsa sin dejarse los bolsos. Su proximidad resultaba tan emocionante que el capitán a punto estuvo de perder el equilibrio.

—¡No mires, rema! —le aconsejó Gabriela.

—¿Qué hay en estas alforjas?

—No lo sabemos, las hemos encontrado aquí.

En la orilla las recibió Extra Nina y les entregó la ropa sin decir palabra. Medved se acuclilló sobre los bolsos y los miró desde todos los ángulos. Después sacó de su cinturón un delgado gancho negro, designado en la nomenclatura de las unidades de espionaje como «ganzúa universal 8 G», y se dedicó a hurgar en una de las cerraduras. Algo hizo clic y el bolso se abrió.

—¡Muy bien! —susurró contento.

Medved metió la mano y sacó un grueso fajo de billetes. Lo dobló varias veces, como si quisiera averiguar si era auténtico, y lo volvió a guardar. El bolso estaba lleno de fajos. Tras una breve lucha con la cerradura, abrió el segundo bolso, que también resultó estar lleno de billetes. Ninguno de los camaradas había visto nunca tanto dinero junto.

—¡Aquí debe de haber al menos un millón! —exclamó con un silbido Extra Nina.

—Bien… —dijo Medved a las chicas—. Luego lo contaremos.

Tomó los dos bolsos y empezó a subir por la rampa.

La noticia del descubrimiento se propagó rápidamente. Los partisanos se agruparon delante de la entrada de la cueva.

—Este dinero debe de ser del robo del Banco Agrario de 1927 — afirmó con aire competente el tío Metodi.

De pronto la cara de Medved cambió y se puso roja como un tomate. Dejó los bolsos en el suelo y señaló los cadáveres de los tres bandidos. Tartamudeaba de rabia:

—¡¿Q-q-quién ha hecho esto?!

Todos volvieron la cabeza hacia los cuerpos. En sus pechos estaban clavadas las tres estacas.

—¿Q-q-quién?… ¿Q-q-quién?… —preguntaba el comandante, pero los partisanos se limitaban a encogerse de hombros.

—Yo estaba en la cueva… —se apresuró a justificarse el tío Metodi.

17. LA FATAL DEBILIDAD DE LA BURGUESÍA

El Capitán Noche clavó el dedo en el timbre y aguantó unos segundos. En el interior del apartamento retumbaron una serie de sonidos melódicos que recordaban los de un gong. Se acercaban las seis de la tarde. Sobre la oscura puerta maciza destacaba una plaquita esmaltada de color blanco: «Familia de Stoyaddín Palavéev». Zánev pegó la oreja a la rejilla de la mirilla, pero no logró oír nada. En la planta había solo dos apartamentos, con dos entradas cada uno: una principal y otra de servicio. La escalera era espaciosa, con terrazo de color negro grafito y amplios pasamanos de madera abrillantados. Las paredes estaban revestidas de una caliza amarillenta. El lujoso edificio se ubicaba en la esquina de las calles Gladstone y Han Krum. En el portal había un portero que quiso avisar a los anfitriones de la inesperada visita, pero Zánev le enseñó su identificación y los dejó pasar sin más explicaciones.

El dedo de Noche, enfundado en un guante negro, volvía a dirigirse al timbre cuando la puerta se entreabrió inesperadamente. En el hueco que permitía la cadenita asomó una cara redonda y simplona de labios carnosos.

—¿Qué desean?

—¿Están en casa los Palavéevi? —preguntó el sargento-cadete.

—¿De parte de quién?

—¡Anda, abre! —Introdujo su identificación en la abertura—. Seguridad pública.

La criada retiró la cadena y los dejó pasar al amplio recibidor. Era una chica muy joven, pulcra, con un pañuelo en la cabeza y que calzaba unas suaves pantuflas de fieltro. Parecía asustada y confundida. Noche volvió la mirada hacia el espejo de cristal que ocupaba casi toda la pared y se estiró la cazadora. La puerta del fondo se abrió y en el umbral apareció una mujer alta, de unos cincuenta años, en un elegante traje beis, con la cara cansada e inquieta. Tenía el pelo aplastado en un lado, como si hubiera estado durmiendo sobre el respaldo del sofá hasta ese momento. De la comisura de sus labios

colgaba un cigarrillo sin encender. Su mirada se centró, inquisitiva, en el oficial y después en su acompañante vestido de paisano.

—Señora. —El capitán se quitó respetuosamente la gorra, la metió bajo el brazo y juntó los tacones de sus botas—. Lamento haber irrumpido de este modo, pero el asunto es urgente. ¿Está su marido?

La mujer se apartó ligeramente y los invitó al salón. Al pasar a su lado, Noche advirtió que se había metido el cigarrillo al revés en la boca. Pensó decírselo, pero decidió que tarde o temprano se daría cuenta.

Las cortinas estaban medio corridas. En una esquina, una lámpara de pie perdía su suave luz en los recovecos de los pesados muebles de madera. Sobre el aparador refulgía un reloj de plata. En el rincón más oscuro del salón estaba sentado un hombre mayor, de unos sesenta años, cuellicorto, con bigotito y la coronilla rojiza rodeada de pelo grisáceo. Vestía solo pantalón y camisa, no llevaba zapatos y miraba fijamente un gran bolso de cuero que estaba sobre la mesa.

—¿Stoyaddín Palavéev? —Noche dio un paso hacia delante con decisión.

El hombre giró la cabeza. Era como si en el fondo de su ser hubiera estado esperando esta visita e incluso la hubiera deseado.

—Nos han informado de que sus hijas faltan a clase porque están enfermas —empezó Noche después de presentarse rápidamente—. Me temo que las circunstancias exigen que hable con ellas de inmediato…

Los cónyuges se intercambiaron una rápida mirada.

—De inmediato —repitió el capitán.

—¿Por qué las busca? —preguntó la mujer—. No han hecho nada malo.

—Simplemente queremos hacerles unas preguntas —intervino Zánev.

Stoyaddín fijó la mirada en sus calcetines de seda negros.

—¿No están guardando cama? —preguntó Noche con fingido asombro.

El padre resopló y se limitó a negar con la cabeza.

—¡Stoyaddín! —le regañó su esposa.

—¿Qué? —El hombre reaccionó con brusquedad—. No están aquí, ¿no es verdad?

—Las enviamos a la casa de Chamkoriya unos días para que respiraran aire fresco —dijo ella procurando ocultar su emoción.

Stoyaddín volvió a clavar la vista en sus calcetines.

—O sea que a Chamkoriya… —repitió Noche—. ¿Y cuándo vuelven?

—Mañana.

La mujer levantó el pesado mechero de sobremesa que estaba en la

mesita, debajo de la lámpara, y lo acercó al cigarrillo. Noche observó con cierta malicia cómo la llama relamía el filtro. En el aire se propagó un olor desagradable a celulosa chamuscada. La mujer arrancó el extremo humeante del filtro y le dio la vuelta al cigarrillo, que encendió, ahora sí, por el lado bueno.

—Alicia… —empezó a decir el hombre, pero el teléfono lo interrumpió.

La caja de baquelita sonó varias veces antes de que la mujer llamada Alicia se lanzara hacia ella.

—¡¿Sí, diga?! —Una expresión tensa se apoderó de su cara todo un minuto—. Sí, sí… —y añadió en voz más baja—: Entiendo, ya salimos…

Stoyaddín se incorporó y se puso la americana que colgaba del respaldo de una de las sillas. Tomó el bolso y se dirigió a la puerta como un robot.

—¿Adónde va? —Noche se le cruzó en el camino.

—¡No es de su incumbencia! —respondió bruscamente Alicia.

Sin decir palabra, el capitán agarró el bolso e intentó arrancárselo de las manos al hombre, pero Stoyaddín lo sujetaba con fuerza.

—¡No tiene derecho! —se oyó la voz de la mujer.

—¿Qué hay dentro?

Los dos se pusieron a tirar con saña del bolso, cada uno hacia sí. De pronto se abrió y de su interior llovieron fajos de billetes de quinientas levas. Stoyaddín se agachó y se dedicó a recogerlos febrilmente.

—Interesante… —observó Zánev.

El capitán pisó uno de los fajos.

—No van a ir a ninguna parte. Sus hijas son sospechosas de participar en actividades ilegales. Tengo derecho a retenerlos hasta aclarar las circunstancias.

Gruñendo, Stoyaddín se esforzaba en vano por liberar el fajo de la bota abrillantada. Alicia se abalanzó contra el oficial y empezó a golpearle el pecho con los puños:

—¡Usted no entiende nada! ¡¡Han sido secuestradas!!

Noche la agarró de las muñecas y le dobló lentamente las manos hacia abajo.

—Tranquila. ¿Quién las ha secuestrado?

—¿Y yo qué sé? Unos… elementos.

—¿Cuándo?

—El jueves. No volvieron del instituto. Llamamos a todas sus amigas. Nadie sabía nada… ¡No hemos pegado ojo en toda la noche!

—Puede que se hayan escapado de casa.

—No, ¡han sido secuestradas! Si no pagamos el rescate, las matarán. ¡A las dos! Hace dos días recibimos esto… ¡Suélteme!

Alicia se escabulló de las manos del capitán y sacó del bolsillo de su chaqueta un papel arrugado con un mensaje compuesto en letras de imprenta recortadas de periódicos:

¡CABRONES BURGESES! PRePaRAd 1 000 000 DE Levas O SI no JAmAS VULVEREIS A Ver A BUEStRaS ijAS. esperAD YAmaDA tileFOniCA. COMO aVISEISa LA POLI LAS matAmos Lla!!! ¡¡¡ViVA La ReBOLucIoN!!!

Zánev miró con curiosidad por encima del hombro de su jefe.

—Andan regular de ortografía.

—Puede que sea por razones de camuflaje.

Noche miró a Stoyaddín, que aún forcejeaba con la bota. Después se dirigió a la mujer:

—¿Por qué no han informado a la policía?

—¿No acaba de leer la nota? ¡Las van a matar!

—Siempre dicen eso —respondió el capitán, si bien nunca había investigado secuestros y mejor hubiera dicho: «He oído que siempre dicen eso…».

—¡No podemos arriesgar la vida de nuestras hijas! —Alicia sollozaba—. ¡Por favor! Tenemos que llevar el dinero para que las dejen en libertad.

—¿Adónde?

—¡Por favor! —insistió la mujer—. Tenemos que ir solos. De lo contrario…

—Estableceremos un sistema de vigilancia en toda la zona. No tienen más opción que colaborar con nosotros. No puedo permitir que semejante cantidad de dinero caiga en manos de elementos subversivos. ¿Dónde exactamente tendrá lugar el intercambio?

Noche retiró el pie del fajo. Stoyaddín se apresuró a guardarlo en el bolso y se incorporó. Sacó un pañuelo arrugado del bolsillo, se secó las gotitas de sudor de la frente y resopló:

—Será mejor que colaboremos…

—No te apetece soltar la pasta, ¿eh? —le dijo Alicia, mordaz.

—¡Tonterías! —La cara de Stoyaddín se enrojeció—. ¡Sabes que el dinero nunca ha sido un problema!

—¡No discutan! —los interrumpió Noche—. No disponen de mucho tiempo. ¿Adónde les dijeron que llevasen el dinero? ¿Cuándo? ¿Cómo se producirá el intercambio?

Alicia dudó unos segundos.

—En la plaza de Makedoniya —terminó diciendo con un suspiro—. Dentro de una hora. Nos dijeron que esperáramos al lado del quiosco redondo de la esquina con Knyázhevsko Shosé. Allí nos darán más instrucciones.

—¡Zánev, llama a la jefatura! —ordenó Noche a su subordinado—. ¡Que manden a diez agentes de paisano en veinte minutos!

De repente Stoyaddín dio un paso adelante y clavó el dedo en el pecho del capitán.

—¡Agente! Si algo va mal, si mis crías pierden un solo pelo, me ocuparé personalmente de despellejarlo vivo. Soy comerciante de pieles y hombre de palabra.

El teléfono volvió a sonar. Alicia empujó a Zánev, que estaba a punto de llamar, y descolgó.

—Hola, sí, sí… Estamos listos. ¡Ahora! —Alicia miró a Noche con desesperada decisión—. Cambio de planes. ¡Tenemos que salir ya!

—¡Los acompañamos! —zanjó Noche—. Los seguiremos a distancia. Nosotros ni siquiera parecemos policías. Ustedes se llevan a sus hijas y el resto nos lo dejan a nosotros. Zánev, ¡comprueba tu arma!

El sargento-cadete se levantó la americana; por debajo asomó una Walther compacta. Le dio una palmadita amistosa como si fuera un gatito.

—¡Siempre dispuesta a servir a la patria!

—Yo llevaré esto. —Alicia tomó el asa del bolso, pero Stoyaddín seguía agarrándolo obstinadamente. La mujer insistió—: ¡Yo! Dijeron que llevara el dinero yo. ¡Vámonos!

Cuando estaban ya en el pasillo, se frenó y dijo:

—Me he dejado el sombrero. Vayan bajando, ahora los alcanzo.

Se dio la vuelta y desapareció en el apartamento. Zánev y Noche siguieron a su marido. De pronto, desde los pisos inferiores llegaron voces alarmadas y pasos. Noche se quedó paralizado. Un espasmo nervioso cruzó su cara.

—¡Mierda! —soltó, y volvió corriendo.

Con un gesto brusco Alicia retiró la cortina, abrió la ventana y se asomó. Delante de la entrada había parado un carruaje; dentro iba un hombre con gorra verdosa que miraba hacia arriba. Nada más verla, dio un empujón al cochero para que moviera el carruaje unos metros más adelante e hizo una señal con la mano. Alicia pasó el bolso al otro lado de la barandilla, lo columpió y lo soltó. Noche apareció detrás del hombro de la mujer con el tiempo justo para ver el bolso caer en las manos del hombre. Una vez recibido, se metió dos dedos en la boca y emitió un silbido estridente; del portal salió otro tipo con gorra que subió al carruaje. El cochero restalló el látigo y el carro se alejó por la

calle.

—¡Imbécil! —siseó el capitán.

Empujó a Alicia, sacó la Parabellum, entornó los ojos y disparó varias veces hacia el carruaje. Los pocos transeúntes que había en la calle miraron a su alrededor asustados, algunos incluso se pegaron a las paredes. El carruaje giró por la primera bocacalle y desapareció.

—¿Por qué me ha engañado? —preguntó furioso a la mujer.

—¡No podía arriesgarme! —respondió ella con una firmeza inesperada—. Me ordenaron que lanzara el dinero por la ventana en cuanto llamara el portero y confirmara que las niñas estaban aquí… Dijeron que si algo iba mal, las fusilarían delante del portal.

—¡Responderá por esto!

Pero ya no lo escuchaba. Corría hacia la escalera gritando:

—¡¡Kara, Yara!! ¡¿Estáis bien, pequeñas?!

Noche la siguió, invadido por un presentimiento todavía sin definir.

—¡No! ¡No! ¡¡¡Nooo!!! —retumbó un chillido desesperado en la escalera.

En el rellano entre la segunda y la tercera planta se apretujaban dos criaturas de tez morena con un pañuelo en la cabeza. Stoyaddín las miraba aturdido, sentado en un peldaño. Eran dos gitanillas de no más de quince años. Miraban asustadas y a la vez audaces, dispuestas a arañar y a morder si llegara el caso. Alicia las señalaba con el dedo y repetía cada vez más agotada:

—¡Estas no son! No son ellas, no son ellas…

Noche pasó a su lado sin rastro de compasión y tomó a una de las chicas del codo.

—¿Qué hacéis aquí?

—¡No sabemos nada, tío! —se puso a explicar la chica. En su boca refulgía un diente de oro—. Vendemos flores en el mercado. Nos recogieron de la calle. Nos dijeron: «¿Queréis ganaros veinte levas?». «Pues claro que sí… Pero si es para follar, no vale». «No es para eso», dijeron riéndose. «¡Venid con nosotros!». Nos metieron en el carro y aquí estamos.

Zánev apareció en la escalera arrastrando al portero.

—Me mandaron llamar para decir que las chicas ya estaban aquí. Vi que eran unas chicas. ¿Cómo iba a saber de qué chicas se trataba exactamente? Me amenazaron con una pistola —se justificaba el portero con voz llorosa.

—Está claro. —Noche torció el gesto—. Tendríamos que haber supuesto que no serían capaces de llegar volando desde el monte hasta aquí.

La gitanilla extrajo de su bolsillo un sobre rosa arrugado:

—Me dijeron que le diera esto al señor…

Dentro había una hoja de libreta con las homogéneas letras inclinadas propias de la esmerada escritura de una chica:

Queridos mamá y papá:

Cuando leáis estas líneas estaremos lejos de aquí. No podemos soportar más estar fuera de la lucha, ser testigos pasivos del choque titánico entre las fuerzas del progreso y las fuerzas de la oscuridad. Hemos buscado mucho tiempo un sentido de la vida más profundo y nos parece que por fin lo hemos descubierto. No creemos que por ahora podáis comprender nuestros motivos, por lo que decidimos enfrentaros al hecho consumado, aun a riesgo de causaros ciertos sufrimientos y preocupaciones. Pero, como dicen, la lucha exige sacrificios, y esto es lo mínimo que podéis hacer. Somos conscientes de que siempre habéis deseado lo mejor para nosotras y nos habéis provisto de todo tipo de bienes, pero estas cosas por sí solas no son suficientes para una existencia digna. De todas formas, confiamos en que no quede lejos el día en el que entendáis el profundo significado de nuestra decisión. Entonces os daréis cuenta de que ha sido dictada por la necesidad histórica y no por un capricho ni por ingratitud. Retomaremos los estudios después de la victoria. Si morimos en la lucha, no penséis que ha sido en vano. Con el dinero de nuestra herencia quisiéramos que constituyeseis dos becas para muchachas pobres en el campo de las ciencias sociales. Este es nuestro testimonio político.

Un saludo de camaradas,

Kara y Yara

Noche prestó atención unos minutos al texto, se rascó la nariz y estalló en una risa nerviosa. Arrugó la hoja y se la tiró a Stoyaddín al regazo:

—¿Estás contento ahora? ¡Te has quedado sin dinero y sin hijas!

18. LAS URRACAS DE LA DUDA

La redonda luna metálica iluminaba las caras de los partisanos tumbados bajo la larga manta de lona: Dicho, el Tornillo, el Clavo, Bótev, Svilen y una decena de camaradas más jóvenes. La fila acababa con Lozán. Le habían curado la herida y se la habían cubierto con nuevas vendas, de modo que dormía como un bendito, a diferencia del resto. Hasta ese momento, la dura vida, los peligros y la conciencia de que servían a un ideal superior lograban frenar con éxito toda fantasía e impulso romántico. Pero con la llegada de las gemelas ese muro protector se había resquebrajado y el espectáculo de la isla lo había terminado de desmoronar. Tenían la cabeza inundada de sueños debilitantes. Los jóvenes no podían descansar: daban vueltas, gemían, chasqueaban los labios. Les bailoteaban los ojos, como si las figuras desnudas de las chicas siguieran saltando debajo de los párpados.

Un espasmo extraño, doloroso y a la vez agradable despertó a Bótev, que enseguida entornó los ojos. La brillante luna lo cegó como una farola. Tenía la nariz entumecida por el frío. Deslizó una mano hasta el pantalón. Tenía toda la parte delantera mojada. Se había corrido mientras dormía. Sin embargo, del propio sueño no quedaba casi nada: solo fragmentos que se desvanecían rápidamente. En vano trataba de retenerlos. Levantó la cabeza: en el extremo inferior del claro se alzaban tres montoncitos de tierra bajo los que descansaban los restos del Maligno y compañía. Bótev sacó la mano, la olió y frunció el ceño. Su vecino de la derecha suspiró profundamente, se giró y le echó una mano por encima.

—¿Estás durmiendo, Bótev? —susurró el Clavo desde el otro lado.

—Sí…

El brazo le impedía respirar e intentó apartarlo, pero, al cabo de unos segundos, lo volvió a abrazar.

—Bótev —dijo de nuevo el Clavo—. ¿Te has corrido alguna vez mientras duermes?

—¿Qué? —susurró asustado Bótev—. El Partido no aprueba este tipo de conducta. Deberías hacer autocrítica.

—¡¡Imbécil!!

El Clavo se cubrió la cabeza con la manta, pero no consiguió volver

a dormirse. Bótev se quedó con la mirada fija en el disco de la luna, por el que cruzaron en zigzag un par de murciélagos. En el bosque retumbaron una serie de sonidos metálicos: entrecortados y desiguales, como si un borracho estuviera clavando clavos en la oscuridad.

—Un chotacabras… —profirió uno de los partisanos bajo la manta.

—Chotacabras, tu padre —le respondió somnoliento otro.

* * *

El ambiente en la estrecha tienda de la comandancia estaba cargado. La lámpara de queroseno desprendía un humo denso y picante que se depositaba en las paredes de lona. Medved dictaba algo. Agachada sobre la máquina de escribir encontrada en la cueva, Extra Nina se afanaba en buscar las letras y pulsaba la tecla correspondiente. Se servía solo de dos dedos, de modo que Medved tenía que retroceder y repetir las frases varias veces. Esto, naturalmente, lo enervaba, aunque nada podía empañar su entusiasmo por las nuevas adquisiciones. Una de sus primeras tareas fue la de establecer el espacio de la comandancia. «Si hay comandancia, hay destacamento», le habían enseñado en la escuela. La anterior tienda se había perdido en el desastre de la retirada, pero con los nuevos materiales disponibles Stoycho consiguió montar un tipi bastante presentable para su comandante. En su interior enseguida instalaron una de las máquinas de escribir y Medved se dedicó a redactar documentos. Primero hizo inventario del botín: alimentos, objetos, armas, municiones…, con las consiguientes órdenes para señalar los responsables de cada cosa. Después se levantó acta del importe hallado en los bolsos, que ascendía a un millón quinientas ochenta y cinco mil levas. La suma quedó bajo custodia del propio Medved. Hay que señalar que la imponente pila de dinero no le impresionó lo más mínimo, pues era un auténtico hombre soviético que había comprendido la seguridad ilusoria de la riqueza material. De haberlo encontrado en medio de la calle en Moscú, Medved probablemente lo hubiera llevado a la milicia para evitarse problemas innecesarios. Por el contrario, puso mucha energía y pasión en la redacción del siguiente documento: Orden n.º 07 para la imposición de sanciones políticas al tío Metodi.

«… *por desviación de las normas de la doctrina marxista-leninista científica, por difundir supersticiones y formas anticuadas de pensamiento entre los miembros del destacamento…*».

—Pen-sa-mien-to an-ti-cua-do… —repetía Extra Nina mientras tecleaba con los dos dedos.

—¡Formas anticuadas de pensamiento! —la corrigió Medved

enfadado.

Toc, toc, toc, golpeaban las teclas.

—¿Eso es todo? —preguntó ella después de sacar la hoja de la máquina y dársela a Medved.

El comandante la firmó con un movimiento enérgico y pronunció con voz soñadora:

—¡Ay, si tuviéramos un sello!…

—¡No olvides lo que dijo Lenin sobre el papeleo! —respondió, malhumorada, Extra Nina.

—*Что сказал*[22] —cambió al ruso Medved. Lo hacía siempre que notaba que su autoridad peligraba.

—Tú dirás.

—¡No me provoques! —le dijo amenazándola con el dedo índice, pero, aun así, rápidamente cambió de tema—. Propongo condecorar a tus chicas con un arma personal. Tenías razón. Serán unas combatientes excelentes.

—No son mis chicas —contestó bruscamente ella—. Y en cuanto a las armas, ellas mismas las cogieron.

* * *

Gabriela abrió los ojos justo a las seis en punto. No recordaba qué había soñado. Teniendo en cuenta lo maravillosamente despejada que sentía la cabeza, lo más probable era que no hubiera soñado con nada. A su lado, Mónica dormía con la boca entreabierta. El aire fresco de la montaña les había ventilado los pulmones durante toda la noche, llevándose el cansancio y el estrés acumulados en los últimos tres días. Habían pasado la noche a los pies musgosos de un viejo roble, bajo un amplio trozo de lona de las nuevas existencias que les había sido cedido generosamente. No muy lejos roncaban Lenin, el Enterrador y el tío Metodi, que todavía no anticipaba el castigo político que le habían impuesto. Más allá se divisaba la grisácea silueta del tipi de Medved y a Stoycho durmiendo delante de la entrada. La máquina de escribir se había callado. Uno de los miembros de la Unión Agraria estaba de guardia, agazapado entre los helechos, con el fusil bajo el brazo, listo para disparar. Hacía ya tres horas que estaba en su puesto y comenzaba a tener bastante sueño, pero el recuerdo del Maligno le avivaba los sentidos. Los partisanos habían apoyado unánimemente la decisión de hacer noche al raso, en lugar de meterse en la maloliente cueva habitada por la banda de renegados.

Gabriela se apoyó en un codo y alargó la mano hacia el calcetín de algodón rosa que estaba secándose sobre un palo clavado junto a la lona. Antes de acostarse su hermana había insistido en lavar los

calcetines y las bragas en el manantial caliente que brotaba en el barranco vecino y que probablemente estaba comunicado con el lago subterráneo. ¡El lago de las culebras! El simple recuerdo de su roce resbaladizo le erizó la piel. Mónica tenía un extraño sentido del orden que se manifestaba independientemente de las circunstancias y, muchas veces, a pesar de ellas. Los calcetines estaban todavía húmedos. Buscó las bragas, pero no las encontró. ¿Se las habría llevado el viento? Menos mal que llevaba otras tres de reserva… «Calcetines y bragas: es lo más importante en el monte», les habían avisado los camaradas más experimentados antes de salir. Se giró hacia el otro lado: los calcetines de Mónica ondeaban en los palos, pero tampoco estaban las bragas. ¿Qué diablos significaba aquello?

—¡Eh! —susurró a su hermana dándole un empujón—. ¡Nos han robado las bragas!

Mónica se frotó los ojos.

—¿Cómo, cómo?

—Los calcetines están aquí, pero las bragas no.

—¡Tonterías! —bostezó su hermana.

Metió la mano debajo de la mochila que le servía de almohada y meció en un dedo unas bragas blancas con puntilla de encaje.

—¿Por qué has escondido las tuyas? —preguntó Gabriela con asombro.

—No las he escondido. Así se secan más rápido.

—¡Voy a enterarme de quién ha sido!

—Puede que se las haya llevado alguna urraca. Las urracas suelen llevarse cosas.

—Entonces, ¿por qué no se han llevado también los calcetines?

—¡Y yo qué sé cuáles son los gustos de las urracas!

Gabriela instintivamente levantó la mirada hacia la copa del roble como si esperara ver las bragas colgando de alguna rama. Haces de luz rosada atravesaban las hojas. Una bandada de ruidosos pajarillos parloteaba en la fresca mañana.

—¡Yara! —le llegó la voz de su hermana.

Gabriela se giró bruscamente:

—¡Gabriela! Ahora soy Gabriela.

—Da igual —dijo Mónica, que añadió en voz más baja—: ¿Habrán recibido ya nuestros padres la carta?

—Eso espero…

—¿Y crees que alguna vez nos podrán perdonar?

—No lo sé. ¿Acaso importa? —Gabriela se encogió de hombros.

—Quizá debimos decírselo en persona.

—¿Acaso olvidas de quién estamos hablando? Son unos burgueses

redomados. El sueño de papá es casarnos en cuanto terminemos el instituto.

—Mamá quiere que estudiemos —replicó Mónica.

—Estudiaremos. Después de la victoria.

—Si sobrevivimos.

—¿Sabes? Creo que te falta constancia. Eres demasiado escéptica. Por eso nunca llevamos nada hasta el final.

—Tal vez —suspiró Mónica—. No lo sé. Me parece que nunca nos aceptarán. Quiero decir, de verdad. Con este origen que tenemos…

—¡Ya nos han aceptado! ¿No lo ves? Esta gente sabe por qué está luchando y no tiene prejuicios innecesarios.

—¡Todos luchan por algo! Incluidos los Amigos de la Idea Fascista, por si lo habías olvidado.

—De eso ¡ni una palabra! Fue un error político.

—¿Y si se enteran de que hemos estado con ellos?

—Nos decepcionaron. Tampoco es para tanto. Todo el mundo comete errores. Resultaron ser unos imbéciles totales. Les interesaba solo el color de nuestros ojos y de nuestro pelo. Nos miraban como si fuéramos ganado de cría.

—¿Y qué me dices de los tolstoianos? —dijo Mónica.

—Los tolstoianos estaban muy confundidos. No tenían una postura cívica activa.

—¿Y los teósofos? ¿Y la Hermandad Blanca?[23] Hemos pasado por tantos movimientos… Tú te entusiasmas mucho, pero luego se te pasa muy rápido.

—¡Pues claro! Estamos buscando un sentido, ¿verdad? ¿O quieres que vivamos como nuestros padres?

—¡Por nada del mundo! ¡No dejaremos que nos aplasten!

—Esto será diferente. Lo noto.

Gabriela se giró y, sin decir nada más, la abrazó. Se quedaron así unos minutos hasta que sus corazones sincronizaron su ritmo. Mónica se apartó, volvió su mirada hacia los rayos de sol que se filtraban entre las hojas y dijo:

—Hagamos un poco de gimnasia, que estoy anquilosada.

* * *

Medved apartó la lona de la entrada y sacó la cabeza de la tienda. La estera sobre la que había estado durmiendo su ordenanza estaba vacía. El sol brillaba por encima de los árboles. El rocío empezaba a secarse. El comandante salió descalzo, vestido solo con un chaleco y una camiseta amarillenta de manga larga enfundada en sus bombachos. Se

colgó el subfusil del hombro y miró a su alrededor. ¿Dónde estaban todos? Se le encogió el estómago, a pesar de que la mañana prometía ser despejada y tranquila. Siguió los rastros que llevaban a un pequeño altozano de laderas poco inclinadas. En la cima había una pequeña pradera. Escondidos entre los árboles que la rodeaban, los camaradas miraban algo con la boca abierta. Todos llevaban sus armas, constató con satisfacción Medved.

Las gemelas ejecutaban unos extraños ejercicios en la hierba. Vestían unos maillots negros ajustados que en parte recordaban a los trajes de las gimnastas soviéticas. Pero sus movimientos no se parecían a nada que hubiera visto. Precisos, flexibles y suaves, requerían tanto de una notable fuerza física como de un perfecto dominio del cuerpo. Mirándolas, Medved empezó a darse cuenta de que aquello que había ocurrido con el Maligno y su maltrecha compañía no era fruto de la casualidad. Las chicas se retorcían, estiraban y doblaban con rítmica cadencia, adoptando posturas inverosímiles en contra de las leyes de la gravedad y de la anatomía.

—*Aferim!*[24] *Mashalla*! —dijeron varias voces.

Pero las gemelas ni siquiera se inmutaron. Toda su atención estaba puesta en los ejercicios. Sus articulaciones crujían y sus músculos torneados parecían flotar bajo la fina tela tensada. Los hombres las contemplaban hipnotizados. Apoyada en un árbol, Extra Nina se mordía nerviosa los labios. En las comisuras de sus ojos había aparecido humedad, pero al parecer le daba vergüenza secársela. Medved percibió instintivamente una amenaza a su autoridad. Con gran esfuerzo rompió la telaraña mágica que las chicas habían tejido con sus movimientos y salió al claro con paso decidido.

—¡Todos a la pradera! —ordenó—. ¡En formación de a tres!

Los partisanos salieron avergonzados de detrás de los árboles. Medved se echó el fusil a la espalda, levantó los brazos a la altura del pecho y estiró las manos. Gabriela y Mónica lo miraron como si hubiera caído de la luna.

—¡Preparaos para la tabla de ejercicios! ¡Vosotras dos también! —se dirigió a las chicas—. ¡Alineaos! Bien. Un-dos, un-dos… ¡Más rápido! Ahora, brazos al frente y nos ponemos en cuclillas. Un-dos, un-dos…

19. VIDA Y TEORÍA

¿Cómo llamar al nuevo campamento? Hasta poco antes la cuestión se decidía de forma espontánea. Alguien proponía algo que encajaba con el lugar y todos empezaban a llamarlo así. Sin embargo, en esta ocasión surgieron tantas propuestas que inevitablemente se desencadenó una disputa. Según Dicho, lo más adecuado era llamarlo «El almacén». El Arbusto salió con una denominación más poética: «Los mil y un productos», pero Medved consideró que ambos nombres tenían un carácter pequeñoburgués. Entonces el Enterrador soltó el pomposo «Victoria del comunismo científico», que más tarde se abrevió a «Victoria». «Campamento Victoria» no sonaba mal, aunque la victoria en sí todavía quedaba lejos. «Vamos a no poner el carro delante de los bueyes», opinaron los miembros de la Unión Agraria. «El hoyo de las culebras», «El lago caliente», «Los tres bandidos»…, las propuestas llovían, pero ninguna de ellas caló en el alma popular. «Alí Babá», dijo el Tornillo en broma. Extra Nina apoyó la idea con inesperado fervor. Relató rápidamente el cuento del oprimido Alí Babá y los cuarenta ladrones destacando su profundo mensaje social. En sus palabras, Alí Babá era el precursor de la revolución anticolonial árabe. Pero el comandante rechazó también esta propuesta. Le bastaba con imaginarse enviando un telegrama codificado desde la base Alí Babá y las risas que semejante topónimo provocaría en sus receptores. Al final apostó por lo seguro: «Base Stalingrado». Nadie se atrevió a contradecirlo. Era oportuno tanto para la autoestima del destacamento como desde el punto de vista histórico. En el futuro lo podrían contar sin sonrojarse: «En la base Stalingrado se tomaron tales y tales decisiones importantes»… Pero el orden natural de las cosas pronto se impuso a la vanidad histórica. De la profundidad de la conciencia folklórica viva surgió otro nombre que sustituyó por completo al oficial Stalingrado:

«CAMPAMENTO KARAKONDZHO».[25]

En el campamento Karakondzho el destacamento volvió a la vida organizada. Medved introdujo una estricta disciplina diaria: en pie a

las seis y media, aseo personal, tabla de ejercicios de siete a ocho, desayuno, preparación técnica militar de nueve a once y media. Esta última incluía el estudio de los sistemas de armamento disponibles, ejercicios de montaje y desmontaje, limpieza, lubricación y tiro al blanco. Debido a la falta de munición, el tiro al blanco había consistido hasta entonces sobre todo en ejercicios para aprender a apuntar. Pero puesto que ya disponían de suficientes cartuchos, los partisanos podían permitirse disparar a discreción. Para ello se empleó la munición de los viejos rifles Berdán, Krnka y demás artefactos históricos. Aunque estuvieran en un estado deplorable de conservación, uno de cada diez cartuchos todavía podía dispararse y perforar una lata de conserva desde una distancia de cien pasos. Los rifles Berdán tenían un retroceso tan potente que todos terminaron con moratones en los hombros. Con las chicas hicieron una excepción, practicaban con una esbelta carabina Mauser 6,5 mm, modelo de caballería, asignada a Mónica como recompensa por su valentía. Gabriela obtuvo una elegante pistola Beretta 1934, 7,6 mm, dotada de noventa cartuchos, de los que le permitieron disparar veinte para practicar. Alimentaba esperanzas secretas de que le dejaran también el subfusil del Maligno, pero Medved no podía confiar un arma estratégica a sus manos inexpertas. De todos modos, para el subfusil quedaban solo una treintena de cartuchos después de que Mónica vaciara el cargador entero en Hipólito.

El comandante dirigía personalmente las prácticas de tiro al blanco. Extra Nina seguía siendo la mejor, pero pronto encontró una rival importante en Mónica. La chica tenía mano firme y buena puntería. Sabía concentrarse sin poner demasiada emoción. Acomodaba tranquilamente la culata, introducía el cartucho en la recámara y ponía el dedo en el gatillo con movimientos parcos y precisos. «Dejad que el blanco se pose sobre la mira, no lo persigáis», les aconsejaba Medved. En ese momento su respiración se cortaba como por sí sola. Nada era capaz de desviar su atención: dejaba de oír y su campo visual se estrechaba hasta el diámetro del paso invisible de la bala. Veía tan solo el objetivo. Apretaba el gatillo: las latas saltaban por los aires, las botellas reventaban… Cualquier cosa que hubiera puesto delante de su mira perdía su integridad o veía abrirse un agujero. Mónica entendía intuitivamente los sistemas de las distintas armas y su sencilla pero eficaz mecánica. Esto le había ayudado a desentrañar rápidamente el funcionamiento de la ametralladora Madsen y a usarla en la cueva, a pesar de que nunca antes había tocado un arma automática. «Eso es talento», decían con envidia los camaradas. Pero la verdad era que el tiro no le proporcionaba excesivo placer.

A diferencia de ella, su hermana disfrutaba como una niña con

cada disparo. En esto eran tan diferentes como parecidas en su aspecto. Gabriela estaba impaciente por apretar el gatillo. En el breve intervalo en el que el arma cobraba vida en sus manos, su cara florecía. Ante sus ojos se desplegaba una cortina de manchas moradas que ocultaba por completo el blanco. En ese momento no le interesaba otra cosa más que apretar el gatillo: una y otra vez… Pero cuando se desvanecían el estruendo y el humo, la mayoría de las veces descubría que el objetivo estaba intacto. De la periferia del claro llegaba una risa bonachona. El éxtasis pronto daba paso a la vergüenza. «No te entusiasmes tanto, no es otra cosa», le aconsejaba Mónica. «Ocúpate de tu carabina», contestaba Gabriela airada, que iba al árbol más cercano y empezaba a clavar furiosa en el tronco la afilada bayoneta que complementaba su armamento. Lanzar cuchillos se le daba mucho mejor. Poco a poco aumentaba la distancia y descubría con satisfacción que la punta invariablemente acertaba en el blanco. No era tan agradable y prestigioso como disparar, pero era suficiente para lavar la vergüenza. Un día llamó a su hermana y le propuso hacer lo mismo desde una distancia de diez pasos. La bayoneta giró torpemente, golpeó el tronco con el mango y salió volando a un lado.

«Esto no prueba nada», suspiró con resignación Mónica.

* * *

La preparación técnica para el combate daba un hambre feroz. A la una en punto se oía el golpeteo de la cuchara de palo en el fondo de un cubo de madera vacío. En tan solo unos días la exhausta y demacrada compañía mejoró visiblemente su apariencia. El Arbusto cocinaba sopas grasientas, preparaba gachas espesas y cocía hogazas crujientes y delgadas que untaba abundantemente con aceite y espolvoreaba con hierbas aromáticas. Esto suponía un volumen considerable de actividades adicionales, por lo que se le asignó un equipo de ayudantes: aguadores, leñadores, panaderos, soperos y lavaplatos. Los aguadores, como su propio nombre indicaba, traían el agua; los leñadores recogían leña; los panaderos amasaban el pan; los soperos servían la sopa en los tazones metálicos y los lavaplatos fregaban las ollas y las sartenes sucias. Los camaradas se turnaban en estos puestos que no requerían ninguna habilidad especial, exceptuando el amasado del pan. El pan se cocía una vez cada dos o tres días y el viejo que había quedado sin comer lo dejaban para pan duro. La tecnología no era muy complicada: el Arbusto echaba medio cubo de harina sobre un trozo de lona y hacía un agujero en medio. Los camaradas vertían un cubo de agua dentro y el enano empezaba a amasar. La masa crecía y casi le superaba en tamaño. La dividía en bloques que dejaba a sus ayudantes para que los terminaran de

amasar. Para esta labor se requería un corazón y un talento que pocos tenían. A Extra Nina, conocida por su extrema aversión a los trabajos domésticos, ni siquiera la dejaban acercarse a la masa. Pronto Gabriela también pasó a formar parte de este grupo. No tenía paciencia ni ganas de luchar con la densa y pegajosa mezcla que se le escurría entre los dedos. Su masa siempre estaba llena de grumos y las hogazas salían crudas y arcillosas. Por el contrario, Mónica aprendía con facilidad el arte de la panadería. Amasar en realidad le resultaba tan agradable como disparar. Absorta en la tarea, se ensimismaba y se dejaba llevar por el río de sus pensamientos. «Basta ya, suficiente», tenía que decir el Arbusto para devolverla a la realidad. La masa salía homogénea y ligera; bastaba con aplanarla con la mano y pegarla en la piedra recalentada. Al principio firmaba con una M en el centro de sus hogazas, pero desde que todos empezaron a pelearse por su pan, Medved se lo prohibió. Le parecía que iba en contra del principio de igualdad. El Arbusto enseguida reparó en el talento de la chica y se dedicó a enseñarle los secretos del oficio. Ahora que los productos abundaban, se dedicaba a elaborar toda clase de panes y bollos: hogazas, pastas de miel, rosquillas, *banitsas*, empanadas e incluso una cosa remotamente parecida al *strudel*. «¡Nos mimas demasiado, Elín! Nos mimas demasiado…», refunfuñaba el comandante. Pero el Arbusto no pretendía mimarlos. Simplemente intentaba mantener a Mónica el máximo tiempo posible a su lado. Eran comidas sencillas, populares, alejadas de la compleja dialéctica de la cocina urbana con la que ella se había criado. Lo salado era salado; lo dulce, dulce; lo grasiento, grasiento; lo ácido, ácido; lo picante, picante. Así la muchacha aprendía mucho más del ideario de las masas populares que en todas las clases de educación política.

* * *

Desde el primer día en el campamento Karakondzho, Medved encargó a Extra Nina reforzar la labor educativa de los camaradas. El inesperado retroceso ideológico del tío Metodi demostraba que nadie estaba a salvo de las recidivas del antiguo pensamiento, independientemente de los años que llevara de militancia. Este acechaba en los pliegues del cerebro como un cazador que esperara que pasase alguien poco preparado para atacarlo por sorpresa. Las clases tenían lugar a última hora de la tarde. Un camarada flacucho y rubio, Moncho (Zapryán Zlátev, del pueblo de Cheren), abría con dedos temblorosos el bolsito de lona del que no se separaba. En su interior se guardaba el *Breve curso de historia del Partido Comunista de toda la Unión (bolchevique)*: la edición especial de la Internacional Comunista para Bulgaria, impresa en papel cuché de ciento veinte

gramos como el de la *Gran enciclopedia soviética*. Mucho antes de que las gemelas llegasen al destacamento, Moncho había sido designado guardián de este raro ejemplar. El libro había pasado con Medved bajo las aguas del mar Negro y era parte integral de su equipamiento de combate.

En la escuela le enseñaron que las armas se clasifican en blancas, de fuego, químicas, incendiarias y teóricas. El *Breve curso* era de las así llamadas «Armas teóricas con efecto a largo plazo» o ATELP. Según Zhuravlyov, el instructor político-ideológico, las demás armas podían proporcionar tan solo una ventaja táctica parcial, mientras que únicamente las ATELP ofrecían la superioridad estratégica que a la postre decidiría el resultado de la guerra. Porque las ATELP trabajan en la mente de los que manejan los restantes tipos de armas y en este sentido resultan las ADM(armas de destrucción masiva) más eficaces sin contradecir ni un solo artículo de las Convenciones de Ginebra.

Poca gente tenía en Bulgaria una edición como aquella. La mayor parte de la tirada se había perdido durante su transporte clandestino por el Danubio. Un cierto número lo había repartido, a los militantes que hubieran reunido más de diez mil firmas a favor del acuerdo de cooperación técnica militar con la URSS, la legación soviética durante la acción de Sobolev en 1941. Había también dos ediciones búlgaras impresas en papel barato y con letra pequeña por imprentas clandestinas de mala muerte. Rebosaban de erratas e imprecisiones metódicas. La edición de la Internacional Comunista era la referencia. Contaba con un amplio índice temático que permitía fácilmente establecer conexiones y encontrar las citas correspondientes. La experiencia de los bolcheviques era inabarcable y en la práctica ofrecía respuestas para casi cualquier situación vital. El libro incluía también unas tablas bastante útiles (obra del mismísimo Zhdánov, según se decía), que permitían valorar el índice de madurez ideológica (IMI) de todos los camaradas mediante un complejo sistema de indicadores. Medved nunca aprendió a trabajar con ellas porque tuvo que partir a Bulgaria poco antes del final del curso. Más tarde le encargó su estudio a Extra Nina, pero, atrapada en la difícil vida diaria, tampoco ella consiguió ningún progreso significativo. No obstante, incluso sin las tablas, quedaba claro que el IMI del destacamento no era muy alto. Tampoco podía ser de otra manera: los camaradas carecían de una educación marxista sistemática. Llegaban sin formación, habiendo leído o escuchado alguna que otra cosa por ahí, sin terminar de enterarse del todo. Incluso Medved tenía dudas sobre su propio IMI y se alegraba de no tener que someterlo a prueba. Pero las tablas seguían allí, al final del volumen rojo, rigurosas e intransigentes como el entramado cristalino de la estrella color rubí del Kremlin, y él sabía que no estaba lejos el día en el que todos serían

juzgados con ellas.

A Moncho se le asignaron también algunos libritos más que habían aparecido por casualidad en el destacamento, por lo que era conocido también como el Bibliotecario. Entre ellos se encontraban *Infancia*, de Gorki; *El vientre de París*, de Émile Zola; un libro de lectura soviético con ilustraciones para cuarto de primaria; un volumen con los versos de Smírnenski;[26] así como una docena de folletos de la serie *Yunque o martillo* de la editorial Zaryá de Plóvdiv. No es que Moncho fuera un lector muy apasionado, pero trataba con responsabilidad los efectos que le habían confiado. Seguía el rastro de los libros que dejaba prestados e insistía en que se le devolvieran en tres días. Este régimen libre, por supuesto, no era de aplicación en el caso del *Breve curso*. Su lectura se hacía siguiendo un orden riguroso, puesto que no era un libro cualquiera, sino que requería explicaciones y dirección metodológica. Normalmente se asignaba a un par de camaradas la tarea de estudiar determinado capítulo y explicarlo en público al día siguiente. Extra Nina se aseguraba de que el material fuera correctamente interpretado. A veces ella misma leía en voz alta algunos párrafos que estaban relacionados con los problemas del destacamento. Bastaba con hojear el índice temático. Cuando, por ejemplo, surgía la disputa sobre qué oposición dentro del Partido era más peligrosa, la de derecha o la de izquierda, abría la página correspondiente y citaba a Stalin sin miedo: «La oposición más peligrosa es aquella contra la que hemos dejado de luchar y a la que de esta manera hemos permitido crecer y convertirse en un peligro de Estado».

Gabriela y Mónica también expresaron su deseo de participar en estas actividades tan profundamente edificantes, pero Medved respondió de forma inesperadamente tibia a su petición, tal vez porque creía que todavía era demasiado pronto para ellas o porque tenía otros motivos que no quería compartir.

—¡Mejor pronto que tarde! —replicó Extra Nina—. De todos modos, nuestra vida pende de un hilo. Sería una lástima que murieran sin haber bebido de la fuente de nuestra gran doctrina.

Y por cuenta y riesgo propio les dio a leer el capítulo «Materialismo dialéctico e histórico». Allí estaba expuesta la plataforma ideológica del movimiento, y se suponía que quienes lo aprendieran comprenderían la implacable lógica de los acontecimientos que condujeron a la victoria de la Revolución, el surgimiento de la URSS y el establecimiento del régimen soviético: el más progresista en la historia de la humanidad.

Conmovidas por la confianza depositada en ellas, las chicas se pusieron a leer con avidez. Durante dos días enteros memorizaron a conciencia línea tras línea, copiaron párrafos clave, se examinaron

mutuamente e intentaron llegar a la esencia de la teoría. Durante este tiempo se les eximió del resto de obligaciones porque se consideraba que aquellos que estudiaban el libro ya tenían suficiente carga sobre sus hombros. Al tercer día las gemelas se plantaron ante los camaradas sentados en semicírculo. Sonrojadas y con la respiración entrecortada por la emoción, empezaron a exponer las bases del materialismo dialéctico.

—Lo ideal, según Marx, no es más que lo material, implantado y transformado en la mente humana… —comenzó Gabriela, que guardó silencio de inmediato, invadida por un extraño sentimiento de incomodidad.

—Muy bien —la animó Extra Nina.

—La palabra «dialéctica» proviene de la palabra griega «dialego», que significa 'conversar', 'polemizar' —continuó Mónica algo más confiada—. En la Antigüedad algunos filósofos creían que descubrir contradicciones en el pensamiento y confrontar opiniones opuestas es la mejor manera de llegar a la verdad.

—Correcto —dijo la comisaria política.

A partir de ahí las hermanas Palavéevi se relajaron y la exposición del material fluyó menos atrabancada. Explicaron la diferencia entre la metafísica y el materialismo, definieron el desarrollo dialéctico como una transición desde los cambios cuantitativos a los cualitativos, criticaron a Dühring y a Kant y revelaron la naturaleza revolucionaria de los cambios, que no se producían de forma armoniosa y suave, como les hubiera gustado a los mencheviques, sino en una lucha entre las tendencias opuestas, propias de los objetos y los fenómenos…

Todos escuchaban boquiabiertos: hacía tiempo que no asistían a una presentación tan clara y concisa. Incluso a los miembros de la Unión Agraria, que en principio aguzaban el oído solo cuando se trataba de la colectivización de la tierra, de pronto se les vio meditabundos. Con un dedo presionado contra la frente, Tijón resoplaba, sometido a la presión de la verdad sobre la naturaleza material de la existencia.

Extra Nina lanzó una mirada victoriosa a Medved.

—¿Dudas?

—Tengo solo una pregunta… —dijo inesperadamente Gabriela.

—¡Ahora no! —intentó detenerla Mónica.

—¿Cuándo si no? —pronunció en voz alta su hermana—. Lenin afirma que la dialéctica es una ciencia que estudia las contradicciones de la esencia misma de las cosas. Entonces, ¿cuál es la principal contradicción del propio materialismo dialéctico?

En la pradera se hizo un silencio sepulcral. La pregunta quedó suspendida en el aire como la sombra de un enorme pájaro que

hubiera tapado la luz con sus alas. Un aire frío sopló entre las ramas. Extra Nina abrió la boca varias veces, intentó decir algo, pero su garganta permaneció muda. Medved suspiró gravemente y clavó la mirada en el suelo.

—Te lo dije… —susurró Mónica.

Gabriela no respondió. Su mirada saltaba de camarada a camarada, insistente e inquisitiva.

En ese momento se oyó el salvador traqueteo de la cuchara de palo, que espantó el oscuro pájaro de la duda. Para cenar el Arbusto usaba otra cuchara, más plana y chata, que emitía un sonido distinto, pero igual de alegre. Los partisanos se levantaron y con un alivio indisimulado se dirigieron hacia las ollas donde borboteaba un espeso estofado de guisantes. Medved se acercó a las chicas, las miró con cierta compasión y dijo en un búlgaro prístino, sin ningún acento:

—Hay preguntas a las que solo el tiempo puede responder.

20. SOBRE LOS PERJUICIOS DE LA POESÍA MODERNA

Al fondo de un pasillo ciego en forma de L, en el sótano de la jefatura de policía había una ventanilla con una gruesa reja semejante al pasaplatos de una cantina carcelaria. Al otro lado se sentaba una señorita flacucha y de nariz sombríamente ganchuda que vestía una blusa de cuello austero y recatado. A su espalda había una caja fuerte de color verde oscuro. En la pared colgaba un gran cartel desde el que miraban varias filas de fotos. Este tipo de carteles solían confeccionarlos anualmente las escuelas con motivo de la graduación de sus alumnos. Pero esta no era una orla académica. En la parte superior se podía leer:

Terroristas más buscados del Reino de Bulgaria

La mayoría de las fotos eran de una calidad cuestionable, tomadas tal vez directamente de los expedientes policiales. A los pies de cada una aparecía en letra pequeña el nombre de la persona buscada y, con letras algo mayores, la recompensa ofrecida por su cabeza. Parte de los perseguidos aparentemente ya no eran tales, puesto que estaban tachados con una X trazada con lápiz de ojos.

Quedaba una hora para el final de la jornada laboral. Elvira Smókova, más conocida entre sus compañeros como «señorita Culebra»,[27] movía distraídamente las cuentas del viejo ábaco de madera: una actividad en la que encontraba cierto erotismo remoto. Era la cajera de la Oficina de Estimulación Económica Adicional, adjunta al Ministerio del Interior. De aquí salían los pagos de las recompensas por los enemigos del Estado capturados o ajusticiados.

Una llamada discreta a la puerta hizo que volviera la cabeza. En la ventanilla apareció una cara familiar.

—¡Ah, capitán Draguíev! —Su cara floreció (en la medida en la que puede florecer el mango de una azada) e instintivamente se tocó el pelo—. Me alegro de verlo. Todo el mundo habla de sus últimas hazañas.

Sin entrar en cortesías innecesarias, que le parecían una expresión de vulgar familiaridad, el capitán le entregó un papelito con un número de entrada.

—Un momento —dijo la cajera, ligeramente decepcionada. Se dio la vuelta y se puso a rebuscar en el archivo. Al rato sacó una orden de pago y se la entregó—: Firme aquí.

El Capitán Noche leyó el importe y frunció el ceño:

—Tiene que haber un error.

—¿Disculpe? La cantidad se asigna en consonancia con su informe.

—Precisamente —dijo sombríamente—. Diez muertos y un capturado. Eso hace 550 000 levas y aquí hay solo 250 000.

—¡Vaya! —exclamó con preocupación la empleada—. Voy a comprobarlo. Disculpe…

La ventanilla se cerró de golpe en las narices de Noche. Se quedó completamente solo en el pasillo desierto y apenas iluminado. El olor al desinfectante con el que fregaban el suelo aumentaba por minutos. Con el mismo producto limpiaban la sangre en las salas de interrogatorios. Por un instante le pareció que alguien lo observaba desde el rincón, pero no pudo comprobarlo porque la ventanilla volvió a abrirse.

—A ver, el problema está en las bajas —se lanzó con aire competente la señorita Culebra—. En la operación han muerto once de los nuestros. Esto automáticamente reduce su eficacia a la mitad. Lo siento…

—¡Tonterías!

—Es lo que establece el nuevo decreto. Se lo puedo dar para que lo vea…

—¡¡Esta guerra no se ganará con decretos!! —soltó Noche con ira impotente.

—Yo solo soy la cajera.

—¿Puedo poner una reclamación?

—Sí, claro. En un plazo de siete días.

—¡No pondré ninguna reclamación! Mi honor de oficial no me lo permite. ¡Guárdese el dinero! No, mejor repártalo entre los familiares de los soldados fallecidos… De todos modos, son víctimas de su incompetencia.

—Yo solo soy la cajera —repitió ella ofendida.

—Me refiero a la calidad de la información operativa que nos facilita su departamento. De haber sabido que el bosque estaba minado, no hubiéramos tenido que lamentar tantas víctimas. ¡Esto no es información, es basura! Incluso algo peor…

—¿O será que tal vez no sabe utilizarla? —se oyó una voz grave detrás de su hombro.

—¿Y usted quién es? —Noche se volvió como una serpiente a la que hubieran pisado.

Ante él estaba un enorme hombretón moreno con un grueso bigote lanudo. La imponente panza tensaba su camisa y por debajo de su americana asomaba el mango de un revólver. Llevaba el nudo de la corbata flojo, como si hubiera estado golpeando a alguien con sus pesados puños un momento antes. En sus ojos brillaban chispas de astucia.

—Inspector sénior Bázov —se presentó el hombre—. Y usted debe de ser el famoso Capitán… ¿Noche? Noche… —repitió pensativo—. Qué poético, la verdad.

Los dos se miraban sin estrecharse las manos.

—He oído muchas cosas buenas sobre usted y sus tácticas —prosiguió Bázov con engañosa dulzura en la voz—, por eso me pregunto cómo ha podido hacer tantas tonterías en tan solo unos pocos días… ¡Qué lástima!

Se giró y metió la cabeza por la ventanilla. Dijo algo y sus hombros se estremecieron de risa. Le respondió el falsete melodioso de la cajera. El torso de Bázov se adentró aún más en la apertura. Noche a duras penas aguantó las ganas de soltarle una patada en el amplio trasero. Cuando por fin Bázov se apartó de la ventanilla, sujetaba en sus garras un fajo de billetes recién salidos de la imprenta. Se lo pasó por el bigote y lo embutió en el bolsillo interno de la americana.

La señorita Culebra sacó su lápiz de ojos. Rodeó la mesa, se acercó al cartel de los terroristas más peligrosos del Reino de Bulgaria y tachó una de las fotografías con dos veloces líneas.

Bázov miró a Noche con fingida sorpresa.

—¿Puedo ayudarle?

—¡Quiero una explicación!

—Véngase conmigo a tomar un café.

El despacho de Bázov estaba en la tercera planta y daba al patio interior de la Jefatura de policía. Allí estaban aparcadas varias furgonetas verdosas Opel. De una de ellas bajaban unos detenidos. El inspector abrió la caja que tenía detrás de la mesa, sacó una botella de rakía y dos copitas.

—Café para mí —dijo secamente Noche.

—Solo servimos de ciruela, a temperatura ambiente —se rio Bázov mientras servía el líquido amarillo en las copitas—. Es mejor para los nervios, que lo sepa…

Enfrente se veía la trasera del Primer Instituto Femenino, separado de las dependencias de la policía por un muro alto coronado con una malla metálica. Por el patio del instituto corrían chicas en pantalones cortos. Era el grupo de Cultura Motriz, que se estaba preparando para

la asamblea anual de clubes deportivos de los institutos femeninos de Bulgaria y territorios asociados. Las chicas mecían rítmicamente sus largas y pálidas piernas como garzas. En el alféizar de la ventana había unos binoculares.

—¡Salud! —Bázov le pasó la copita—. ¿Quiere mirar?

Noche negó con la cabeza y tomó un trago de rakía. Era fuerte.

—Observo que tiene controlada a la juventud —dijo sarcásticamente—. Estoy convencido de que esto es mucho más agradable que perseguir a tipos armados hasta los dientes por los altos de Stara Planina.

—¿Por qué tenía que perseguirlos cuando se los habían entregado en bandeja? —preguntó tranquilamente el inspector—. Bueno, casi. Tuve ocasión de leer su informe. Si hubiera esperado a que los rebeldes se durmieran, su balance hubiera sido bien distinto. Pero al parecer usted quería a toda costa entrar en combate. ¡Incluso organizó fuegos artificiales! ¿Qué era eso, una boda de gitanos?

—¡Soy un soldado!

—Entonces, alístese en el frente oriental. Los alemanes necesitan gente motivada. Allí es donde se libran los verdaderos combates. Aquí… —sonrió Bázov— solo nos dedicamos a tirotear.

—¡Por eso llevamos dos años sin poder acabar con estos bandidos!

—Mire, el objetivo no es acabar con ellos, algo que podríamos hacer en cualquier momento, sino tenerlos bajo control. El resultado de la guerra no depende de nosotros. Este ya se perfila en el horizonte y no augura nada bueno.

—Entonces, ¿qué propone? ¿Quedarnos quietos esperando al Ejército Rojo?

—Todos estamos esperando al Ejército Rojo… Ellos y nosotros. Pero entretanto queda mucho por hacer. Mi jefe, Géshev, tiene una opinión particular sobre esta cuestión. Hay que actuar de manera razonada y con sangre fría. Se están sentando las bases del nuevo orden mundial después de la guerra. Solo de nosotros depende si seremos parte de él o si nos pudriremos en una fosa anónima.

—¿Quiénes somos «nosotros»?

—Algunos de nosotros… —Lo miró fijamente Bázov—. Usted es un oficial valiente. Y por lo que he entendido, tampoco le falta talento de detective. Pero me temo que tiene propensión a la iniciativa propia. La falta de coordinación puede resultar fatal… ¿Qué es lo que intenta conseguir?

—Comprender qué ha ocurrido exactamente. ¿Por qué dos muchachas guapas, educadas y de buena familia aparecieron en el monte con una banda de malhechores?

—¿Lo ha descubierto?

—No. —Noche movió con tristeza la cabeza.

—¡No se deje engañar por su aspecto! —Bázov levantó el dedo—. ¿Usted leyó la carta, verdad?

—Puede que las hayan forzado a escribirla…

—Si me pregunta a mí, la culpa de todo la tiene la poesía moderna —suspiró Bázov—. No Marx, no Lenin, sino estos individuos despeinados, mugrientos y dados a la bebida que tienen el descaro de llamarse poetas: ¡los destructores del verso clásico! Ahí nace el vicio. La armonía, el ritmo, la rima son los que esculpen el alma. La hacen sensible al orden y al derecho, le enseñan el bien y le descubren la belleza. Pero ¿qué enseña la así llamada poesía moderna? ¿Qué es? ¿Ha leído a alguno de esos mamones glorificados?

Desconcertado por el rumbo que había tomado la conversación, Noche confesó tímidamente que no estaba familiarizado con las tendencias contemporáneas en la poesía.

—¡Ni falta que le hace! —exclamó Bázov—. ¡Pum, tras, dum, dam, cras, plas…! Eso es todo. Sin contar con el contenido, que es un insulto directo a la razón y al buen gusto. Las muchachas son particularmente susceptibles, porque se dejan enredar en sus burdas mentiras. Incluso sienten compasión por esa escoria. A veces hasta se acuestan con ellos. Sin darse cuenta, se contagian de la enfermedad de sus mentes perturbadas, hasta acabar en el manicomio. O hasta empezar a tirar bombas en las cafeterías. Me apuesto algo a que las mesillas de esas dos monadas estaban llenas de poesía moderna. ¿No es así? No sé si usted lo hace, pero yo siempre compruebo el contenido de las mesillas de noche. Y cuando descubro alguno de aquellos delgados y mugrientos librillos con estrofas asimétricas y sin signos de puntuación, voy derecho al inodoro, meto la mano en la cisterna y ¡bam!: saco un revólver. ¿Verdad?

—No —dijo brevemente Noche.

—¿Cómo que no? ¿No está de acuerdo?

—No descubrimos poesía en sus mesillas. Ni clásica ni moderna. Solo libritos con dibujos.

—¿Qué libritos?

—Historias dibujadas. Se llaman «cómics». De las cabezas de los personajes salen globos con palabras. El hermano del padre, que vive en Detroit, les mandaba cajas enteras antes de la guerra para que las chicas practicasen su inglés. Hay series con distintos héroes. Un tipo con un traje ridículo que vuela con la mano en alto, llamado Superman. Flash, el hombre relámpago. Sheena, reina de la selva. El mago Zatara. Y otro tipo con capa que salta de tejado en tejado como un murciélago. ¡Tonterías americanas! En mi opinión, están dirigidos a los retrasados mentales.

Bázov lo escuchaba con gran atención.

—Draguíev —profirió con tono sombrío—. Quiero verlos. Esto puede resultar algo mucho más temible que la poesía moderna.

21. EL DÍA TERMINA CON CUENTOS

Después de cenar, los ánimos se encendieron solos. El Clavo sacó una armónica y empezó a tocar:

—Que suene mi armónica, que suene esta joven canción. La brigada juvenil parte al amanecer…

Los demás se unieron uno tras otro formando un coro no muy uniforme, pero sincero y entregado. A un lado vibraba la vocecilla de Extra Nina: chillona y solitaria como una cuerda suelta. Era consciente de que no tenía oído, pero eso no la detenía. Apenas habían acabado la última estrofa cuando Lenin entonó con un lirismo viril y contenido:

—La tierra de Bótev[28] y Levski[29] de nuevo está sometida. El Balcán vuelve a cantar canciones rebeldes…

El Clavo y el Enterrador lo acompañaron, seguidos por los demás:

—Aquel que ame al pueblo sojuzgado y venere el legado de Levski, ¡que se una a nuestras filas!

El programa cultural siguió con una actuación de Lozán. Tenía una voz de barítono profunda y sensual y hasta hacía poco había sido solista en el conjunto musical del Tercer Instituto Masculino. El joven inclinó la cabeza, entrecerró los ojos y extendió la mano con los dedos en garra, como si intentase arrancar un corazón invisible:

—Amapola roja, solitaria y triste, en medio del trigal ha florecido y no aparta la mirada, ardiente y desconsolada, de las doradas espigas…

A algunos de los partisanos mayores se les saltaron las lágrimas. Era el himno de los socialistas búlgaros, elegido personalmente por Dimítar Blagóev, el Abuelo,[30] como lo llamaban con ternura los veteranos del movimiento. La voz de Lozán era tan pura y bella que nadie se atrevía a intervenir. Tan solo escuchaban, invadidos por recuerdos de huelgas y manifestaciones, de enfrentamientos ideológicos épicos, de la primera escisión en Ruse, en 1903, y las siguientes escisiones de 1905 y 1908, de la lucha contra los progresistas y los anarcosindicalistas. Era como si toda la turbulenta historia del Partido pasara ante sus ojos, desde aquella noche de mayo en el viñedo de Nikola Gabrovski del lejano año 1891, cuando bajo la bóveda estrellada ocho hombres con conciencia de clase liderados por el Abuelo habían arrojado la semilla del socialismo al fértil suelo

búlgaro.

—*¡De tu semilla nacerán y se abrirán flores de fuego y la amapola adornará siempre el ramo de la primavera!*

Gabriela y Mónica todavía desconocían la letra de estas canciones de culto y acompañaban con un culpable «na-na-na». También tenían muchas ganas de participar, pero se les ocurrían solo canciones infantiles que habían aprendido con su institutriz, del tipo *Six little ducks, Ten green bottles* o *Yankee doodle*. Algo les decía que el entorno social no las aprobaría. Del amplio repertorio del folklore proletario-combativo se habían molestado en aprender solo *La Internacional*. Pero esta se cantaba únicamente en ocasiones solemnes como el aniversario del nacimiento de Rosa Luxemburgo, el Primero de Mayo o el aniversario de la muerte de Lenin. Para entonar *La Internacional* se requería un coraje y una autoridad que ellas aún no tenían y por eso no se atrevían a ser las primeras en abrir la boca. Mucho más popular era *La Varsoviana.*[31] La cantaba fundamentalmente Dicho. Esperaba a que los últimos rayos del sol se apagasen y empezaba a tararear con una voz sorda que parecía surgir de la tierra: ta-ta-dada-ta, ta-ta-dada-ta. Todos callaban y un escalofrío les recorría la espalda. Parte de los camaradas empezaba a golpearse las mejillas con el puño, produciendo un sonido explosivo. Las chicas aprendieron con facilidad esta técnica y sus voces se fundieron en el amenazante estruendo común. Era como si millones de esclavos golpeasen con los mangos de sus picos en las puertas cerradas de la historia. Entonces Dicho entonaba:

—*Negras tormentas agitan los aires, nubes oscuras nos impiden ver. Aunque nos espere el dolor y la muerte, contra el enemigo nos llama el deber…*

Incluso Medved, que habitualmente se limitaba a ser oyente pasivo debido a su carácter introvertido y orgulloso, se dejaba llevar y sin querer empezaba a corear con los demás:

—*¡En pie, pueblo obrero, hay que derrocar a la reacción!*

—*¡A LA BATALLA!* —los interrumpió Extra Nina—. ¡Os lo saltáis!

—¿Cómo, cómo?

Se produjo confusión, la armonía se deshizo y la canción se detuvo.

—*¡En pie, pueblo obrero, A LA BATALLA!* —recalcó ella.

—Anda que… —soltó alguien.

Perdieron las ganas de seguir. Extra Nina recitó la letra completa de la canción de principio a fin para recordársela. A pesar de que no se le daba bien cantar, se sabía de memoria la letra de todas las canciones, así como muchas poesías: no solo de Mayakovski, sino también de Vaptsárov,[32] Geo Mílev, Smírnenski, Furnádzhiev…[33]

El Enterrador reavivó el fuego y echó unas pocas ramas sobre las

brasas. Un enjambre de chispas salió volando hacia el cielo. El campamento estaba en las profundidades del bosque y la posibilidad de que alguien viese las lucecitas era ínfima.

El crujido de las ramas adormeció a Medved. Dejó la cabeza apoyada en el pecho.

—¡Camarada *kombrig*! —lo sobresaltó una voz insistente—. Háblenos otra vez del gran país soviético. ¡Por favor!

Medved miró sin pizca de simpatía a los partisanos —en su mayoría jóvenes— que se habían agolpado en semicírculo. Tenía que hablar sobre la Unión Soviética un día sí y otro también. Ocurría sobre todo antes de irse a dormir. Los camaradas estaban interesados en todos los aspectos de la forma de vida soviética y siempre querían saber más y más. Para ellos la URSS era la tierra prometida de la Revolución, donde el progreso social y tecnológico se habían aunado creando maravillas. Medved no tenía derecho a decepcionarlos. Mejor dicho, no se atrevía.

—¿De qué queréis que hablemos concretamente?

—¡Del metro!

—¡De los estajanovistas!

—¡Del helado!

Las propuestas llovían.

Medved suspiró con indisimulado aburrimiento:

—¡De los estajanovistas os he hablado al menos mil veces!

—¡Otra vez! —gritó el Tornillo.

—¿Y quiénes son los estajanovistas? —preguntó Gabriela.

—¡¿No habéis oído hablar de Alekséi Stajánov?!

—No.

—El 31 de agosto de 1935 —recitó con tono solemne el Tornillo— este minero del Donbás, Alekséi Stajánov, extrajo ciento dos toneladas de carbón en un solo turno. ¡Catorce veces más que la cuota establecida! ¡¡Y dos semanas después extrajo nada menos que trescientas toneladas de carbón!!

—¡Guau! —exclamaron las chicas.

—¡Doscientas veinticuatro! —lo corrigió Medved—. Pero sigue siendo mucho. El ejemplo de Stajánov inspiró a los trabajadores de todos los sectores de la economía soviética. En la industria: Busiguin, Smetanin, Krivonós… Las tejedoras Vinográdovi. El criador de aves Gnatenko, los tractoristas Kolésov, Kovardyuk… —desgranaba Medved como en trance, tal y como le habían enseñado en la escuela —. Ellos son los primeros estajanovistas. Sientan las bases de un poderoso movimiento para el aumento de la productividad del trabajo en la URSS.

—¿Y cómo se han hecho tan fuertes? —preguntó con buen criterio

Mónica—. ¿Mantienen algún régimen especial de alimentación?

—Eso mismo iba a preguntar yo —dijo el Tornillo dirigiéndose a Medved.

—No. Se alimentan como todos los demás. En la cantina de los trabajadores. Allí las raciones son lo bastante abundantes. He oído que Stajánov acostumbraba a meterse un trozo de mantequilla debajo de la lengua cuando bajaba a la mina. Es todo.

—Entonces, ¿por qué no son todos como ellos?

—Es una cuestión de convicción ideológica —respondió Medved secamente—. Las ideas son como una dinamo que funciona en tu interior y te carga de energía. Esto es completamente imposible en la producción capitalista.

—¿Y cuál es la estación más bonita del metro de Moscú? —El Clavo se apresuró a formular la siguiente pregunta.

—La de la plaza de la Revolución, por supuesto —repuso Medved sin pensárselo—. También son muy interesantes las estaciones Komsomólskaya y Mayakóvskaya. Tienen unos mosaicos fabulosos, elaborados con piedras preciosas y semipreciosas. Dzerdzhínskaya también tiene su particular belleza: pura y austera. Está revestida de mármol blanco y parece la tundra nevada. Pero de todos modos, la más exuberante es la de la plaza de la Revolución. Allí hay toda una galería de esculturas y en el techo brillan magníficas arañas de cristal como en la ópera. Las estatuas están en nichos de mármol rojo, en parejas: soldado-trabajador, marinero-campesino, estajanovista-ingeniero… Si te entretienes en verlo todo, pierdes el tren.

Medved guardó silencio para dar la oportunidad a los oyentes de disfrutar en su imaginación de aquella maravillosa visión. Pero la impaciencia prevaleció:

—¿Y cuál es la estación más profunda?

—Hmm… —Medved se quedó pensando un rato—. Me parece que la Komintérnovska. Cuarenta y cinco metros bajo tierra. ¡La estación de metro más profunda del mundo! —se apresuró en añadir.

—¡Madre mía! —exclamó Coraje—. ¡Eso son trescientos escalones por lo menos! Menuda sudada para subir y bajar…

—¡Qué tontería! —se rio el Enterrador—. Hay ascensores para eso, ¿verdad, camarada *kombrig*?

—Así es —asintió Medved—. Aunque la mayoría de los viajeros utilizan las escaleras mecánicas. Son algo parecido a las cintas transportadoras. Uno se queda parado en el peldaño y aquello sube y baja.

—¡Eso sí que es vida! —dijo el Clavo dando una palmada.

—¿Se vende comida en el metro? —preguntó tímidamente el Arbusto.

—No. Para que no se acumule basura. Pero hay puntos de venta de agua con gas y helado.

—¿Qué tipo de helado? —se animaron las dos muchachas.

—Se llama *morozhenoe*. Hay decenas de variedades, pero las más populares son la de nata, la de chocolate y la de frambuesa. Se producen en la fábrica de dulces y helados G. K. Sverdlov, en la península de Kola. ¡Es la mayor fábrica de helados del mundo! El proceso de elaboración está completamente mecanizado. Difícilmente te cruzarás con alguien, excepto con los técnicos enfundados en sus batas y gorritos blancos. Los métodos industriales garantizan la calidad óptima. Allí trabaja el mismísimo Smetanin, que fabricó trescientas veinte toneladas de helado en un solo turno. El producto elaborado se bombea en estado líquido por conductos de cobre hasta Moscú, donde vuelve a ser congelado y distribuido en los puntos de venta.

—Claro, ¡esto no es como el negocio del tío Evlampi y su carrito delante de la estación de mercancías! —observó el Clavo con tristeza y anhelo.

—¿Hacen también helado de menta? —se interesó Gabriela.

—Lo hacen, lo hacen —suspiró Medved agotado—. Hacen helado de menta, de fresa, de violetas, de arándanos, de cacahuete, de coco, de caramelo, ¡de lo que se te antoje! Todo fluye por los conductos. Hay un horario: de cinco a seis de la mañana fluye el helado de nata, luego durante otras dos horas el de chocolate, después echan el de frambuesa durante una hora y, tras él, el de fresa durante media, y así, según los pedidos. Durante el sitio de Moscú los alemanes perforaron el heladoducto, pero Smetanin fue informado a tiempo y echó cianuro en la tubería. ¡Se cargó a una división entera!

—¡Se lo merecían, los cabrones! —se oyeron gritos entusiastas.

—El abastecimiento de helado en Moscú ya se ha normalizado.

Medved se daba cuenta de que se había pasado, pero no le importaba. Esperaba haber saciado por fin su voraz curiosidad y que lo dejaran en paz. Entonces lo asaltó la última pregunta:

—¿Y cómo se vende el helado: en palo o en cucurucho?

Medved, hastiado, clavó los ojos en Mónica.

—Tanto en palo como en cucurucho. A veces también en vasito.

Nadie más se atrevió a preguntar nada. Eran casi las once y media, hora de irse a dormir. Los partisanos se retiraron en silencio; algunos se fueron al río a lavarse los dientes, otros se metieron directamente bajo las mantas.

—Este heladoducto… —se oyó una voz soñadora—. ¿No habría manera de que pasara también por Vratsa?

—Tal vez, algún día. Tal vez… —le respondió otra.

22. NO HAY CONEXIÓN CON EL CENTRO

Medved disponía de un pequeño pero potente receptor de radio que por defecto sintonizaba tan solo dos frecuencias: la radio oficial de Moscú y Radio Hristo Bótev, que emitía también desde Moscú, pero en búlgaro. El transistor funcionaba con pilas estándar de 1,5 V que, evidentemente, eran difíciles de encontrar en el monte. El último lote se había agotado irremisiblemente en el campamento Cebolla y desde entonces el destacamento había perdido la conexión con el Centro. Las dos radios que descubrieron en la cueva también resultaron totalmente inservibles. Una de ellas estaba conectada a un viejo y voluminoso acumulador que llevaba años muerto y para lo único que servía era para colgárselo del cuello y tirarse a algún pozo. Por lo visto al Maligno y a sus esbirros les daba igual la situación internacional. Pero semejante incertidumbre atormentaba a los partisanos y sobre todo a la dirección del Partido. Radio Hristo Bótev solía proporcionar valiosas instrucciones tácticas y operativas y Radio Moscú informaba constantemente de la marcha victoriosa del Ejército Rojo, lo cual los animaba y les daba esperanzas en que el fin de la lucha se acercaba. En Radio Hristo Bótev hablaba con regularidad Dimitrov[34] —el león de Leipzig, el líder de la Internacional Comunista—, ¡y en Radio Moscú se podía oír al mismísimo Stalin! Pero ahora las ondas callaban. ¿Qué pasaba en el frente oriental? ¿Cuántas divisiones alemanas habían sido derrotadas, cuántos tanques destruidos, cuántos aviones derribados? ¿Dónde se encontraba exactamente el Ejército Rojo? Ni el *Breve curso de historia del Partido Comunista de toda la Unión (bolchevique)* ni las charlas de Medved antes de irse a dormir podían sustituir las noticias en vivo del Centro. En lugar de la profunda voz viril de Levitán a las veintiuna horas de Moscú, en el campamento se oía tan solo la llamada sorda del autillo:

«Tuu-tuu, tuu-tuu, tuu-tuu…».

—¡Me cago en tus muertos! —maldecía Lenin, que levantaba el fusil y apuntaba entre las ramas—. ¿Yo qué?

—¡Ni se te ocurra! —El tío Metodi se levantaba entonces de un salto, agarraba el cañón y lo dirigía hacia el suelo arriesgándose a

recibir un tiro en el estómago—. Si matas a un autillo te quedas sordo. ¿Acaso no lo sabes?

—¿Y qué pasa si matas a una alondra? —bromeaban los demás.

Algo le pasaba al tío Metodi. Algo malo. A pesar del castigo que le había impuesto el Partido, seguía hundiéndose más y más en la ciénaga de la superstición. Contaba sus pasos, escupía con o sin motivo por encima del hombro, se detenía de pronto, levantaba la vista hacia las ramas, volvía y pasaba por otro sitio. Se ató un hilo rojo en la muñeca y se fabricó un amuleto de ajos. Acumulaba piedras sobre la tumba del Maligno. Apuntaba sus sueños e incordiaba a Tijón pidiéndole que se los interpretara. El antiguo monje se sabía conocedor de la materia. Era famoso por ser capaz de expulsar a los malos espíritus, deshacer maleficios, maldiciones y males de ojo: actividades que otrora suponían unos ingresos sustanciales para el monasterio. Pero desde que se había pasado a la posición marxista-leninista, Tijón evitaba practicar semejantes «trucos», como los llamaba. Los consideraba un resto vergonzoso de las cadenas de la religión y despachaba al tío Metodi con una sonrisa un tanto tosca:

—¡Deja ya esta actitud reaccionaria bujarinista-trotskista!

En este amplio término incluía todas aquellas fuerzas oscuras enroscadas como víboras en el cuello de la historia, cuyo único fin era asfixiar y obstaculizar la obra de la Revolución.

Medved no veía sentido alguno a imponer otro castigo más al veterano del Partido. La cuestión no era castigar a alguien, sino ayudarlo. Pero ¿cómo?

—Bastará con que oiga una vez el sonido de Radio Moscú para que se recupere —dijo Extra Nina—. Su mente se ajustará. Ahora está desajustada.

—¿Cómo que desajustada? ¡Esto no es una ventana!

—En caso de susto, estrés o pérdida de orientación puede que la mente se desajuste —explicó Extra Nina como un psicólogo experto—. Alguien tiene que recordarle dónde está su auténtico yo. Devolverlo a sí mismo. ¡Eres comunista, tío Metodi! No un saco de pulgas, ¡sino comunista! ¡Un agente del progreso organizado y consciente!

—Eso se lo puedo decir yo también —replicó Medved.

—Camarada *kombrig*, con todo mi respeto hacia su experiencia y prestigio, me temo que en este caso es necesaria una autoridad aún mayor. Incluso una autoridad suprema. Usted no es Radio Moscú, lo siento.

—No, no lo soy —respondió Medved con un suspiro.

—¡Tenemos que encontrar pilas! —insistió Extra Nina—. La voz de Moscú no debe callar. Es un imperativo vital. De lo contrario la barbarie nos engullirá a todos, uno por uno. No querrá que acabemos

como el Maligno y su banda, ¿verdad? Imagínese que el Ejército Rojo llega y pasa sin que nos enteremos…

—Cuando llegue el Ejército Rojo, nos enteraremos todos. ¡Descuida! —dijo con tono sombrío Medved.

La partisana lo miró extrañada, tras lo cual añadió con obstinación:

—No podemos escondernos eternamente. Es hora de establecer contacto con nuestros camaradas. Ellos son nuestra base. Tarde o temprano nuestras reservas se agotarán. Es inevitable…

—Lo sé —asintió Medved.

Pero sabía también otra cosa: después de conectar con la base, sería solo cuestión de tiempo que el enemigo los descubriera. Como ocurrió en el campamento Cebolla. O como ocurrió antes, en el paraje de Tríchavoto. Por aquel entonces el código Zelenika aún no se había diseñado. Murieron Marín, el Hierro y el Albañil. El Cogollo, de los agraristas, resultó herido en el brazo. Se perdieron el gran caldero y el periódico mural ya redactado. ¿Quién era el traidor? En la escuela le habían enseñado que la amplitud de la base era directamente proporcional al riesgo de traición. Por otro lado, señalaban, el estrechamiento de la base era inversamente proporcional a la probabilidad de supervivencia. ¡Una simple dialéctica!

—Tendremos cuidado —le aseguró Nina, como si le hubiera leído la mente.

—Es inevitable… —susurró Medved.

* * *

A última hora de la tarde empezó a formarse el grupo de abastecimiento. Al principio estaba integrado por Coraje, Extra Nina, el Enterrador y Dicho. El objetivo del grupo era llegar a Étropole.[35] Allí había una gran tienda cooperativa y la probabilidad de encontrar pilas era mayor que en los pueblos esparcidos alrededor de Dadán. Dicho tenía una tía en Étropole a la que había visitado en numerosas ocasiones y conocía la zona como la palma de su mano. Extra Nina y él tenían que fingir ser una pareja alojada en el sanatorio cercano a la ciudad, comprar pilas, periódicos y otras cosas de menos importancia y retirarse sin que nadie reparara en ellos. En la cueva había un montón de ropa de paisano adecuada para disfrazarse, incluyendo un parasol de señora. Después Dicho propuso que al grupo se uniera también una de las gemelas. Defendía que un hombre, una mujer y una muchacha amable despertarían menos sospechas. Medved desaprobó contundentemente la idea, pero Extra Nina y los demás la apoyaron.

Gabriela y Mónica no sospecharon nada hasta el último momento.

Al enterarse de la futura expedición, en sus ojos brillaron chispas traviesas y enseguida dijeron que querían participar. Pero cuando supieron que solo podría ir una, quedaron visiblemente decepcionadas. Hasta entonces nunca se habían separado. Aunque a veces peleaban, discutían o se pegaban, siempre estaban juntas, aunque no se dirigieran la palabra en días. Sus caminos eran como dos raíles: pasaban por túneles y puentes, cuesta arriba y cuesta abajo, siempre en paralelo.

—Tenemos que ir las dos —insistía Mónica—. ¡Nosotras no nos separamos!

—Imposible. Llamáis demasiado la atención —explicaba Dicho.

—Entonces no vamos a ninguna parte —respondió enfadada.

—Como queráis —dijo con alivio Medved—. La participación en esta misión es completamente voluntaria.

—¡Iré yo! —dijo de pronto Gabriela.

—¿Qué? —Mónica parpadeó como si le hubieran dado un latigazo.

—Iré —repitió su hermana—. ¡Estoy harta de pudrirme en este bosque! Quiero formar parte de una auténtica misión militar.

—Lo siento —intervino Extra Nina—. Vendrá Mónica.

—¿Por qué? —preguntó la chica torciendo el gesto.

—Porque tiene más sangre fría y mejor puntería. ¡No te enfades! Es la verdad. Un marxista nunca se enfada por los hechos objetivos, acepta las cosas tal y como son, sin sufrir innecesariamente. Por el contrario, tú tienes más capacidades creativas. Por esto te quedarás aquí y terminarás el periódico mural… —Extra Nina la cogió de pronto de la mano—. ¡Creo en ti!

23. TURRÓN, COLONIA Y PILAS

El grupo partió a las cuatro de la madrugada. Era todavía noche cerrada, los demás dormían. Los despidió solo Medved. Dio a Extra Nina diez mil levas para las compras y los volvió a avisar:

—¡Nada de heroicidades!

Étropole distaba unos cuarenta y cinco kilómetros en línea recta. Caminaron durante toda la mañana y fue por la tarde cuando hicieron un alto en una hondonada. Abrieron los paquetes de comida. El Arbusto había preparado para cada uno varias tortas rellenas de alubias aplastadas, un trozo de tocino untado de comino y una decena de pastas de miel para reponer energías. Se habían calculado provisiones para cuatro días. Después caminaron en torno a una hora, hasta que el bosque empezó a clarear y entre las ramas se pudieron entrever pastizales, almiares y maíz. Eran los alrededores del pueblo de Chétino, al menos eso dijo Coraje. Durmieron por turnos en los espesos helechos y al caer la noche volvieron a ponerse en marcha. Rodearon el pueblo, atravesaron un regato anónimo y tomaron la carretera hacia Lóvech. Pero cuando llegaron al desvío para Gnílyane se dieron cuenta de que habían tomado el camino a Léshovo. Para no desandar sus pasos, cruzaron directamente a través de los viñedos y los sembrados. Dicho pisó una vieja trampa para zorros que le agujereó el zapato. A la mañana siguiente aparecieron en un bosque poco poblado cercano a un pueblo grande y disperso cuyo nombre nadie sabía con seguridad. El Enterrador sacó unos pequeños binoculares de teatro, los enfocó, observó en silencio el panorama y se los entregó a Dicho, que echó un vistazo, se encogió de hombros y se los pasó a Coraje.

—Se parece a Úrdovo…

Extra Nina le quitó los binoculares de las manos.

—¡Qué Úrdovo ni qué leches! ¿No ves la cruz torcida del campanario? Esto es Golyama Kriva. Pasé por aquí hace tres años. Los militantes de las Juventudes Obreras están convencidos de que *Anti-Dühring* es un personaje histórico.

—Étropole cae un poco más allá, al noreste… —señaló Coraje imperturbable.

—Eso es el suroeste —lo corrigió Mónica.

En su palma había una pequeña brújula. Era un regalo de su undécimo cumpleaños. Su institutriz, miss Croft, le había regalado a cada chica una brújula de bolsillo y, lo más importante, les había enseñado a usarla. «Uno nunca sabe cuándo le será útil…», solía decir.

Bien entrada la noche, por fin llegaron a un paraje ondulado llamado Progon, en los alrededores de Étropole. Se lavaron los pies en la fuente erigida en memoria de las batallas de la guerra ruso-turca. Dicho tenía el pie hinchado por los dientes de la trampa y sufrió mucho para quitarse el zapato. Comieron deprisa. Pasaron la noche en los matorrales y a la mañana siguiente volvieron a la fuente, donde Dicho, Extra Nina y Mónica se ataviaron con la ropa que traían en las mochilas. Mónica se maquilló primero sola y después se puso a hacer lo propio con la comisaria política. Extra Nina arrugaba el ceño todo el tiempo y ni siquiera quiso mirarse en el espejo, convencida de que parecía una fulana.

—Estás guapa… —le aseguró la chica empolvándole un poco más la nariz para disimular el arañazo que había dejado un arbusto—. ¿A que estamos guapas?

Abrió el parasol, se giró sobre sus tacones y lanzó una mirada por encima de su hombro al Enterrador.

—¡Bocachas! —resopló él condescendiente.

* * *

A eso de las diez y media, en la calle central, La Liberación —toda ciudad búlgara tiene una calle así, incluida Étropole—, aparecieron como de la nada tres extrañas figuras. Parecían haber bajado del escenario del teatro ambulante que representaba *Tío Vania* en el centro cultural local. Las mujeres lucían largos vestidos de color crema cuyos extremos se arrastraban en el polvo y de cuyas mangas colgaban tiras de encaje mustio como moho. La más joven, todavía una niña, llevaba un escote imponente y jugueteaba con un parasol no muy limpio. La otra llevaba un sombrero absurdo con frutas artificiales. Las dos lucían un maquillaje llamativo, incluso desafiante. Detrás de ellas, cojeando, caminaba un caballero joven con una cesta en la mano. Vestía una americana blanca a rayas, gafas de sol redondas y un panamá beis. Parecía un veterinario que escribiera versos en su tiempo libre. En su conjunto, el grupo definitivamente llamaba la atención. Un carnicero que estaba en ese momento desollando un cabritillo que colgaba del gancho delante de su tienda dejó el cuchillo y los miró con curiosidad. De las tiendas vecinas asomaron más cabezas. Los pocos transeúntes se detenían y les dedicaban largas

miradas de desaprobación. El grupo se dirigió a la tienda cooperativa de la esquina con la calle Valchitranska.

Extra Nina notó la perniciosa atención que habían despertado y empezó a morderse los labios, nerviosa, para quitarse el maldito pintalabios. Le parecía que era lo que precisamente atraía las miradas. Sin darse cuenta, aceleró la marcha e irrumpió casi corriendo en la tienda. La campanilla de la entrada sonó con un ruido atronador.

—¡No corras tanto! —gimió Dicho.

En la tienda había solo dos clientes: pastores del pueblo vecino, Laga, que compraban cerillas y sal marina. Otro hombre estaba sentado en el banco que había pegado a la pared, leyendo el periódico y tomando una limonada. El gerente de la tienda, el tío Spiro, hacía cuentas sobre un trozo de papel de embalaje. Al oír el estruendo de la campanilla, todos volvieron la vista hacia la puerta.

—Buenos días —saludó Extra Nina en voz alta y poco natural.

Los campesinos abrieron los ojos como platos. El hombre bajó el periódico, detrás del cual apareció una gorra. El tío Spiro se puso el lápiz detrás de la oreja, llena de grisáceos pelos puntiagudos. Su ojo experto de comerciante enseguida notó que algo no iba del todo bien, pero su intuición le sugirió guardarse las dudas para sus adentros.

—Buenos días. ¿Qué desean?

Los estantes que tenía a la espalda estaban semivacíos. Eran tiempos de guerra y de la anterior abundancia quedaba solo un recuerdo. Junto a la caja había una bandeja con aceitunas arrugadas, bloques de turrón y mermelada de ciruelas rojas que había que partir con una sierra. Al fondo estaban amontonadas mercancías industriales de primera necesidad: paño de algodón, cordeles, alambre, latas de queroseno, tubos para estufas…

—¿Tiene té? —preguntó Mónica con voz cantarina.

—¿Qué clase de té?

—Negro, inglés…

Habían acordado comprar más cosas, además de las pilas, para parecer clientes normales, pero se les había olvidado hacer una lista. De modo que se estrujaban todos el cerebro para pedir algo adecuado.

El tío Spiro bajó del estante una lata, desenroscó la tapa y se la mostró a la chica. Dentro había solo polvo negro.

—Esto es todo.

—Entonces, dos kilos de turrón —dijo con suma rigidez Extra Nina.

Los campesinos intercambiaron miradas, guardaron la compra en los bolsos y se apresuraron a salir. Cruzaron delante del peculiar grupo sin despedirse siquiera. También ellos habían intuido un vago peligro. El hombre del periódico lo dejó a un lado sin apartar la vista

de los recién llegados. Aterrado, Dicho reconoció al cartero que en tiempos acosaba a su tía. Parecía algo envejecido, pero igual de dispuesto a meter las narices en los asuntos ajenos. ¿Sería capaz de reconocerlos?

—Esto…, ustedes —empezó diciendo el hombre— ¿no se habrán alojado en el sanatorio?

—Allí se aloja nuestro hermano, hemos venido a visitarlo —respondió secamente Extra Nina, ateniéndose al argumento.

El tío Spiro pesó el turrón, lo envolvió en papel y los miró inquisitivamente.

—También diez metros de cordel —murmuró Dicho.

—¿Del fino o del grueso?

—Del mediano.

—No hay mediano.

—Entonces del fino —Dicho hizo un gesto desesperado con la mano.

—¿Tiene colonia? —se interesó Mónica.

El tío Spiro volvió con pasos lentos y bajó del estante un frasco voluminoso. En la etiqueta ponía: *Una rosa búlgara*. La chica desenroscó el tapón, lo olió y arrugó ligeramente el gesto.

—Nos llevaremos tres.

—Queda solo este. Los alemanes se han llevado el resto.

—¿Qué alemanes? —se sobresaltó Extra Nina.

—Los soldados. Se alojan en el sanatorio. Se recuperan del frente oriental.

—Ustedes también se alojan en el sanatorio, ¿no es así? —observó el cartero.

El tío Spiro fingió no haber oído nada. Cortó diez metros de cordel fino, se lo enrolló alrededor del codo y lo puso al lado del turrón y la colonia.

—Y también veinte pilas —dijo por fin Extra Nina.

Ya iba siendo hora de largarse.

—No hay —respondió el tendero abriendo los brazos.

—¡¿Cómo?! ¿También las han comprado los alemanes?

—Pasaron poco antes que ustedes. Se llevaron todas las pilas. Seguramente para escuchar *Lili Marleen* o yo qué sé qué. También compraron toda la cerveza…

—¡A la mierda la cerveza! —estalló Nina.

En ese momento se oyó el característico traqueteo de un motor diésel. En la calle se detuvo un pequeño vehículo militar de camuflaje con forma de jabonera. Era el equivalente alemán del todoterreno: el así llamado Kübelwagen, fabricado por Volkswagen para la

Wehrmacht. Sobre el capó estaba atornillada una rueda de repuesto. Del coche salieron dos alemanes atléticos en uniformes azulados e irrumpieron en la tienda dejando el motor en marcha. Uno de ellos sostenía un frasco de colonia y repetía con una dolorosa pasión:

—¡No *Schnapps*! ¡No *Schnapps*!

—¿Cómo que no? —El tío Spiro cruzó los brazos, imperturbable.

—*Das ist odekolone*!

—Pues sí, precisamente…

—«Schnapps» significa 'rakía' —intervino Mónica.

—Sí, sí, rakía —afirmó el otro.

—¡Haberlo dicho antes! —sonrió el gerente—. ¿Qué es eso de *Schnapps*?…

Al rato en el mostrador aparecieron varias botellas de un litro de rakía de ciruelas. El tío Spiro guardó decepcionado la colonia y enseguida trató de endosársela a Mónica, pero había perdido todo interés en la mercancía.

—*Danke Fräulein! Danke*! —repetía el alemán más alto, que se había metido las botellas debajo de los brazos.

—*Bitte*… —La chica bajó la mirada y siguió en alemán, eligiendo cuidadosamente las palabras y procurando respetar el difícil orden de las oraciones—: *Liebe Soldaten*, ¿podrían acercarnos al sanatorio? Mi hermano se ha torcido el tobillo y no puede andar mucho. Esta es mi hermana mayor, Nina. Nuestra casa es grande… —Mónica hablaba como si estuviera leyendo un libro de texto—. Nosotros también nos alojamos en el sanatorio. Les estaríamos muy agradecidos si nos pudieran acercar.

Dicho y Extra Nina la miraron atónitos. El soldado clavó los ojos en su amplio escote. La piel nacarada de los abultados hemisferios relucía suavemente.

—*Ja, ja, natürlich*! —se le adelantó el otro.

El tío Spiro se limitó a chasquear la lengua. El cartero levantó su limonada y los despidió con una mirada envidiosa.

—¿Qué haces? —siseó Nina.

—Tienen las pilas… —susurró la chica.

Los tres se acomodaron en el asiento trasero entre las compras. Los soldados se llamaban Dietrich y Otto y sus únicas armas eran las pistolas que llevaban en la cintura. Dietrich conducía y Otto cada dos por tres se volvía para mirar a Mónica. Los hizo parar en el quiosco de prensa y compró un grueso fajo de periódicos. A la salida de la ciudad un par de policías los saludaron con un *Heil Hitler*. El Kübelwagen iba saltando por el tosco empedrado. En el maletero se oían las botellas.

Dietrich entonó alegre:

—*Wenn die SS und die SA aufmarschiert*…

—Tra-la-la, tra-la-la —coreaba Otto.

Mónica metió la mano en la estrecha abertura del vestido que había descosido esa mañana. Alcanzó el mango de la pistola que llevaba pegada a la parte interior del muslo, la sacó y la escondió entre los periódicos. Extra Nina imitó inadvertidamente sus movimientos. Su mano salió de la abertura del vestido aferrada a una Walther. Dicho buscó el seguro de la granada en su bolsillo.

—*Schwarze SS und braune SA*… —canturreaba Dietrich cuando sintió la boca del cañón detrás de la oreja.

—*Halt*! —se oyó una voz brusca.

El Kübelwagen se apartó de la carretera entre unos avellanos. Los alemanes bajaron con las manos en alto. Nina y Mónica los seguían con las pistolas clavadas en sus omóplatos. Dicho se apresuró a quitarles las armas.

—¡Ahora coge también las pilas! —ordenó Mónica.

Dicho fue al coche y volvió con dos pesadas cajas. Dentro había al menos treinta pilas planas de 1,5 V, suficientes para escuchar Radio Moscú cuanto les diera la gana. En ese momento reparó en la situación: ¡acababa de obedecer las órdenes de una niñata de diecisiete años! ¡Una mocosa! ¡Una mocosa burguesa, además! Él, el veterano brigadista, había permitido que lo dirigiera una mocosa burguesa. Dicho no tenía tiempo de analizar este hecho ni tampoco le veía sentido. Los alemanes estaban de rodillas en el suelo, jadeando. Extra Nina y Mónica seguían encañonándolos.

—¿Qué hacemos con ellos? —preguntó la comisaria política, que también entendió entonces que le estaba pidiendo consejo a la chica.

—¡Fusilémoslos! —propuso ferozmente Dicho en un intento por recuperar su autoridad.

—¡Tonterías! Primero porque nos van a oír. Luego nos perseguirán hasta el fin del mundo. Y en tercer lugar —Mónica dudó un instante —, no creo que haya que matar a gente desarmada. Tengo una idea mejor.

—*Was*!? —se sorprendieron los alemanes cuando Dicho les entregó a cada uno una botella de rakía y varias cervezas.

—*Trinken*! —ordenó Mónica—. *Schnell, schnell*!

Dietrich y Otto intercambiaron miradas y, sin mediar palabra, alzaron las botellas como biberones. Torcieron el gesto, pero no se atrevieron a parar. «Glu, glu, glu», se oía. De las comisuras de sus labios empezó a escurrir rakía.

—¡Stop! —gritó la chica—. Ahora cerveza.

Los hombres rápidamente abrieron dos cervezas y las vertieron aliviados en las abrasadas gargantas.

—¡Ahora rakía!

La operación se repitió varias veces.

—¿Cómo es que sabes alemán? —preguntó Extra Nina.

—Lo estudiamos un poco en el instituto —respondió Mónica—. No puedo decir que lo domine. Solo sé algunas cosas básicas. Nunca pensé que lo iba a necesitar tan pronto.

Los alemanes ya se arrastraban a cuatro patas y farfullaban palabras ininteligibles. A su alrededor yacían varias botellas vacías. Otto se metió debajo de un arbusto y se durmió o tal vez se desmayó. Dietrich gateaba en círculos. Pasarían horas antes de que se les pasara la borrachera y al menos otras tantas hasta convencer a sus jefes de que habían sido emborrachados a la fuerza por dos mujeres.

—¡Bien pensado! —sonrió Dicho—. Han tenido suerte, estos cabrones.

Arrambló con media docena de cervezas —«para el viaje», decía—, pero Extra Nina le ordenó que las dejara.

—¡Solo las pilas!

* * *

El grupo se reunió donde se había separado: cerca de la fuente. Coraje y el Enterrador movían la cabeza incrédulos ante el relato de lo sucedido que les hacía Dicho. De dos, los alemanes habían pasado a ser cuatro y el Kübelwagen había ascendido a vehículo blindado. El relato de Dicho era tan fascinante que Mónica prestó atención como si se tratara de las hazañas de otra persona. «Anda, menos lobos», estaba a punto de interrumpirlo Extra Nina, pero su corazón no se lo permitió. Sabía por experiencia que cuando la bola de nieve empezaba a rodar cuesta abajo, se hacía cada vez más grande. Al fin y al cabo, los camaradas necesitaban alimentar la autoestima.

Antes de partir, Nina y Mónica metieron la ropa de paisano en un agujero, debajo de unas raíces, y la cubrieron de hojas.

—Oye, Mónica —dijo la comisaria política tocando la mano de la chica—. Actuaste de manera tremendamente insensata, pero por esta vez te lo perdono.

La muchacha sintió que una ola de calor le enrojecía las orejas.

—Bien está lo que bien acaba—respondió ella en un susurro.

En ese momento se oyó el rugido de un camión, que subió la cuesta y se detuvo pesadamente. Llegaron voces y ruido de botas. Dicho les hizo una señal para que se tumbasen en el suelo.

—¡Soldados! Han parado al lado de la fuente.

Entre las ramas, a unos treinta metros de ellos, atisbaron unos uniformes.

—¿Alemanes? —preguntó en voz baja Mónica.

—¡Qué alemanes ni qué leches! —exclamó el Enterrador.

Los soldados bebían agua y llenaban sus cantimploras. Eran unos veinte, algunos armados con fusiles de asalto. También tenían dos ametralladoras ligeras. ¿Adónde se dirigirían? Los partisanos los vigilaban, ocultos detrás de los troncos de los árboles. Se les iba a salir el corazón por la boca. Mónica se había tumbado sobre un hormiguero y las hormigas se le colaban por la ropa. Pero aguantaba.

—¡Venga, más rápido! —llegó la voz del jefe.

—Tsékov, ¿es tuya esta cantimplora? —gritó uno de los soldados —. ¿De quién es esta cantimplora? A ver, ¿qué pone aquí?: *libertad o muerte.*Además lleva una estrella roja, ¡madre mía!

—¡No es mía! ¡No es mía! —los soldados negaban en masa.

—¡Hostia! —exclamó Coraje—. Me la he dejado…

24. LOS ESTAJANOVISTAS Y LA CULTURA POPULAR

El segundo número del periódico mural *El Eco de Moscú* estaba compuesto por tres grandes hojas de cartulina, cada una de ellas tensada entre dos listones de madera como un mapa geográfico. Los camaradas bromeaban con que se debería llamar «periódico arbóreo» en lugar de «periódico mural», ya que estaba montado sobre el tronco de la vieja y frondosa haya que ocupaba el centro de la pradera. El primer número del *Eco* se había perdido sin dejar rastro en la emboscada de Tríchavoto, sin llegar siquiera a ser expuesto. Era mucho más modesto: tres columnas escritas toscamente a mano y casi sin ilustraciones, exceptuando la hoz y el martillo deformados por encima del encabezado. Pero en aquel entonces la radio de Medved aún funcionaba: las noticias del Centro llegaban a todas horas, lo cual permitía preparar análisis en profundidad de la situación internacional. Medved incluso alimentaba la secreta esperanza de que el enemigo leyera aquellos materiales y reflexionara en serio sobre su destino. Pero ahora las circunstancias eran bien distintas. No había noticias y, sin embargo, disponían de un montón de lápices, pinturas, pinceles y otros materiales de oficina que el Maligno probablemente había expropiado a algún vendedor ambulante de papelería. Por esta razón se decidió incrementar la actividad artística.

En el destacamento había bastantes talentos naturales que pudieron dar rienda suelta a su expresividad. Medved cedió para las necesidades del periódico mural una máquina de escribir: la de peor calidad. En ella Lozán escribió sus poemas «El pequeño carbonero» y «El pequeño leñador», que seguían las mejores tradiciones de la poesía obrero-combativa. Svilen también escribía versos. Incluso había publicado algo en el *Periódico Estudiantil* hacía años y guardaba celosamente el recorte en su mochila. La obra se titulaba «La hija del guardagujas». Desde entonces había compuesto al menos una docena de poemas más, incluyendo también un texto de género indefinido, titulado «Las manos duras del tío Damyán». Influido por el entusiasmo general, el Clavo se lanzó a componer una «Oda al estajanovista Smetanin», pero en la tercera estrofa se le acabaron las rimas y

desistió. Su lugar lo ocuparon dos poesías de Vaptsárov que Extra Nina se sabía de memoria y que dictó a Gabriela antes de partir. El Cogollo, el más formado de los miembros de la Unión Agraria, quiso participar con el artículo «Por qué no pudo Tolstói ganarse los corazones de los campesinos pobres». Después de haber formado parte del movimiento tolstoiano, había quedado decepcionado con su pasividad. Sin embargo, el artículo resultó demasiado largo: ¡nada menos que diecisiete páginas! Le propusieron reducirlo o cambiarlo por otra aportación, más corta e impactante, adecuada para un periódico mural. El Cogollo se ofendió.

Fuera como fuera, no faltaban materiales…

Bótev participó con el texto «¿Dónde me he equivocado?», diez pensamientos nocivos que pueden desviar la mente del camino de la Revolución. El Tornillo dibujó un avión y un tanque con la inscripción «¡Por Stalin!», que simbolizaban la marcha victoriosa del Ejército Rojo. Maxim (Tseko Ráev, del pueblo de Zlokúchene), que hasta entonces había estado a la sombra de sus camaradas más activos, sorprendió a todos con una serie de caricaturas contra la superstición. Lenin copió la foto de Lenin que guardaba en el pecho, junto al corazón, a modo de icono milagroso. Se dedicó una sección especial a los camaradas fallecidos: el así llamado «Rincón de la gloria eterna». Medved dictó unas líneas para cada uno de ellos tomando como referencia sus apuntes, pero esta vez sin calificativos negativos.

Gabriela componía el periódico mural siguiendo un orden meticuloso: algo impropio de su carácter y que asombró a muchos. Organizaba los materiales, inventaba secciones y títulos, coloreaba, recortaba, pegaba, delineaba. No sentía especial atracción por la poesía, pero el dibujo le gustaba mucho. Las hazañas de los estajanovistas la habían impresionado y decidió desarrollar la idea del Clavo, solo que en dibujos. Era una ayuda para no pensar en su hermana. ¡Traidora! Habían jurado no separarse, pero Mónica había pasado de todo para seguir a Extra Nina como una auténtica gilipollas. Traidora, repetía Gabriela con lágrimas en los ojos. ¡Pues si tantas ganas tienes, allá tú! Menuda aventura… Unas pilas de nada. ¡Ya verás lo que son las auténticas aventuras! Izando las velas de su fantasía se dirigía entusiasmada al maravilloso nuevo mundo de los estajanovistas: la liga de los invencibles Krivonós, Smetanin, Vinográdova y, por supuesto, el propio Alekséi Stajánov, con un enorme martillo neumático al hombro.

Aunque la técnica le fallaba, los dibujos de Gabriela estaban llenos de vida y de un encanto extraño, casi mágico. Los estajanovistas vestían ropa ceñida y en su pecho lucían un emblema triangular con la letra S. Smetanin llevaba dos botellas de nitrógeno líquido a la espalda con el que congelaba a sus rivales. Krivonós conducía un coche de

vapor anfibio que, en caso de necesidad, podía transformarse en avión. La famosa tejedora Vinográdova capturaba a sus enemigos en redes fuertes como el acero y los entregaba a los órganos del Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos. El propio Stajánov no se separaba de su temible martillo neumático, que servía, además de para aplastar cabezas, para impulsarse a grandes distancias. El mayor enemigo de los estajanovistas era el malvado Trotski: un enano verdoso y contrahecho que se introducía por los túneles del metro de Moscú y saboteaba la industria soviética. Después de cada fechoría, de su cabeza salían globos con una carcajada maligna: «¡Jo, jo, jo!». Los estajanovistas lo amenazaban con el puño y, furiosos, en sus globos se podía leer: «¡Verás cuando te pille!». En la última viñeta el martillo neumático aplastaba a Trotski como a un sapo: «¡PLAS!».

La historia de los estajanovistas provocó un interés inaudito. Ocupaba toda la página tercera del periódico mural y enseguida se agolparon todos delante de ella. Solo Lozán y Svilen se centraron en sus propias poesías. A nadie le importaban las reflexiones de Bótev ni las caricaturas de Maxim contra la superstición. Incluso el recuerdo de los camaradas fallecidos pasó al parecer a un segundo plano. Todos comentaban los personajes de las viñetas.

Medved, que oficialmente ocupaba el cargo de editor jefe, no cabía en sí de orgullo. Con un dramatismo profundo, aunque contenido, proclamó en el búlgaro más puro del que era capaz:

—De las profundidades del Balcán, en la tempestad de la lucha, hoy nace un nuevo arte. Un arte que encarna para el pueblo sus sueños de libertad y justicia más puros e íntimos. Un arte socialista auténtico, comprensible y cercano a las masas populares, especialmente a la juventud. ¡Un arte de brillante porvenir, propio de las futuras generaciones obreras!

* * *

Gabriela tenía una opinión bastante más modesta de su obra y el entusiasmo con el que había sido aceptada a la vez la halagaba y la confundía. Era una lástima que Mónica no estuviera allí para comprobar su éxito. Hacía tiempo que se le había pasado el enfado con su hermana y miraba cada dos por tres hacia el bosque, por donde debía aparecer el grupo de abastecimiento.

Pero el grupo no llegaba.

25. SIGUIENDO LOS PASOS DE MORÓZOV

Sobre el destacamento cayó la sombra de la incertidumbre. Los camaradas seguían el orden del día establecido: hacían prácticas de tiro, limpiaban sus armas, iban a buscar agua, recogían leña, amasaban pan, pero era evidente que algo los atormentaba. Ya no se oían bromas ni canciones. El grupo debía haber vuelto al cabo de cuatro días y ya pasaba el sexto. Con cada hora la preocupación aumentaba. Medved se retiró a la tienda de la comandancia, donde valoró seriamente la posibilidad de trasladar el campamento. Si capturaban a alguno con vida, había muchas probabilidades de que no resistiera las torturas y los delatara. Aun así, decidió que podía esperar un día más, pero como medida de protección apostó centinelas adicionales a unos quinientos metros del campamento.

Gabriela se detenía a menudo delante del periódico mural (el periódico arbóreo, como ya lo llamaban), leía la lista de fallecidos en el Rincón de la Gloria Eterna y se preguntaba con el corazón en un puño si no tendrían pronto que añadir nuevos nombres. No podía evitar un sentimiento de culpa. Mientras ella se inventaba hazañas y hacía viñetas infantiles, Mónica probablemente luchaba de verdad, hombro con hombro con Extra Nina y con los hombres. Se imaginaba que sus municiones se agotaban y el enemigo los rodeaba. Muere Coraje. Una bomba revienta a Dicho. El Enterrador está herido en el abdomen pidiendo el tiro de gracia. Quedan dos balas, las últimas: una para cada una. Dos disparos. Silencio. La cabeza de su hermana rueda por una pendiente desnuda y cae a un río. Se la lleva la corriente y su mirada vidriosa se mece entre el agua y el cielo.

* * *

—Oye, ¿por qué has dibujado a Stajánov como Superman? —dijo una voz a su espalda—. ¿Eso no es plagio?

—¡Kara! —Gabriela se dio la vuelta.

—Mónica —la corrigió su hermana.

El pañuelo rojo que llevaba al cuello temblaba. Se abrazaron.

—¿Por qué habéis tardado tanto?

—Si te guía Coraje, milagro será si llegas… —respondió Mónica con una sonrisa torcida—. Ven, tengo que enseñarte una cosa.

Las dos chicas se sentaron en el pequeño banco bajo el viejo carpe que el Clavo y el Tornillo habían fabricado recientemente. Allí solían los partisanos sentarse a leer el *Breve curso* y por eso lo llamaban «el rincón ideológico». Alguien había conseguido ya tallar en el respaldo: «¡A la mierda el fascismo!». Mónica tomó a su hermana de la mano.

—Pero ¿qué pasa?

Mónica sacó del bolsillo un periódico doblado en cuatro y lo abrió.

—¡Lee, lee!

UNA TRAMPA PARA INGENUOS:
Gemelas secuestradas por terroristas.
¡Sacan un millón de levas a su padre!

«¡Han vuelto! ¡Han vuelto!». Los gritos de alegría recorrían el campamento. Medved salió a recibir personalmente a los héroes. Parecían exhaustos. Lo primero que hicieron fue quitarse los zapatos. Dicho se apoyaba en una muleta improvisada. Los últimos días se habían alimentado solo de hojas de haya y unos puñados de maíz que encontraron en una choza abandonada. Coraje se había equivocado tres veces de rumbo y Mónica tuvo que corregirlo con la brújula. El Arbusto enseguida les sirvió un cazo de un espeso guiso de corzo, pero apenas lo probaron. Nina y el Enterrador sacaron las cajas con las pilas de sus mochilas y se las entregaron al comandante. Con una sonrisa cansada, Nina dijo:

—Camarada *kombrig*, permítame informar: misión cumplida.

Medved le dio una palmada paternal en el hombro.

—Entonces, el sargento los pone en formación delante de la fuente y venga a comprobar —contaba Coraje—. «¿Tienes cantimplora? Tienes. El siguiente. ¿Dónde está tu cantimplora? Aquí está». Mientras tanto nosotros seguimos tumbados en la hojarasca, esperando que averigüe cómo ha aparecido esa cantimplora… Pero tuvimos suerte: uno de los soldados no tenía cantimplora. «La he perdido», dice… «¿Cómo que la has perdido, Kálev? ¿El Estado te ha dado una cantimplora para saciar tu sed y tú te dedicas a hacer propaganda subversiva con ella?». Y venga a darle con la cantimplora en la cabeza. Y Kálev lloriqueando: «¡No es mía, no es mía!». Pero el sargento sigue gritando: «¡Te vas a ir derechito a la celda de castigo, liendre roja, te las vas a ver con un tribunal, te acordarás de esta cantimplora mientras vivas!». Finalmente se subieron al camión y se largaron a no

sé dónde. Ese tonto de Kálev nos salvó. Aunque me quedé sin cantimplora, claro.

Todos rompieron a reír, a excepción de los participantes en la sobrecogedora aventura. Dicho y el Enterrador le lanzaron una mirada feroz.

—¿Y dónde está la camarada Mónica? —preguntó Medved.

Nina se lo llevó a un lado con cara de preocupación.

—Hay algo que debe saber…

… ni siquiera los retoños de las mejores familias están a salvo de la influencia destructiva de la ideología comunista. El respetable comerciante de pieles S. Palavéev ha pagado un rescate de un millón de levas por sus hijas, las gemelas Kara y Yara, secuestradas por los terroristas. La policía ha descubierto que las gemelas, alumnas del elitista Primer Instituto Femenino, habían mantenido contacto con la red comunista clandestina que actúa en el país. Entregado ya el rescate, las muchachas siguen en paradero desconocido.

Este acto inhumano y cruel demuestra por enésima vez la desesperación de estos elementos criminales. En su fanatismo no dudan en utilizar a criaturas menores de edad, psíquicamente vulnerables, cuyos cerebros lavan sin piedad. El pobre progenitor está hundido. Después de hacer el pago, sus hijas le informaron a sangre fría de su decisión de unirse al movimiento terrorista. No hay duda de que el importe del «rescate» será invertido en futuras actividades subversivas cuyo objetivo será la destrucción del orden existente. Que sirva esta experiencia de aviso a todos los padres para que vigilen la salud psíquica de sus hijos, educándolos en el espíritu de los valores tradicionales y el patriotismo, manteniendo libre su mente de las malas hierbas de las doctrinas nocivas que predican utopías dudosas.

En el número 116 del Boletín del Estado, el señor Palavéev abjura oficialmente de sus hijas. Demasiado tarde, diríamos. Si hubiera apartado al menos un poco la vista de sus libros de cuentas, señor Palavéev, ¡tal vez esto no hubiera ocurrido!

Después de haber leído por tercera vez el artículo, Gabriela levantó la vista hacia su hermana. Sus ojos relucían húmedos. No obstante, reunió toda su firmeza, se tragó las lágrimas y dijo:

—Lo hemos hecho.

—Sí, lo hemos hecho. ¿Por qué lloras? Deberías estar orgullosa.

—*Alea iacta est* —suspiró Gabriela y apoyó la cabeza en el hombro de su hermana—. Ya no hay vuelta atrás.

Entre las ramas del carpe cantaban los carboneros. Las hojas

ofrecían una sombra moteada. Unos cuantos frutos rojizos cayeron sobre sus cabezas. Los ojos de Gabriela seguían llorando sin parar, desconsoladamente. Ante las chicas apareció la figura del comandante. Las miró con una mezcla de compasión y reproche.

—Chicas, chicas… ¿Qué habéis hecho, chicas?

—¡Hemos cumplido con el deber sagrado de la Revolución! —saltó Mónica—. Nuestro padre comercia con los fascistas. Envía pieles al frente oriental con las que se confeccionan abrigos para el ejército de Hitler. ¿Acaso cree que transferiría un millón a la cuenta del Partido voluntariamente? Se lo merece por ser tan codicioso. Cada uno cosecha lo que siembra.

—Bien, bien —asintió Medved—. ¿Fue idea vuestra este ingenioso plan?

—Queríamos demostrar a los camaradas —prosiguió la chica con respiración entrecortada— que no somos unas burguesas ñoñas. La lucha requiere sacrificios. Con este dinero se comprarán explosivos para el grupo de combate del camarada Incendio. Dinamitarán la Dirección General de la Policía. Será un duro golpe para el poder.

—Papá ha abjurado de nosotras… —sollozó de pronto Gabriela.

—¿Y qué esperabas? —le espetó Mónica—. Y, por favor, no lo llames más «papá». No es digno de ser nuestro padre.

—¡Al menos mamá no ha abjurado!

—No pone que lo haya hecho —asintió tibiamente Mónica—. Pero ¿es que alguien tiene en cuenta a las mujeres en la sociedad burguesa?

Medved desplazaba su mirada inquisitiva de una chica a la otra. Mantuvo un gesto inescrutable, aunque era evidente que su pétrea fachada ocultaba otros procesos mentales. Después dijo inexpresivamente:

—¡Vuestro acto, muchachas, solo se puede comparar con la hazaña de Pavlik Morózov!

—¿Quién es Pavlik Morózov?

—Un chico soviético común y corriente. En la medida en que un chico soviético puede serlo… —murmuró Medved—. Fundador del movimiento de los pioneros en el pueblo de Gerásimovka. Entregó a su padre a los órganos de la autoridad soviética por esconder trigo y ayudar a elementos contrarios a la colectivización. Encabezó el registro del patio de su propia casa. Más tarde delató al marido de su tía por robar trigo del Estado. Como resultado de su vigilancia y de sus valientes y decisivos actos fueron descubiertos muchos más malhechores. Pavlik y su hermano pequeño acabaron degollados por su primo y su abuelo, antiguo *kulak,*[36] en el bosque cercano. Hoy muchas granjas colectivas y grupos de pioneros del país llevan el nombre de Pavlik Morózov. Gorki lo llama «una de las pequeñas

maravillas de nuestra época»…

—¿Y qué fue de su padre? —preguntó Gabriela.

—Fue condenado y reeducado —respondió brevemente Medved.

—Estoy segura de que llegará el día en el que nuestro padre se dará cuenta también de su error —dijo Mónica con un suspiro—. Comprenderá que hemos actuado de la manera más correcta posible y tal vez nos pida perdón…

—Estoy convencido de que será precisamente así —asintió secamente Medved.

26. EL EJÉRCITO ROJO AVANZA

Esa misma noche por fin se pudo establecer la esperada conexión con el Centro. No obstante, volvió a surgir un pequeño problema técnico que a punto estuvo de ensombrecer el solemne acontecimiento. Resultó que las pilas que con tanta dificultad y riesgo habían conseguido no entraban en el transistor soviético. Eran planas y el aparato funcionaba con redondas. Pero Medved había sido entrenado para salir de cualquier apuro. Abrió la radio, sacó los cables de la alimentación y los conectó directamente a los bornes de las pilas.

A las siete menos cinco el comandante se plantó en medio de la pradera y extendió la antena retráctil. El palo de aluminio plateado se clavó en el cielo nocturno. Medía unos dos metros de largo. La bolita de la punta casi tocaba el lucero vespertino que ya asomaba en el horizonte. Los partisanos se reunieron en semicírculo, callados y serios. Todas las miradas estaban clavadas en la pequeña caja negra que sostenía Medved. El comandante comprendía el dramatismo del momento y esperó unos segundos más para incrementar el efecto. Después giró el interruptor. El ojo verde de la radio se iluminó. Se oyeron crujidos y ruidos.

Dos partisanos empujaron al tío Metodi. Extra Nina lo tomó de la mano como a un niño pequeño y lo sentó a los pies de Medved. El comandante la miró perplejo.

—Póngale la radio en la cabeza —dijo alguien.

—¡Sí, sí, en la cabeza! —lo apoyaron otros.

—¡¿Cómo?! —exclamó Medved atónito.

—Así surtirá más efecto, camarada *kombrig*…

—¡Tonterías!

En ese instante la radio emitió un sonido claro: dan-da-daaan-dan-da-dan-da-daaan… ¡El sonido del reloj del Kremlin! Nadie movió un pelo. Las campanadas sonaron una vez más, seguidas por la familiar frase:

—Habla Moscú. Habla Moscú.

Medved subió el volumen al máximo. Desde las estepas horadadas por la guerra, a través de la línea de fuego del frente, llegó la tensa y profunda voz de Yuri Levitán. Goebbels había dicho que esta voz

equivalía a una división entera y había anunciado una recompensa de cien mil marcos imperiales por la cabeza de Yuri Borísovich. Pocos habían visto en vivo al legendario locutor soviético. Sobre su aspecto corrían rumores contradictorios y su lugar de residencia era un misterio, así como todos los detalles de su vida privada. Se había convertido en una voz: la voz de la venganza, que leía día tras día los partes del Gabinete de Información Soviético y repetía con obstinación fanática: «¡La victoria será nuestra!».

«Hoy, veintitrés de agosto, tras intensos combates, nuestras tropas vencieron la resistencia del enemigo y tomaron por asalto la ciudad de Járkov», informó Levitán. Medved traducía porque casi nadie del destacamento sabía el suficiente ruso. «Las divisiones soviéticas irrumpieron en Járkov desde el oeste, el norte y el este. Se produjeron crueles enfrentamientos callejeros. Nuestros grupos de asalto expulsaron poco a poco a los alemanes de las casas fortificadas y de sus instalaciones de defensa. La guarnición alemana que defiende Járkov está derrotada, el dominio soviético de la ciudad es completo. El enemigo ha sufrido enormes pérdidas y se retira ante los envites de nuestras tropas, que se han apropiado de numeroso armamento y munición…».

—¡Bien! —El Tornillo no pudo contener la emoción.

—¡Bieeen! ¡Bieeen! —gritaron los demás.

Gorros y gorras volaron hacia el cielo. Medved les pedía silencio con gestos.

—¿Y dónde queda Járkov? —le preguntó Mónica al Clavo.

—Cerca, cerca… —El Clavo señaló esperanzado el otro lado de las colinas.

* * *

Los acontecimientos en el frente oriental se desarrollaban a una velocidad vertiginosa. El 25 de agosto el Ejército Rojo tomó las ciudades de Zénkov y Ahtirka, junto con otras sesenta localidades de menor tamaño. Tres días más tarde cayó la ciudad de Sevsk. Fueron destruidos veintiún tanques alemanes, ciento cinco cañones de distintos calibres, incluidos ocho obuses autopropulsados, veinte baterías de mortero, cuatrocientos veinte camiones y dos trenes con municiones y combustible. Capturados: once tanques, setenta y cuatro cañones, cuarenta y seis morteros, doscientas sesenta y tres ametralladoras, mil fusiles y fusiles de asalto y siete radios. El 30 de agosto las tropas del frente meridional derrotaron al grupo de Taganrog y tomaron esa ciudad y otras ciento cincuenta localidades, incluido el nudo ferroviario de Kutéynkovo. El uno de septiembre el

frente meridional avanzó otros diez kilómetros. Fueron liberadas más de treinta localidades, entre ellas las ciudades de Krasniy Luch y Snezhnoe y la estación de ferrocarril de Shterovka. Rumbo a Smolensk el Ejército Rojo tomó otras doscientas poblaciones, incluida la ciudad de Dorogobuzh. Unos días más tarde cayeron Artyómovsk, Dzerdzhinsk, Komsomolsk, Jartsizsk y Móspino, junto con otras ciento veinte localidades, incluidos centros importantes como Krásnoe, Karlovka, Kírovo, Zheleznoe, Novoyasintovátaya, Panteleymónovka, Korsún, Gorna y Dolna Krinka… En las batallas de Górlovka el minero-tanquista Aleksandr Negoritsin había destruido él solo un cañón autopropulsado y cinco cañones de campaña, dos baterías de mortero y cinco ametralladoras.

—¡Este sí que es un estajanovista! —exclamó el Tornillo.

Las victorias del Ejército Rojo alegraban a los camaradas y fortalecían su ánimo. Medved calculó que desde que habían escuchado por última vez la voz de Moscú, la línea del frente había avanzado por lo menos unos doscientos kilómetros. Era imposible memorizar los nombres de todas las ciudades tomadas. Los camaradas más aplicados los apuntaban para después labrarlos en la corteza de los árboles. Medved se opuso con determinación a esta práctica: las reglas de la conspiración no permitían dejar huellas en los lugares donde estaban acampados. Pero el entusiasmo era más fuerte que la prudencia.

—Ahora los fascistas tienen otras preocupaciones. Ven que Hitler está *kaputt* y ni se atreven a acercarse al monte —decía Lenin con tono burlón—. Están acabados. En primavera los rusos cruzarán el Danubio.

—¿Cómo que en primavera? Tal y como van, ¡puede que aparezcan incluso en invierno! —exclamó el Clavo.

—Dios así lo quiera, Dios así lo quiera —repetía el tío Metodi, hasta que alguien le dio un coscorrón para que volviera en sí.

—¿Qué Dios ni qué Dios? *Hitler kaputt*!

—*Kaputt! Kaputt*! —coreaban los demás.

—Solo tenemos que aguantar hasta entonces —resumió con aire serio el Enterrador.

Inspirada por las hazañas de Negoritsin, Gabriela decidió continuar la historia de los estajanovistas. Después de acabar con Trotski, la brigada de Stajánov se dedicó a derrotar a las hordas de Hitler. En ella, naturalmente, había sido incluido el ya mencionado Negoritsin. Stajánov aplastaba los tanques fascistas como si fueran cáscaras de nuez, Krivonós atropellaba todo cuanto se le ponía por delante con el coche de vapor y Vinográdova capturaba en sus redes a compañías militares enteras a las que Smetanin, a continuación, congelaba.

Los partisanos estaban entusiasmados e incluso Extra Nina quedó

impresionada con las posibilidades que ofrecía esta nueva forma de propaganda visual. Solo Mónica protestaba con el ceño fruncido:

—Si fuera tan fácil…

—¡Confiesa que tienes envidia! —la provocaba su hermana.

—¡Tonterías! —respondió Mónica—. ¡Mirad lo que hacen los partisanos soviéticos! Nosotros nos limitamos a aplaudir y a escribir en los árboles… ¡Vergüenza nos debía dar!

La información sobre las actividades de los partisanos soviéticos en la retaguardia del enemigo era parte inseparable del boletín del Gabinete de Información Soviético. Después de comunicar las noticias de los titánicos enfrentamientos en los frentes, Levitán se centraba en enumerar también sus hazañas.

«Varios destacamentos bielorrusos que actúan en la zona de Vítebsk llevaron a cabo la destrucción de la red vial y de comunicaciones del enemigo. Han sido dinamitados una serie de puentes. Se han destruido las agujas y los semáforos de una gran estación de ferrocarril, así como un tren cargado de productos militares. En otra estación de ferrocarril se han incendiado almacenes alemanes con combustible, municiones y forraje. Ciento cuarenta y siete soldados enemigos han sido capturados. El destacamento de partisanos de Minsk realizó un valiente ataque contra la guarnición alemana local. Han sido liquidados noventa soldados y oficiales, y capturados cuarenta y ocho. El botín de guerra asciende a un cañón, dos morteros, siete ametralladoras, ciento trece fusiles y fusiles de asalto, una radio. Un grupo de partisanos de la provincia de Kamenéts-Podolsky ha volcado un tren alemán blindado. Han sido destruidos la locomotora, dos vagones y cuatro plataformas blindadas. Casi todo el personal ha muerto. Un grupo de partisanos de la provincia de Gómel ha dinamitado en tan solo un día cuatro puentes. Han muerto más de ochenta alemanes…».

A la vez que alegría y esperanza, estas noticias conllevaban un amargo sentimiento de incapacidad. Gabriela se vio obligada a reconocer que en las palabras de su hermana había grandes dosis de verdad. El destacamento llevaba tres meses inactivo. El caluroso y seco verano había pasado en un abrir y cerrar de ojos. Las mañanas se hacían cada vez más frescas. Al amanecer la hierba estaba cubierta de gélida escarcha. El bosque empezaba a teñirse de herrumbre.

A principios de septiembre Medved organizó varios ejercicios tácticos que en cierta medida devolvieron la autoestima a los partisanos. En ellos el destacamento se dividía en nazis y combatientes del pueblo. Los nazis vigilaban objetivos estratégicos: puentes, almacenes, tanques de combustible, aeropuertos, etcétera. Los combatientes del pueblo tenían como tarea neutralizarlos y destruir sus respectivos objetivos. Los papeles se repartían por sorteo y después

de cada ejercicio se intercambiaban de forma justa. La sensación de autenticidad se veía reforzada por los uniformes que Medved les hacía llevar. Estos uniformes, arrancados a anónimos guardianes de la ley, se pudrían en la cueva con el resto de los trapos. La mayoría estaban ya raídos, olían a carroña, habían perdido los botones y las trabillas para los cinturones y algunos tenían manchas de sangre. Ataviados con ellos, los partisanos que hacían de nazis parecían un ejército fantasmagórico salido del infierno. Al verlos el tío Metodi enseguida se puso a enfilar ajos y afilar estacas.

El balance de los ejercicios era impresionante.

Dinamitados: siete tanques de combustible para la aviación, dos almacenes de municiones, una instalación de silenciamiento de radio, así como tres puentes ferroviarios por los que circulaban trenes de carga con alimentos, pieles y vino para el frente oriental. Incendiados: siete camiones y diez Kübelwagen. En los combates murieron ochenta y dos nazis y veintiséis fueron capturados. El botín de guerra fue el siguiente: diez ametralladoras, tres morteros, dos cañones ligeros de campaña, ciento catorce fusiles y fusiles de asalto.

—No estaría nada mal si ahora dinamitáramos un puente de verdad —señaló alegre Gabriela.

Lo dijo sin malicia ni burla, sino espontáneamente, tal y como se le había ocurrido. Mónica rompió a reír. La cara de Medved se ensombreció. Se impuso un silencio incómodo.

—Yo sé de un puente que es muy adecuado para dinamitar —dijo Dicho—. Está pasado Krivodol, donde el tren cruza el río Botunya. Antes de la guerra viajaba para Vidin y pensé: Si alguien metiese aquí unos cartuchos de TNT, ¡la liaría parda!

—¡Conozco ese puente! En 1923 por allí pasaron las tropas para tomar la estación de Boychínovtsi —intervino el tío Metodi, en cuya mente trastornada de vez en cuando cobraba vida el pasado revolucionario—. Tuvimos que haberlo volado el 23 de septiembre, pero Gavril Guénov dudó. En lugar de dirigirnos a Vratsa, luchamos por Boychínovtsi. Perdimos un tiempo valioso…

—Dinos, tío Metodi —preguntó el Tornillo—: ¿es verdad que en Boychínovtsi tuvisteis que coger girasoles para fingir que llevabais fusiles?

—No teníamos muchos fusiles… —asintió sin querer aclarar gran cosa el veterano.

—… *mendigos con bastones / con palos / picos / astillas / arados / hachas / halcones / girasoles / —viejos y jóvenes— / se apresuran todos, de todas partes / como una manada de bestias ciegas*…[37] —recitó de corrido Extra Nina, que añadió—: ¡Esos girasoles valen más que diez mil fusiles porque inspiraron a Geo Mílev a escribir su inmortal poema

«Septiembre»!

—¿Y por qué no volamos ese puente ahora? —gritó Mónica.

—Pues sí, parece fácil prender la mecha… —asintió indolente el Enterrador.

—¡Dejaríamos aislada toda la región de Vidin! —dijo el Cogollo frotándose las manos.

Medved escuchaba estas conversaciones con irritación creciente. Para él no cabía duda de que los camaradas intentaban cortejar a las gemelas, parecer cada cual más valiente e impresionarlas con su audacia. Ya había corrido la noticia de que las muchachas habían expropiado fondos de su propio padre y de que él había abjurado públicamente de ellas. Para estas hijas de familia patriarcal, renegar de su propia sangre y ser expulsadas de la familia suponía el sacrificio más elevado en nombre de la hermandad mundial. Incluso la muerte parecía más comprensible, más cercana y natural que dar tan terrible paso. Si habían sido capaces de eso, ¿¡qué no podrían hacer!?

—¡Pues yo propongo volar el almacén de queroseno de Bóhot! —soltó Maxim con una mirada ardiente a Gabriela.

—Bóhot está lejos —murmuró, celoso, otro—. Mejor volar por los aires la fábrica de pieles de Kravoder. Allí hacen botas para el Ejército. Está a dos días de camino…

—¡No se puede! —lo interrumpió bruscamente Medved—. ¡No se puede dinamitar así como así! Una acción de semejante envergadura debe ser coordinada con la comandancia de la zona. El resto es aventurerismo que el Partido condena con mano firme.

—¿Y cómo la vamos a coordinar si no tenemos conexión con la comandancia central? —alzó la voz Extra Nina—. Muchas veces he apelado a que enviemos un grupo de contacto a Sofía para recibir directrices…

—¡Las condiciones no eran las adecuadas! —estalló Medved—. El destacamento tenía que recuperarse. Ahora controlamos un territorio importante. ¿Acaso te parece poco?

—No me sorprendería que pensaran que nos hemos disuelto. —Nina no tenía intención de callarse—. La mera supervivencia no puede ser una finalidad en sí. Sé que para algunos camaradas esta situación resulta cómoda. Deben de pensar: «De todos modos el Ejército Rojo se encargará de todo, ¿para qué asumir riesgos? Mejor llegar con vida al poder soviético». ¡Este modo de pensar es nocivo y peligroso!

Medved percibió la malsana llama del pluralismo. Era hora de la autocrítica. Buscó con la mirada a Bótev, pero estaba mirando hacia otro lado. En su lugar se levantó Mónica y empezó a hablar emocionada:

—¡Apoyo sin reservas a la camarada Nina! La inacción es nefasta

para el espíritu revolucionario. Desde que estamos en el campamento Karakondzho he amasado mil hogazas, pero solo he disparado veintitrés balas. No me entendáis mal. Para mí es un honor ejercer ese noble oficio popular, pero creo que la proporción debe ser otra.

Algunos sonrieron, otros silbaron, pero en principio sus palabras fueron recibidas con aprobación. Gabriela no quería ser menos que su hermana y también se levantó. Su esbelto cuerpo se curvó como un arco.

—¡La propaganda visual tiene sentido solo si se combina con acciones de combate activas! —proclamó—. De lo contrario, se queda en una simple actividad artística. Los estajanovistas son ante todo gente de acción, no personajes de historieta.

Un fervoroso aplauso celebró su intervención.

Se alzó una mano insegura. Bótev se levantó y dio unos pasitos sin moverse, como si estuviera esperando delante de los aseos. Parecía pálido y preocupado. Pisó a alguien, le regañaron, pero no prestó atención.

—Me acuso de inacción —borboteó su voz—. De actitud acomodaticia en las formas sedentarias de vida y de contemplación pasiva de la realidad… —De pronto extendió los brazos hacia el fuego y soltó un grito desgarrador—: ¡No veo, camaradas! ¡No veo nada! ¡Socorro! ¡Me he quedado ciego!

Hubo confusión. Dos camaradas lo tomaron de las axilas y lo sentaron. El Arbusto llegó corriendo con una cantimplora de rakía y vertió un buen trago en su boca.

—¿Ves algo ahora? —preguntó el enano moviendo los dedos delante de las narices de Bótev.

—No, no veo nada… —respondió entre sollozos.

27. LA SOMBRA DEL GRAN MASTURBADOR

Bótev recuperó la vista apenas cinco minutos más tarde, tan inesperadamente como la había perdido. Estaba muy asustado, como si lo hubieran sacado de un profundo pozo lleno de serpientes y escorpiones.

En el destacamento nadie tenía formación médica especializada. Tiempo atrás Extra Nina había asistido a unas clases de matrona. Tanko, el Sordo (Vitán Chúrov, del pueblo de Chúrova Cheshma), que se encargaba del botiquín, había recibido clases de enfermería con orientación veterinaria. Lo llamaban el Sordo porque oía mal por el oído derecho. Fue él quien limpió y vendó a la perfección la herida de Lozán, pero ahora se limitaba a encogerse de hombros. En vano escudriñaban el Sordo y Nina las pupilas de Bótev: allí no había nada inusual o preocupante.

—¿No habrás comido algo del suelo? ¿No habrás bebido algo? ¿Te has caído de cabeza? —lo interrogaban insistentemente, como hacían los auténticos médicos—. ¿Te ha ocurrido otras veces? ¿Hay ciegos en tu familia?

—¡Nnn, nnn, nnno! —mugía Bótev.

Por si acaso registraron su mochila en busca de alguna clave para resolver el misterio. Además de varios enseres masculinos y una significativa cantidad de cigarrillos, del interior asomó un trapito blanco a lunares, ribeteado con encaje. En realidad, hacía mucho que había dejado de ser blanco y tenía un tono amarillento… Extra Nina lo levantó con dos dedos y lo miró atónita. Luego se volvió hacia los partisanos que la habían rodeado.

—¿Qué es esto…, camaradas?

Los hombres se encogieron de hombros con aparente desinterés.

—¡Mis bragas! —exclamó Gabriela.

—¡¿Tus bragas?! ¿Por qué se las diste?

—¡Qué tontería! ¡¿Por qué se las iba a dar?! Una mañana simplemente desaparecieron del palo en el que estaban tendidas. Pensé que las había robado alguna urraca…

—¡Urraca! —resopló con desdén Medved.

Gabriela echó las bragas al fuego con una mezcla de repulsión y pena. No quedaba muy clara la relación entre las bragas y la repentina ceguera de Bótev, pero todos intuían que algo sucio había.

—¿Cómo es que tienes tantos cigarrillos? —preguntó con tono severo el comandante.

Bótev bajó la cabeza.

—¡Confiesa! ¡Confiesa! —dijo Tijón mordazmente—. ¿Te parece bonito comerciar con bragas ajenas?

—¿Quéééé?

—¡Pedía dos cigarrillos por este trapo del demonio, camarada *kombrig*! Por diez minutos, dos cigarrillos. Capitalista. ¡Dios lo ha castigado!

—¡Tijón! —gritó Nina.

—La naturaleza, quiero decir —rectificó de inmediato el antiguo monje—. ¡La ley natural lo castigó!

—¡No pedía cigarrillos! Me los daban porque querían —sollozó Bótev, que por fin había salido del estupor—. No quería ser desconsiderado con mis camaradas… Se las he prestado incluso sin cigarrillos. ¿Verdad? ¿Verdad, Maxim?

—Yo, esto… —refunfuñó confundido el joven.

—¿Para qué te hacía falta esa cosa? —preguntó bruscamente el comandante.

—¡No me hacía falta!

—¿Cómo que para qué? ¡Para pelársela, para qué si no, ja, ja, ja! —soltó Tijón—. ¡No os hagáis los inocentes! ¡Confesad!

—¡Anda, que tú también te la cascas! —gritó Svilen.

—Me la casco —dijo Tijón acariciándose la barba con dignidad—. Pero no tanto. ¡Se la menean cinco veces al día, camarada *kombrig*! Día y noche. Ya sabía yo que algo malo ocurriría. En nuestro pueblo hay un ciego, lo llaman el Goblin. No solo está ciego, también loco. Mi abuela me amenazaba: si me la cascaba me volvería como él. «¡Quiero verte las manos encima de la manta!», decía. Pero no le hacía caso… ¡Si supierais cuántos ortigazos le han caído a estas manos!

Tijón abrió sus toscos dedos e hizo un gesto triste con la cabeza.

—A mí también me han dado con ortigas en las manos —se lamentó el Cogollo.

—Además, no solo te quedas ciego —añadió el Enterrador—. En nuestro pueblo tenemos a un tal Manol que lleva ya quince años en la cama paralizado. Mi madre solía decir: menéatela si quieres estar en la cama como el tío Manol, pero yo luego no te pienso limpiar la mierda…

—A mí me han dicho que esto provoca desmayos —dijo Lozán—.

La epilepsia, no sé si habéis oído…

—Si un niño se toca en casa el día de san Ignacio —susurró el tío Metodi, resumiendo la experiencia popular secular—, el año no dará frutos. El semen del macho cabrío se aguará y no prenderá. Las gallinas pondrán menos huevos y las vacas no parirán.

Se impuso un silencio opresivo. En la memoria de todos ellos vivía alguna anciana con un pañuelo en la cabeza, vestida de negro y con ortigas en una mano y un bastón de cornejo en la otra. Ahora este ejército cheposo salía de los rincones del olvido y avanzaba audaz y valiente, como solo las ancianas pueden hacerlo cuando de espantar a los demonios encerrados en la naturaleza humana se trata. Con las caras amarillentas y los ojos en blanco, lanzando amenazas terribles y augurando defectos vergonzosos, maldiciones familiares y una muerte dolorosa.

Las bragas se consumían con una llama rizada.

—¿Cuánto tiempo lleváis con este despropósito? —preguntó Extra Nina.

Bótev señaló a las chicas con el dedo:

—Desde que llegaron estas…

—¡¿Cómo?! —Gabriela y Mónica arquearon las cejas, sorprendidas.

—¡Mientes, cabrón! —gritó el Arbusto—. ¡Te he visto pelártela antes! En el campamento de Tríchavoto, mientras estabas de guardia… ¡Has contagiado a los demás!

—¿Pero qué os pasa? ¿A qué viene tanto pelarse? —intervino Gabriela—. ¿No tendréis hongos? Nosotras no hemos traído hongos al destacamento ni los hemos tenido nunca. Una vez nos pelamos por quemarnos por el sol, pero ya está.

En ese momento estallaron ya todos en una carcajada descontrolada. Incluso en la cara de Medved asomó algo parecido a una sonrisa. Extra Nina, quién sabe por qué, se sonrojó, y las muchachas intercambiaron miradas confundidas.

—¿Puede alguien explicarme el significado del verbo «pelarse»? —dijo Mónica con una furia brillante en los ojos.

Extra Nina se las llevó a un lado ofuscada. Tampoco es que fuera una experta en la materia, a pesar del curso de matrona, por lo que sus explicaciones fueron un poco extrañas. Transcurrieron varios minutos antes de que las gemelas entendieran de lo que se trataba.

—¡Ah, eso era! —exclamó Mónica.

—Hemos leído mucho sobre la masturbación —anunció Gabriela —. En una de las revistas de mi madre había un artículo de un tal Schteckel, un científico austríaco. Según él, la masturbación es una actividad humana completamente normal.

—Sí, completamente normal… —confirmó su hermana, que se

volvió hacia los hombres y gritó—: ¡No os preocupéis, camaradas! No te deja ciego ni tonto, ni te provoca desmayos. Durante siglos la masturbación ha sido demonizada por las fuerzas reaccionarias para oprimir a las masas populares. La ciencia actual rechaza por completo estas burdas mentiras e incluso considera que han causado daños irreparables a la mente humana. ¡Viva la libre masturbación! ¡Abajo con la tiranía de los prejuicios!

Nadie se atrevió a secundar el nuevo eslogan, por muy atractivo que pareciera. Los hombres miraban con desconfianza, como si sospecharan de alguna trampa o burla. Además, las ancianas tampoco se rendían con tanta facilidad… Medved sintió que las miradas se centraban en él. Era solo cuestión de tiempo, ya podía adivinar la pregunta…

—¿Y cómo se ha resuelto el tema de la masturbación en la URSS, camarada *kombrig*? —preguntó tímidamente el Tornillo.

Medved se ajustó la cazadora, carraspeó y dijo con aire competente:

—El tema de la masturbación no está en el orden del día en la URSS. Los soviéticos tienen que solucionar problemas mucho más importantes. No pueden permitirse desperdiciar energía de forma tan frívola. Os aconsejo que también guardéis vuestras fuerzas. No podemos contar con un abastecimiento regular. ¡Cada caloría es necesaria para la lucha!

Extra Nina esperó a que las palabras del comandante se abrieran paso en la cabeza de los combatientes.

—Si los soviéticos pueden, ¡nosotros también! —gritó.

—¿Y tú por qué te incluyes? —murmuró Lenin.

—¡Camaradas! —El Tornillo se levantó con la voz temblando de emoción—. En mi calidad de secretario de la sección juvenil, en nombre de todos los miembros responsables, ¡prometo solemnemente terminar con esta práctica!

—Prometemos, prometemos… —respondieron unas voces inseguras.

Medved se rascó con escepticismo. Bótev estaba de pie junto al fuego, cabizbajo. Al pasar a su lado, el comandante se detuvo y le clavó aquella mirada dura y penetrante de la que todos huían.

—No está bien robar, camarada.

—¡No las he robado! Las tomé prestadas… —gimió el infeliz—. Se las iba a devolver en cuanto pudiera.

—Hoy robas las bragas; mañana, el pan de tu camarada. ¡Que sepas que la próxima vez te fusilaremos!

* * *

Aquella noche la temperatura bajó bruscamente. Los partisanos se pusieron todos los jerséis, camisetas, chaquetas y mallas que tenían, se metieron debajo de las mantas de lona y se arrimaron unos a otros. El fuego poco a poco se apagó. Quedó solo la tenue luz de la pequeña lámpara de queroseno en la tienda de la comandancia. Stoycho estaba de guardia en la entrada con la bayoneta calada. Medved había reunido a la dirección del destacamento. De tanto en tanto se oía el traqueteo de la máquina de escribir. Todos comprendían que se discutían cuestiones de vital importancia, que se adoptaban decisiones estratégicas que quizá muy pronto cambiarían su destino.

Las dos muchachas juntaron la punta de las narices para calentarse.

—¿Sabes una cosa? —susurró Gabriela—. Por mucho que diga el Schteckel ese, no me parece una actitud de camaradas…

Mónica guardó silencio unos segundos y dijo:

—Y yo sigo dándole vueltas a si no hemos sido nosotras las que hemos provocado este comportamiento.

—¿Provocar? ¿Cómo?

—No sé… Tal vez secretamente queríamos gustarles. O tal vez hayamos actuado con coquetería femenina o demostrado alguna otra debilidad que haya despertado determinados deseos, incompatibles con la lucha. —Hizo una breve pausa—. ¡Permitimos que nos vieran desnudas!

—¡No fue a propósito!

—No, no lo fue.

Transcurrieron unos cuantos minutos en silencio. Entre sus narices corría un calor suave.

—El día que caigamos heroicamente en la batalla, comprenderán que no hemos hecho nada… —profirió Gabriela—. Pero será demasiado tarde.

La idea les humedeció los ojos a ambas casi a la vez.

Cerca de ellas roncaban los miembros de la Unión Agraria, apelotonados como calabazas. Bótev tiritaba solo bajo una manta, rechazado por todos como un apestado. El Arbusto tenía su propio bolso forrado de piel de oveja en el que cabía entero como en un capullo. Tijón se había arrimado al Enterrador y al tío Metodi porque tenía frío. Lo aceptaron por camaradería y él, en señal de gratitud, se tiró un pedo bajo la manta. Al tío Metodi, que hacía tiempo que flotaba en otra realidad, el hedor por lo visto no le impresionaba en absoluto. Pero al Enterrador ni por asomo se le ocurría taparse la cabeza. Sus orejas se congelaban bajo la fina gorra. Además estaba ofendido porque habían invitado a Lenin a la reunión y a él no. A sus

oídos llegaban las voces bajas de los jóvenes partisanos acostados detrás de los arbustos.

—¿Y ahora qué? —dijo Lozán—. ¿Resulta que nos han estado mintiendo todo este tiempo como a unos auténticos besugos?

—No solo a nosotros —añadió malhumorado el Clavo—. A nuestros padres, a nuestros abuelos y tatarabuelos…

—Si fuera esta la única mentira… —suspiró Dicho.

—Siempre hay que preguntarse, ¿quién tiene un interés en todo esto? —dijo el Tornillo.

—¡Las clases opresoras! —se escuchó un susurro grupal.

—Ellos tienen las mujeres más guapas, tienen amantes, incluso más de una, pueden permitirse cualquier tipo de placer… —prosiguió el Tornillo acaloradamente—. ¿Y qué tiene el pueblo? No más que dos manos. E incluso esto les parece mal.

—Sí, la masturbación es cosa del proletariado —convino el Clavo.

—Pero ese asunto de las bragas no me parece muy proletario… —dijo Lozán—. Hemos insultado a las camaradas. ¿Qué pensarán de nosotros? ¡Menuda pandilla de pervertidos!

—Han dicho que no pasa nada.

—Puede que sí, pero no es una actitud de camaradas —zanjó Dicho —. En la Unión Soviética no hacen estas cosas. Son unas chicas valientes y merecen respeto. Tenemos que encontrar alguna manera de compensar esa impresión negativa.

—Las compensaremos —habló en voz baja Svilen.

—¿Cómo?

—Entregando nuestras vidas.

—Anda, haceos una paja y dormíos ya, ¡hombre! —exclamó, harto, el Enterrador.

—¡No! Hemos hecho una promesa.

28. ¡PERSEVERO!

Noche y Zánev salieron de la función de cine vespertina en el Teatro Moderno acompañados de dos jóvenes atractivas y bien vestidas. Acababan de ver la comedia *Rosas escarlata*, del joven y prometedor director italiano Vittorio De Sica, protagonizada por Renée Saint-Cyr. Tanto las muchachas como Zánev estaban encantados, mientras que el capitán salió francamente aburrido. Si por él fuese, hubieran visto *Sin novedad en el Alcázar*, una película épica sobre la guerra civil española en la que un puñado de patriotas defendía el Alcázar de las hordas republicanas. Pero las chicas fueron tajantes. Eran aquellas mismas Marinela y Kiki que Zánev había conocido en la pastelería de Serge Minasyán. Ya habían salido varias veces juntos. Zánev y la pelirroja Kiki habían empezado un tórrido romance, pero ella se obstinaba en acudir a las citas con su amiga. Probablemente para camuflarlo. A Noche no le caía muy bien esa pija engreída, a pesar de que lo hubiera comparado con el mariscal Rommel, lo cual había halagado su ego. Con sus rizos de color rubio ceniza y el lunar sobre el labio superior, Marinela era *resultona* (en lenguaje militar). Pero le faltaba algo que insuflase vida a esas armoniosas formas. O al menos eso pensaba Noche. Fuera como fuera, estudiaba en el mismo grupo que las hermanas Palavéevi, lo que la convertía en el medio más seguro de saber más acerca de las gemelas.

Desde hacía cierto tiempo la mente de este oficial severo y recto la dominaban las gemelas. A pesar de que nunca las había visto en persona, la sensación de su presencia lo envolvía. Como todo puritano, Noche estaba atravesado por pasiones ocultas que de pronto se habían liberado. Todavía guardaba entre las páginas de su libreta el envoltorio de celofán que habían encontrado en el monte como señal de este giro existencial. Con cada nuevo paso su interés hacia las dos chicas se agudizaba. Cada detalle que descubría añadía un nuevo trazo a sus imágenes y daba alas a su imaginación. Se sentía irresistiblemente atraído. Si hasta poco antes su lema era *Est modus in rebus*, ahora en su escudo brillaba solo una palabra: *Conor*.

¡Persevero!

El capitán y Marinela paseaban a una distancia prudencial. Detrás

de ellos iban el sargento-cadete y Kiki cogidos del brazo. No paraban de charlar y de soltar risitas de complicidad. Zánev se había percatado de los complejos procesos que tenían lugar en el corazón de su jefe y aprovechaba la situación para aumentar la duración de su permiso. Se acercaba la puesta del sol. Al fondo de la calle de Vítosha se perfilaba el cono seccionado de la montaña. Sus laderas todavía lucían verdes, con algunas motas amarillentas aquí y allá.

—Observo que los géneros ligeros le aburren… —dijo Marinela—. La próxima vez elige usted la película, ¿de acuerdo?

Noche automáticamente saludó a un coronel del Estado Mayor con el que se cruzaron y se olvidó de responderle.

En la plaza de la Academia Teológica había una exposición fotográfica al aire libre, organizada por la legación alemana. Las fotografías estaban expuestas en vitrinas de cristal; representaban fábricas con chimeneas humeando, talleres de fundición, minas, trigales espigados y rebaños bien alimentados. No se especificaba la localización de las imágenes. Los pies de foto rezaban: «Bajo la dirección de los ingenieros y empresarios alemanes, Nueva Europa obtiene de los territorios orientales acero, minerales, madera, pan, algodón y arroz». Ante una de las vitrinas se agolpaban ciudadanos curiosos. Un muchacho flaco con capote y gafas señalaba algo y explicaba en voz alta:

—Miren, en esta cosechadora ondea la bandera con el escudo de la URSS. Es imposible que la hayan puesto los alemanes. Eso quiere decir que la foto es previa a la guerra. Es un truco propagandístico… ¡Desde Rusia solo llegan cadáveres!

—¡Anda, es verdad! —decían asombrados los ciudadanos.

—Fíjense en lo que pone aquí: «Cumplamos los planes quinquenales en tres años». ¡Qué planes quinquenales ni qué tonterías! Estas son fotos de archivo soviéticas… —alzó de nuevo la voz el chico, pero de pronto se calló.

Había visto al Capitán Noche.

El joven se deslizó entre la gente, pasó detrás de la vitrina de al lado y puso pies en polvorosa. Noche buscó a Zánev con la mirada. Quería hacerle una señal para que interceptara al elemento sospechoso desde el otro lado, pero su subordinado estaba charlando con Kiki y por lo visto no tenía ganas de enredarse en una persecución. El capitán dudó por unos segundos si lanzarse solo tras el joven, pero finalmente desistió.

—¡Desgraciado! —le espetó Marinela.

Se acercaron a la vitrina. Los mirones les abrieron paso temerosamente. Noche alargó el cuello y se fijó en la foto de la brigada agraria. La bandera de la cosechadora estaba rodeada de un

circulito pintado con tinta negra, al que señalaba una flecha.

—Lleva razón —constató secamente.

Marinela se humedeció un dedo e intentó borrar el circulito.

—No tiene sentido —dijo el capitán.

—Vamos a tomar un helado en el nuevo salón que han abierto en la plaza de las Cinco Esquinas —se oyó la voz de Kiki a sus espaldas—. ¿Os venís?

—¡No, no me apetece helado! —replicó con brusquedad su amiga.

—Acompañaré a la señorita Marinela a su casa —dijo Noche, que miró severo al sargento-cadete—. ¡Mañana a las seis quiero verle en el cuartel!

—¡A sus órdenes! —respondió Zánev dando un taconazo.

—¿Por qué ha decidido que quiero volver a casa? —preguntó Marinela cuando se encaminaron de nuevo por la calle de Vítosha.

—Pues… no lo sé —contestó Noche confundido—. ¿No quiere?

—No me apetece tomar helado, pero eso no significa que quiera volver a casa.

Durante un tiempo los dos caminaron en silencio.

—¿Tan mal está la situación en el frente que tienen que recurrir a trucos tan baratos? —preguntó Marinela de repente.

—No está boyante —respondió el capitán lacónico.

—¿Y qué hay del «arma secreta»? Todo el mundo habla de ella.

—Aún estará en fase de pruebas, supongo.

—Ojalá salga cuanto antes —suspiró la muchacha.

Un traqueteo desagradable le hizo volver la cabeza. Un automóvil extraño con la capota bajada atravesó la calle. Su parte delantera todavía tenía un aspecto impresionante, pero en medio había unas feas abrazaderas metálicas que sostenían la parte trasera, que colgaba como la panza de un escarabajo pelotero. Los ejes estaban torcidos y las ruedas avanzaban describiendo elipses irregulares. Toda la estructura del vehículo tenía un aire torcido, combado y remendado que inspiraba una profunda desolación. No menos desolado parecía el propio conductor: un hombre joven de algo más de treinta años, con la cara alargada y sin afeitar. Vestía un traje amarillo arrugado con un pin de las SS en la solapa.

Redujo la velocidad y saludó a Marinela agitando la mano con desánimo.

—¡Hola, bella prima!

—Hola, Dendi, ¿cómo estás? —preguntó ella ligeramente desconcertada.

—Voy tirando… —sonrió tristemente el hombre.

Una columna de asfixiante humo negro salió del tubo de escape y

el coche se marchó calle arriba. Noche dirigió una mirada inquisitiva a su acompañante.

—Mi primo, Asén Despódov… —suspiró Marinela—. Desde que le pasó lo del coche ya no es el mismo.

—¿Qué le pasó?

—Se lo destrozaron…

—¿Perdón?

—Su padre era banquero, pero falleció. Su madre está dispuesta a hacer cualquier cosa por él. Le regaló este coche por su trigésimo cumpleaños: un Bugatti 57. ¡No hay otro igual en Bulgaria! Decía que era de parte de Rudolf Hess…

—¿Qué tiene que ver Hess con esto? —se asombró Noche.

—Dendi es el fundador del club Amigos de la Idea Fascista. Anteriormente estuvo en el Movimiento Social Popular de Tsankov. Mantenía correspondencia regular con Rudolf Hess. Era algo así como su tutor espiritual. Incluso lo invitó a la reunión de los jóvenes líderes europeos en el castillo de Wewelsburg. La huida de Hess a Inglaterra lo devastó. Pero el asunto del coche acabó con él definitivamente. ¡No pudo repararlo y punto! Y su madre ya no tiene dinero para comprarle uno nuevo… ¡Es culpa mía! ¡Yo se las presenté!

—¿A quiénes? —Noche aguzó el oído.

—¡A esas monstruas, las Palavéevi! Solo quería ayudarlas. Hacerlas partícipes de una causa superior. Ellas se juntaban por entonces con unos tipos de la Organización Revolucionaria Interior Macedonia… Les dije que los dejaran y que se unieran a nosotros. Nosotros profesamos valores europeos. ¡¿Por qué lo haría?! Dendi perdió la cabeza por ellas. Las paseaba arriba y abajo en el Bugatti. Y ellas venga a soltar risitas. Nunca se tomaron en serio la idea fascista, la verdad. Solo venían a tomar *spritz*. ¡Dendi las envió de representantes de Bulgaria al concurso de primavera de bellezas arias de Europa Central y del Este!

—¡Anda! —silbó Noche—. ¡Primera noticia!

—Solo se celebró una vez. En la primavera de 1941, en Klagenfurt, la capital de Carintia. Bajo el patrocinio de la doctora Uta Rudiger, la líder de la Liga de las Jóvenes Alemanas. Dendi decidió mandar a las Palavéevi en mi lugar. Lloré tanto… Quedaron novenas porque sus ojos tienen un matiz verde. Cuando les preguntaron cuál era su personaje literario favorito, soltaron: «Superman»…

—¿¡El de las historietas americanas!?

—La doctora Rudiger casi se desmaya. Se lo tomaron como una broma de mal gusto. ¿Cómo pudieron dejar tan mal a Bulgaria? Si hubiera ido yo, ¡seguro que hubiera quedado primera! Mis ojos no tienen un matiz verde, ¡mire! —Volvió la cara hacia Noche y abrió

ampliamente los ojos sin pestañear—. ¡Ni verde ni amarillo! Y mi personaje favorito es el joven Werther. O al menos eso hubiera dicho, si me lo hubieran preguntado. También podría ser Tristán. Pero Dendi recibió su merecido… Le destrozaron el coche en señal de gratitud.

—¿Quién se lo destrozó? ¿Cómo?

—Las gemelas, ¿quién si no? Nunca se pudo demostrar, pero me juego la cabeza a que fueron ellas. Cuando volvieron de Klagenfurt perdieron rápidamente todo interés en nuestras reuniones. Dendi las esperaba delante del instituto. Las intentaba convencer para que volviesen. Les hablaba del deber, del honor racial, de la responsabilidad nacional. Nada. Una mañana arrancó el coche, salió y ¡bam!: se partió en dos. Habían atado el eje trasero a la rejilla de la alcantarilla. ¿Qué clase de persona hay que ser para que se te ocurra semejante barbaridad? ¡Destrozar una pequeña joya!

—Probablemente Dendi las molestaba… —supuso Noche, celoso.

—¿Cómo puede decir eso? —dijo indignada la chica—. ¡Usted no lo conoce! Dendi es un esteta. Cree en la simetría. Por eso ha abrazado las ideas del nacionalsocialismo. Quiere que todas las personas sean hermosas. Pero las gemelas se burlaron de él. Harán lo mismo con cualquiera que tenga ciertos valores. Tienen mentes subversivas. ¡No me extraña que hayan terminado con los comunistas!

Sin darse cuenta habían llegado al final de la calle.

—Señorita, puedo… —empezó diciendo Noche, sorprendiéndose a sí mismo—, ¿puedo invitarla a tomar un té?

Quería a toda costa continuar la interesante conversación.

—¿Dónde?

—Vivo muy cerca.

—¡¿Cómo?! —se asombró Marinela—. ¿Ir a su casa?

—¡Disculpe! —se abochornó Noche—. No sé ni cómo se me ocurrió… No pretendía insultarla. Por supuesto que es algo inaceptable para una señorita. ¡Le pido perdón una vez más!

—En realidad, ¿por qué no? —dijo ella encogiéndose de hombros.

Noche tenía alquiladas dos habitaciones en un espacioso apartamento de la calle Patriarh Evtimiy, enfrente de las placas conmemorativas del I y del VI regimientos de infantería. Detrás de ellas se encontraba el cuartel donde se alojaba también su compañía cuando no estaba en activo. Su casera, viuda de un militar de alto rango, cuidaba de él como si fuera su propio hijo. Las habitaciones tenían una entrada independiente: una comodidad que él no sabía apreciar porque nunca recibía visitas. La habitación menor era el dormitorio y la mayor le servía de sala de estar y despacho. Precisamente allí hizo pasar a su invitada.

Marinela entró tímidamente, miró a su alrededor y dijo:

—Interesante.

La habitación estaba llena de maquetas de castillos medievales. Debía de haber al menos una veintena. Estaban sobre la chimenea, por las mesillas, en el aparador, en la librería… La mayoría provenían del catálogo de Ravensburger y eran copias de cartón de los castillos más famosos del Rin. Noche había destinado miles de horas a su montaje. Mientras sus compañeros se dedicaban a empinar el codo y a flirtear con cualquier fulana, él se quedaba a solas entre la pila de piezas, buscando y encajando cada detalle, pegándolas cuidadosamente y observando con fascinación las nobles formas que se desplegaban ante sus ojos. Era su único pasatiempo. Hasta el momento en que empezó con la misma tenacidad y paciencia a ensamblar la imagen de las gemelas. Desde entonces no había tocado los castillos.

—¡Son hermosos! —dijo la muchacha.

Una ola de calor recorrió la cara del capitán. Su voz tembló de orgullo:

—Puede deleitarse con ellos, pero no toque nada. Voy a preparar el té.

Mientras trajinaba por la cocina, irrumpió su casera, vestida con una bata de seda de flores y una cofia. Su cuello arrugado y cubierto de manchas temblaba de emoción.

—¡Por fin! —exclamó abriendo los dedos nudosos, llenos de anillos.

—¿Dónde está el colador para el té? —preguntó Noche.

—¡Ah, déjelo, déjelo! Yo lo prepararé. Vaya con la señorita. Solo dígame: ¿Es de buena familia?

—¡Muy buena! —respondió el capitán sin pensárselo.

—¿Traigo un poco de licor de guindas? Una gotita…

—Gracias. —Noche salió de la cocina.

Marinela se agachó sobre el escritorio, una imitación barata del estilo Chippendale, y pestañeó sin poder dar crédito a lo que veía. La verdosa superficie aterciopelada estaba cubierta con las fotos de los seres que más odiaba: las hermanas Palavéevi. De bebés, con gorritos de punto y patucos; siendo niñas pequeñas, montadas en caballitos de madera; de mayores, en la casa de campo, en el monte, en el lago Ariana… Fotos con la institutriz, fotos del instituto, de la cancha de deportes, ¡de todas partes! Noche había confiscado todo este material en el curso de la investigación y lo estudiaba a fondo, como sugería la potente lupa que descansaba en uno de los extremos del escritorio. Las fotos de mayor tamaño estaban fijadas con chinchetas en la pared.

Al oír sus pasos, Marinela se dio la vuelta. Su voz chirrió como unas tijeras para cortar chapa.

—¡Está usted loco!

Noche retrocedió para esquivar las flechas que salían de sus ojos.

—¡¿Perdón?!

—Poseso… —continuó ella, recortando sus palabras con saña—. ¿Por esto es por lo que me ha arrastrado a su guarida? ¿Qué más quiere saber de ellas?

—Yo… yo… ¡estoy en plena investigación!

—¡Usted obedece a sus deseos lascivos!

—¡Ni siquiera las he visto en persona!

—¡Pero sueña con ellas! Las desea, ¿verdad? ¡Gemelas! ¡Rubias! Guapas…, aunque hayan quedado tan solo novenas. ¿Se cree un caballero? Pues no. Es como todos los demás… bastardos. Ay, pero ¿qué digo? ¡Disculpe, disculpe!

Noche se abalanzó sobre ella. La agarró con sus grandes brazos huesudos, ladeó la cabeza y clavó los labios en los de Marinela. A continuación hubo un breve mugido que se evaporó en la vorágine del beso. Los dos se desplomaron en el sofá llevándose por delante uno de los castillos. El vestido de Marinela subió hasta la cintura: relució su muslo, cruzado por una liga negra…

En la ranura de la puerta entreabierta apareció una mesilla con ruedas sobre la que tintineaban tazas, platitos y cucharitas de plata. Detrás de ella asomó la casera, que se quedó petrificada en el umbral, se tapó la boca y susurró: «Madre mía, madre mía…». Después, presa del pánico, retiró la mesilla y cerró la puerta. El sofá traqueteaba como un caballo al trote. De pronto se escuchó un suave gemido y el ruido cesó.

—Dios mío, ¿de eso se trataba? —profirió Marinela mirando la mancha de sangre en su combinación de encaje—. ¡Por fin!

Noche se subió los pantalones y se sentó a su lado con la mirada ausente. El tacón del zapato de Marinela se le clavó en la cintura.

—¿Pensabas en ellas mientras hacías el amor conmigo?

—¿Cómo? ¡Por supuesto que no! —El capitán se sonrojó.

—¡No mientas! Te he visto… ¡No apartabas la vista de las fotos!

Noche bajó la cabeza. La maqueta del pintoresco Burg Maus yacía hecha trizas en la alfombra, pero al parecer no le importaba demasiado. Marinela se incorporó y se estiró el vestido.

—Espero que no acabes como Grisha Oskólnikov —dijo torciendo la boca.

—¿Como quién? —Noche levantó la cabeza.

—El profesor de griego antiguo. También perdió la cabeza por ellas.

—¿Qué le pasó?

—No pienso satisfacer tu curiosidad malsana —contestó Marinela airada—. Lo descubrirás solo. ¡No me acompañes! Adiós.

La puerta se cerró tras ella con un estruendo que parecía el de un obús de ciento cincuenta milímetros. Noche se quedó en el sofá, con la mirada fija en los tristes restos del Burg Maus. Le entraron ganas de pisotear todas aquellas maquetas absurdas.

Desde el recibidor llegó el sonido del teléfono. Se oyó la tímida voz de la casera y su figura se perfiló tras el cristal mateado de la puerta.

—Le llaman, señor capitán…

—¡Draguíev! —sonó el timbre nasal del inspector Bázov—. Hay novedades en el caso Palavéevi. Hemos seguido el rastro de los billetes del rescate. Te espero en el vestíbulo del hotel Palace Royal en veinte minutos. La cosa se pone interesante…

29. EL CANAL DE LA LIMONADA Y EL DE LA RAKÍA

Afinales de octubre, tras el triunfo del Ejército Rojo en el Dniéper, Medved consideró que ya había llegado la necesidad histórica de entrar en contacto con la comandancia de la zona. Muchos decían que ya tenía que haber ocurrido en septiembre, después de la liberación de Novorosíisk. Se formó un grupo de contacto integrado por Nina (jefe), Dicho, Lenin, el Enterrador y Tijón. Era una operación arriesgada, habían transcurrido varios meses y no estaba claro en qué situación se encontraba la red clandestina a través de la que mantenían el contacto con los camaradas de Sofía. ¿Funcionarían aún los antiguos canales? ¿Habrían cambiado las contraseñas y los puntos de encuentro?

Se decidió primero establecer contacto con Pável Chernogórov, el Siluro, del pueblo de Balsha, que era su colaborador desde que estaban en el campamento Cebolla. Mantenía uno de los canales más seguros por el que los camaradas de Sofía y alrededores se incorporaban a las filas del movimiento partisano. El canal, conocido también como el «canal de la limonada», pasaba por los pueblos de Mrámor, Dobroslavtsi y Balsha, y de allí llevaba directamente al Balcán. La casa del Siluro estaba al final del pueblo, casi pegada al bosque, lo que la hacía especialmente cómoda para escabullirse. Era considerado un hombre acaudalado, asentado (tenía una nave de producción de limonada) y no despertaba sospechas en las autoridades. Además, su primo había sido elegido alcalde poco antes. Pero en el interior de Chernogórov ardía la llama de la lucha. Tenía un camión con el que llevaba la limonada a Sofía y traía de vuelta las botellas vacías al menos una vez por semana. Junto con la limonada, hacia Sofía viajaban noticias del monte: informes de las operaciones realizadas, listados de provisiones y, a veces, camaradas enfermos o heridos que necesitaban tratamiento especial. Por el camino de vuelta llegaban instrucciones, información operativa e incluso alguna pistola o bomba metidas en la paja entre las botellas. En una ocasión llegó una caja entera de dinamita. Fue la que usaron en el sistema Zelenika. El propio Chernogórov evitaba deliberadamente acercarse al campamento para eliminar la posibilidad de traicionarlos en caso de

caer en manos de la policía. Como contacto utilizaba a Raycho, a quien había reclutado en 1941 a costa de darle acceso ilimitado a limonada gratuita. El cabrerillo estaba siempre en movimiento y podía fácilmente esconderse en el monte ante la menor señal de peligro.

Lenin y el Enterrador habían estado buscando toda la mañana al maldito cabrerillo por los montes cercanos al pueblo. El chico nunca les había caído especialmente bien y no terminaban de comprender por qué el Siluro, un conspirador experimentado, había confiado a esa criatura semisalvaje semejante responsabilidad. ¡Ni siquiera militaba en las Juventudes Obreras! Y siempre quería que le regalasen algo: un trozo de *lokum,*[38] una piruleta o una manzana. Cuando no le daban nada, se enfurruñaba. El Enterrador no dejaba de repetir: «¡Algún día ese mierdecilla nos traicionará por una caja de *lokum*!».

—Escucha… —susurró Lenin.

El Enterrador se limpió con el dedo la oreja, aguzó el oído y dijo con tono amenazador:

—¡Lo hemos pillado!

Raycho tocaba la pequeña y lustrosa armónica de la que no se había separado en todo el verano. Los sonidos seguían el humor cambiante de un corazón pueril en el que la alegría y la tristeza parecían jugar a la saltacabrilla. No eran muy melodiosos ni agradables, pero el cabrerillo disfrutaba realmente de ellos. En su música había vida y un tono travieso que se transmitía al rebaño. También había tristeza, como un presentimiento del invierno que estaba por llegar. Desde la montaña había bajado una larga nube blanca que había cubierto el pueblo entero que ocupaba el valle. En el desierto cielo grisáceo daba vueltas un gavilán solitario. Apoyadas en sus patas traseras, las cabras triscaban con avidez las hojas que quedaban en las ramas bajas de los arbolillos.

De pronto el sonido de la armónica cesó.

Una mano dura tapó la boca del cabrerillo. Otra mano lo agarró por la cintura y lo arrastró hacia el bosque. El chiquillo intentó patalear, pero el hombre lo apretó tan fuerte que le cortó la respiración. Al cabo de unos veinte pasos lo tiró medio asfixiado en un claro amarillento. Allí esperaban otros tres hombres y una mujer armados hasta los dientes.

—¡Tío Lenin! —exclamó el cabrerillo al recuperarse.

—¿Por qué no respondes? —El Enterrador hizo bocina con las manos y gritó—: ¡Cu-cu!

—Ah, eso ya no vale, tío —sonrió el chiquillo con sus dientes amarillentos y desiguales—. Los cucos ya volaron al sur.

Los partisanos lo miraron con gesto sombrío.

—¿Dónde os habíais metido? —preguntó el cabrerillo con aire

culpable—. Pensé que os habían matado. ¿Habéis traído algo de *lokum* para endulzar el día? ¿Alguna manzana?

—Ya te daré yo… —respondió el Enterrador, que hizo amago de darle una colleja.

—¡Espera! —lo detuvo Lenin—. ¿Y tú por qué pensabas que habíamos muerto, eh, Raycho? —preguntó entornando inquisitivamente los ojos—. ¿Cómo es que tienes esa armónica tan bonita? ¿Quién te la ha regalado?

—P-P-Pável el Siluro —tartamudeó el cabrerillo—. Antes de que lo detuvieran.

—¡¿Cómo?!

—¡Mierda! —maldijo el Enterrador—. ¿Cuándo?

—Cuando montaron el bloqueo. Hace seis meses. El tío Pável me había invitado a una limonada y me decía: «Mira lo que te he traído de Sofía», y ya me estaba animando cuando oímos un ruido de motores. ¡El pueblo se llenó de camiones! El Ejército nos rodeó por todas partes. ¡No podía escapar ni una mosca! —contaba Raycho—. Al tío Pável se lo llevaron directamente a Sofía y a mí me hicieron ir con ellos al monte.

El Enterrador le dio una patada en el trasero.

—¿Entonces fuiste tú el que trajo al Ejército, pequeño traidor de mierda?

—¡No! ¡No! —chilló Raycho.

—¿Quién entonces? Solo tú conocías el sendero. ¡Ni siquiera el Siluro había venido!

—¡Me pegaron! —sollozó el cabrerillo—. Me dijeron que me arrancarían los huevos.

—¡Te los arrancaré yo! —amenazó el Enterrador.

—¡Pegadme, pegadme lo que queráis, cortadme en trozos, pero no seré un traidor! —volvió a chillar el cabrerillo.

—¿Eso les dijiste a los policías? —preguntó el Enterrador dudando de sus palabras.

—¡No he dicho nada! ¡No los he llevado a ninguna parte! Fue el perro.

—¿Qué perro? —preguntó Lenin con interés repentino.

—Ese, el que olisquea…

—¿Un perro rastreador?

—Ese, ese, les había pillado el rastro…

—¿Qué rastro? —lo interrumpió nerviosamente Nina.

Hasta ese momento tan solo había escuchado en silencio.

—El de las señoritas. Esas que llegaron con el estudiante —puntualizó maliciosamente Raycho—. El tío Pável las dejó que

durmieran en el establo. Luego no hacían más que regarse con algo. Se quejaban de que el establo olía a mierda. Gente de ciudad…

—¿Con qué se regaban?

—Pues no lo sé… —parpadeó el cabrerillo, que añadió con voz soñadora—: ¡Pero qué bien apestaba! Y sigue apestando…

Metió la mano en el zurrón y sacó un pañuelo blanco. En una esquina, bordadas con hilo dorado, se veían las iniciales Y. P. El Enterrador se lo arrancó de las manos y hundió la nariz en sus delicados pliegues.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Se le cayó a una de las señoritas y me lo guardé.

—¡Es verdad, sigue oliendo! —inspiró con avidez el Enterrador.

—¡Pasa, pásamelo a mí también! —pidieron varios con las manos extendidas.

El pañuelo pasó seguidamente por Lenin y Dicho para terminar en las zarpas del antiguo monje. Antes de que Nina pudiera quitárselo, se sonó los mocos sonoramente en el pañuelo, miró con discreción entre sus pliegues y suspiró:

—Es verdad, ¡apesta rico!

—Cerdo inconsciente, ¡acabas de cargarte la prueba! —protestó furioso el Enterrador.

—Enterrador, ¡cuida tus palabras! —lo regañó Nina—. ¿Qué crees que demuestra este pañuelo?

—¿Cómo que qué? —respondió el Enterrador—. No se habrá caído por casualidad, ¿verdad?

—Camaradas, aquí hay algo que está mal —intervino Lenin—. Hacedle caso al viejo cazador. El olfato de los perros de caza es cuarenta veces más fuerte que el humano. Basta con que alguien se limpie el culo con estas hojas para que queden unidos como por un hilo rojo el pueblo y el campamento.

—¿Lo veis? —exclamó el Enterrador.

—No sé… —Dicho desconfiaba—. Este cabrerillo no me inspira mucha confianza. Puede que se lo esté inventando para ocultar su culpa.

—El cabrerillo forma parte del pueblo oprimido —subrayó Lenin.

—¡Cualquier espía puede formar parte del pueblo oprimido!

—Vaya, Dicho. —El Enterrador le lanzó una mirada hostil—. ¡Esa Mónica te ha sorbido los sesos! A todos os han sorbido los sesos esas dos…

—¿Cómo te atreves? ¡Entre nosotros solo hay camaradería! —contestó airado Dicho.

—¡Suficiente! —los interrumpió Nina—. El canal de la limonada está roto. Tenemos que utilizar el de la rakía… ¿Qué me dices, Tijón?

Los ojos del antiguo monje brillaron.

—Puede ser, puede ser —sonrió—. Hace mucho que no veo al higúmeno.[39]

—¡Esos dos volverán a emborracharse! —dijo Lenin.

—¿Y el cabrerillo? —les recordó el Enterrador.

—¿Qué pasa con el cabrerillo? —dijo Nina entornando los ojos.

—Déjalo con sus cabras —propuso Dicho.

—No le diré a nadie que os he visto —sollozó Raycho.

—No es tan fácil —señaló Lenin.

—El cabrerillo se viene con nosotros —zanjó el Enterrador.

—¿Cómo que con nosotros? —gritó Nina—. Nosotros vamos a Sofía.

—Id vosotros —dijo con tono sombrío el Enterrador—. Lenin y yo volveremos al campamento. Nos llevaremos a Raycho para que lo interrogue también Medved. Puede que esas dos bocachas estén oxidadas por dentro.

Hizo hincapié en la última frase y miró a Dicho de reojo. Este palideció y apretó los puños, pero Nina lo tomó del codo.

—¡Camaradas! ¡Mantengamos la unión!

—Oye, tengo que guardar las cabras —dijo tímidamente Raycho.

—¡Olvídalas! —El Enterrador lo agarró por el cuello—. ¡Vamos!

—Nina —dijo Lenin—. Tenemos que desentrañar este asunto. Procura enterarte de algo más sobre las «camaradas» Gabriela y Mónica en Sofía…

—¡Estáis perdiendo el tiempo! —exclamó Dicho.

—¡Calla, so anarquista! —le replicó el Enterrador.

Los partisanos caminaron juntos hasta que llegaron a las faldas de un pico calvo y redondeado conocido como el Forúnculo. Era el punto más alto de Mala Planina: el último pliegue del Balcán antes de fundirse con la planicie de Sofía. Aquí el grupo se dividió, sin más ceremonias, de forma seca y casi hostil. El Enterrador, Lenin y Raycho se dirigieron al norte, hacia las poderosas laderas de Stara Planina, mientras que Extra Nina, Dicho y Tijón siguieron la cuerda hacia el este, hacia el desfiladero del río Ískar.

Los guiaba el antiguo monje. Al cabo de una hora aproximadamente divisaron los conos rojizos de las rocas arenosas cercanas al pueblo de Kátina. El viento trajo un olor a hogueras y hojarasca quemada.

Dicho se detuvo y suspiró pensativo:

—¿Qué pasará ahora con las camaradas?

—No les pasará nada si son inocentes —le dijo Nina dándole un palmadita en el hombro.

—¡Claro que son inocentes!

—¿Cómo habrá salido la rakía este año? —murmuró Tijón para su barba. Después exclamó con inesperada alegría—: ¡Vamos, compañía! Casi hemos llegado.

Su enorme cuerpo, envuelto en bandoleras, se hundió entre los arbustos. Nina y Dicho lo siguieron de prisa. Los partisanos bajaron por la orilla de un riachuelo medio seco y tras la siguiente curva aparecieron ante sus ojos los blancos muros del monasterio.

El higúmeno del monasterio de Kátina, Los Santos Cuarenta Mártires, era un viejo conocido de Tijón del seminario. No compartía las opiniones radicales de su antiguo compañero, pero a su manera simpatizaba con las clases oprimidas y estaba dispuesto a contribuir al movimiento, ya que a la vez tenía en cuenta los posibles cambios en el horizonte político en un futuro no muy lejano. «El canal de la rakía», como era conocido el camino que pasaba por el monasterio, no inspiraba confianza a Medved, que había ordenado que se utilizara solo en casos de extrema necesidad. La zona rebosaba de ciruelos silvestres que daban abundante fruto. El higúmeno no podía rechazar este regalo del Señor. Cada año lo empleaba para producir centenares de litros de aquel transparente y aromático elixir de notas ligeramente ácidas y que no bajaba de los cincuenta y un grados. Parte de él se repartía entre curas y otros clérigos conocidos de los alrededores, otra gran parte se vendía, pero siempre le quedaba más que suficiente para animar a los partícipes en la lucha. Todos los que pasaban por el monasterio, sin importar en qué sentido, de la ciudad al monte o viceversa, obligatoriamente tomaban un trago para envalentonarse. Luego otro más, y otro más… Por mucho que desconfiara Medved, todavía nadie se había perdido ni había sido capturado en el «canal de la rakía». Tambaleándose o cantando, cayéndose y levantándose, finalmente todos acababan llegando a su objetivo. Incluso había ocasiones en que algún guardia les indicaba el camino, pensando que volvían de alguna boda o de la despedida de algún soldado.

Ahora era el único canal por el que Nina y Dicho podrían llegar a Sofía. Tijón se quedaría esperándolos en el monasterio. Saboreaba por adelantado lo que ocurriría y chasqueaba la lengua con alegría.

En ese instante sonó la campana tocando a vísperas. Su eco retumbó de forma extraña entre las cumbres, como si la campana estuviera rajada o torcida. Tijón analizó el sonido con detenimiento y concluyó solemnemente:

—Ya está lista.

—¿La qué? —Nina aguzó el oído alarmada.

—La rakía de ciruelas.

* * *

—Chiik, chiik, chiik… —se oyó entre los árboles.

Gabriela y Mónica aguzaron el oído. Llevaban tan solo media hora de guardia. Desde que el grupo de contacto se había marchado, Medved había reforzado la vigilancia del campamento y había reducido al mínimo las actividades secundarias. Se decretó el estado de alerta en el destacamento. Las dos chicas no tenían ningún inconveniente. Cocer polenta y amasar pan era mucho más aburrido.

—¡Chiik! —volvió a llamar la voz.

Algunos camaradas habían llegado a ser tan buenos imitando los sonidos de los pájaros que era casi imposible distinguirlos de los pájaros reales. Esto hacía naufragar la comunicación. Podían estar gorjeando y trinando durante horas en los matorrales sin que nadie les hiciera caso. Debido a sus orígenes urbanos, las gemelas no podían discernir las finas diferencias de los distintos cantos y contestaban cada vez que oían algo que se parecía remotamente a la señal acordada.

—¡Tac, tac, tac! —llamó Mónica.

Esta señal la había propuesto Lenin. Juraba que era el reclamo otoñal de la becada antes de migrar al sur. Defendía que la becada hacía «chiik, chiik» en el aire y «tac, tac» posada en el suelo.

—Tac, tac —repitió Gabriela sin entusiasmo.

Por lo visto alrededor había bastantes becadas que aún no habían migrado al sur, ya que era por lo menos la décima vez que tenía lugar este intercambio de sonidos. De repente se escuchó el campaneo de un cencerro de cobre y un estridente balido de cabra: «¡Bee!». Entre las ya escasas hojas de los árboles aparecieron Lenin y el Enterrador. Con ellos iba amarrado el cabrerillo. A cierta distancia, tozudo, lo seguía todo su rebaño. Los hombres estaban visiblemente nerviosos.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó el Enterrador frunciendo el ceño.

—Estamos de guardia —respondió con aire serio Mónica.

—Menudas centinelas… —murmuró Lenin.

—¿Qué son estas cabras? —preguntó con asombro Gabriela.

—Pues cabras… ¡Qué van a ser! —Lenin se encogió de hombros con aparente indiferencia.

—El cabrón se las ha follado, por eso no se separan de él. ¿Te las has follado, eh? ¡Salvaje! —El Enterrador pegó una patada al cabrerillo, que ya estaba acostumbrado a sus modales y solo soltó un gemido.

—¿Por qué lo traéis al campamento? —preguntó Gabriela—. ¿Dónde están los demás?

—Tenemos razones —dijo tibiamente Lenin, sin molestarse en

contestar la segunda pregunta—. ¡Vamos!

El Enterrador se volvió hacia el rebaño y agitó los brazos.

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Me cago en vuestra puta madre, cabronas!

Se agachó y empezó a lanzar piedras y palos contra las cabras que se acercaban. Pero ellas los esquivaban con agilidad y volvían a seguirlos, balando y haciendo sonar los cencerros.

—¡Déjalo, es inútil! —le dijo Lenin—. Cuando a una cabra se le mete algo en la cabeza, no hay quien la pare. Las mujeres son iguales…

Las muchachas esperaron a que el rebaño pasara y volvieron a su puesto entre los helechos herrumbrosos. Las becadas, sorprendentemente, se habían callado. Una ardilla corrió como loca por las ramas, encima de sus cabezas. Se oyeron los picotazos de un pájaro carpintero.

—¿Por qué nos ha mirado Lenin de esa forma? —dijo Mónica, más bien para sus adentros.

—¿De qué forma? —preguntó su hermana.

—¡Mala!

30. CABRAS AL ATAQUE

Medved estudiaba con preocupación la relación de existencias que le había proporcionado el Arbusto. La situación no era boyante. Con una planificación cuidadosa y un racionamiento estricto, podrían llegar tal vez a mediados de marzo. ¿Y después? El invierno ya se notaba en el aire y las posibilidades de acumular provisiones eran cada vez más limitadas. Hizo el cálculo de las raciones diarias siguiendo el método que le habían enseñado en la escuela: tantas calorías, tantos carbohidratos, tantos lípidos y proteínas… En el bosque había bastantes jabalíes y corzos y tal vez debían plantearse organizar la caza. Lenin era un cazador veterano y esta tarea posiblemente le vendría como anillo al dedo. Apuntó: «Responsable de caza: Lenin». Pero ¿dónde diablos estaba Lenin? Según sus cálculos, el grupo de contacto ya tendría que haber vuelto. ¡Lo habían enviado con tanta alegría y esperanza! Solo Medved tenía recelos. Los camaradas habían jurado no caer vivos en manos del enemigo, pero él había vivido lo suficiente para saber que cuando la boca del cañón mira a los ojos, el razonamiento es bien distinto. En fin… Esperarían otro par de días más.

Medved retomó el cálculo de las raciones, pero entonces percibió una mirada impertinente por encima del hombro. Venía acompañada de un olor penetrante. Se giró bruscamente. Un barbudo macho cabrío sacudió su cabeza negra con aire inteligente.

—¡Beeee!

Las cabras parecían haber salido de la nada y tomaron al asalto el campamento. Correteaban como locas, se subían por las mochilas y mordisqueaban las correas de los fusiles. Una cabra con manchas marrones, particularmente enérgica, ya había logrado arrancar el periódico mural y lo paseaba victoriosa enganchado en los cuernos. Rojo de indignación, el tío Metodi corría tras ella maldiciendo:

—¡Me cago en tu puta madre, fascista, deja la propaganda! ¡Déjala, cabrona! Y vosotros, ¿de qué os reís? —Se dirigía ahora a sus compañeros—. ¡No le veo la gracia!

—¡Agrupad a las cabras! ¡Juntadlas! —se desgañitaban Lenin y el Enterrador desde los extremos de la pradera—. Raycho, ¡tócales algo

para que se queden quietas!

—¡Juntadlas vosotros! —les contestó el Tornillo—. Os mandaron a traer directrices y habéis traído cabras. ¿Qué sois, militantes del Partido o cabreros?

Raycho sacó la armónica, de la que brotaron unos sonidos no muy alegres. El rebaño empezó a reunirse poco a poco a su alrededor, aunque los ejemplares más tercos seguían deambulando libremente. El rebaño debía de sumar al menos cien cabezas.

Medved hizo a Lenin y al Enterrador a un lado.

—¡Firmes! —ordenó Medved—. ¡Desgraciados! ¿Por qué os habéis separado del grupo? ¿Por qué traéis estas bestias al campamento? ¿Os dais cuenta del rastro que han dejado? ¡Hasta un ciego lo vería! ¡Os merecéis que os fusile!

—¡Las cabras las ha traído el cabrerillo, no nosotros! —respondió ofendido el Enterrador.

—Las cabras van con él… —puntualizó Lenin.

—¿Y para qué narices necesitáis a este imbécil?

—Es un testigo importante —respondió el Enterrador, que antes de que Medved hubiera procesado sus palabras, añadió en tono confidencial—: Camarada *kombrig*, permítame informar. El canal de la limonada está roto. Han detenido al Siluro. Los camaradas decidieron utilizar el canal de la rakía. El cabrerillo es testigo de una cobarde traición que conllevó el asalto del campamento Cebolla. Por eso nos lo llevamos.

—¡Esas dos burguesas son las que están detrás de todo! —Lenin fue incapaz de contenerse—. Dejaron un rastro para que el perro llegase al campamento. A mí me llamó la atención que olían de manera especial, pero en aquel momento no se me ocurrió…

—¿Qué me dices?

—Se echaron algo. También intentaron dejar una señal para el Ejército, pero el cabrerillo tuvo ojo y la ha guardado. Aquí tiene, ¡todavía huele!

El Enterrador sacó el pañuelo que había envuelto cuidadosamente en un trozo de periódico y se lo entregó. Medved lo desplegó e hizo amago de olerlo, pero vio el moco seco de Tijón y lo alejó de su cara asqueado.

—¿Qué chorradas son estas?

—No son chorradas, camarada *kombrig* —dijo Lenin—. Piénselo bien. Llegan al campamento y, al cabo de pocas horas: toma emboscada. Este asunto huele mal.

—Las trajo tu amigo Lozán —le recordó Medved.

—Lozán es de los nuestros, ¡respondo por él!

—Si hace falta, lo interrogamos también —señaló con crudeza el

Enterrador.

Medved tomó otra vez el pañuelo, lo volvió por el lado limpio y se lo acercó de mala gana a la nariz. Inspiró con precaución una vez, luego unas cuantas más y constató con los ojos ligeramente entornados:

—Perfume.

—Si hubiera sido solo perfume ya se habría evaporado —argumentó Lenin—. No somos tan estúpidos. Mi hermana también se echa perfume.

—Un perfume caro —puntualizó Medved.

Lenin apretó los labios, ofendido.

—¿No va a interrogar al cabrerillo de todos modos? —insistió el Enterrador.

—Traedlo —asintió con aburrimiento el comandante.

Medved escuchó el confuso relato de Raycho sin interrumpirlo. Después se dirigió al Enterrador y a Lenin agitando el pañuelo.

—No hay nada que demuestre que lo hayan dejado a propósito.

—Pero se perfumaban también por el camino, ¿verdad? —insistió el Enterrador.

—¡Se perfumaban! —confirmó Raycho—. Lo hacían a escondidas, pero yo las vi.

—¿Y vosotros las visteis? —preguntó Medved a los dos partisanos.

—¡Cómo íbamos a verlas si lo hacían a escondidas!

—¡Llamad a Lozán! —ordenó Medved.

Lozán no hacía más que mirar atónito y secarse el sudor de las manos en la cazadora. Cuando por fin empezó a darse cuenta de por dónde iban los tiros, se angustió aún más.

—Dinos, hijo, ¿las viste perfumarse en secreto de camino al campamento? —le preguntaba Lenin.

—Las vi —respondió Lozán de mala gana—. Pero no lo hacían en secreto. ¡Apestábamos enteros a mierda de aquel establo! Por eso nos perfumamos…

—¡¿Tú también?! —exclamó el Enterrador.

—Fueron ellas las que me perfumaron —puntualizó Lozán.

—¡Te han marcado! —exclamó Lenin—. No debiste dejarte.

—¿Por qué, tío? ¿Acaso es mejor oler a mierda?

—¡Cuando te pille el perro, ya verás cómo vas a oler!

—¿El perro? —se alarmó Lozán—. ¿Qué perro?

—¡Con un poquitín basta, camarada *kombrig*! —Lenin señaló la punta de su dedo—. Huele que apesta. Puede que nos hayan marcado a nosotros también, mientras dormíamos. ¡Pss, pss y listo!

—¡Camaradas! —alzó la voz Medved—. ¡Esto no es serio!

—¿Acaso la traición no es algo serio? —replicó el Enterrador.

—¿Desde cuándo perfumarse es traición? —se sulfuró Medved—. No se puede acusar a la gente de cualquier cosa. Acusar es lo más fácil. ¿Y después? ¡En la URSS no lo hacen así!

Con este último argumento esperaba poner fin a la discusión.

—¿Y cómo lo hacen? —quiso saber Lenin.

—Allí… —El *kombrig* de repente se quedó sin palabras—. ¡Allí hay orden! Se recaban pruebas reales que se examinan de forma imparcial. Se respeta el derecho a la defensa. Nadie es culpable hasta que se demuestre lo contrario. Este es un principio fundamental del derecho soviético. ¡Incluso en tiempos de guerra!

—Entonces, ¿no las vamos a detener?

—¡No!

—Quitémosles al menos las armas… —dijo el Enterrador.

—¡No! No quiero rumores en el destacamento. Yo las vigilaré personalmente. ¿Está claro? ¡Ni una sola palabra sobre este asunto!

—Afirmativo —respondieron los dos partisanos.

—¿Puedo marcharme ya? —preguntó Raycho.

—¿Adónde? —Medved le lanzó una mirada feroz.

—Al pueblo. Tengo que llevar de vuelta las cabras. Si no, mal asunto.

—No vas a ninguna parte. Las cabras se quedan aquí. Suficiente daño han hecho ya. Al final nos van a descubrir por su culpa.

—¡Pero me pegarán, señor comandante!

—¿Quién te va a pegar? —se rio Lenin—. Cuando seas partisano, nadie se atreverá a tocarte ni un pelo.

—¡Enhorabuena! —El Enterrador le dio una palmada en el hombro —. Luego, cuando tomemos el poder, puede que te mandemos a estudiar a la universidad. Imagínate que llegas a ser médico, ingeniero o escritor… ¿Qué te parece?

—¿Y si no tomáis el poder?

El Enterrador le dio una colleja. El cabrerillo encogió la cabeza entre los hombros.

—¡De acuerdo, tío! Seré partisano médico, escritor… ¡Lo que vosotros digáis!

—Camarada *kombrig* —apareció de pronto el Arbusto—. ¿Por qué no nos asamos un cabritillo? ¿Nos lo permite?

—¡Ni hablar! Después. Ahora trasladaremos el campamento —resopló el comandante, que de inmediato se puso a dar órdenes—. Vosotros, los tres cabreros, atad a las cabras para que no nos vuelvan a seguir, ¡porque como nos sigan, os fusilo! Tú, Lozán, busca al Clavo y relevad a las gemelas. ¡Y mantén el pico cerrado! Arbusto, ¡guarda la

olla y prepara bocadillos para tres días! ¡Moveos! ¡Deprisa!

31. ¿Y TÚ QUIÉN ERES, CAMARADA MEDVED?

Hacia finales de la semana el cielo se nubló, se levantó un viento frío y cortante mezclado con finas gotitas que pronto se convertirían en copos de nieve. El bosque había empezado a aullar como un río crecido que ahogaba a su paso todos los sonidos. Las cabras se agolpaban junto a un avellano, amarradas una a otra, sin cencerros ya.

—¡Hola! ¡Camaradas! —gritó Dicho.

—¿De dónde han salido estas cabras? —preguntó Tijón.

Mientras esperaba la vuelta de Nina y Dicho, había pasado unos días en compañía del higúmeno y su nueva remesa de rakía de ciruelas. La rakía destacaba este año por su especial suavidad y nobleza, gracias a que el higúmeno había contratado a dos huérfanos de Kurilo para deshuesar las ciruelas por treinta levas la tonelada. Los huesos segregaban metilo durante la cocción y deterioraban la calidad de la materia prima, pero quitarlos era demasiado trabajo y pocos lo hacían. En un arranque de sinceridad el higúmeno le había confesado a Tijón que san Menas se le había aparecido personalmente en sueños con una cinta roja en la manga y le había ordenado no cocer más las ciruelas sin deshuesar. «¡Con cinta roja! —exclamó asombrado Tijón —. ¡Eso es una señal! Habrá mucha rakía el próximo año y esta vez no nos dará dolor de cabeza. ¡Brindemos por la victoria!».

—*¡No eran cien virgencitas, eran cien cabritas!* —canturreó Tijón.

—¡Sssss! —Nina se llevó un dedo a los labios.

—¿Por qué sssss? ¿No estamos ya en casa?

—Aún no se le ha pasado la borrachera… —se lamentó Dicho.

Nina miró a su alrededor y cogió la carabina.

—No me gusta nada esto —murmuró—. Faltan también los centinelas.

Los tres recorrieron con precaución el campamento, pero, salvo por las cabras, no vieron a nadie más. En los lugares donde habían dormido estaban esparcidas ramitas para que no se viera la hierba aplastada. Los restos de las fogatas estaban cubiertos de tierra y hojarasca. Del periódico mural y del banco no quedaba ni rastro.

Volvieron al bosque, donde los esperaba otro camarada, envuelto en un impermeable amarillento. Era mayor que ellos. Detrás de él asomaban al menos una docena de jóvenes caras pálidas y exhaustas, sembradas de granos.

—¿Este es el campamento? —preguntó el hombre secamente.

—Pues por aquí andaba… —dijo Dicho rascándose la nuca.

—¿Y dónde están los demás?

—Eso mismo me pregunto yo.

Era el enviado especial de la comandancia, el tío Dragán. Venía acompañado de diecisiete nuevos combatientes que habían sido movilizados precipitadamente tras la caída de uno de los grupos de combate de la capital. Eran fundamentalmente estudiantes de instituto y universitarios que se habían echado al monte casi sin armas, mal equipados y con poca comida. El plan inicial establecía que el grupo juvenil se incorporara al destacamento Chavdar, pero, por problemas de coordinación, no pudo realizarse el contacto. Los reclutas deambulaban entre Svoge e Iskrets, estaban agotando ya sus provisiones y en la comandancia de la zona ya no sabían qué hacer con ellos cuando, de la nada, apareció Extra Nina. La noticia de que el grupo de combate de Medved había sobrevivido fue recibida con entusiasmo a pesar de las críticas por su larga ausencia. Enseguida se tomó la decisión de que los nuevos combatientes se trasladaran a esta unidad de élite para recibir entrenamiento e incorporarse a la actividad armada cuanto antes. Con ellos partió el tío Dragán (Konstantín Vápov), un experimentado funcionario del Partido, para transmitir a la dirección del destacamento las últimas directrices e instrucciones tácticas relacionadas con la nueva etapa de la lucha armada.

Tijón señaló el rebaño:

—¡Alguien ha transformado a los camaradas en cabras, ja, ja!

El tío Dragán lo miró con un gesto de reprobación:

—No tiene gracia, camarada Tijón. ¡No tiene ninguna gracia!

Los jóvenes se arrebujaban en sus abrigos empapados. Algunos llevaban zapatos de ciudad en los que se acumulaban enormes cantidades de barro. Un par de ellos ya tosían. Nina y Dicho intercambiaban miradas inquietas.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó el tío Dragán frunciendo el ceño.

—¡Tranquilo! —dijo el antiguo monje poniéndole una mano en el hombro—. El higúmeno se ha ocupado de todo. Hay rakía. Hay cabras. Sobreviviremos. Vamos a servirle un trago a la juventud, que está con el ánimo por los suelos…

—¡Para ya con esa rakía! —lo reconvino el emisario de la

comandancia—. Nina, ¿adónde nos habéis traído? ¿Es vuestro este territorio?

—Sí —confirmó Nina desanimada.

«Tac, tac, tac», oyó a su espalda, «tac, tac, tac».

Se volvió, pero, antes de que pudiera responder, por el otro lado de la pradera apareció Lenin, que saludaba con la mano. Tras él iba el Enterrador.

—¡Ya era hora, camaradas! ¿Cómo lo habéis pasado en Sofía? ¿Establecisteis contacto?

Acto seguido se callaron. No esperaban que del bosque surgiera un grupo tan imponente.

—Este es el tío Dragán, emisario de la comandancia —presentó Nina al hombre del impermeable amarillo—. Nos envían nuevos combatientes. Ha caído un grupo en Sofía…

Los puso rápidamente al corriente de la situación. Lenin asentía con la cabeza, se ajustaba de vez en cuando la gorra y volvía a asentir. El Enterrador miraba con suspicacia a los recién llegados. Después suspiró:

—¡A duras penas nos libramos de las cabras y ahora nos caen estudiantes de instituto!

—Camarada… —dijo uno de los jóvenes.

—Enterrador del Capitalismo —puntualizó el Enterrador malhumorado.

—¿Y dónde están las camaradas Palavéevi, camarada Enterrador?

—¿Cómo? —El Enterrador estaba atónito.

Los jóvenes se animaron súbitamente.

—¿Están bien? ¿Cuándo las veremos? —Empezaron a llover las preguntas.

—¿Cómo saben de ellas? ¿Les has dicho tú algo? —preguntó enfadado Lenin a Dicho.

—Al parecer la gente habla… —respondió con una sonrisa.

—¡Toda Sofía habla de ellas! Las Avispas Rojas, así las llaman —intervino otro alumno con la cara iluminada por el entusiasmo—. Hemos oído que han capturado a todo un pelotón de nazis junto a Étropole. ¡Qué ganas tengo de saludarlas!

—¡Yo también!, ¡yo también! —llegaron voces de todas partes.

—Dicen que cerca de Yárlovo —empezó emocionado otro— capturaron a un capitán de la gendarmería y lo tuvieron bailando *kazachok*[40] todo el día. Mientras tanto, se quedaron sentadas bajo un árbol comiendo cordero asado y riéndose.

—¿Y es verdad que Dimitrov ordenó personalmente enviarles fusiles de asalto desde la Unión Soviética? —se alzó otra voz—. Son unos modelos especiales en los que está grabado el mensaje: «Por

Stalin» y que disparan tres veces más rápido que los alemanes…

—¡Pero qué chorradas dices! —estalló el Enterrador, incapaz ya de contenerse—. Si yo no tengo un fusil de asalto, ¿cómo lo van a tener ellas?… ¡Y no hemos estado en ningún Yárlovo, mamarrachos!

Se impuso un silencio incómodo.

—No se enfade con ellos. —El tío Dragán salió en defensa de su gente—. Han oído toda clase de historias sobre estas muchachas. Cuando supieron adónde los llevábamos, se volvieron locos. Están impacientes por conocerlas.

—Y las van a conocer… —dijo Lenin con desagrado—. Las camaradas están en el campamento y cumplen con sus obligaciones diarias. Vámonos.

* * *

La lluvia golpeaba monótona las paredes de la tienda. Medved miraba con expresión sombría, pero parecía no ver nada: tenía los ojos vueltos hacia sí mismo, buscando un rastro solitario que serpenteaba por el bosque de sus pensamientos. Extra Nina y el tío Dragán se habían sentado a su lado y tomaban té de dos latas de conserva baqueteadas. También estaban allí Lenin y el Enterrador y, poco después, se incorporó el Tornillo, que venía de una reunión de la célula de la Juventud Obrera. La tienda era estrecha para los cinco y sus hombros se tocaban. Todos esperaban que el comandante dijera algo, pero no tenía prisa.

—Creo que la comandancia central ha tomado una decisión precipitada —dijo finalmente Medved—. No tenemos capacidad para asumir a tanta gente. Llega el invierno, se nos están acabando las provisiones… ¡No puede ser! Es demasiado arriesgado.

El tío Dragán lo miró de reojo y recalcó:

—Es una orden.

Era un individuo alto y huesudo, con la cabeza alargada y los ojos redondos y hundidos como una lechuza. De su nariz asomaban haces de pelillos. Llevaba una vieja y pesada pistola Mauser C96 con cargador delantero de diez cartuchos. En caso de necesidad se le podía acoplar en el mango una culata de carabina. Estaba particularmente orgulloso de esta arma, que había adquirido popularidad entre los comandantes soviéticos durante la guerra civil.

—No tienen adónde ir —prosiguió en un tono más suave—. Si vuelven a la ciudad, los detendrán. El destacamento Chavdar ha desaparecido. Pensábamos mandarlos al destacamento de Transki, pero nos informaron de que en la zona de Kalna y de Tsarna Trava había bloqueo. Nadie sabe cuánto durará. No aguantarán tanto

tiempo. Ya ve en qué situación están.

—Nuestra situación tampoco es envidiable —replicó Medved.

—Incluiremos en vuestra zona la lechería de Dolna Kriva —añadió tentadoramente el tío Dragán—. Ahora está bajo control del camarada Transki, pero os expediré un documento que os autorice a asaltarla.

—Y también la cooperativa de Godech —añadió súbitamente Lenin —. Hay que conseguir algunas cosas para el invierno.

—Bueno, eso no lo sé… —suspiró el tío Dragán—. No tengo autoridad para negociar la cooperativa. Saben que el camarada Transki es muy celoso con su territorio.

—¿Cómo podéis mercadear de esa manera? —se indignó el Tornillo—. ¡Los camaradas están en apuros! ¡Nosotros, los militantes de las Juventudes Obreras, hemos votado por admitirlos!

—Yo también estoy a favor —lo apoyó Extra Nina.

—¡A favor, a favor, a favor! —estalló Medved—. ¿A favor de qué? ¿De que todos la palmemos? Eso es lo más probable que pase.

—¿No es para eso para lo que estamos aquí, camarada *kombrig*? —exclamó el Tornillo.

Extra Nina bajó la cabeza y clavó la mirada en la lata de conserva. El té del fondo se había enfriado y tenía un desagradable sabor metálico.

Lenin se dirigió al tío Dragán:

—Sobre el caso de las gemelas: ¿nos puede decir algo más?

—Qué queréis que os diga… —suspiró el funcionario—. En primer lugar, la comandancia de la zona y el Comité Central no tienen nada que ver con sus acciones. Para nosotros esto es puro aventurerismo. El grupo de Incendio ha actuado por su cuenta y riesgo. En segundo lugar, nadie hasta ahora, excepto tal vez el propio Incendio, ha visto el dinero del rescate ni tiene idea de qué ha sido de él. Este dinero tenía que haber sido puesto a disposición del departamento militar y técnico para la compra de armas y municiones. Al menos según la versión oficial del grupo. Pero repito que hasta el momento no ha entrado ni un solo céntimo. Corren todo tipo de rumores. El propio Incendio fue detenido hace dos semanas en un hotel de la capital. El portero del hotel es simpatizante nuestro y nos informó de que Incendio había gastado un dineral en el casino del hotel, viviendo a cuerpo de rey con dos prostitutas que lo entregaron a la policía. Por supuesto, primero terminaron de ordeñarlo… Incendio ha proporcionado a la policía un listado detallado de nombres y direcciones. Desde entonces hay detenciones en masa, lo que, en la práctica, obligó a la evacuación urgente de estos jóvenes.

—¡Aventureros desgraciados! —espetó Lenin.

—O algo peor… —convino malhumorado el tío Dragán—. La

prensa reaccionaria difundió a los cuatro vientos que somos secuestradores de muchachas. La imagen del Partido ha quedado dañada. Pero hay algo aún más terrible. ¿Qué ejemplo damos a los jóvenes? Dos chicas de origen burgués se convierten casi en las abanderadas de la lucha solo porque son insensatas y atractivas. Ni siquiera son miembros de la Unión de las Juventudes Obreras.

—Las admitimos —dijo el Tornillo— por unanimidad.

—¡De eso estoy hablando! —exclamó apretando el puño el tío Dragán—. ¿Habéis investigado su pasado?

—¿Para qué investigarlo? Las camaradas nos salvaron el pellejo.

—Si lo hubierais investigado como es debido habríais descubierto cosas interesantes. ¿Sabéis por dónde han pasado antes de llegar al destacamento? ¡Por todas partes! Han estado con los de la Organización Revolucionaria Interior Macedonia, con los fascistas, con los tolstoianos, luego en una secta, también con Deunov. Han ido cambiando de ideología como quien cambia de pañuelo. Si algo no les gustaba, iban a por el siguiente… ¡Princesas, eso es lo que son!

—¿Con los fascistas? ¿Han estado con los fascistas? —El Enterrador se quedó boquiabierto.

—Formaban parte del círculo de Amigos de la Idea Fascista. Por poco tiempo, pero sí formaron parte. Las enviaron incluso a una actividad fascista en Austria en 1941. Mirad.

Abrió el bolso y sacó un recorte de periódico cuidadosamente doblado. El texto estaba impreso en una pequeña columna sin foto: «En el desfile de primavera de bellezas arias que tuvo lugar en Carintia bajo el patrocinio de la doctora Uta Rudiger, líder de la Liga de las Jóvenes Alemanas, participan también dos bellezas búlgaras: las gemelas Kara y Yara Palavéevi. Los partidos obreros de Europa dicen "No" a la explotación comercial de la belleza femenina». *La Labor Común*, 19 de abril de 1941.

—Está claro —dijo Lenin—. Solo dos meses antes del ataque de Hitler.

Se impuso un silencio opresivo. Nina tenía los dedos blancos de aplastar la lata. Medved había vuelto de nuevo la mirada hacia sí mismo. Las paredes de la tienda empezaban a empaparse.

—Tal vez las camaradas investigaban los distintos puntos de vista —aventuró Extra Nina con poca convicción—. Es algo propio de la juventud.

—Lo importante es que ahora están con nosotros —concluyo alegremente el Tornillo.

—¿Y mañana? Si alguien les cae mal o les dice alguna inconveniencia es posible que se decepcionen otra vez. ¿Qué pensarán entonces todos estos niñatos que ahora las miran boquiabiertos? ¿No

se decepcionarán también?

—No les diremos ninguna inconveniencia a las camaradas —dijo el Tornillo con tono serio.

—¿Cómo que no? ¡Me cago en su puta madre fascista! —gruñó el Enterrador.

—¡Hay que poner fin a este culto! Tenemos suficientes héroes. Nuestros propios héroes del pueblo. —El tío Dragán había vuelto a tomar la palabra—. Además, no estamos seguros de que no trabajen para la policía. El camarada Lenin me expuso los hechos de la última emboscada. Estas cosas no se deben rechazar a la ligera, camaradas. Me temo que en el destacamento hay un déficit de vigilancia…

—¿Qué? —Medved se frotaba los ojos como si intentara salir de una pesadilla que lo hubiera absorbido como una ciénaga—. ¡Tonterías!

—Ahora tiene un motivo para librarse de ellas. Será mejor que lo aproveche.

—¡No! —zanjó Medved.

—¿Y tú quién eres para decirme que no?

—¿Y tú? ¿Tú quién eres?

—¡A mí me envía la comandancia!

—¡Me la suda quién te envíe, rata de la comandancia! ¡Aquí estamos librando una guerra!

—¿Qué guerra ni qué hostias? Hace seis meses que no sabemos nada de ti. ¿Sabes qué dicen de ti en el Comité Central? Que la policía te capturó el primer día que pusiste un pie en Bulgaria y te cambió por un agente. ¡Eso dicen!

—¿Os habéis vuelto locos? La gente me conoce.

—¡Ja, la gente te conoce! ¿Sabes cuántos camaradas me han comentado que ya no eres la misma persona?

—¡Llamemos al tío Metodi! —gritó Medved ya casi sin acento—. Nos conocemos desde 1923. Que diga si soy o no soy el mismo.

Nada más asomar la cabeza en la tienda, el veterano se olió el peligro: los camaradas estaban agolpados como en un gallinero, agitados, a punto de llegar a las manos. Mal asunto. Conocía este ambiente asfixiante y tenso desde los tiempos de la lucha contra la izquierda sectaria en los años 1935 y 1936, cuando nadie sabía quién, cuándo y por qué iba a resultar culpable.

—¿Conocía al camarada Spartak Gálev antes de que se marchara a la URSS? —le preguntó directamente el tío Dragán.

El tío Metodi deslizó la mirada hacia la cara palidecida de Medved y asintió con la cabeza.

—Lo conocía.

—¿Puede confirmar que la persona aquí presente —el tío Dragán

recalcó deliberadamente la palabra «persona»—, conocida como Medved, es idéntica al camarada Gálev que se fue a Moscú hace quince años?

«¡Vamos, hombre!», estaba a punto de exclamar el tío Metodi, cuando algo le tiró por dentro como una costura oculta. El veterano sabía por experiencia que, una vez en la categoría de las «personas» y no de los «camaradas», nada bueno se podía esperar y la confianza del Partido no era ya amparo. Volvió a escudriñar la cara del comandante. ¿Qué le había ocurrido?

—¡Dile, tío Metodi! ¡Cuéntale cuánto pan clandestino hemos compartido! —dijo Medved sin poder contenerse más.

—Pues sí… —murmuró el otro sin mucha convicción.

—¡Sin «pues»! ¿Estás seguro de que es él? —insistió el tío Dragán.

—Ha llovido mucho desde entonces…

—¡Tío Metodi! —Medved le lanzó una mirada aterradora.

—¡No lo amenaces! ¡No lo amenaces! Dígame, camarada.

¡Están dudando! El Partido duda de Medved, pensó rápidamente el veterano. Siempre le había llamado la atención la manera en que cambiaban las voces de los camaradas cuando a través de sus bocas empezaba a hablar el Partido. Aquella calidez suave que las inundaba y recordaba el ronquido aterciopelado de una dragona adormecida sobre sus huevos: maternalmente tierna y feroz a la vez.

—No sé qué decir… —El tío Metodi carraspeó, volvió a fijarse en Medved y de repente le pareció que lo veía por primera vez. Era como si de su cara hubiera caído una máscara y debajo asomara un traidor desconocido. Suspiró y dijo—: Me parece que está cambiado. Bastante cambiado…

Medved prorrumpió en carcajadas: amargas y cortantes como los dientes de una sierra. Pero acto seguido vio la Mauser en la mano del tío Dragán. El cañón gris apuntaba directamente a su pecho. La risa cesó. La mirada del comandante recorrió despacio a los presentes, pero solo se encontró con caras ajenas e inexpresivas. Todo su poder sobre estos seres se había esfumado.

—Esto es una broma… —murmuró en ruso.

—¡Quitadle el arma! —ordenó el emisario de la comandancia.

Por unos segundos nadie se atrevió a moverse. Después, de repente, Lenin y el Enterrador se abalanzaron sobre el comandante. Lo tumbaron boca abajo y lo inmovilizaron con sus cuerpos. Nina le quitó el subfusil y procedió rápidamente a despojarlo del resto de sus pertrechos: pistola, bombas, daga, pluma-pistola. El Enterrador le ató las manos a la espalda. El Tornillo y el tío Metodi se limitaban a mirar.

—Nombro al camarada Lenin comandante en funciones del

destacamento —proclamó solemnemente el tío Dragán sin guardar su Mauser—. El camarada Enterrador será primer subcomandante. Nina conserva su puesto.

—¡Imbéciles! —estalló Medved.

—Y tú quedas detenido hasta que se aclare tu identidad. Si resulta que nos equivocamos, serás restituido. Para entonces el camarada Lenin habrá neutralizado las influencias nocivas en el destacamento.

—¡Afirmativo! —dijo Lenin estirándose—. Estaré a la altura de mi nombre.

—¡Se van a enterar ahora esas dos bocachas! —exclamó amenazador el Enterrador.

32. EN LA TRAMPA DEL DETERMINISMO DE CLASE

Gabriela y Mónica aprovecharon que había dejado de llover, extendieron la manta de lona debajo de un pino y se pusieron a limpiar las armas que les habían confiado. Los jóvenes recién llegados enseguida se acercaron. Miraban como hipnotizados sus gruesas trenzas rubias y los movimientos ágiles y seguros de sus dedos. Todavía nadie se había atrevido a dirigirles la palabra. De vez en cuando las chicas lanzaban miradas furtivas a sus nuevos admiradores e intercambiaban sonrisas condescendientes. Una sensación novedosa de superioridad las halagaba. ¡Novatos!

—Ch-Ch-Chapáyev…

—¿Cómo? —Las chicas alzaron las cabezas a la vez.

—Soy Ch-Ch-Chapáyev —repitió el chaval, que tartamudeaba de emoción, y volvió a atusarse el flequillo por si acaso.

—Gabriela. Mónica.

—¡Lo sabemos, lo sabemos! —dijeron varias voces.

—Camarada —se dirigió de pronto Chapáyev a Gabriela; su cara se cubrió de manchas rojas, como si estuviera a punto de arrancarse el corazón y colgárselo en el cuello a la chica—, ¿de qué modelo es su pistola?

Chapáyev llevaba un viejo Nagant que le había robado a su abuelo, con tres cartuchos en el tambor. Le daba vergüenza enseñarlo y por eso lo ocultaba bajo la ropa.

—Beretta —le informó ella indolente—. Modelo 1934.

—¿Y de cuántos cartuchos es el cargador? —preguntó tembloroso.

—De nueve.

—¡Toma! —exclamaron algunas voces.

—¿Esa es una ametralladora Bren? —preguntó un chaval con gafas y pinta de avispado.

—Madsen —lo corrigió Mónica.

—¿Funciona con cargador de cinta?

—No, con cargador de tambor. ¿No lo ves? Contiene cuarenta cartuchos.

—He oído que hay que ponerle solo treinta y ocho para no sobrecargar el muelle de retroceso —prosiguió el chaval, que parecía ducho en la materia.

—¡Este Zhivko es un sabelotodo! —dijo alguien.

—¿Con enfriamiento por aire, eh? —preguntó el gafotas estirando la mano hacia el cañón.

—¡No toques! —le espetó Mónica—. ¿Quién te ha dado permiso? ¡Novato!

El joven retiró la mano, pero no parecía demasiado asustado. Las miró con audacia y prosiguió:

—¿A cuál de las dos se le ocurrió la idea? ¿O es que lo ideó Incendio?

—¿El qué?

—¡Expropiarle el dinero a vuestros padres! Yo también quería hacerlo, pero no quedaba mucho que expropiar —confesó con cierta ironía—. Bueno, encontré unas dos mil levas bajo el colchón, ¡pero no daban ni para comprar una escopeta!

—Depende de la escopeta —dejó caer alguien.

Los demás rompieron a reír.

—A mí… —dijo Gabriela.

Pero Mónica la interrumpió furiosa:

—¡A las dos!

—¡Pero vosotras tampoco os andáis con chi-chi-chiquitas! —tomó la palabra Chapáyev—. ¡Diez millones! ¡Cuántas armas se pueden comprar con este dinero!… ¡Para toda una división!

—¿Cómo que diez millones? —preguntó Mónica frunciendo el ceño —. Pedimos solo uno.

Los jóvenes intercambiaron miradas un tanto desilusionadas.

—Es lo que dicen por ahí… —llegó una voz.

—¡Sigue siendo una cifra considerable! —dijo otro—. Lástima que Incendio la cagara…

—¿Cómo que la cagó? —se sobresaltó Mónica.

—¿Qué le ha pasado al camarada? —preguntó Gabriela alarmada.

—¡Menudo camarada! —exclamó Zhivko—. Lo pillaron gastándose el dinero en un casino. Después detuvieron a todo el grupo: Plamen, el Chispa, Ognyán…

—¿¡Cómo!? —Las chicas estaban boquiabiertas—. ¡Imposible!

—¡Los delató a todos, el desgraciado!

—Quizá lo hayan torturado… —aventuró compasiva Gabriela.

—¡Y una leche! Además, ¿qué hacía en aquel casino? Mientras vosotras, camaradas, derramabais vuestra sangre en el Balcán, sacrificándolo todo en aras de la idea, ¡ese bicho asqueroso estaba

montándoselo con unas fulanas! Solo un paso lo separaba de la traición.

—Ha sucumbido —dijo con voz sorda Mónica—. Y nosotras que confiábamos en él…

—El l-l-lado oscuro lo ha engullido—concluyó desanimado Chapáyev.

—¡No, camaradas! No hay ningún lado oscuro. Así es como funciona el capital. ¡El capital saca lo peor del ser humano! —La voz de Mónica de repente se endureció—. Personajes como él se merecen solo una cosa: una bala.

—¡Muerte! ¡Muerte! ¡Muerte! —se oyó en eco por todas partes.

—¿Muerte? —Gabriela parpadeó asustada.

Por encima de sus cabezas se oyó un carraspeo.

—Camaradas…

El Tornillo, Raíz y Bótev estaban detrás de ellas con su equipo de combate completo. Tenían aspecto angustiado, como si los hubieran mandado a detener por sí solos a la brigada de tanques de Gorna Banya.

—¿Os vais de misión? —preguntó Gabriela con cierta envidia.

—Tenéis que acompañarnos —dijo lentamente el Tornillo.

Había palidecido como un cadáver. Por sus sienes se escurrían gotas de sudor y evitaba que sus miradas se cruzaran.

—Pero ¡¿qué pasa?!

—¡Os venís ya! —ordenó el Tornillo.

—¡No podemos dejar las armas así! —Mónica señaló las partes dispersas sobre la lona.

—Raíz las cuidará. ¡Vámonos!

Los recién llegados observaban la escena sin comprender nada.

—Bueno, si es tan importante… —dijo Gabriela, y se incorporó.

Mónica la siguió sin decir palabra. Pensó que los camaradas las habían llamado a propósito justo en el momento en que tenían las armas desmontadas. Se apresuró en rechazar esa idea absurda, pero resultó que no era tan fácil, no dejaba de asomar desde los rincones de su mente como un ratón hambriento que hubiera olfateado un trozo de oloroso queso grasiento.

¿Qué demonios querían de ellas?

Al cabo de unos doscientos metros salieron a un pequeño claro escondido entre los pinos. El tío Dragán mordisqueaba un cigarrillo torcido, rodeado por los miembros de la comandancia y algunos de los partisanos veteranos. Parecía que hasta un instante antes hubieran estado comentando algo animadamente, pero en cuanto las vieron, se callaron. El Enterrador se separó del grupo, extendió su puño delante de las narices de las gemelas y lo abrió lentamente. En su palma

agrietada había un pequeño frasco de cristal. Sus paredes reflejaban la luz del triste día otoñal y esparcían suaves reflejos rosados.

—¡Mi perfume! —exclamó Gabriela—. Es un regalo de mi tío. Por desgracia, se acabó hace mucho. Mónica tenía el mismo, pero se lo dejó.

—¡Habéis estado hurgando en nuestras mochilas! ¿Por qué? —prorrumpió en un acceso de cólera su hermana.

El Enterrador ni siquiera se molestó en contestarle.

—¿Qué es ese número tres?

—Chanel número tres, Mademoiselle. Es un perfume. Lo sacaron en 1942.

—¡Sí, cómo no! Es como se marcan las armas químicas.

—No tiene sentido que lo neguéis —intervino el tío Dragán—. Tenemos testigos. Han confirmado que os habéis echado de esta cosa.

—Bueno, ¿y qué? —gritó Gabriela.

—¡Te dije que no llevaras esas chorradas al monte! —la regañó su hermana, que se dirigió a los reunidos, ruborizada de la vergüenza—: ¡Lo sentimos, camaradas! Hemos actuado como unas estúpidas burguesas presumidas. Ya hemos superado esta etapa, os lo aseguro. Hace mucho que no utilizamos tales productos que humillan a la mujer luchadora y condenamos su uso, junto con toda la industria que está detrás de su fabricación.

—¡Qué lista eres! —dijo con sarcasmo el Enterrador—. Puede que Medved se tragara este rollo, pero nosotros, no. ¿Verdad, tío Dragán?

—No entiendo nada —suspiró Gabriela—. ¿Dónde está el comandante?

—Aquí —respondió el tío Dragán.

Las chicas miraron a su alrededor, pero no había ni rastro de Medved. Lenin empujó a los demás y dio un paso adelante.

—Yo soy el comandante.

El hombre a quien hasta hacía poco todos llamaban con respeto «camarada *kombrig*» estaba ahora amarrado en la tienda y ni siquiera podía rascarse la nariz, que le picaba horrores. Según rezaban las oscuras supersticiones populares que había escuchado hasta la saciedad en los montes, si te picaba la nariz sin motivo alguno, significaba que alguien estaba hablando de ti. Medved lo tenía claro sin que le picara la nariz, pero no le era de gran ayuda. Frente a él estaba sentado Dicho, con la escopeta entre las rodillas, sombrío y serio, fiel a las instrucciones del Partido, a pesar de todas las preguntas que lo atormentaban. Le habían prohibido hablar con el detenido, pero nadie le podía impedir escucharlo.

—¡Piensa un poco! ¿Crees que es posible? ¡Cambiarme a mí! ¡¿A mí?! —no paraba de protestar Medved—. Es una inmensa provocación

cuyo objetivo es desestabilizar el destacamento. La gente está confusa. La preparación para el combate es nula. ¿Quién saca provecho de todo esto? ¡El enemigo! Confusión, intrigas, división. Y después, la derrota. Ahora intentan culpar a las chicas y mientras tanto el verdadero traidor se frota las manos y se ríe para sus adentros. Las chicas no tienen nada que ver con la emboscada en el campamento Cebolla, ¡hazme caso! Se las cargarán en vano… ¡Desgraciados! No me mires como un pasmarote, ¡haz algo, imbécil!

La lona de la entrada se apartó y se asomó el Enterrador.

—¡No, eso no! ¡No lo intentes poner en contra de la dirección!

—Lo lamentarás, Enterrador —gruñó Medved—. Pero será tarde… ¡Disponed de inmediato los elementos del sistema Zelenika! El enemigo va a atacar.

—¿Cómo lo sabes?

—Un comandante siente estas cosas…

—¡Ya no eres comandante! —lo interrumpió el Enterrador—. Ahora el que manda es Lenin. Punto. Vamos, guerrero, tenemos una misión especial para ti… Moncho te relevará. ¡Y no te atrevas a comerle el coco!, ¿me oyes? —amenazó a Medved.

«¡Guerrero! ¿A quién llamas tú guerrero?, so mamarracho —se indignaba en su interior Dicho mientras caminaban por el bosque—. ¡Te vas a enterar cuando te reviente la mollera!». Con cada paso que daba, un mal presentimiento se apoderaba de él.

—¿Qué es esta misión especial?

—Camarada subcomandante —puntualizó severamente el Enterrador.

—Camarada subcomandante —repitió malhumorado Dicho—. ¿Cómo es la misión?

—Es de mucha responsabilidad —sonrió el otro—. Ya verás…

En el claro reinaba un silencio opresivo, interrumpido tan solo por el golpeteo titubeante de la máquina de escribir colocada entre los pinos: toc-toc, toc-toc, toc-toc… Gabriela y Mónica apenas se tenían de pie después de todo lo que les había sobrevenido. Era como si el propio Stajánov hubiera estado golpeándoles la cabeza con su martillo neumático. Seguramente el pobre Trotski debió de sentirse igual, pensó Gabriela. ¿Por qué le vendría a la mente ese tipo? Trotski era un enemigo, traidor de la Revolución, y ellas no lo eran. ¡Ay, cómo se había complicado todo! Mónica no hacía más que morderse los labios resecos. Al cabo de un rato el golpeteo cesó y apareció Bótev agitando una hoja recién escrita. Nina la tomó, repasó rápidamente las líneas, como si revisara por costumbre la ortografía, y se dirigió a las muchachas.

—Os leeré la sentencia —dijo con voz inexpresiva.

En el nombre del pueblo…

Tras conocer los hechos y las pruebas, recabadas de la comisión revolucionaria de investigación, y tras estudiar las circunstancias de la actividad de Incendio que tan duro golpe ha provocado en nuestro movimiento de liberación, el tribunal revolucionario de la Primera División de Guardia de Stara Planina dictamina que: A) Admite como hecho probado que las hermanas Palavéevi (Kara y Yara, también conocidas como Mónica y Gabriela) han participado en una operación a gran escala del aparato represivo fascista con el objeto de destruir la unidad de combate ya mencionada y de desacreditar la lucha en su conjunto. B) Por su participación en esta actividad de espionaje el tribunal revolucionario impone a las culpables la pena máxima: muerte por fusilamiento. C) La sentencia será de inmediato cumplimiento.

Presidente del tribunal revolucionario: comandante en funciones Lenin.

Miembros del tribunal: subcomandante en funciones Enterrador del Capitalismo; subcomandante política Extra Nina.

Mientras Nina leía con voz monótona, Dicho no podía apartar la vista del pañuelo rojo que él mismo había puesto en el cuello de Mónica. Cuántas veces lo había imaginado: él y ella, hombro con hombro en combate. Ella cae herida, él la carga a la espalda, consiguen escabullirse de alguna manera. Ella ha perdido bastante sangre. Él la cuida, cura su herida. En lugar de vendas, corta bandas de la camisa de ella. Mónica aprieta los dientes, sus pechos se endurecen por el frío. Susurra: quiero morir a tu lado. No morirás, le dice él, y la besa.

«¡¡Esto es un error!!», gritaba su corazón, pero fue incapaz de transformar la protesta en palabras. Un puño de hierro le apretó la garganta y contuvo el alarido. Le invadió un miedo infinito y paralizante como solo había sentido en España, cuando la gente de Orlov solía llevarse a los camaradas demasiado confiados y que no cuidaban sus palabras. Pensaba que ese miedo se le había olvidado, pero de pronto salió de las profundidades de su ser.

—¡No somos traidoras! No hemos hecho nada malo —dijo Mónica con firmeza—. Pero para cuando os deis cuenta, será tarde. Para nosotras y para vosotros.

—¿Son estas vuestras últimas palabras? —preguntó Nina secamente.

—¡Pensábamos que al menos tú nos apoyarías! —exclamó Gabriela.

—Ya lo hice una vez —suspiró la comisaria política—. Salí en vuestra defensa cuando os admitimos en el destacamento. Resultó que

había cometido un error. No se volverá a repetir. ¡Camaradas —se dirigió a los partisanos que se habían reunido—, os pido que me permitáis enmendar mi error! Confié en mi valoración personal sin hacer un análisis objetivo de la situación desde el punto de vista del Partido. Camarada comandante, ¡permítame que dirija personalmente la ejecución de estas espías!

—Nunca hemos dudado de ti —le aseguró el tío Dragán.

—De acuerdo —confirmó con aire de importancia Lenin—. Designo un pelotón de fusilamiento compuesto por Bótev, Dicho y el Tornillo.

—¿Cómo? ¡No! —Los dos últimos se quedaron boquiabiertos.

—¡No hay «no» que valga! —gritó feroz el Enterrador—. Es una orden del Partido. Ahí os quiero ver ahora a vosotros, que corríais detrás de ellas con la lengua fuera y os peleabais por sus bragas. ¡Menudos combatientes del pueblo!

Sus pies chapoteaban sobre el suelo mojado. Las chicas tenían las manos atadas a la espalda y apenas eran capaces de mantener el equilibrio al andar. Bótev las empujaba con el cañón de su fusil como con una aguijada. En sus ojos brillaban chispas maliciosas. Desde el primer día había sentido una aversión instintiva hacia estas criaturas atléticas, satisfechas, que parecían solo poder existir en los sueños. Se habían apoderado del alma del destacamento. Hablaban de ellas, pensaban en ellas, soñaban con ellas. Todos competían por su atención, dispuestos a hacer cualquier cosa para merecer una mirada, una sonrisa o una palabra. En su presencia los buenos se volvían mejores, los valientes aún más valientes, los estúpidos más estúpidos y los miserables más miserables. Precisamente esto era lo que no les podía perdonar. ¡Cuántas veces había hecho el ridículo por su culpa! Ni siquiera se fijaban en él…

—¿Has visto cómo hemos terminado por culpa de tu estúpido perfume? —siseó Mónica.

—¡Tú también te ponías! —sollozó Gabriela, con los ojos llenos de lágrimas que, como no podía secar, se escurrían por sus mejillas.

—¡Da igual! —zanjó su hermana—. Si no hubiera sido el perfume, habría sido otra cosa. ¡Somos distintas! Y tú que creías que nos aceptarían…

—¡El *kombrig* nunca hubiera permitido esto!

—El *kombrig*, por lo visto, tiene otras preocupaciones.

—Pero estos nos van a matar de verdad.

—¡Pues claro que nos matarán!

Extra Nina lideraba pensativa la columna. Cuando se hubieron alejado lo suficiente del campamento, se detuvo y dio media vuelta. Todos se quedaron inmóviles, a la espera de la orden más terrible.

—¡Tenemos sed! Queremos beber —dijo Mónica—. Tenemos derecho a un último deseo, ¿verdad?

Dicho descolgó rápidamente la cantimplora de su cinturón, la destapó con dedos temblorosos y se la acercó a los labios. El agua se escurrió por su barbilla. El Tornillo también se apresuró en abrir su cantimplora y la acercó a Gabriela, que se llenó la boca de agua y, repentinamente, se la escupió en la cara. El Tornillo, asustado, reculó de un salto.

—¡No puedo hacerlo! —dijo de pronto Dicho.

—¿He oído bien? —preguntó Extra Nina arqueando las cejas.

—¡No puedo! ¡No voy a disparar contra las camaradas! —repitió con obstinación.

—¡Yo tampoco! —añadió el Tornillo—. Informa a la comandancia si quieres. Haz lo que quieras. Yo no pienso disparar a las camaradas.

—¡Las camaradas! ¡Menudo caballero has resultado ser! —respondió Extra Nina torciendo la boca. A continuación ordenó con severidad—: Entrega la herramienta de atrincheramiento a Bótev.

El Tornillo extrajo la pala corta que asomaba de su mochila y la clavó demostrativamente a los pies de Bótev. El otro retrocedió asustado. Una débil esperanza iluminó las caras de las gemelas.

—No tenemos pruebas sólidas contra ellas —protestó el Tornillo.

—Si empezamos a matar a la gente por un frasco vacío de perfume, ¿dónde terminaremos? —lo apoyó Dicho.

Nina levantó el fusil.

—¡Nadie os ha pedido que opinéis! ¡Largo de aquí! —exclamó apuntándolos—. ¡Los dos! Bótev y yo haremos la faena…

—¡Somos inocentes! —sollozaron las chicas.

—¡A callar! —las interrumpió Nina.

Dicho y el Tornillo retrocedieron unos pasos y se detuvieron con la mirada puesta en la cara de las muchachas: tensas, pálidas, con los labios mordidos y rojos. Las miraban como si quisieran ahogarse en ellas, sin poder ver nada más.

—No seréis sus cómplices, ¿verdad? —se oyó decir a Nina—. ¿Queréis montar una facción en el destacamento? ¿Romper la disciplina del Partido? ¿Acaso queréis acabar como ellas? ¡Fuera de aquí! Contaré hasta tres. Uno, dos…

Al mencionar la palabra «facción» algo pareció hacer contacto en la cabeza de los dos partisanos, que recordaron la implacable realidad de la lucha. Intercambiaron miradas asustadas y empezaron a retroceder. Dicho se tropezó con una rama caída, el Tornillo lo sujetó. Después, repentinamente, se dieron la vuelta y desaparecieron entre los árboles. El ruido de sus pasos poco a poco se desvaneció.

—¡Excava! —ordenó Nina a Bótev.

Las gemelas miraban fijamente el hoyo que crecía a sus pies. Olía a tierra y podredumbre. Al fondo se retorcía una gruesa lombriz rosada, cortada en dos por la pala. Bótev excavaba hincado de rodillas. Una vez quedó solo, comprendió de pronto la dureza de su tarea. Los otros habían renunciado. Él no se había atrevido. ¡Era un trepa! Ni siquiera se atrevía a levantar la cabeza del hoyo que había cavado para no encontrarse con los ojos de las chicas.

—¡Oye, Bótev! —dijo inesperadamente Gabriela—. No se te olvide llevarte las bragas cuando acabe todo…

—En nuestras mochilas quedan unas cuantas más —añadió Mónica —. Os alcanzarán hasta el final de la guerra.

La pala golpeó una piedra y rebotó brusca y sonoramente. Bótev se incorporó.

—¿Qué pasa? ¿Tú tampoco puedes? —preguntó Nina con repentina indiferencia.

—¡Sucias zorras fascistas!

Un picor doloroso se extendió por su cara. Era como si todos sus granos hubieran explotado a la vez, escociéndole y riéndose con vocecillas maliciosas. Bótev se dirigió lentamente hacia los seres que le habían causado todo aquello. Sus ojos rebosaban un espeso pus amarillento.

—¡Nos convertisteis en animales! Pero ahora pagaréis por todo. Os cortaré en pedazos, en pedazos…

* * *

En el destacamento pasaba algo extraño, algo terrible que los camaradas recién llegados no terminaban de comprender. Las gemelas legendarias, las Avispas Rojas, en cuyo nombre juraba toda la juventud progresista escolar, de repente resultaban ser unas traidoras y eran sentenciadas a muerte. El *kombrig*, enviado directamente desde Moscú, cuya autoridad parecía incuestionable, había sido destituido y en su lugar había sido nombrado un tal Lenin, una persona local con el característico acento duro. Probablemente tras estos procesos habría una lógica histórica implacable, pero no eran capaces de verla y sufrían. Además estaban muertos de hambre porque con el alboroto nadie se había acordado de darles de comer. Agolpados junto a una alta roca blanca, miraban en silencio a los partisanos veteranos, que transmitían la misma confusión. A esos hombres duros, que habían pasado muchos meses en el monte, parecía que se les hubiera abierto el suelo bajo los pies. Deambulaban por el campamento, chupaban cigarrillos húmedos y suspiraban. En los ojos de muchos brillaban lágrimas. «¡¿Qué está pasando en realidad?!», pensaban los nuevos

camaradas, pero no se atrevían a preguntar.

—No me lo puedo creer… —decía desolado el Clavo—. ¡Nos salvaron la vida en el campamento Karakondzho!

—También salvaron la suya —señaló Maxim.

—¿Y no son demasiado jóvenes para ser espías? —dudaba Raíz, el líder de la Unión Agraria.

—La lucha ha entrado en su fase decisiva —intervino Moncho, el guardián del *Breve curso*—. El enemigo echa mano a todas sus reservas, utilizando incluso a menores. ¿Tú qué piensas, camarada subcomandante?

—Nunca te fíes de una bocacha —profirió con autoridad el Enterrador sacándose un resto de carne de entre los dientes—. ¿Cómo conseguirían este entrenamiento militar? Las han entrenado en Austria. Supuestamente se fueron de excursión, pero en realidad…

—La verdad es que ser espía requiere bastantes arrestos —dijo Coraje—. No es ninguna broma lo de meterte en la boca del lobo.

—¿Y cómo diablos no nos habíamos dado cuenta hasta ahora? —suspiró Tijón.

—¿Cómo te vas a dar cuenta si te han hechizado? —exclamó el tío Metodi—. ¿No te has enterado? Nos han echado algo. Yo, camaradas, es como si ahora me estuviera despertando de un sueño. Nos hubiéramos quedado para siempre en este bosque…

—¡Basta de chorradas, retrógrado! —lo interrumpió el antiguo monje.

—¿Por qué? No lo entiendo. ¿Por qué lo han hecho? —preguntaba Svilen.

—Porque sirven a su clase —dijo Moncho levantando el dedo—. Se llama «determinismo de clase». Subestimamos sus orígenes reaccionarios.

—¡Pero si expropiaron el dinero a su familia! ¿A qué clase sirven en tu opinión? —dijo tímidamente el Arbusto.

—¡Un truco barato! —sonrió el Enterrador—. Para ganarse la confianza de pardillos como tú.

—¡Dinos, Lozán! Tú las conociste antes que nadie —suspiró el Cogollo.

—Pues yo, en realidad… —El estudiante no sabía cómo continuar —. No las conozco tan bien. Estaban en el grupo de Incendio. Él sabía que me disponía a huir al monte y me dijo que me las llevara a ellas también. Habían participado en una misión importante y era preciso que pasaran a la clandestinidad. La versión oficial era que habían pintarrajeado el retrato del zar, pero yo sabía que no podía ser solo por eso. Nadie me dijo que fueran a pedir un rescate a sus padres, lo mantenían en secreto. Lo supe cuando lo supisteis vosotros.

—¡Pues menudo…! —frunció el ceño el Clavo.

Sentado junto a Lenin, el tío Dragán le explicaba pacientemente los cambios en los estatutos militares y los principios que se habían aceptado en la segunda conferencia de Murgash, en agosto. Se daba cuenta de que el comandante en funciones apenas si le escuchaba, todavía aturdido por el torbellino que lo había elevado a tan soñado cargo, pero, aun así, continuaba hablando con tono tranquilo y profesional como si no hubiera ocurrido nada extraordinario. Era un funcionario experimentado.

En ese instante retumbó un disparo lejano. Después, otro. La montaña los recogió y dejó caer su eco sobre el destacamento como una losa.

33. CANTANDO Y CON EL FUSIL EN LA MANO

Bótev yacía con un gran agujero en la cabeza del que manaba espesa sangre negra. El segundo disparo había terminado en alguna otra parte de su cuerpo, pero ya no lo había sentido. El cañón de la carabina desprendía una fina columna de humo. Extra Nina se la colgó al hombro. Empujó con el pie el cadáver al hoyo y dijo negando con la cabeza:

—No merecía su nombre.

Sacó un cuchillo y cortó las ataduras de las chicas.

—Enterradlo. ¡Rápido! —les ordenó—. Menos mal que los otros dos renunciaron por sí solos. De lo contrario no sé cómo íbamos a meterlos a los tres.

Las chicas obedecieron de forma automática. Metieron los dedos en la tierra negra y empezaron a devolverla al hoyo. Nina agarró la pala y las ayudó a terminar de cubrirlo. Sobre el suelo quedó un pequeño montículo.

—¡Ahora, largaos! Caminad siempre hacia abajo y no miréis atrás.

Pero las chicas no se marchaban. Seguían inmóviles, mirándola. Les zumbaban los oídos. El corazón les latía en la garganta como los pistones de un tren de vapor. Una capa fina de sudor helado les pegaba la ropa a la piel.

—¿Por qué nos ayudas? —preguntó Mónica.

—Porque… —La cara de Nina se ruborizó—. Porque no debéis morir, por eso. No sois culpables de nada, excepto de ser jóvenes y tontas… —añadió con una mezcla de compasión y enfado.

—¿Y cómo explicarás la falta de Bótev?

—No será necesario. El Ejército llegará en cualquier momento. Esta vez no se salvará nadie… ¿Por qué me miráis así? ¡Marchaos! Si os pillan, decid que os habían secuestrado los partisanos y que os habéis escapado. De todas formas, es lo que todos piensan. Os llevarán de vuelta a casa. Cómo os las arreglaréis con vuestros padres ni lo sé ni me importa, a decir verdad.

—¡Espera! ¿Cómo sabes lo del Ejército? —preguntó Mónica

frunciendo el ceño.

—¡Los has traído tú! —gritó Gabriela—. ¡Al campamento Cebolla y aquí también!

—¿Trabajas para la policía? —preguntó bruscamente Mónica.

—¡Yo no! ¡Es ella! Sucumbió, no aguantó, la muy imbécil…

—¿Quién es ella?

—Dimitrichka —Nina sacudió la melena blanca—. La maestra.

Mónica la miró perpleja.

—¡Pero si esa eres tú!

—¡Yo soy Extra Nina! Acierto en una chapa de cerveza a doscientos metros. Me sé de memoria el *Breve curso del Partido Bolchevique*. Así me corten en pedazos, no delataré a un camarada. ¡Soy una roca! ¡Soy de acero! Pero Dimitrichka… quería vivir. Cuando le metieron la dinamita por el culo…

—¿No era una vela?

—Lo supo más tarde —sonrió ella amargamente—. Ya había cantado todos los nombres y direcciones. Firmó un documento de colaboración y después simularon su huida para que pudiera volver al movimiento como una heroína.

—¿Te has convertido en agente? —dijo Mónica entornando los ojos.

—¡Yo no! —repitió furiosa Nina—. Es aquella. La otra.

—¡Pobrecita! —Gabriela le acarició ligeramente el hombro.

—¡No te compadezcas de ella! —Nina se apartó—. Es astuta. Y muy peligrosa.

—Tarde o temprano te van a descubrir.

—No es tan fácil. Hasta ahora siempre ha logrado escabullirse. Solo yo puedo acabar con ella.

—¿Cómo? ¿Vas a descubrirte?

—Luchará… —murmuró Nina—. La muerte limpia cualquier mancha. Nadie se atreverá a juzgar a los héroes caídos. ¡Lucharás hasta la última gota de sangre! ¿Me oyes, cabrona? ¡Si no, te reventaré la sesera!

—Pero… ¡Esto es un suicidio! —exclamó Mónica confundida.

—¡Le doy a elegir! —contestó la comisaria política—. Morir bellamente como una heroína o terminar como un perro sarnoso.

—¿Qué significa bellamente? ¿Existe una muerte bella?

—¡Existe! Cantando y con el fusil en la mano. Así morimos nosotros. —En sus ojos brillaron dos lágrimas—. Sí. Cantando y con el fusil…

Una sonrisa feliz iluminó su rostro como si hubiera vislumbrado su propio final heroico. Después, de pronto, se quedó petrificada.

—Tengo que volver. El combate empezará en cualquier momento. —Extra Nina apretó el puño y profirió con profunda y sombría pasión —: *¡Pero en la tempestad de nuevo estaremos juntos, oh, pueblo mío, porque nos hemos amado!*[41]

Gabriela y Mónica intercambiaron una mirada. Extra Nina se descolgó la carabina del hombro.

—¿Todavía estáis aquí? ¡Largaos antes de que cambie de idea! ¡De frente, mar…!

Las chicas se cogieron de la mano y echaron a correr cuesta abajo. Corrían sin mirar atrás: resbalaban en la hojarasca, caían y se volvían a levantar, saltaban árboles caídos, hormigueros, regatos y riachuelos… hasta que se quedaron sin aliento. Finalmente, se tumbaron junto a unos pinos.

—¡Madre mía! —resopló Mónica.

—¡Pobre Nina! —dijo Gabriela cuando su pulso se hubo tranquilizado.

—¡Cómo que pobre! ¡Es una traidora!

—Parte de ella no lo es. Sufre un desdoblamiento. ¿Te acuerdas de «la sombra» en aquel libro del doctor Jung…? Probablemente la atormente la culpabilidad.

—¡Claro que la atormenta! A saber a cuántos camaradas habrá entregado.

—¿Y tú qué harías en su situación?

—El caso es no llegar a su situación —zanjó Mónica.

—Es fácil decirlo.

—¡Sss! —dijo Mónica con el dedo en los labios.

Gateó bajo los pinos y asomó la cabeza entre la cortina de aromáticas acículas. En la lejanía se oían voces y ramas que crujían. Al poco, a orillas del claro surgieron unos uniformes marrones de invierno. Avanzaban en largas filas, dispuestas al tresbolillo. En medio marchaba un soldado con un perro. El animal había pegado la nariz al suelo y tiraba de la correa con todas sus fuerzas. Mónica volvió a esconderse.

—¡Soldados! Vienen hacia aquí.

—¿Qué hacemos?

—Diremos que nos han secuestrado —dijo Mónica—. Y que nos hemos escapado. Puede que se lo crean, eso decía Nina.

—¿Y después?

—Nos devolverán a casa, supongo.

—¡Pero si papá ha abjurado de nosotras!

—¿Tú te lo crees? Nos dará la matraca durante un tiempo y luego se le pasará. Ha ocurrido más veces. Como mucho nos mandarán a estudiar al extranjero hasta que se calmen las cosas. A lo mejor nos

mandan a Suiza, a la escuela del doctor Jung.

—¿Y después?

—¿Después? ¡¿Qué después?! —Mónica estaba ya enfadada—. Allí nos explicarán todo sobre el desdoblamiento. También aprenderemos a esquiar…

—¿Cómo volveremos tras la victoria? —la interrumpió su hermana —. Allí arriba hay cincuenta camaradas. Los matarán como ratas. Tenemos que avisarlos. De lo contrario no seremos mejores que Dimitrichka.

—¡No son camaradas! —respondió Mónica—. Nos condenaron por una tontería. ¡A muerte por fusilamiento! Solo porque no somos como ellos. ¡Que se enteren ahora de quién es el traidor!

—Sé que no son perfectos. Pero la causa…

—¡Calla!

—Dicho y el Tornillo se negaron a dispararnos.

—Eso no fue por la causa —replicó Mónica, que tomó el extremo del pañuelo rojo, se lo enroscó pensativa en el dedo y lo mordisqueó.

—Es una estupidez abandonarlos. Por lo menos a mí me lo parece —insistió Gabriela.

El ruido de pasos se acercaba lentamente.

Mónica masticaba el extremo del pañuelo. Su cabeza buscaba una salida como una bola de petacos perdida en un laberinto de canales y túneles. Cerró los ojos y esperó a que la bola encontrase el camino por sí sola. Chocando contra las paredes, rebotando en los bordes y deteniéndose en las esquinas, la bola pasó junto a varios agujeros amplios, se metió en un canal lateral y de repente emergió para caer en el último agujero de la periferia de su mente.

—¡Vamos! —dijo dándole un empujón a su hermana.

—¡No vuelvo a casa! —zanjó Gabriela.

—¡Volvemos al destacamento! Espero que no sea demasiado tarde. Me temo que esto no le gustará a Extra Nina…

—Ella nos salvó. Déjala que muera con belleza.

—Si tanto lo quería, ya lo hubiera hecho.

* * *

Noche raspaba con cuidado el barro de sus botas con un palito afilado. A su lado, Zánev hacía lo mismo. El barro era denso y pegajoso, del color de un excremento reciente y con olor a hojas muertas. En las inmediaciones del bosque aún flotaban franjas de tenue niebla. De pronto, Noche dejó de limpiarse las botas y fijó la mirada en la hierba.

—¡Zánev, mira esto!

Apartó con la punta del palito algunas hojas húmedas. Debajo había una huella profunda de un zapato de montaña. Se veían claramente estrellas de cinco puntas talladas en el relieve de las suelas.

—Debe de ser de alguno de los estudiantes —concluyó Zánev, que apenas podía contener la risa—. Por lo visto quieren que se sepa a toda costa que han pasado por aquí. ¡Chiquilladas!

—Chiquilladas o no, lo cierto es que van armados —señaló el capitán con voz sombría.

Un balido enojado y ronco desvió su atención. Los animales llevaban atados dos días, ya se habían comido todo a su alrededor y empezaban a ponerse nerviosos.

—¿Qué hacen estas cabras aquí? ¿De quién son?

—No tengo ni idea —dijo el sargento-cadete.

—No me gusta este asunto…

—¿Las desatamos?

—¡Cómo no! ¡Solo nos faltaba andar tropezándonos con unas cabras…!

—¡Mi capitán! —informó jadeante el enlace—. Los pelotones tres y cuatro ya han tomado posiciones. El primero y el segundo se despliegan al oeste. La batería del teniente Ánguelov está lista para disparar.

Noche levantó sus binoculares y los dirigió hacia la cuerda de la montaña.

—Conécteme con el grupo Norte —ordenó brevemente.

Una de las primeras preocupaciones de Noche tras asumir el mando de la operación Búho Blanco fue la de dotar de nombres en clave adecuados a sus unidades subordinadas y a la propia operación. En ellos sin duda encontraban reflejo los combates épicos librados en el frente oriental que el capitán seguía con interés. El grupo de ejército Don, grupo Centro, grupo Sur, grupo Norte, grupo A, grupo B, operación Tifón, operación Garza Gris, operación Ciudadela: estos nombres con aroma a pólvora borboteaban en su mente como un cóctel paranoico, evocadores de las más fantasiosas imágenes dignas del pincel de Goya. En medio de este caos se mecían los medallones dorados con las efigies de las hermanas Palavéevi cual ángeles de la anunciación. Noche era su caballero. Entraría en combate con los bárbaros salvajes que las tenían prisioneras. Las salvaría y, quizá, incluso…, como ocurre en las fábulas, se casaría, pero… ¿con cuál exactamente? En este punto se le cruzaban los cables, saltaban chispas y su mente se cortocircuitaba.

—Búho-Centro, Búho-Centro. Búho llamando a Águila, Búho llamando a Águila… —repetía el operador de radio con el auricular

pegado a la oreja.

Manejaba la estación táctica de onda corta Príncipe Simeón de Tárnovo, uno de los precursores del ingenio técnico búlgaro, fabricado en la factoría de ingeniería militar de comunicaciones. El aparato destacaba por su fiabilidad y sencillez, aunque tenía un aspecto bastante tosco.

—Águila a la escucha —dijo el operador de radio mientras le pasaba el auricular.

Noche lo tomó sin bajar los binoculares.

—Aquí Búho-Centro. Águila, lo tengo a la vista, corto.

—Aquí Águila. Búho, nosotros también le vemos, corto —llegó la voz del comandante del grupo Norte, el mayor Dérev.

El grupo estaba formado por un batallón, reforzado con una compañía de ametralladoras. Habían salido de Berkóvitsa el día anterior y ya habían cruzado la cuerda de Stara Planina. Aunque Dérev tenía un rango mayor, le habían confiado la operación a Noche, que se consideraba que tenía más experiencia en la caza de elementos subversivos y de un tiempo a esta parte gozaba del apoyo de círculos influyentes del Ministerio del Interior.

—¡Conécteme con el grupo Amanecer! —ordenó el capitán.

El operador cambió de frecuencia y empezó a repetir:

—Búho-Centro llamando a Cebra, Búho-Centro llamando a Cebra.

Estaba compuesto por tres compañías de gendarmería, una de ellas armada enteramente con fusiles de asalto M-36. Habían pernoctado en el pueblo de Gubislav, junto a la estación de Lakátnik, y habían salido al amanecer para asegurar el flanco oriental de la operación. Las unidades estaban al mando del capitán Kóstev. Tenía con Noche una vieja rivalidad que se manifestaba en pequeñas menudencias impregnadas de profundo simbolismo, como el código Cebra con el que Noche había designado a su grupo. Para Kóstev era una humillación premeditada, por lo que respondía de muy mala gana.

—¡Cebra! ¿Por qué no respondes? —preguntaba Noche enfadado.

—Búho, no hay cobertura —era la respuesta estándar—. Atravesamos un terreno accidentado.

De pronto en el auricular retumbaron disparos y se oyeron gritos confusos.

—¡Cebra! —gritó Noche—. ¿¡Quién coño dispara!? ¿¡No había dado orden de no disparar hasta que yo llegase!?

—¡Búho! ¡Nos atacan por la espalda!

—¿Quién os ataca?

Durante un tiempo en el auricular se oyeron solo gritos y órdenes. El eco de los disparos seguía retumbando de ladera a ladera.

—Búho —informó malhumorado Kóstev al cabo de unos minutos

—. La situación está bajo control. Un grupo de campesinos nos sorprendió por la espalda. Pensábamos que eran rebeldes. No es que hubiera mucha diferencia…

—Cebra, ¿qué diablos hacen ahí?

—¡Buscan unas cabras, su puta madre! Dicen que las han seguido desde donde Cristo perdió el gorro, desde el otro lado del Balcán. Búho, ¿hay cabras donde estáis vosotros?

Noche miró hacia el rebaño. Le pareció que todo aquello era estúpido.

—Hay, hay.

—Búho, ¿qué hacemos con los campesinos? Uno de ellos está herido.

—Cebra, ¿estáis seguros de que no son rebeldes?

—Dicen que buscan sus cabras. No van muy armados. Tienen solo tres pistolas y cuchillos.

—Quitadles las armas y atadlos, por si acaso. Luego pasad a la ofensiva inmediatamente. Corto.

—Recibido, Búho. Pasamos a la ofensiva. Corto.

Noche sacó su Luger con gesto aguerrido.

—Tenemos que atacar ya.

34. LAS AVISPAS ROJAS VUELVEN A ZUMBAR

Dicho estaba al fondo del claro, con la frente pegada al tronco de un árbol. De vez en cuando la despegaba y volvía a darse contra él, como si intentara aplastar una idea persistente que saliera de su cabeza como un clavo. La áspera corteza le había lacerado la frente, pero no sentía nada. No paraba de repetirse: ¡Cobarde, cobarde! ¿Por qué huiste? ¿Por qué dejaste que las mataran? Aunque ¿no tendría que ver esto con los deseos que lo atormentaban? Unos deseos que lo avergonzaban y eran perjudiciales para la lucha. ¡Estúpidas! ¡Soberbias! ¡Es lo que os merecéis por jugar con los hombres! El pañuelo de Mónica aún ondeaba ante sus ojos.

Alguien le dio una palmada en el hombro. Giró la cabeza: una mano delicada, algo manchada de tierra, se pegó a sus labios y ahogó el grito. Desprendía el gélido olor a tumba reciente.

—¡Silencio! —susurró Mónica.

Las dos muchachas lo arrastraron al interior del bosque.

—¿N-n-no os mataron? —preguntó con asombro Dicho.

—Es una larga historia —dijo Gabriela—. Volvimos para deciros que los alrededores están plagados de tropas y gendarmería. Avanzan hacia el campamento. ¿Dónde está el *kombrig*?

—En la tienda, bajo custodia… —contestó Dicho, todavía desconcertado por la repentina aparición de las chicas.

—¡Tenemos que liberarlo! —pronunció con decisión Mónica—. Es el único que puede organizar la defensa.

De repente Dicho agarró su mano:

—¡Camaradas, siempre he creído en vosotras! En mi corazón sentía que no erais unas traidoras…

—¡Suficiente! No hay tiempo para tonterías —dijo Mónica ruborizada y retiró su mano.

De los barrancos vecinos llegó un ruido de disparos.

Lenin aguzó el oído, alarmado. De su cuello colgaba el subfusil Shpaguin de Medved, así como la gran responsabilidad que suponía. En teoría conocía su funcionamiento, pero nunca había disparado con

él, como tampoco había estado nunca al mando de un grupo de más de dos personas. Esa arma temible, que desprendía una frialdad hostil, le resultaba ajena y evitaba tocarla como si temiera que se pusiera a disparar por sí sola. El eco de los disparos fue disipándose. Sintió un aire frío en la coronilla, como si alguien le hubiera soplado debajo de la gorra. Se encogió y buscó con la mirada al tío Dragán.

—¿Has oído eso?

—Puede que sean cazadores…

—¿Cazadores con fusiles de asalto?

En el campamento todos habían oído el tiroteo. Se quedaron paralizados.

—¿Qué ha sido de Bótev? —preguntó nervioso el Enterrador.

—Las está enterrando —respondió imperturbable Extra Nina.

Unos arrendajos sobrevolaron el campamento, llenando el aire con su graznido desagradable y áspero. Raíz los siguió con la mirada. Algo los debía de haber asustado.

—¿Y si llamamos al *kombrig*? —propuso tímidamente.

—¿Qué te pasa? ¿Acaso dudas de Lenin? —replicó el Enterrador.

—Yo no… Lo decía por si acaso.

* * *

Medved arremetió como un tanque. Le soltó a Lenin un directo de derecha y le quitó el subfusil del cuello. La gorra de Lenin salió volando y cayó en la hierba. El Enterrador echó mano a su carabina, pero el cañón de una pistola se clavó en sus costillas.

—¡Sin tonterías! —le espetó Dicho.

El tío Metodi palideció de repente.

—¡Se han convertido en vampiros! —gritó señalando a las gemelas —. Teníais que hacer dos balas de plata…

—¡Imbécil! —lo interrumpió Medved—. ¡Devolvedles las armas de inmediato! Necesitamos a todos los combatientes. No son traidoras.

Su mirada se detuvo en la comisaria política, perforándola como una broca.

—¡Frente Rojo![42] —gritaron las chicas levantando los puños.

—¡Frente Rojo! —El Tornillo también alzó el puño.

—¡Frente Rojo! —saltaron los nuevos partisanos.

—¡Idiotas! —exclamó Extra Nina—. ¡Lo habéis estropeado todo!

Un fino silbido cruzó el aire. Excepto Medved, nadie reconoció el vuelo del proyectil de ciento veinte milímetros. Ni siquiera hubo tiempo de dar la orden «al suelo». Chapáyev pensó que sobre su cabeza zumbaba un mosquito e hizo amago de cazarlo. Cuando el

proyectil explotó en el centro del grupo, la onda expansiva dispersó sus cuerpos en todas las direcciones.

Nadie sabría decir de dónde provenían exactamente los disparos. La batería del teniente Ánguelov disparaba desde detrás de la colina, en un ángulo de setenta grados. El punto de control se encontraba en la cuerda de la montaña, desde donde había una visibilidad perfecta sobre todo el paraje. El fuego fue breve, pero de gran intensidad. La hierba se tiñó de rojo, por todas partes había esparcidos restos humanos.

—¡Retiraos hacia el bosque! —llegó el grito de Medved.

Las chicas levantaron la cabeza y buscaron el pelo blanco de Nina, pero no había ni rastro de él. No estaba entre los que se incorporaban ni entre los que quedaban tumbados en el suelo.

—¡Cantando y con el fusil en la mano, cómo no! —dijo Mónica.

—Dimitrichka ha vuelto a jugársela… —suspiró Gabriela.

—Está todo claro, ¡vámonos! —Medved escupió enojado y se fue corriendo tras los demás.

—¡Tú estuviste con ella en Sofía! ¿Por qué hemos de creerte? —preguntaban los supervivientes agolpados alrededor de Dicho.

—¡Ni siquiera salí de la casa de la tía Rayka en Lózenets! [43] —se defendía Dicho—. Nina era la que iba a todas las reuniones y a saber a dónde más. ¡Fue la que se trajo al tipo este!

—¡Por favor, camaradas! —suplicó el tío Dragán levantando los brazos—. Se presentó en la comandancia con el código del camarada Medved. Cómo íbamos a saber con quién más se había reunido. Me enviaron para analizar la situación de primera mano.

—¡Suficiente! —los interrumpió Medved, que clavó una mirada escrutadora en el hombre del impermeable amarillo—. Quitadle el arma y tenedlo vigilado.

El tío Dragán puso la mano sobre el mango de su Mauser.

—Decidid si esta va a disparar con vosotros o contra vosotros.

Las balas se clavaron en los troncos de los árboles, levantando trozos de corteza. Maxim se desplomó en la hojarasca sin decir palabra. De la manga del tío Dragán brotó sangre como de un pequeño volcán rojo. Gritando del dolor, sacó su pesada pistola y abrió fuego contra los cascos que surgían entre los árboles.

—¡Nosotros los detendremos! Marchaos… —dijo Lenin, que se colocó junto al tío Dragán—. ¡Vamos, Enterrador!

El Enterrador frunció el ceño, pero se echó al suelo junto a ellos. Medved los miró e hizo un gesto de asentimiento.

—¡Mantened el frente! Nosotros atacaremos por el flanco…

Después se dirigió a las chicas y les ordenó:

—No os separéis de mí.

Se llevó a otra decena de combatientes, entre los que estaban Stoycho, el Tornillo, el Clavo y Dicho. El grupo retrocedió unos cincuenta metros, hasta el mismísimo extremo del bosque, y luego subió por la ladera.

Las unidades de Kóstev acababan de entrar al campamento abandonado. Avanzaban con extrema cautela, dando la vuelta a los cadáveres y atentos por si hubiera trampas o emboscadas. Medved descolgó una granada de su cinturón, quitó el seguro, contó hasta cuatro y la lanzó con el ángulo más abierto posible hacia el centro de la pradera. La granada explotó en el aire, arrojando metralla en un amplio radio. Los gendarmes respondieron con un fuego caótico. El Clavo hizo amago de lanzar su tosca granada de mango de madera, pero Medved lo detuvo y le señaló algo en sentido contrario.

Los partisanos se acercaron gateando a la línea enemiga. La hojarasca y las ramitas secas susurraban traicioneras, pero los soldados estaban demasiado ocupados en tirotear al grupo que resistía en la parte baja y no les prestaron atención.

Medved ordenó lanzar todas las granadas disponibles.

—¡Adelante, camaradas! —dijo incorporándose antes de que los truenos de las granadas hubieran cesado.

Gabriela y Mónica echaron a correr detrás de él. Todo transcurría como en un sueño. La escena que tenían ante sus ojos se distorsionó en un ángulo imposible, perdió el color y se tornó blanca y negra. Corrían y disparaban, pero los disparos llegaban a sus oídos lejanos y débiles, como el estallido de unas palomitas. La carabina de Mónica falló en su tercer disparo. Intentaba desesperadamente soltar el cerrojo. Un soldado la apuntaba. Pero, en el último momento, el cañón se apartó y la bala pasó silbando a su lado. Alguien gimió detrás. Miró por encima del hombro y vio a Moncho, el bibliotecario. Caía de forma artificialmente lenta, como si estuviera hundiéndose en algodón. Sus miradas se cruzaron. La cabeza de Moncho se desplomó pesadamente a un lado. En su pecho colgaba el bolso con el *Breve curso de historia del Partido Comunista de toda la Unión (bolchevique)*. Mónica lo recogió.

—Guárdalo… —le pidió Moncho.

De su boca brotó sangre.

Gabriela rodó en la hojarasca. Dos manos apretaban sus tobillos como grilletes. Se giró y vio el rostro muerto de un hombre uniformado. Intentó separarse de él a patadas, pero no la soltaba. Se había aferrado como si esperara que lo sacara de la ciénaga de la muerte en la que se hundía sin remedio.

—¡Voy a disparar! —dijo la chica dirigiendo la Beretta hacia su cabeza.

Esperó otros cinco segundos, apartó la mirada y apretó el gatillo. Siguió un impotente clic. El cargador estaba vacío. Gabriela no tenía uno de reserva. Tenía que volver a meter los cartuchos de uno en uno en el cargador, una tarea difícil en estas circunstancias. Buscaba su cuchillo cuando los dedos de pronto se abrieron y la soltaron. La muchacha se lanzó adelante sin volver la mirada.

—¿Dónde está el Clavo? —preguntó el Enterrador saliendo de su cobertura.

El repentino ataque había confundido al oponente. El fuego había cesado. La tierra parecía haberse tragado a los soldados. Los partisanos se reunieron, excitados por el combate, febriles y ligeramente aturdidos, como si acabaran de bajar de un pico muy alto con el aire enrarecido.

—¿Dónde está el Clavo? —repitió el Enterrador.

Medved revisó el grupo. Faltaban tres.

—Al Clavo lo mataron —dijo Dicho.

El Enterrador del Capitalismo era un hombre duro y raras veces dejaba ver sus sentimientos. El Clavo había crecido ante sus ojos, lo había llevado a una reunión clandestina cuando aún tenía trece años… Apretó el puño y golpeó la corteza del árbol cercano.

El impermeable amarillo del tío Dragán parecía un colador; el emisario de la comandancia respiraba de forma entrecortada, apoyado en un tronco, con la Mauser en la mano.

—Me quedan solo tres balas —resopló—. Dadme un fusil y marchaos. Yo los iré deteniendo mientras pueda… Perdona, camarada Medved. No valoré correctamente las circunstancias. Me dejé engañar por aquella víbora.

—Dadle un fusil —ordenó Medved—. Bueno, tío Dragán…

—¡Marchaos! —El herido escupió a un lado—. Mi mujer acababa de preparar… un estofado. Le decía: Dentro de dos días vuelvo, no os lo comáis todo. Y ella…: ¡Mira la olla que he preparado! Tú solo preocúpate de volver… ¡Lástima!

Avanzaban en una columna estirada, dispuestos a echarse al suelo en cualquier momento. Quedaban apenas dieciséis personas. Al rato, a sus espaldas comenzaron a escucharse disparos y Medved apretó el paso. El fusil del tío Dragán resonaba solitario y le respondían descargas furiosas. Después retumbaron varias granadas y se hizo el silencio.

—Se acabó —susurró Dicho.

35. LA SIERRA MECÁNICA DE HITLER CONTRA EL CORRUPTOR PODER DEL CAPITAL

—¡Búho-Centro llamando a Águila, Búho-Centro llamando a Águila! ¿Nos oyen?

—¡Aquí Águila, aquí Águila! Los oímos bien, pero no los vemos.

—Aquí Búho-Centro. Nosotros tampoco los vemos, pero los oímos…

Noche agarró impaciente el auricular:

—Al comandante del Grupo Norte: Los bandidos avanzan hacia el noroeste. Saldrán por el paraje del Hoyo, debajo de Vuchi Baba. Los seguimos de cerca. El Grupo Amanecer cierra el arco por el este. ¿Tienen unidades en ese sector?

—La tercera compañía está tomando posiciones en la curva junto al puente de Lyuti.

—Estén muy atentos. Abran fuego en cuanto aparezcan. No les permitan cruzar el río. Que parte de su gente se sitúe también en la otra orilla. ¡Es una orden!

—¡Mi capitán! —informó el subteniente Dóbrev—. El soldado Bálev, del cuarto pelotón, ha tenido contacto con las gemelas.

—¡Afirmativo, mi capitán! —confirmó de buena gana el soldado—. A una de ellas se le encasquilló el fusil; la estuve apuntando, pero me acordé de que las quería vivas y disparé al que venía detrás de ella…

—Yo personalmente no las quiero —dijo tibiamente Noche.

—¡Llevaban armas! —subrayó el subteniente.

—¡Afirmativo! —convino Bálev—. Y sabían usarlas…

—Puede retirarse —lo despachó Noche.

—¿Y cómo es eso posible? ¡Dicen que las han secuestrado y, sin embargo, están luchando con los rebeldes! —se indignó el subteniente —. Aquí hay algo que no cuadra…

—Es un secreto de Estado —lo interrumpió el capitán con aire de importancia—. Tengo órdenes superiores de mantenerlas con vida. No puedo decirle nada más.

Se apresuró a alcanzar al destacamento que iba por delante. Caminaba con la pistola desenfundada y ligeramente encorvado, como un pájaro grande y flaco con el pico afilado. Había pasado el mediodía y las nubes se iban espesando, tiñendo la luz de un tono marrón grisáceo. Noche ya saboreaba el desenlace, pero, al parecer, no le alegraba. ¡Las operaciones diurnas eran tan predecibles!

—¡Mi capitán! —lo alcanzó el cabo Édrev jadeante—. Permítame informar. La gente de Kóstev está cortándoles las cabezas a los bandidos muertos. ¡Se llevarán nuestra recompensa!

—¡Cabrón! —escupió Zánev—. ¿Me permite volver, mi capitán? Deme solo veinte hombres. ¡Ya le enseñaré yo a no robar más!

—¿Está loco? ¡No se detenga! —ordenó Noche.

—Pero ¿la recompensa…?

Un sonido agudo, como si se rasgase una tela, interrumpió las palabras. Noche reconoció con envidia el característico graznido de la MG-42, conocida también como la sierra mecánica de Hitler. La sierra había pasado a formar parte del armamento del Ejército búlgaro poco antes y, con sus mil doscientos disparos por minuto, era considerada la ametralladora ligera más temible jamás fabricada por el ser humano. Los alemanes suministraban cantidades muy pequeñas y las guardaban celosamente para su propio uso. Su compañía disponía del modelo más antiguo, la MG-34, que hacía bien su trabajo, aunque era más caprichosa y pesada. Noche volvió la cabeza en dirección al ruido cortante y las aletas de su nariz se ensancharon como si buscaran el rastro de la pólvora.

—Ya empezamos.

* * *

En la época en la que Medved se entrenaba en la escuela de la Dirección Central de Inteligencia, las MG-42 todavía no estaban en funcionamiento (no ocurrió hasta 1942), por lo que no conocía su característico ruido ni su eficacia mortífera. El sonido le recordó la sierra circular del taller de carpintería en el que había trabajado tiempo atrás. Incluso le pareció percibir el olor de las virutas de madera. Pero cuando se dio la vuelta, vio que detrás de él caminaban solo las dos chicas. El resto de la columna yacía entre las piedras del río poco profundo, separada como el cuerpo de una serpiente. Aquí y allá temblaba convulsivamente alguna extremidad. La corriente arrastraba varias gorras.

—¡No! —gritaron las gemelas al unísono.

En pocos segundos las ametralladoras habían borrado la ofensa y la amargura que los camaradas les habían provocado. Quedaba solo el

recuerdo de los senderos por los que habían caminado, de los panes que habían amasado juntos, de las risas y las canciones junto al fuego en el campamento y del cielo común bajo cuyas estrellas habían dormido. El agua lavaba las caras de los muertos y fluía a través de sus dedos encogidos. La calva de Lenin brillaba como una piedra del río. El Cogollo aún apretaba su fusil. Lozán parecía infinitamente asombrado, y el Enterrador, enfadado…

Al otro lado del río habían quedado Dicho, el Tornillo y Tijón. Miraban a su alrededor indecisos, como si la tierra se hubiera abierto repentinamente debajo de sus pies. Tijón tiró de sus camaradas y los tres se hundieron entre los matorrales, junto a la orilla. Mónica comenzó a mordisquear el borde de ese pañuelo que nunca se quitaba del cuello. Algo le decía que no los vería más.

—¡Ca-camarada *kombrig*! —se oyó un débil estertor.

Stoycho intentaba salir a la orilla, pero la pesada mochila se lo impedía. Lo habían herido en las piernas. Gabriela y Mónica se lanzaron hacia él y lo sujetaron por ambos costados. Acto seguido, en la orilla contraria aparecieron una treintena de soldados comandados por un oficial alto y sombrío. Medved descargó dos ráfagas breves con su subfusil para cubrir a las muchachas. El oponente se lanzó al suelo y abrió fuego.

Las balas entraban en el cuerpo de Stoycho con golpes sordos, como si fuera un saco de arena. Ni siquiera gimió. Las gemelas arrastraban obstinadamente el cuerpo hacia el bosque. Tras él quedaba un sucio rastro rojo.

—¡Está muerto! ¡Dejadlo! —les ordenó Medved—. Coged la mochila.

Había palidecido y apretaba su mano izquierda contra la cazadora de cuero en la zona del bazo. Entre sus dedos se filtraba sangre.

—¡Está herido, camarada *kombrig*! —gritó Gabriela.

—No es nada, solo un arañazo… ¡Vamos!

Mónica miró la cara redonda y simplona del ordenanza, agujereada por la viruela, como si la viera por primera vez. Había vivido como una sombra: siempre cerca de su comandante, siempre de guardia, callado, ajeno a la alta teoría del marxismo, lejos de las fiestas populares… «Alma de viudo», como lo llamaba a veces el tío Metodi.

—Adiós, camarada Stoycho…

—Vamos, vamos —la apresuró Medved.

No habían avanzado ni cien metros cuando frente a ellos surgió una densa hilera de capotas. Sus faldas se mecían pesadamente y debajo asomaban botas manchadas de barro. Los suboficiales gritaban órdenes.

Los tres se acuclillaron en una hondonada.

—¿Nos queda alguna granada? —preguntó Mónica.

—Mira en la mochila —dijo Medved—. Creo que queda algo de dinamita de la de cantera…

—¡Hay bastante! —observó con satisfacción Gabriela, que sacó dos bolsas pesadas y un montón de detonadores envueltos en mecha Bickford.

—Estos bolsos me resultan familiares —dijo Mónica frunciendo el ceño.

Abrió uno de ellos y soltó una risilla nerviosa:

—¡Con esto podemos comprarnos todo un tren de dinamita!

Los fajos estaban ordenados en hileras, pegados unos a otros. En las cintas que los rodeaban todavía era visible el sello del Banco Cooperativo. Eran los fajos que habían encontrado en la cueva. Los ahorros del Maligno.

—¡Mierda! —maldijo Gabriela. Los pesados pasos de los soldados se acercaban—. ¿Y ahora qué hacemos?

—Chicas —dijo Medved—. Haremos lo siguiente: yo los esperaré aquí. Tengo otros dos cargadores. Vosotras iréis por la derecha e intentaréis salir del cerco. Puede que tengáis suerte…

—¡No! —lo interrumpió Mónica—. Se me ocurre algo mejor.

Metió varios detonadores en cada bolso y cortó unos treinta centímetros de mecha para cada uno que tardarían algo más de un minuto en arder.

—Bien —dijo frotándose las manos—. Veamos si el poder destructor del capital es más fuerte que el de la dinamita…

Mónica pasó el otro bolso a su hermana.

—Cuélgalo de aquella rama. Yo pondré esta aquí. Cuando veas mi señal, encendemos las mechas a la vez y nos retiramos hacia el río.

Gabriela lanzó una mirada a Medved, que asintió:

—Peor no puede irnos.

* * *

El enfermero vendaba el cuello de Noche. No era tarea fácil porque este a la vez hablaba por la radio. La herida era leve, pero sangraba abundantemente. La bala había rasgado la piel debajo de la oreja. Un centímetro más adentro y el capitán estaría muerto, pero Noche no parecía dar mucha importancia a su suerte.

—Águila, ¿me oye? —se desgañitaba en el auricular—. ¡¡Ordené que no se les permitiese cruzar el río!!

—Águila a la escucha —contestó Dérev con tranquilidad—. También ordenó que no disparásemos a las gemelas. Cruzaron por

delante con otro hombre. Los demás no tuvieron esa suerte.

—¿Hay hombres suyos en la otra orilla?

—Afirmativo. Dos compañías.

—Tiene buenas ametralladoras, Águila. ¿Hay que tener enchufe para conseguirlas?

—¡A los buenos, lo mejor!

—Ya veremos si son buenos. Estén atentos. Corto.

Noche lanzó el auricular al operador, arrancó la venda de las manos del enfermero y se la envolvió alrededor del cuello. Atravesó el río como una garza, se giró y agitó su Luger con impaciencia hacia los demás.

—¡Moveos!

En el bosque oyeron unas débiles detonaciones: ¡puff, puff! Se detuvo y se escondió detrás de un árbol, a la espera de nuevas explosiones. Pero no hubo ninguna. Se hizo un silencio sospechoso. El viento trajo un papelito. Noche estiró la mano y lo cogió al vuelo. ¡Un billete de cincuenta levas! ¿Qué hacía allí? Ahí venía otro más, y otro… ¡Mierda!

El capitán echó a correr.

Los billetes bailaban en el aire como copos de nieve. Algunos soldados saltaban para cogerlos. Otros gateaban por el suelo y los recogían en sus cascos. Noche disparó al aire, pero nadie le hizo caso. Hasta el tercer disparo no volvieron los oficiales y los suboficiales en sí y empezaron a poner orden a fuerza de patadas y maldiciones.

—¡Malditos hijos de puta! ¡En pie! ¡Dejad el dinero! ¡A formar en filas!

El capitán se limitó a mover la cabeza. Lo atravesó un dolor agudo. Se palpó con precaución el cuello. La sangre había vuelto a brotar a través de la venda. Se limpió los dedos en un billete, hizo una bola con él y lo tiró.

A su lado apareció Zánev y exclamó:

—¡Vaya! A estas chicas parece que siempre las rodea la pasta. A lo mejor me caso con una de ellas…

—Primero tendrás que cazarlas —dijo Noche con una sonrisa torcida.

36. NUEVE AÑOS Y TRES DÍAS

Hacía rato que el bullicio a sus espaldas se había acallado y solo se oía el rumor de la aguanieve cayendo. La cumbre de la montaña ya se había teñido de blanco. Las chicas sujetaban a Medved por ambos lados. El subfusil se bamboleaba en su pecho. Llevaban caminando horas, siempre hacia el oeste. De vez en cuando Mónica miraba la brújula para comprobar el rumbo. Según el mapa, por allí, en alguna parte, pasaba la antigua frontera búlgaro-serbia. Si tenían suerte tal vez pudieran establecer contacto con los partisanos serbios que operaban al otro lado. Al menos este era el plan de Medved, pero las fuerzas lo iban abandonando. La herida no paraba de sangrar.

—¡Descanso! —ordenó débilmente y señaló hacia un montículo de piedras de aristas pulidas por los siglos.

A sus pies había un nicho triangular profundo. Junto a él, una fuente. El viejo caño herrumbroso estaba cubierto de carámbanos. Un delgado chorro de agua caía en la pila de piedra.

Las paredes del nicho estaban cubiertas de capas de cera y restos de velas. Al fondo estaba clavada una cruz oxidada y junto a ella se disponían iconos pintados sobre papel de colores desvaídos.

—¿Qué es esto? —preguntó Gabriela.

—Un santuario popular —murmuró el comandante apoyando la espalda en la pared de piedra—. Pasaremos la noche aquí.

Se desabrochó la cazadora y se subió el jersey ensangrentado. Desenvolvió con cuidado la venda con la que había cubierto la herida y se fijó en el pequeño agujero. Pulsaba rítmicamente.

—Tenemos que cambiar la venda —dijo Mónica.

Se quitó el abrigo, desabrochó la chaqueta de lana, se quitó el fino jersey de cachemira y se quedó solo con la blanca camisa de algodón.

—Esto servirá.

Gabriela sacó un cuchillo y cortaron la camisa en tiras. Mónica sacó una camiseta, la humedeció y limpió la herida. La bala había salido por la espalda, donde había dejado un agujero mayor de forma irregular.

—¿Tenemos más sulfato? —preguntó Mónica.

Gabriela negó con la cabeza.

—La saliva también desinfecta —dijo Medved inseguro—. Y la orina. Podéis probar las dos.

Las chicas se intercambiaron una mirada.

—¿Qué eliges? ¿Saliva u orina? —preguntó Mónica con decisión.

—Pues no sé…

—¡No es momento para remilgos! Estamos en contexto de batalla.

Gabriela pensó un rato y suspiró:

—Orina.

—Vale —dijo su hermana—. Entonces yo voy primera.

Mónica cerró los ojos y se agachó sobre el vientre peludo de Medved. La invadió una excitación inexplicable que venció la repugnancia… El sabor salado de la sangre le llenó la boca. Deslizó la lengua en la apertura y la mantuvo allí alrededor de un minuto. El latido de la herida se fundió con el ritmo de su corazón. Después procedió de la misma forma con el agujero del otro lado.

—¡Ahora te toca a ti! —le dijo a su hermana relamiéndose los labios.

Gabriela se desabrochó avergonzada los bombachos.

—¡No voy a mirar! —la animó Medved, que volvió la cabeza hacia la cruz que ocupaba el fondo del nicho.

Gabriela pasó la pierna sobre él y se acuclilló. Intentó no pensar en lo que estaba haciendo, pero su uretra no soltó ni una gota, como si estuviera anudada. Un rubor intenso tiñó su cara.

—¿Qué pasa? —preguntó impaciente su hermana.

—¡No puedo!

—¡No digas tonterías! Relájate…

Era fácil decirlo. ¡Pero se trataba del mismísimo *kombrig* Medved! La tensión hizo que en los ojos de Gabriela aparecieran lágrimas. El nudo se apretó aún más. «¡Mea!», se ordenó a sí misma, y se concentró en el murmullo del agua que caía del caño. Pero su cuerpo de nuevo renunció a cumplir con su deber revolucionario.

—¡No puedo! —repitió desesperada.

—¡Déjame a mí! —dijo Mónica empujándola.

El chorro caliente se precipitó sobre la piel de Medved. Lo atravesó un dolor cortante, como si le hubieran echado yodo en la herida. Gabriela empapó rápidamente el líquido, puso varias tiras de tela sobre el lugar y lo vendó. Mónica la miró con reproche y se abrochó el pantalón sin decir palabra. Medved respiraba trabajosamente. Las chicas se sentaron cada una a un lado del *kombrig*, recogiéndose las rodillas bajo la barbilla.

La nieve seguía cayendo.

—Tenemos que encender un fuego —dijo Medved al cabo de un

rato.

—¿No nos verán? —se alarmó Mónica.

—Si no lo hacemos, nos congelaremos. ¡Venga, moveos!

Las chicas arrastraban ramas y las acumulaban a la entrada para ocultar la luz. Así se lo había indicado Medved. Pronto se formó un montículo considerable. Mónica apiló hábilmente la leña, pero las ramas estaban húmedas y el fuego no prendía. Las cerillas se apagaban una tras otra después de quemarles las puntas de los dedos. Al final quedaron solo cuatro.

—Sin papel no funcionará… —dijo el *kombrig*.

—No tenemos. —Gabriela se encogió de hombros.

—¡Sí que tenemos! —la interrumpió su hermana, que sacó el compacto volumen rojo de su funda.

—¡Estás loca! —se estremeció Gabriela—. ¡Eso es el *Breve curso*! El camarada Moncho te lo confió para que lo guardases…

—Lo importante es guardarlo aquí. —Mónica señaló su corazón—. Y aquí —dijo tocando la cabeza de su hermana.

—Eso servirá —asintió Medved.

—Para empezar podemos utilizar el índice o algunos de los capítulos menos importantes…

—No hay capítulos que no sean importantes —discrepó Gabriela.

—Este de Kírov lo podéis arrancar ya —dijo con voz ronca el comandante—. En cualquier caso es una absoluta mentira.

—¿¡Cómo!? —gritaron ambas al unísono.

—Todo el mundo sabe que Stalin se lo cargó. Se había vuelto demasiado popular y al amo esto no le gustaba. Después acusaron a Lev Kámenev de asesinato para quitárselo también de encima. Así funciona la máquina…

—Creo que está delirando —dijo preocupada Mónica y puso su mano en la frente caliente—. Tranquilícese, camarada *kombrig*.

—¡Pobre! —susurró la otra.

—¡Estúpidas! —Medved se apoyó en el codo—. ¡La URSS no es lo que creéis! ¡Allí no duraríais ni una semana! ¡Enseguida os arrestarían!

—¿Y por qué? —preguntó Gabriela desconfiada.

Medved estalló en carcajadas sarcásticas y cortantes como vidrios rotos que bajaron a su garganta y lo atragantaron.

—Porque… hablas demasiado, ¡por eso! Se me ocurren al menos otras diez razones para que te metan entre rejas, pero solo con esto ya sería suficiente. Y si añadimos tu origen burgués…

—¡Uno no elige a sus padres! —replicó la chica con pasión—. Pero puede elegir el ideal al que servir.

—¡Este es el tipo de gente que más les gusta! —rio Medved—. Los campamentos están llenos de personas así.

—¿Qué campamentos?

—Esos campamentos.

Mónica escuchaba en silencio. Después arrancó un fajo de hojas del final del libro y las metió entre las ramas. El grueso papel satinado produjo una intensa llama de un verde amarillento. Las acículas de pino empezaron a crujir.

—¡Pon más, pon más! —la animaba Medved.

Mónica hojeó rápidamente el libro y leyó:

—El Partido Bolchevique en la lucha por la colectivización…

—¡Al fuego!

—El Partido Bolchevique en la lucha por la industrialización…

—¡Al fuego!

—¡Ya vale! —gritó Gabriela.

Las llamas llenaban el nicho de febriles reflejos rojizos como si fuera un horno.

—No entiendo nada… —susurró Gabriela.

—No hay nada que entender… ¡Es una cárcel! ¡La URSS es una cárcel gigante!

—¡No! —exclamó Gabriela.

Mónica entornó los ojos y lo observó con atención. Sus rasgos de repente se endurecieron y su voz adquirió un tono masculino.

—¿Afirma que la URSS es una cárcel?

—¡¿Qué?! —se estremeció Medved—. ¡¡No he dicho nada parecido!!

* * *

El juez de instrucción asintió irónicamente con la cabeza. En el cuello de su cazadora lucían dos tiras de color rojo con estrellas de cinco puntas: la señal distintiva de los oficiales de la OGPU.[44] Se encontraba en alguna parte del enorme edificio de la Lubianka.[45] Las gruesas cortinas del despacho estaban cerradas. En la mesa brillaba una lámpara que apuntaba a la cara de Medved. El juez de instrucción se frotó las manos.

—Bueno, bueno… —dijo abriendo una de las carpetas—. Pues sus camaradas afirman todo lo contrario. Tenemos sus testimonios. De ellos se desprende que usted ha planificado cruzar de forma ilegal la frontera con el objetivo de huir de la URSS.

—¡Yo emigré a la URSS! —dijo Medved—. ¿Por qué iba a huir?

—Por desacuerdos con el poder soviético —lo ayudó amablemente el juez de instrucción, que seguía hojeando las páginas—. Muchas veces ha

expresado su decepción con las condiciones de vida en la URSS y con el estado de las libertades civiles. Ha tratado de convencer a sus antiguos camaradas para regresar al Reino de Bulgaria. Ha afirmado que la URSS es una prisión para la mente y la razón.

—¡Pero eso es absurdo! —exclamó Medved—. Tengo pendiente una pena de muerte en Bulgaria. Lo puede comprobar. ¡Participé en el Levantamiento de Septiembre! Estoy en la clandestinidad desde 1925. ¡Fui subcomandante de un destacamento!

—¿Conoce a Dimitris Makaronidis?

Medved pestañeó confundido, después asintió.

—¿Cuándo y cómo se conocieron?

—En el año 1927, cuando se abandonó la idea de promover un levantamiento armado. Atravesé con el destacamento la frontera griega y nos entregamos a las autoridades locales. Nos internaron en la isla de Siros. El camarada Makaronidis organizó nuestra huida a Rodas. Después nos puso en contacto con camaradas locales que nos ayudaron a subir a un barco ruso con rumbo a Odesa. ¡Era un auténtico internacionalista!

—Makaronidis es un agente secreto británico —dijo el oficial con voz inexpresiva—. ¿Fue él quien le reclutó? ¿Cuánto le pagaron para que entrara en la URSS y se infiltrara en la Internacional Comunista y el Socorro Rojo Internacional?

—Vine a la URSS para participar en la construcción del comunismo —dijo Medved reuniendo los restos de su dignidad.

—Sea como sea, participará en la construcción del comunismo. —El oficial sonrió con sarcasmo, cerró la carpeta y deslizó hacia él una hoja en blanco.

—¡Firme aquí!

—¡Pero si está en blanco!

La furia distorsionó los rasgos tranquilos del juez de instrucción. Dando un brinco, agarró el palo que estaba apoyado junto a su pierna y golpeó a Medved con toda su fuerza en las manos. En los ojos de Medved empezaron a bailotear estrellas.

—¡Firma, cabrón! —oyó retumbar en sus oídos.

* * *

—Tiene que descansar —Gabriela intentó que se acostara.

—¡Pronto no haré otra cosa! —la empujó Medved.

Sacó su cuaderno, arrancó una página y empezó a esbozar un plano con movimientos bruscos. Las chicas miraban el boceto con miedo y asombro.

—¿Qué es eso? —preguntó finalmente Mónica.

Encima del dibujo apareció con letras de imprenta distorsionadas

la palabra «INFIERNO».

—¡Yo estuve aquí! —Medved clavó el dedo en el centro de la hoja —: Campamento Correccional de Trabajo, Medvezhaya Gora (Karelia). Viajamos durante dos semanas desde el mar Negro al mar Blanco en un tren de carga, cincuenta personas embutidas en cada vagón. Cagábamos sobre nuestras propias cabezas… El campamento estaba rodeado de alambre de espino. En las torres de vigilancia había ametralladoras. Un paso fuera de la valla y estabas muerto. Aquí estaban las barracas. Tres filas de literas en las que a cada interno le correspondían apenas cincuenta centímetros. La estufa se encendía una vez al día y solo si la temperatura bajaba de los veinticuatro grados bajo cero… Aquí estaba la celda de castigo. Dentro no había estufa. Te metían sin abrigo y, si sobrevivías hasta la mañana, bien por ti. Aquí estaba la vigilancia. Al lado las casetas de los perros. Esto era la cantina… Si cumplías con las normas, comías. Si no, pasabas hambre. Trabajábamos doce horas al día hiciera frío o calor… Todo se hacía a mano. Al final de la jornada pasaba un trineo a recoger los cadáveres. A la mañana siguiente traían nuevos internos. Así se construyó el Belomorkanal.[46] En tan solo veinte meses. ¡Cien mil personas excavando a la vez!

—Pero ¿por qué? —intervino Gabriela—. ¿Por qué lo mandaron allí?

—¡Por qué, por qué! —repitió Medved mordazmente—. Por nada…

—¡No puede ser por nada! —dijo severamente Mónica.

—Los de la Checa también hablan así —asintió Medved—. Si estás aquí será por algo. Nosotros no detenemos a inocentes. Si tú no sabes por qué, nosotros te lo diremos. Lo único que tienes que hacer es firmar…

—¿Se lo dijeron al final?

—Me incriminaron…

—¿Quiénes? —Las chicas intercambiaron una mirada.

—¡Los nuestros! Por aquel entonces vivía aún en Odesa. Allí había un importante grupo de emigrantes búlgaros. Nos ayudaron a establecernos cuando llegamos. Incluso me encontraron una mujer… Después mis camaradas empezaron a desaparecer. Uno por uno. Hoy se llevan a uno, mañana a otro… Venía el «cuervo negro» y… ¡hop!, ¡ya no está la persona! Como si nunca hubiera existido. Ya nadie hablaba de ella. Sentía que algo no iba bien. La gente empezó a evitarme. Mi mujer decía: Huyamos, tú serás el siguiente. Nos fuimos a Moscú, a ver a Dimitrov, pero no estaba. Me recibió el cajero del Socorro Rojo Internacional, Teohar Bakardzhíev. Me dijo que no me preocupara, que todo se arreglaría. «Tú has hecho méritos ante el

movimiento revolucionario internacional». Nos acomodaron. Me prometieron trabajo… Al cabo de dos semanas llegó el «cuervo negro» y me llevó a la Lubianka. Teohar ya estaba allí. Después lo soltaron. Luego lo volvieron a detener…

—¿Qué es este «cuervo negro»? —preguntó Gabriela confundida.

—Está desvariando —insistió Mónica, que le volvió a secar la frente.

—Todos denunciaban a todos. A mí me pidieron que testificara contra el hermano de Makaronidis, que trabajaba en la sección griega de la Internacional Comunista. Estaban ajustando cuentas. Yo no quise participar en estos juegos políticos. Si tú no firmas, decían, firmará otro y lo fusilaremos de todos modos. Pero antes te fusilaremos a ti. De modo que firmé… El pellejo es más importante que el alma. Me cayeron cuatro años por propaganda antisoviética. Podía haber sido peor. Los que me denunciaron pensaban que los soltarían, pero no soltaron a nadie, ja, ja… Pasaron cuatro años y me premiaron con otros cinco. —Medved hablaba como en trance—. Necesitaban trabajadores… Yo era un buen organizador. También tenía conocimientos técnicos. Me pusieron al mando de una brigada. Me trasladaban de un campamento a otro. En el Volga estuve en el Volgolag, en el norte en el Norilsklag, en el sur en Almá-Atá, en Siberia en Siblag, en el Lejano Oriente en el Dalstroy… Millones de prisioneros, trabajo esclavo sin días de descanso, frío, hambre, piojos… Industrialización.

—Pero, de todos modos, lo construisteis. ¿Verdad? —dijo Mónica con tono sombrío.

—¿Qué? —Medved despegó los ojos con dificultad.

—El Belomorkanal.

—Sí, lo construimos.

—Bueno —murmuró ella—. Entonces, algo queda…

—Quizá tenga que ser así —susurró pensativo—. Estas represiones son una necesidad histórica. Los errores son inevitables. Estamos construyendo el comunismo en un sexto de la superficie de la Tierra. Esta es la enfermedad infantil del joven organismo soviético. Pasarán los años y las injusticias se corregirán… A los que pasen la prueba y sigan creyendo los pondrán en lo más alto.

Mónica asintió comprensiva.

—¡Ya te digo dónde los pondrán! —estalló Medved—. ¡Los pondrán en un agujero en el hielo junto con los que no creen! Un día los sacarán de allí como a los mamuts y se preguntarán: ¿Por qué la han palmado en masa? A nadie le importará quién creía y quién no…

—Y usted… ¿todavía cree? —preguntó tímidamente Gabriela.

—¡Por supuesto que cree! —zanjó Mónica—. De lo contrario no

estaría aquí. ¿Verdad, camarada *kombrig*? ¡Usted lucha del lado de la URSS! Pese a todas las decepciones, usted sigue siendo comunista.

—Yo… no tuve mucha elección. En 1941 acabó mi segunda condena. Fui a recibir mis papeles de excarcelación y… ¡Hitler nos golpeó! «No tienes suerte —me dijo el jefe—, tengo orden de retener a todos los internos hasta que termine la guerra. ¡Vuelve al barracón!». Me quedó claro que allí me moriría… El régimen se volvía cada vez más cruel y la comida cada vez más escasa. Pasó un mes, luego otro. Apenas llegaban noticias del frente, pero percibíamos que la situación no era buena. Algunos imbéciles se alegraban en secreto pensando que Hitler acabaría con Stalin y nos liberaría. Solo que Stalin acabaría antes con nosotros… Un día me llamaron. El jefe me miraba de forma extraña… Me invitó a tomar té, me llamaba camarada. «Tengo órdenes de enviarlo a Moscú, camarada Gálev». Empezó a darme vueltas la cabeza. Apenas un momento antes era un enemigo y ahora éramos camaradas. Me metieron en el baño, me dieron ropa nueva, botas… Me subieron a un avión y, doce horas después, ya estaba en Moscú. Me advirtieron: Ni una palabra sobre dónde has estado ni lo que has visto, de lo contrario, volverás allí. Me recibió Olya y una muchacha alta y guapa, Dasha. No me conoció, por supuesto. A Olya también le costó reconocerme. Me llevaron a un bonito piso de la calle Tvérskaya. Fue como un sueño. Esperaba despertarme en cualquier momento de nuevo en el campamento, pero lo hacía en una cama blanda. Tres días… ¡Eso fue lo que nos concedieron! Nueve años de infierno y tres días de paraíso.

Las palabras empezaron a borbotear como si salieran de la boca de alguien que se estuviera ahogando:

—Vino Dimitrov, me abrazó y me dijo: «Lo que fue… ya es pasado, lo importante es que estás vivo. Necesitamos gente como tú. Has dirigido un destacamento en el Balcán, conoces las condiciones locales. Estás curtido en adversidades y combates… Toma, aquí tienes tu carnet del Partido. Irás a Bulgaria para incorporarte a la primera línea de combate. Pero antes tendrán que entrenarte…».

—¡Ha hablado con Gueorgui Dimitrov! —exclamó Gabriela.

Medved asintió apoyando la cabeza en el pecho.

—¿Y por qué no se lo dijo?

—¿El qué exactamente? —Medved parpadeó asombrado.

—Lo que nos acaba de contar.

Una sonrisa sarcástica distorsionó su cara como un espasmo.

—¿Acaso crees que no lo sabía? Y no solo él. Todo el Comité para Asuntos Internacionales estaba al tanto. Nadie estaba a salvo… Ni siquiera el propio Dimitrov. En cualquier momento el «cuervo negro» podía posarse en tu casa y nadie volvería a saber de ti nunca más.

Todos estaban muertos de miedo. Tanto aquellos que ya habían estado allí como los que no. Por eso, cuando supe que nos mandaban a Bulgaria no pude ocultar mi alegría, a pesar de que aquí me esperaba una condena a muerte. ¡Es mejor que te maten los enemigos a que lo hagan los tuyos!

—Eso lo sabemos también nosotras… —murmuró Mónica.

—Kolárov me apartó a un lado y me dijo: «Ten cuidado con lo que haces, porque tu mujer y tu hija se quedan aquí. ¡Si se te ocurre desertar, ten claro que las fusilaremos!». —Medved apretó los labios y resopló—: ¡Como si yo no supiera con quién estaba tratando!…

Medved se levantó la cazadora y observó su abdomen. La venda se había vuelto roja otra vez. El dolor roía perezosamente sus intestinos como una comadreja ya saciada. Se dejó caer hacia atrás.

—Al final no llegué a entender eso del «cuervo negro» —suspiró Gabriela.

—Lo entenderás… Yo estoy acabado. Pero vosotras, chicas, tenéis elección. Todavía la tenéis. Se están acercando…

Sus dientes empezaron a castañetear al ritmo del alfabeto morse, como si transmitieran un mensaje al más allá.

Mónica se encogió de hombros. De repente sintió rabia hacia ese hombre moribundo. ¿Quién podía confirmar sus palabras? ¿Por qué debían creerle? Durante todos esos meses había estado componiendo de manera cuidadosa y pedante una imagen, la del país soviético. Un mundo de estajanovistas, de científicos y deportistas; con calles soleadas, lavadas por la lluvia primaveral, con parques verdes y piscinas de natación, con quioscos de helados en cada esquina; un mundo de maravillas tecnológicas lleno de carriles y conductos, atravesado por chimeneas y andamios entre los que brillaban constelaciones de chispas de soldaduras eléctricas. Era el lugar en el que su mente descansaba de la dura realidad, de las dudas y preguntas que la acosaban cada vez más a menudo, de la incertidumbre que ocultaba el futuro. Ahora, sobre este mundo, había caído una espesa sombra. Su bella fachada se descomponía y tras ella se vislumbraba la desierta estepa helada. En lo más profundo de su interior Mónica sentía que Medved no se inventaba las cosas y esto la ponía aún más furiosa.

—Sabía que algo no estaba bien. Era demasiado bonito. Pero quizá así sea mejor… Ahora al menos sabemos cómo es.

Las dos volvieron la mirada hacia el comandante. Esperaban que dijera algo más, pero Medved callaba. De su boca salían solo nubecillas de vaho.

37. EL LEGADO DE MEDVED

La tierra todavía no se había congelado debajo de la nieve. Las chicas cavaban con cuchillos y sacaban la tierra con las manos. El trabajo las hacía entrar en calor. Por la noche había caído cerca de medio metro de nieve. Los arbustos y las ramas se combaban bajo sus pesados gorros blancos. Un cielo bajo se extendía sobre la montaña y casi se fundía con la superficie nevada. Solo el rectángulo negro del hoyo destacaba en el manto blanco como la entrada hacia un sótano sin fondo.

—Suficiente —dijo Mónica.

El borde del agujero le llegaba por la cintura. Salió trepando y extendió la mano para ayudar a su hermana. Las chicas se limpiaron los dedos ennegrecidos en la nieve y volvieron con pasos lentos al nicho en el que habían pasado la noche.

Medved yacía con la cara fría y cerosa, surcada de arrugas que parecían haber surgido de pronto y que se volvían cada vez más profundas. Una de sus manos reposaba sobre el corazón y la otra estaba cerrada en un puño. Había expirado de forma solitaria e inadvertida, como un espía que traspasa ilegalmente una frontera. Cuando a la mañana siguiente las gemelas se despegaron una de otra descubrieron que el comandante ya estaba muerto. La chimenea de la vida había dejado de humear. Sus pequeños ojos grises miraban un punto fijo. El suelo arenoso estaba empapado bajo su cuerpo de sangre negra y pegajosa.

—¡Vamos! —dijo Mónica.

Cogió a Medved por una pierna, Gabriela tomó la otra y empezaron a arrastrarlo. El cuerpo muerto pesaba como una pieza de fundición y se hundía en la nieve esponjosa. Cada diez metros paraban para retomar el aliento. Luego se volvían a poner en marcha. Finalmente lo llevaron hasta el agujero y, sin más ceremonias, lo empujaron dentro. El cuerpo cayó con la cara hacia abajo.

—No, no puede quedarse así —dijo Gabriela.

—¿Y cómo debe estar? —preguntó Mónica arqueando las cejas.

—Tiene que mirar hacia arriba…

—¿Acaso importa?

—¡Sí que importa!

Gabriela saltó al hoyo, cogió el cadáver del hombro y lo volteó. La cara de Medved seguía igual de inexpresiva. En su nariz y en su frente quedaban restos de tierra. Los limpió con la mano, sacó su pañuelo y le cubrió la cara. Intentó juntarle los brazos sobre el pecho, pero ya estaban rígidos y uno de ellos siempre caía a un lado.

—¡Quítale el reloj! —dijo Mónica.

—¿Para qué? —Su hermana la miró con un gesto de reproche.

—Como recuerdo —contestó Mónica—. Además, algún día se lo podremos entregar a su hija si la llegamos a ver…

Gabriela reflexionó unos instantes, suspiró y retiró el reloj de la muñeca de Medved. Se lo metió en el bolsillo y salió de la tumba.

—¿No diremos unas palabras?

Mónica se encogió de hombros.

—También podemos cantar *La Internacional* —propuso Gabriela con inseguridad—. A pesar de todo, en eso creía, ¿verdad?

—¿Creía? —preguntó su hermana.

—No lo sé. Me parece que aún creía, pero de otra manera.

—Vale. Pero solo la primera estrofa.

—Esta al menos es universal —convino Gabriela.

Sus voces se alzaron sobre la tumba somera, temblorosas por el frío, no muy armoniosas pero sinceras. Una ardilla se quedó parada en su rama, les lanzó una mirada asombrada y reemprendió su correteo.

—Pues eso ha sido… —suspiró Gabriela.

Llenaron el hoyo, apisonaron la tierra y acumularon nieve sobre ella. Mónica tomó un haz de ramas de pino y borró las huellas y el surco que había dejado el cuerpo de Medved. Gabriela sacó un trozo de papel y escribió con letras de imprenta: «A cien pasos de aquí, en dirección 36 grados sur, yace Spartak Gálev (Medved), comandante de la Primera División de Guardia de Stara Planina, muerto heroicamente en combate con el enemigo el 21 de noviembre de 1943». Hizo un pequeño tubo con la nota y la introdujo en una grieta.

Mónica había abierto la libreta de Medved y la hojeaba con curiosidad creciente.

—¿Qué estás leyendo? —preguntó su hermana.

—Aquí hay cosas bastante interesantes… Quién y cuándo ha llegado al destacamento. Características. Castigos, elogios… Cuándo y dónde ha muerto. ¡Ha tomado apuntes de todo!

—¿Hay algo sobre nosotras?

—No.

—Tal vez porque llegamos las últimas.

—O tal vez porque no creía que fuéramos a quedarnos…

—¿Pone algo malo sobre alguien?

—Sobre todos, excepto sobre los muertos. Hay páginas arrancadas… Por lo visto ha eliminado todas las valoraciones y hechos negativos de los fallecidos. Tenía miedo solo de los vivos. Después de todo lo que ha vivido no me extraña.

—¡Pero ya están todos muertos!

—Supongo que tenía otras preocupaciones en las últimas horas.

—¡Destruyámoslo!

—¡No! —zanjó Mónica, que cerró la libreta y se la guardó con cuidado en el bolsillo interior junto con la pluma-pistola—. Puede que algún día nos sirva. Esto es información. Nunca se sabe…

—¿Pero qué te pasa?

—No pienso rendirme—dijo ella con firmeza—. Ni ante estos ni ante aquellos. Todo es una lucha por el poder. ¿No te has enterado?

—Y yo que pensaba que luchábamos por la justicia…

—Yo también lo pensaba, pero, en realidad, luchamos por la supervivencia.

—Tengo hambre —se quejó Gabriela.

En la confusión habían podido tan solo agarrar sus armas y un puñado de cartuchos. La noche anterior Medved les había dado un poco de pan de su propia reserva intocable. Él había perdido el apetito.

En contra de lo que decían las leyendas sobre la mochila de Medved, en su interior no había ninguna maravilla. Era posible que, simplemente, se hubieran acabado. Estaba la radio, con un conjunto de pilas de repuesto, cargadores vacíos para el subfusil, un impermeable, un chaleco, alpargatas, una camiseta de marinero, un cacillo, una cuchilla de afeitar y una decena de cubitos plateados.

—¿Y esto qué es? —murmuró asombrada Gabriela.

Mónica tomó uno de los cubitos, quitó el papel de aluminio y lo olisqueó.

—No es chocolate.

Lamió la sustancia marrón y pasó el cubito a su hermana, que chupó, cerró los ojos y concluyó:

—Parece un caldo concentrado.

Mónica desenvolvió otro cubito y se lo metió en la boca. Al cabo de unos minutos sintieron una inesperada afluencia de fuerza y calor.

—Si caminamos siempre hacia el oeste —dijo Mónica— tal vez podamos entrar en contacto con los partisanos serbios. El *kombrig* dijo que eran más numerosos y estaban mejor organizados que nosotros y que controlaban todo el territorio.

—¿Y cómo los encontraremos? —preguntó Gabriela con escepticismo.

—Si de verdad controlan el territorio, serán ellos los que nos encuentren.

—Hmm… ¿Con esta nieve?

—¿Y tú qué propones?

—En los pueblos hay colaboradores. Podemos escondernos en sus casas.

—¿Tú conoces a algún colaborador?

Gabriela negó con la cabeza.

—¿Qué te crees, que en sus casas cuelgan placas con la palabra «colaboradores»? —prosiguió mordazmente su hermana—. Esto no es «se alquilan habitaciones».

—Podemos establecer contacto con los camaradas de Sofía. Nos alojarán en algún sótano o en un desván.

—¿No te has enterado de que los han traicionado?

Gabriela pensó por unos segundos y asintió:

—De acuerdo. Vayamos hacia el oeste.

38. LA SEPARACIÓN

El cristal de la brújula estaba cubierto de una gruesa capa de escarcha y la aguja flotaba bajo ella como un pequeño pez rojo. Hacía ya tres días que las chicas deambulaban por la nieve. Los cubitos de sustancia alimenticia altamente energética (SAAE) aún les permitían mantener las fuerzas, pero el día anterior se habían comido el último. No tenían idea de cuántos kilómetros habían caminado. A juzgar por el monótono paisaje invernal que las rodeaba, bien podrían pensar que estaban caminando en círculos. Si se fiaban de la brújula, ya deberían haber atravesado la frontera, pero este hecho no cambiaba nada. En la nieve se veían huellas de animales grandes y pequeños, así como, aquí y allá, pequeños agujeros amarillos de orina. Sin embargo, los habitantes del bosque seguían siendo invisibles, al igual que los partisanos serbios. Los únicos seres vivos con los que se habían cruzado durante esos días fueron una manada de lobos grises. Surgieron silenciosos de la niebla lechosa y las rodearon. Tranquilos e incluso ligeramente flemáticos. Gabriela hizo unos cuantos disparos y los animales desaparecieron con el rabo entre las piernas. Pero las chicas no podían librarse de la sensación de que los depredadores las seguían a distancia, a la espera de que las fuerzas las abandonasen definitivamente, lo que sucedería tarde o temprano. Más bien temprano…

—Tendríamos que habérnoslo comido —dijo Mónica.

—¿El qué? —preguntó Gabriela.

—A Medved. Nos hubiera alcanzado al menos para dos semanas. Estoy segura de que él no hubiera tenido ningún inconveniente… De todas formas estaba muerto. ¡Tanta carne desperdiciada!

—¡¡Estás loca!!

—Al contrario. La gente lo hace siempre que se encuentra en situaciones difíciles como estas. No se considera canibalismo.

El cacillo de Medved hervía sobre el fuego en el que ardían los últimos restos del *Breve curso*. Dentro había solo nieve. El agua caliente atemperaba los intestinos, pero no saciaba el hambre. Hasta poco antes habían estado masticando la corteza de un árbol y no podían quitarse el sabor amargo de la boca. Bajo la nieve tampoco

había otra cosa más que ramas y hojas podridas.

—Tú me comerías si llegara el caso, ¿verdad? —dijo Gabriela—. Ya veo esa mirada glotona en tus ojos…

—¿Tú crees que te lo diría si lo estuviera pensando?

—¡Inténtalo! —Gabriela agarró el subfusil de Medved, que se obstinaba en cargar tras la muerte del comandante.

—¡Venga! ¡Dispárame! —dijo su hermana desafiante—. Después te prepararás una sabrosa sopa con carne.

—Yo no soy así.

—Lo sé —respondió Mónica con tranquilidad. Quitó el cacillo del fuego, sopló el vapor y tomó un pequeño trago—. ¡Uff! ¡Cómo quema!

Después se lo pasó a Gabriela. Su organismo absorbió ansioso el calor. Le devolvió el cacillo a su hermana.

—Podemos quedar en lo siguiente —empezó Mónica—. La primera que muera de hambre deja que la otra se coma su cuerpo.

—Creo que la palmaremos a la vez… —dijo Gabriela—. Te prohíbo terminantemente que me comas, pase lo que pase.

—¡Como si te fueras a enterar!…

—¡Claro que me enteraré! Me presentaré en tus sueños y fuera de ellos y te atormentaré hasta que te vuelvas loca.

—Esa no es una aproximación marxista —intentó bromear Mónica.

—Pero funciona. Ya lo verás.

—Pero tú no crees en la vida después de la muerte, ¿verdad?

—No importa si creo, sino si existe. Puede que no creas en el «cuervo negro», pero viene y te lleva.

—¡Pero si tú ni siquiera sabes lo que es!

—Sea lo que sea… Lo importante es que existe.

—Es mejor que nos pongamos en marcha.

Mónica guiaba. El viento llenaba su capucha de polvo de nieve y sobre su labio superior se había formado una costra de hielo. Abrir camino en la nieve era un trabajo tan extenuante que las chicas se habían estado turnando cada hora, pero ya lo hacían cada treinta minutos. La ventisca iba en aumento. Mónica se volvió para decirle a su hermana que ya era hora de cambiar. Entonces se dio cuenta de que caminaba sola. El viento borraba sus huellas. Volvió rápidamente sobre sus pasos mientras aún eran visibles.

—¡Yara! ¡Gabriela! ¡Yara!

La ventisca recogió su grito y lo arrojó de nuevo sobre su cara. La muchacha caminó otros diez metros intentando atravesar con la mirada la cortina blanca. Su hermana se había esfumado como si se la hubiera llevado aquel mismo cuervo negro del que había estado hablando hacía poco. Disparó al aire, aguzó el oído, pero no hubo

respuesta. La segunda vez el fusil se encasquilló. Mónica lo clavó en la nieve en un acceso de impotencia. No tenía ganas de dar ni un paso más. ¿Tenía que acabar todo de una manera tan absurda?

De pronto la cortina se rasgó y de ella surgieron diez figuras en trajes blancos que descendían por la ladera. Tras ellos apareció una franja de cielo morado. Al principio le pareció que era un espejismo, una alucinación que se desvanecería con las últimas chispas de su consciencia… Al menos era hermosa. La invadió una tranquilidad extraña. Las siluetas blancas se deslizaban sin hacer ruido dibujando suaves giros. De sus esquís salían nubes de nieve. Tenía la sensación de que la atravesarían como fantasmas. Cuando se acercaron lo suficiente, vio que llevaban gafas amarillentas contra la niebla y la nieve y que de sus espaldas colgaban fusiles de asalto. Pero ya era tarde. Uno de los hombres blancos la agarró por la cintura y la subió sobre sus esquís. El fusil quedó clavado en la nieve. En su oído sonó una voz masculina.

—Tranquila. Te tengo.

* * *

La pierna se hundió en el agujero bajo la nieve. Gabriela intentó sacarla, pero cayó aún más. Sintió como se deslizaba por un canal helado. El color blanco a su alrededor se volvió negro y aterrizó sobre algo blando.

Estaba tumbada sobre una gruesa capa de musgo seco y pinocha. Por el agujero sobre su cabeza entraba un haz de luz pálida. El aire estaba caliente, impregnado de un olor rancio y penetrante. Junto a las paredes crecían unas setas grises y altas de sombreros gachos. Gabriela tomó el subfusil de Medved y se incorporó. No quedarían más de diez cartuchos, pero le inspiraba seguridad. El techo no era alto y lo podía tocar con la mano. Escudriñó la garganta oscura que se estrechaba. Dio unos pasos y aguzó el oído. Tenía la sensación de que no estaba sola, pero por mucho que intentaba oír algo, no percibió nada sospechoso. Solo la ventisca silbaba lejana a su espalda. A pesar de ello, no se atrevió a seguir y retrocedió.

Examinó el estrecho canal por el que había caído e intentó trepar por él. ¡Tenía que encontrar a su hermana! Las paredes del canal eran empinadas y estaban heladas. Al cabo de pocos metros resbaló y se desplomó sobre el suelo blando. El segundo intento fue algo mejor, pero terminó de igual forma. La tercera vez casi estaba arriba cuando en la apertura apareció un hocico gris y alargado. Las mandíbulas se cerraron a pocos centímetros de su nariz y sintió un vaho caliente. Cayó hacia atrás sobre la culata del subfusil, pero no sintió dolor. Dirigió el arma hacia el canal y se puso a esperar con el dedo en el

gatillo. «Ven, ven para que termine contigo», dijo para sus adentros. Pero no venía nadie. El lobo gimoteaba junto al agujero. «Como un lechón», pensó, aunque nunca había oído ese sonido. Se acordó de que su hermana vagaba afuera sola. Tal vez ella también la buscaba. Pero encontraría solo a los lobos. O serían ellos los que la encontraran. Y pensar que solo unas horas antes habían estado discutiendo quién se comería a quién… ¡Mal presagio!

Gabriela se cansó de sostener el pesado subfusil de Medved y lo apoyó a su lado en la pared. El hambre absorbió sus pensamientos como un agujero negro. Su mirada se detuvo en la seta que crecía junto a su pie. La cogió con cuidado y se fijó en las láminas que tenía bajo el sombrero. Durante el verano, mientras deambulaban por el bosque de Dadán, el Arbusto les enseñaba a reconocer las setas, pero ella no le prestaba demasiada atención… Al recordar los días despreocupados en el bosque, sonrió con tristeza. El enano se había quedado en el campamento Karakondzho con el tío Metodi acumulando provisiones para el invierno. ¿Para quién? En vano prestarían atención a los ya escasos cantos de los pájaros esperando la señal acordada. El destacamento no volvería…

Todas las setas se pueden comer, pero algunas se comen solo una vez, decía el chiste que recordó en ese momento Gabriela. Olisqueó la seta y rompió un trocito del borde. La carne de los ejemplares venenosos muchas veces se volvía azul. Pero en ocasiones ocurría lo contrario. Transcurrió cerca de un minuto, pero la seta no variaba de color. Gabriela dio un mordisco con precaución.

¿Acaso importaba si moría de hambre o de intoxicación?

Empezó a masticar el trocito. Su boca se llenó de un fresco sabor a seta, ligeramente ácido, pero agradable. «Si no me pasa nada en un par de horas, eso significará que son comestibles…», pensó. Pero acto seguido se metió la seta entera en la boca. ¡Mejor así! Si tengo que morir, moriré. No estaré agonizando en este agujero. Cogió otra seta más y empezó a mordisquearla con fruición. Había perdido a su hermana. Nina resultó ser una traidora. Los camaradas las habían sentenciado a muerte. La URSS era algo muy distinto de lo que había creído. ¿Merecía la pena vivir? En pocos minutos la densidad de sombreretes grises decreció visiblemente.

Su estómago procesaba nerviosamente la materia cruda. Gabriela sacó el reloj de Medved y se fijó en las manecillas. La invadió una extraña duda. La esfera grande indicaba las cuatro, y la pequeña, las seis. El mecanismo hacía un tictac apenas audible. La ventisca poco a poco llenaba el agujero sobre su cabeza y la luz disminuía. Sacó el dibujo esbozado por Medved antes de morir y lo desplegó sobre la rodilla. Parecía un dibujo infantil: casitas, torre, valla, un riachuelo… De pronto se fijó en la figura de un perro gracioso con orejas

puntiagudas. Podría jurar que antes no estaba. Le pareció que el perro movía las orejas, lo cual la hizo sonreír.

—¿Por qué te ríes? —le llegó la voz de su hermana.

—¿¡Kara!? Mónica… —Gabriela se estremeció y miró a su alrededor.

El perro se tumbó de espaldas y empezó a patalear. Luego se incorporó, volvió a mover las orejas y ladró juguetón como invitándola a seguirlo. Intentó controlar las oleadas de carcajadas, pero no lo logró.

—No entiendo. ¿Dónde está la gracia? —volvió a decir la voz.

Sonaba hostil y sorda, como si proviniera del hueco de un árbol.

—¿Dónde estás? —gritó Gabriela—. ¿No te habrás muerto?

La risa volvió a asaltarla como si hubiera dicho algo muy gracioso.

—Perdona. No sé qué me pasa.

Hizo una bola con la hoja y se la metió en el bolsillo. Transcurrieron varios minutos, pero nadie volvió a hablar. Estaba sola. Todo está en orden, se dijo. Son los nervios. Un resplandor pálido atrajo su mirada. Los sombreritos de las setas pulsaban con una suave luz violeta. Deben de contener fósforo, pensó intentando hallar una explicación racional. Exacto. Fósforo.

—El fósforo es bueno para el cerebro… —murmuró.

En el fondo de la cueva se oyó un gruñido bajo y grave que hizo temblar el suelo. Agarró el subfusil y lo dirigió hacia la oscura garganta. El arma se retorció en sus manos. De pronto se percató de que sostenía una gruesa y resbaladiza serpiente. La arrojó chillando. El reptil siseó con malicia y se escondió en una grieta de la roca.

El suelo volvió a temblar y de la oscuridad asomó una enorme cabeza dorada. El león fijó en ella sus pequeños ojos amarillentos. Parecía sorprendido, pero no asustado. Después se relamió indolente los bigotes.

«Esto no es real», pensó y apretó los ojos.

Contó hasta tres y los abrió.

La cegó una luz brillante. A sus oídos llegaron unos gritos alarmados. Se encontraba en una gran jaula junto a la que trajinaban una decena de hombres negros con túnicas blancas y turbantes de vivos colores en las cabezas. Unas cuantas palmeras proyectaban sombras despeinadas sobre el suelo sembrado de huesos roídos. El sol caía sobre sus hombros desnudos. Su ropa había desaparecido de forma misteriosa. Se agachó y cruzó los brazos sobre el pecho. El león seguía mirándola con asombro. Evidentemente no tenía hambre.

39. DIEZ AÑOS MÁS TARDE

Stalin llevaba ya cinco días debatiéndose entre la vida y la muerte…

Pável Chernogórov, embajador extraordinario y plenipotenciario de la República Popular de Bulgaria en Londres, estaba sentado en el sector secreto de la embajada y miraba cómo crepitaba la estufa romboide. Las contraventanas metálicas estaban firmemente cerradas. Ningún sonido ni luz podía entrar desde el exterior y viceversa. Parecía que se hubiera sumergido en el fondo del océano. Desde que la noticia alarmante había recorrido el mundo, Chernogórov casi no salía de allí. Las fuentes soviéticas eran extremadamente parcas en detalles, por lo que se podía deducir que la situación era realmente grave. Con su instinto de viejo funcionario del Partido, percibía que se avecinaba un cambio, pero no podía saber si para bien o para mal. Tampoco había quien se lo indicase… Desde Sofía había llegado un breve telegrama codificado con instrucciones para comenzar a preparar la destrucción de los documentos clasificados. Después no hubo más que silencio. Los intentos de entrar en contacto con su compañero soviético no dieron fruto. Los embajadores de los demás países hermanos también se habían sumergido en las profundidades. Estaba solo.

Se volvió hacia la joven que clasificaba sobre una mesa larga las carpetas que iban a ser destruidas. Esperaban solo la confirmación del Centro. La crisis en el Gobierno soviético podía convertirse en desencadenante de todo tipo de provocaciones, incluso de una guerra… Chernogórov había ordenado a todos los empleados de Queen's Gate Gardens que no abandonasen la legación hasta nueva orden. El jefe de administración de la embajada había hecho inventario de las reservas alimenticias disponibles y había calculado que les alcanzarían para toda una semana. La situación con los cigarrillos era peor. Pero tenían que aguantar. ¡Las circunstancias internacionales lo exigían!

Ella notó su mirada y volvió la cabeza. Tenía alrededor de treinta años y vestía un traje marrón que otorgaba a su esbelta figura un aspecto cuadrado. Tenía el pelo recogido en un moño y rasgos armoniosos, aunque algo cansados, propios de una persona que pasaba

largas horas encerrada. No llevaba maquillaje, exceptuando una delgada línea debajo de los ojos.

—Comandante Grebenárova… —empezó el jefe.

—¡¡No me llame así!!

—Disculpe. ¿Ha logrado establecer contacto con la embajada soviética… mediante sus canales…?

—¡Allí nadie le dirá nada en estos momentos! —respondió ella secamente.

—Me pregunto si no deberíamos entregar las armas a los camaradas.

—Puede que sea necesario…

La joven se acercó a una de las cajas fuertes, marcó la combinación y la abrió. Sacó de su interior una sólida caja sellada con dos lacres y la puso sobre la mesa.

—¿Y qué haremos con esto?

—¿No se lo indicaron desde Sofía? —se inquietó el embajador.

—No saben que está aquí.

—¿Cómo? ¿Entonces por qué está aquí?

—¡Pensaba que usted lo sabía!

—¿Qué hay dentro?

—No se lo puedo decir.

—Pero ¿lo sabe?

—Tampoco se lo puedo decir.

—Entiendo —contestó Chernogórov con un suspiro—. Si pasa algo… no deben encontrarla en la embajada, ¿verdad? ¡Tenemos que destruirla!

—Es peligroso.

—¡O sea, que lo sabe!

—Sé que es peligroso.

—¡Devuélvasela!

—Eso no depende ni de mí ni de usted.

—No veo qué podemos hacer en ese caso…

—Yo tampoco —reconoció ella—. Por ahora no haremos nada.

La mujer a la que acababan de llamar comandante tomó la caja, la llevó con cuidado a la cámara de seguridad y la guardó. Giró el dial de la combinación y el cerrojo se cerró con un clic. Grebenárova era la responsable de seguridad interior de la embajada, aunque la descripción oficial de su puesto de trabajo era oficinista. Nadie se aventuraba a adivinar qué otras funciones desempeñaba…

Alguien llamó a la puerta y Grebenárova fue a abrir. Era el tercer secretario, Kamen Brégov. No tenía acceso independiente al sector y tenía que llamar. Parecía confundido y asustado.

—Están diciendo algo en la *tilivisión*… Parece ser importante.

—¿Qué?

—Es que yo… solo entiendo ruso —farfulló.

El televisor era una adquisición relativamente reciente. Chernogórov no lo quería en su despacho porque tenía la sensación de que el aparato lo espiaba. Tampoco entendía lo que decían… Le habían encontrado sitio en la sala de espera de la primera planta. Era de marca Bush, con una enorme pantalla para su época, 14 pulgadas, y lo habían instalado en un mueble de caoba con puertas. Fue a través de este símbolo de la prosperidad y el derroche occidentales que, el 6 de marzo de 1953, los empleados de la Embajada de la República Popular de Bulgaria tuvieron que enterarse de la estremecedora noticia.

—El camarada Stalin falleció anoche… a las 21:50 hora de Moscú… —resumió brevemente la noticia la camarada Grebenárova, cuyo rango y cargo reales pocos conocían.

Se impuso un silencio sepulcral. Solo el locutor de la BBC, con su traje impecable y su dicción aún más impecable, en la que parecía percibirse una nota malévola, seguía leyendo las noticias.

—¿Hay confirmación de la TASS?[47] —se le ocurrió preguntar a alguien—. Puede que sea una provocación…

—¡Precisamente están citando a la TASS! —replicó ella.

La primera en romper a llorar fue la secretaria de Chernogórov, fácil y natural como quien entona una canción popular. Sus sollozos lastimeros silenciaron la voz insidiosa del locutor capitalista. Por sus mejillas empezaron a rodar grandes lágrimas. Seguidamente empezaron a hipar los demás. El embajador miró con pánico a su alrededor y se tapó la cara con las manos. Grebenárova salió corriendo. Al cabo de un minuto volvió hecha un mar de lágrimas. Ahora ya todos lloraban, lo cual no les impedía lanzarse miradas vigilantes los unos a los otros.

—¿A quién nos dejas, Koba?[48] —aullaba en la esquina el primer secretario.

—¿Qué pasará ahora…? —susurraba entre lágrimas el segundo secretario, que a punto estuvo de añadir un sincero «con nosotros».

El embajador parpadeaba asustado detrás de sus dedos. No se atrevía a bajar las manos para que nadie notara que sus ojos estaban secos. Por mucho que los frotara y se esforzara no podía exprimir ni una lágrima. ¡Mierda! ¡Con lo que había llorado cuando se murió su querido gato! ¿Acaso Stalin significaba menos para él? Intentó recordar el cálido sonido ronroneante que tanto echaba en falta, pero no funcionó. Había pasado bastante tiempo y, por lo visto, había superado ya la pérdida. Empezó a hipar en seco.

—Venga conmigo —le dijo Grebenárova tocándole un hombro.

La siguió con alivio.

—A ver: ¡usted no está llorando! —exclamó Grebenárova.

—Lo intento —suspiró el embajador apoyándose en la pared del pasillo.

—Ahora mismo lo arreglamos.

Sacó de su bolsillo un pequeño frasco de plástico con cuentagotas, quitó el tapón y lo dirigió con precisión a los ojos del embajador.

—¿Qué es eso? —Chernogórov se apartó asustado.

—¿Quiere llorar o no?

—¡Claro que quiero!

—No parpadee.

Dejó caer unas gotas, primero en un ojo y luego en el otro. El embajador sintió un ligero picor. Su mirada se aguó, sus pestañas se humedecieron y pronto por sus pómulos empezaron a rodar finos hilillos de lágrimas.

—¿Cómo diablos lo ha hecho?

—Hay métodos para todo—sonrió ella enigmáticamente.

El embajador volvió victorioso a la sala. Al ver su cara mojada, todos se pusieron a llorar con más empeño.

—¡Uf, no puedo parar! —se quejó Chernogórov dos horas más tarde.

Ya iba por el tercer pañuelo.

—Es normal que esté triste —lo tranquilizó ella—. Todos estamos llorando. La muerte del camarada Stalin es una pérdida irreparable.

—¿Qué nos escriben? No puedo ver… —sollozó Chernogórov.

Desde Sofía había llegado un telegrama codificado. Los dos se habían encerrado en el sector secreto para comentar las últimas instrucciones.

—Nos ordenan que seamos los primeros en firmar el libro de condolencias que expondrán en la embajada soviética. ¡Los primeros!

—¿Y cuándo lo van a sacar? —se alarmó el embajador.

—Llamaré para preguntar —dijo Grebenárova y salió.

Chernogórov siguió secando los chorros que se escurrían por sus mejillas. Grebenárova volvió pasados unos minutos.

—Todas las líneas están ocupadas.

—Lo mismo tendría que ir a darse una vuelta por allí…

—Eso haré.

Grebenárova se puso deprisa la gabardina y bajó por las escaleras. Poco antes de salir a la calle se giró hacia la pared y se echó en los ojos unas gotas del frasco que llevaba en el otro bolsillo.

Las lágrimas desaparecieron casi inmediatamente.

No sabemos qué ni cuándo puede suceder —había dicho Semichasni en la charla de instrucción dos semanas antes—, pero tenemos que prepararnos para lo peor. Esta es la sustancia Glazín, producida en nuestros laboratorios bajo la supervisión del camarada Beria. Estimula la segregación de lágrimas sin irritar innecesariamente la mucosa ocular. Y esto es Antiglazín, que suspende automáticamente la secreción lacrimal. Llévenlos siempre juntos, nunca sabe uno en qué situación puede verse. La coyuntura política cambia por momentos. Los agentes de la Checa no deben nunca pecar de desprevenidos…

Grebenárova llevaba casi una semana sin salir de la embajada y el paseo a Kensington Gardens le resultó vigorizante, a pesar del nebuloso día de marzo. En la valla de la embajada soviética ya se había formado una hilera de representantes sollozantes de la raza local de «idiotas útiles», como Lenin llamaba amablemente a sus seguidores occidentales. La bandera del tejado ondeaba a media asta. Una docena de *bobbies* se paseaban arriba y abajo. Delante de la entrada merodeaban unos tipos de aspecto desaseado con cámaras de fotos. Sus *flashes* lanzaban reflejos violetas hacia las ventanas de la embajada. Grebenárova pasó junto a la cola y se detuvo ante la estrecha puerta metálica del servicio consular. Apretó el timbre y dijo algo al telefonillo. La puerta se abrió. Antes de entrar se giró y, con un gesto rápido apenas perceptible, como si se pusiera perfume, se echó un poco de Glazín en los ojos.

Media hora más tarde la puerta volvió a abrirse y la mujer salió de nuevo a la calle. A pesar de las lágrimas, su cara irradiaba satisfacción. Tomó el mismo camino que a la ida, pero poco a poco ralentizó el paso como si estuviera luchando con un pensamiento no muy apropiado. Después se detuvo y dio la vuelta. Apareció en el extremo superior de la calle, torció a la izquierda por Notting Hill Gate y, al cabo de unos diez minutos, llegó al mercado de Portobello. Algunas miradas llenas de compasión le recordaron el frasco de Antiglazín que llevaba en el bolsillo. «Stalin is dead», proclamaban los titulares en los quioscos de prensa, pero parecía que nadie les prestaba mucha atención. Recorrió la fila de pintorescas tiendecillas y puestos hasta que llegó a una *boutique* elegante de estilo *art déco* sobre la que brillaba un letrero rosa: Appletree. Un mes antes, cuando pasaba por allí de casualidad, había visto un sombrero que se había adueñado fatalmente de su atención. Quizá por agotamiento, su campo de defensa ideológica se había debilitado y no pudo evitar que este objeto insano de la vanidad hiciera blanco de pleno en su corazón…

Grebenárova se asomó al escaparate con la débil esperanza de que aquello para lo que había llegado hasta allí ya hubiera encontrado propietario. Enseguida se dio cuenta de que el espacio del otro lado del cristal estaba organizado de forma distinta, pero, aunque hubiera

cambiado de maniquí, el sombrerete, como ella lo llamaba para sus adentros, seguía allí: siempre elegante y místicamente atractivo… Era un modelo clásico de los años treinta que le traía recuerdos cerrados en la caja fuerte más profunda de su memoria. Inclinó la cabeza intentando encajar el reflejo de su cara bajo la estrecha ala negra. La corta rejilla apenas si cubría los ojos. Las líneas depuradas subrayaban la audaz curva del flequillo de plumas de tono azul cuervo. Grebenárova era plenamente consciente de que, aunque pudiese pagar la fabulosa cantidad escrita en la etiqueta (el dinero en realidad no era un problema, puesto que ahorraba casi todo su sueldo), no tendría ocasión de ponerse semejante obra de arte ni con qué conjuntarla. Tal vez… desnuda en el baño. Al pensarlo la piel de sus brazos se erizó traicionera.

«¡Camarada, ten cuidado! —la sobresaltó una voz interior—. Hoy es día de luto planetario. ¿Qué importancia puede tener un sombrero?».

La campanita de plata de la puerta sonó juguetona. Las dos dependientas volvieron la mirada hacia la nueva clienta. Llevaban camisas a rayas iguales con lazos negros. La tienda era larga y estrecha. Pegadas a las paredes había dos filas de perchas, una sobre la otra. De ellas colgaban atuendos de señora de cortes extravagantes. Los sombreros y los pañuelos estaban dispuestos artísticamente sobre la mesa blanca del centro.

—¡Mrs. Finnegan! —se dirigió a ella una de las muchachas sin apartar la vista del extraño traje marrón—. Su vestido está listo. ¿Quiere probárselo?

Grebenárova se quedó paralizada.

—Nuestra costurera ha hecho ya los arreglos. Hemos cambiado también la cremallera de la espalda —dijo la otra bajando de la percha un vestido verde oscuro.

Evidentemente, la tomaban por otra persona, pero, a saber por qué, no reaccionó. Tomó el vestido y lo examinó con desconfianza. Había entrado solo para probarse el sombrero. ¿Cuánto podía durar este teatro?

—Creo que ahora le quedará de maravilla. ¡Venga por aquí! —la invitó la muchacha.

—También quisiera probarme este sombrero —pronunció Grebenárova casi sin acento y señaló el escaparate.

—¡Por supuesto, Mrs. Finnegan!

La dependienta la acompañó hasta el probador del fondo de la tienda.

—¡Un traje muy original! —exclamó con intención de halagarla.

Grebenárova corrió bruscamente la cortina y se desplomó sobre el

taburete que había en la esquina. ¿Quién diablos era esa Finnegan? No la abandonaba la sensación de haberse introducido en una vida ajena. Pero en lugar de apresurarse a salir de puntillas de ella, seguía investigando la situación con un deleite masoquista. Esperó a que se le relajara el pulso y empezó a desvestirse. Una tras otra, las piezas amorfas de su vestimenta iban descansando en la percha, hasta que se quedó solo en combinación y medias de color carne. Pasó la mano por su vientre plano y sonrió. Se puso el vestido y lo estiró por su cuerpo. Después levantó el precioso sombrero y se lo colocó en la cabeza como una tiara real.

La campanita de la entrada resonó nuevamente. Se oyeron las voces confundidas de las dependientas, pero la comandante Grebenárova no les prestó atención. Estaba hipnotizada por el reflejo en el espejo.

—¿Quién es esa impertinente? —sonó una furiosa voz femenina y una mano, enfundada en un fino guante de piel, apartó con decisión la cortina.

En el probador entró un aire frío. Los hombros de Grebenárova temblaron y giró la cabeza. Frente a ella estaba una señora elegante con un paraguas a cuadros y chaqueta amarilla forrada de pieles. Tras ella asomaban asustadas las dos dependientas.

—¿¡Tú!? —gritó la señora en búlgaro y cerró la cortina al instante.

Su mirada se deslizó por el vestido, que quedaba como un guante en aquel cuerpo esbelto. Finalmente se detuvo en la cara que había debajo del sombrero. Sintió que la atravesaba una corriente eléctrica. ¡Era como si estuviese viéndose a sí misma!

—Kara…, hermana…

—¿Yara? —susurró Grebenárova.

Durante unos segundos estuvieron estudiándose sin pestañear.

—Pensaba que habías muerto…

—¡Yo también pensaba que habías muerto!

Las dos mujeres se abrazaron y permanecieron aferradas una a la otra sin decir palabra, hasta que sus olores, vibraciones y aliento se mezclaron y formaron un todo invisible.

Las dependientas se acercaban al probador, intercambiando miradas ambiguas y aguzaban el oído para oír el susurro que provenía de su interior. Pero la conversación transcurría en un idioma desconocido y no eran capaces de entender nada. De pronto la cortina se abrió y las dos mujeres salieron cogidas del brazo. Una de ellas todavía llevaba puestos el sombrero y el vestido que había entrado a probarse.

—¡Pónganlo todo en mi cuenta! —dijo la otra.

—Sin problema, Mrs. Finnegan… —respondieron las muchachas.

Metieron el traje de Grebenárova en una bolsa rosa con el logotipo de la *boutique* y se la entregaron junto con su gabardina. Mrs. Finnegan la condujo fuera de la tienda sin más explicaciones. La campanita de plata sonó enérgicamente a su espalda.

No habían recorrido ni cien metros cuando Kara de pronto se detuvo. Parecía preocupada y asustada, como si de pronto hubiera bajado a la tierra de las nubes de la euforia.

—¿Qué pasa? —preguntó Yara.

—No puedo volver así a la embajada —dijo su hermana.

—¿Cómo?

—Con esta ropa…

—Pero ¿por qué?

—¡Simplemente, no puedo!

Se dio la vuelta y se encaminó con decisión hacia la tienda. Su hermana quedó esperando en la calle. Al cabo de unos minutos apareció de nuevo vestida con su anterior traje. Sobre la cabeza llevaba un pañuelo barato de seda sintética. En sus manos se balanceaba solo el pequeño bolso de charol de esquinas metálicas puntiagudas particularmente apropiado para la autodefensa.

—¿Dónde está la ropa? —preguntó Yara sorprendida.

—La he dejado.

—Pero…

Kara le puso una mano en el hombro.

—No lo entenderías.

—¡¡*Uncle Joe* ha estirado la pata!! ¡¡El Zar Rojo ha muerto!! ¡¡Stalin yacerá junto a Lenin!! —pasó gritando un vendedor de periódicos.

* * *

Ralph Finnegan estaba al lado de la chimenea escuchando el crepitar de la leña. Tenía un aspecto pensativo y preocupado. Un trago de líquido herrumbroso recorría el fondo de la ancha copa de cristal que sostenía su mano. Un ligero ruido le hizo volver la cabeza.

—¡Cariño!

—Siento haber tardado…

Finnegan escudriñó la cara sonrojada de su mujer.

—¿Ha ocurrido algo?

—No, nada en particular. He vuelto andando por el parque… La costurera ha estropeado el vestido. ¡No pienso volver a comprar nada en ese cuchitril!

—*Uncle Joe* la ha palmado.

—Sí, Stalin… Ya le iba tocando —dijo ella distraída.

—Me tengo que marchar. En realidad ya me tenía que haber marchado. Pero no quería irme sin decirte adiós.

Dejó la copa sobre la repisa de mármol de la chimenea y se acercó a la joven. Sus brazos le rodearon los hombros. La mujer levantó la mirada hacia su alargada cara norteña. Tantas veces le había hablado de su hermana y ahora no le podía decir nada. La sombra de Stalin se interponía entre ellos y ni siquiera el hecho de que estuviera muerto cambiaba las cosas.

—¿Adónde te envían?

—Sabes que no te lo puedo decir.

—Lo sé… ¿Y cuándo volverás?

En la línea quebrada de sus labios apareció un esbozo de sonrisa.

—¿Tampoco me lo puedes decir?

—Todavía no lo sé, cariño.

Alargó la mano hacia el pañuelo que asomaba del bolsillo superior de la americana de Finnegan. No había nada que arreglar: el pañuelo estaba impecablemente plegado y sobresalía lo estrictamente necesario. Se disgustó un poco, quería mostrar un gesto de atención. Con el tiempo la gente normalmente dejaba ver sus defectos, pero, en el caso de Ralph, parecía ocurrir lo contrario. Algún día, se temía, llegaría a tal punto de perfección que le resultaría imposible quererlo. Se alzó de puntillas y lo besó.

—¡Tú solo preocúpate de volver!

A su espalda se oyeron pasos rápidos. En el salón irrumpió un niño rubio y rellenito, de unos siete años, enfundado en un traje de terciopelo de color rojo guinda. Tras él asomó la sirvienta, Connie, con aspecto culpable, como si se le hubiera escapado el canario de la jaula. El niño abrió los brazos, hinchó los mofletes e imitó de manera bastante verosímil el ruido de la hélice de un avión.

—¡Capitán América, listos para el despegue, brrrrr!

Ralph lo cogió, lo alzó y lo hizo girar sobre su cabeza. Las piernas rollizas empezaron a patalear en el aire.

—¡Conecta el escudo protector, chaval! ¡No olvides el escudo!

Yara se acercó a la mesilla de las bebidas. Se puso dos dedos de *whisky* y se desplomó en el sillón que estaba al lado de la chimenea. Su marido seguía dando vueltas al pequeño sobre su cabeza, pero eso parecía ocurrir en otro mundo. Un mundo en el que había vivido hasta hacía poco y que ahora le era ajeno. O al menos eso le parecía…

* * *

Grebenárova saludó al guarda y se adentró en la embajada. Los pasillos estaban desiertos. Reinaba un silencio opresivo. Detrás de

algunas puertas se oían ocasionales sollozos que se desvanecían conforme se alejaban sus pasos. Chernogórov la esperaba en el sector secreto. Había cortado salami en un viejo plato de porcelana con el escudo del Reino de Bulgaria y tomaba cerveza acompañado del radiotelegrafista. El torrente de lágrimas había cesado, pero sus ojos seguían húmedos.

—¿Dónde te habías metido? —resopló.

—Me retuvieron para una charla de instrucción —respondió secamente.

—¿Cuándo expondrán el maldito libro?

Grebenárova le lanzó una mirada de reproche, lo que hizo que un trozo de salami se le atravesara en la garganta al hombre. El embajador tosió, tomó un gran trago directamente de la botella y farfulló con tono quejumbroso:

—¡Ya no sé lo que digo de tanta pena!

—Delante de la embajada soviética ya hay cola —informó ella con cierta malicia—. La gente se da prisa en expresar sus condolencias.

—¿¡Y qué voy a hacer ahora!? —empezó a lamentarse él—. Tengo órdenes de ser el primero en firmar. ¡Me castigarán!

—He conseguido algo… El camarada Semichasni prometió reservarle sitio al principio del libro. Patochka, el embajador de Checoslovaquia, también insistía en ser el primero, pero por ahora no tiene posibilidades.

—¡Es usted un ángel! —exclamó el hombre, le plantó un beso en la frente—. ¡Estamos salvados!… ¡Usted sí que es una auténtica camarada! Una valiosa servidora de la Revolución.

—Creo que sería buena idea mandar al camarada Semichasni una caja de botellas de rakía de ciruelas de las suyas.

—¡Dos cajas! ¡¡Dos!! —gritó Chernogórov—. ¡Ahora mismo! Vayamos antes de que le envíen a Marketa, la secretaria de Patochka. Llamen al primer secretario. Que Kaschíev prepare el coche. Usted viene también, ¿verdad?

—Yo soy una simple oficinista. No es conveniente por razones de protocolo…

—Sí, sí…, usted es la que sabe. No lo voy a discutir. Lo importante es que haya coordinación.

—Se tiene que poner un crespón negro —le recordó ella.

—¡Qué haría yo sin usted!

Grebenárova se metió en su despacho sin encender la luz. El recinto, alto y estrecho, estaba sumergido en una penumbra verdosa. En la ventana agonizaba un geranio medio seco. Se acomodó tras su mesa y encendió un cigarrillo. Dio algunas caladas y, al parecer, se olvidó de él. La fina columna de humo se alzó hacia el techo. Pronto

los últimos restos del día se disolvieron en la oscuridad cada vez más espesa. Un coche pasó por la calle y la luz de sus faros se proyectó en las persianas.

El cigarrillo terminó apagándose en el cenicero. Encendió otro y volvió a olvidarse de él. La caja de baquelita negra del teléfono sonó inesperadamente.

—Diga —retumbó su voz en la habitación oscura.

—Camarada Grebenárova, la llaman desde Sofía —dijo el operador —. Su marido, el general Grebenárov… Se lo paso.

Transcurrieron unos segundos antes de que su voz grave llenase el auricular. Intentó adivinar sus primeras palabras y quedó algo decepcionada al ver que acertaba.

—¿Aguantas?

—Aguanto.

—Eso es, mi chica. Todos estamos dolidos… —gimió como si estuviera sacándose un trozo de metralla del muslo—. ¡Pero debemos ser fuertes!

—Yo aguanto —le aseguró ella.

—Es duro estar solo… en un momento así.

—¡Tú no estás solo!

—Lo sé. El Partido…

—El Partido estará siempre contigo. Aunque yo no esté.

—¿Por qué hablas así?

—Puede pasar de todo…

A continuación se produjo una breve pausa.

—Lo sé —suspiró la voz del otro lado de la línea.

«¡No, no lo sabes! —dijo ella para sus adentros—. ¡No sabes nada! Y nunca lo sabrás…». El auricular siguió zumbando en su mano, pero ella no le prestó más atención hasta que la voz se perdió en el crujido de la línea como el quejido de un insecto engullido por arenas movedizas. Después colocó el auricular en su sitio. Abrió el armario que tenía debajo de la mesa y sacó un pequeño termo plateado. Desenroscó la taza y la llenó de un líquido incoloro. Se tomó la mitad de un trago, después la volvió a llenar.

—¡*Nazdorovie*, Mónica! —dijo alguien en la oscuridad.

De la calle llegó el ruido de un motor. Un haz de luz atravesó las persianas e iluminó los pliegues de la vieja cazadora de cuero…

—¡Camarada *kombrig*! —gritó ella.

La habitación volvió a sumergirse en la oscuridad. Medio incorporada detrás de su mesa, Kara Grebenárova se esforzaba en intuir los contornos de una silueta, pero por mucho que lo intentaba, no podía divisar más que la sombra del perchero. ¡Mónica! Hacía

tiempo que nadie la había llamado así. Evitaba pronunciar este nombre ni siquiera para sus adentros porque le provocaba un dolor insoportable. Se acordaba de su hermana perdida. De aquella mañana cristalina en la que se marcharon tras el cabrerillo al monte… Partieron las dos, quedó solo una.

Apuró el vodka de la taza, pero esta vez nadie le dijo «*nazdorovie*» ni «salud». Una voz empezó a sonar en su cerebro. Provenía de lo más profundo de su ser y volteaba las palabras como si fueran piedras. ¿Qué te pasa, Mónica? ¿No te alegras de que tu hermana esté viva? ¿Por qué no estáis juntas? ¿Por qué estás sola aquí, en este asqueroso cuchitril? Estás preocupada por lo que podría ocurrir si se llega a saber que tu hermana vive tranquilamente en Occidente y no ha muerto en combate como afirmabas. Sí, pinta muy mal… La verdad es que tú has estado muy cómoda estos últimos años. ¡Las hermanas heroicas! ¡Incluso bautizaron una calle con el nombre de tu hermana! Nadie volvió a preguntar por tu origen burgués. Pero ahora seguramente se acordarán… Bueno, siempre puedes mandarlos al diablo y pasarte al otro lado. ¡CON ELLA! Confiesa que esa idea te ronda la cabeza… ¡Nunca! Nunca, dices… Entonces, ¿quizá pueda ella venirse contigo? Pero ¿por qué diablos querría hacerlo? Para estar juntas. ¡Olvídalo! Sencillamente, no hay manera… Has vivido tantos años sin ella… y seguirás haciéndolo en el futuro. Lo importante es que nadie se entere. Como si nunca os hubierais visto. Eres una mujer razonable, comandante Grebenárova. Los camaradas confían en ti. ¡No los decepciones!

En ese momento algo pareció romperse dentro de su cuerpo. Dio un puñetazo en la mesa y estalló: «¡NO! ¡NO! ¡NO! Estaremos juntas, pase lo que pase. ¡No es posible que no haya manera! ¡Nadie tiene derecho a separarnos! ¡Ni Stalin ni Churchill! Ni quien venga después de ellos…». Aguzó el oído para ver si la voz hacía algún comentario sarcástico, pero ya nadie se atrevió a decir nada. Bien, pensó ella, actuaremos según las circunstancias. Ya no somos niñas. No nos asustan los «cuervos negros».

NOTAS

[1] La Unión de las Juventudes Obreras fue una organización de las juventudes comunistas, creada en 1928 por iniciativa del Partido Comunista de Bulgaria. En 1934 fue prohibida por el Gobierno y pasó a la clandestinidad. Durante la Segunda Guerra Mundial participó activamente en la lucha partisana. Existió hasta 1947, cuando pasó a formar parte de la Unión de las Juventudes Populares. (*Todas las notas son de los traductores)*.

[2] Antiguo barrio de la zona occidental de Sofía.

[3] Ciudad de Bulgaria occidental.

[4] *Kombrig* (ruso: *комбриг*), contracción de *командир бригады* ('comandante de brigada'). Fue una graduación militar del Ejército Rojo entre los años 1935 y 1940, que en parte tiene la equivalencia de general de brigada en los ejércitos modernos.

[5] El Levantamiento de Septiembre estalló el 23 de este mes del año 1923 y se produjo como respuesta al golpe militar perpetrado en junio de aquel mismo año en Bulgaria. Los dos acontecimientos sentaron el inicio de conflictos que algunos historiadores definen como una guerra civil.

[6] El atentado en la iglesia Sveti Kral (hoy conocida como Santa Nedelia) es el mayor acto terrorista en la historia de Bulgaria, perpetrado el 16 de abril de 1925, el Jueves Santo, por un grupo de la extrema izquierda de la organización militar del Partido Comunista Búlgaro que dinamitó el techo del templo durante el funeral del general Konstantín Gueorguíev, asesinado dos días antes por otros miembros del Partido Comunista. Al desplomarse la cúpula sobre la concurrencia, provocó la muerte de cerca de ciento treinta personas y causó unos quinientos heridos, parte de los cuales murieron más tarde en el hospital. Entre las víctimas se encontraban numerosos políticos y oficiales del Ejército búlgaro. Entre las consecuencias del atentado estuvo la imposición inmediata de la ley marcial y la aplicación de duras medidas represivas por parte del Gobierno. Poco después el Comité Central del Partido Comunista Búlgaro condenó el atentado

como un acto nefasto para el movimiento antifascista y acusó a sus responsables de sectarismo.

[7] Los shopis son un grupo etnográfico de la actual Bulgaria occidental, el este de Serbia y el noreste de Macedonia del Norte. Muestran una conciencia nacional búlgara, serbia o macedonia.

[8] En ruso, 'oso'.

[9] Los montes Balcanes, Stara Planina o el Balcán, como se denomina con frecuencia en Bulgaria, es la cordillera que da nombre a la península balcánica. Empieza en Serbia y atraviesa Bulgaria de oeste a este.

[10] Nombre oficial del PCUS entre 1925 y 1952.

[11] Famosa marca de cigarrillos soviéticos, sin filtro y con una boquilla larga de cartón.

[12] En ruso: «Pues vaya…».

[13] Ciudad en el extremo oeste de Bulgaria.

[14] Gueorgui Mílev Kasábov, conocido como Geo Mílev (1895-1925), fue un poeta, traductor y periodista búlgaro, máximo representante del expresionismo en su país.

[15] «Versos sobre el pasaporte soviético», en V. Mayakovski, *Poesía*, trad. de Mauro Armiño, Madrid: Akal, 1982.

[16] '¡Caramba!', en ruso.

[17] Especialidad culinaria búlgara, similar a una empanada de queso blanco con huevos y, opcionalmente, leche.

[18] Referencia a la creencia popular de que si un animal salta por encima del cuerpo de un difunto, este se convierte en vampiro.

[19] Aguardiente local obtenido por destilación de frutas fermentadas.

[20] Del turco «maşallah» y este del árabe «mashallah», en el sentido de 'bravo', 'muy bien'.

[21] Boris III de Bulgaria fue zar de Bulgaria entre 1918-1943. Durante su reinado, Bulgaria se alió con las potencias del Eje en la Segunda Guerra Mundial.

[22] «¿Qué dijo?», en ruso.

[23] La Hermandad Blanca Universal es un movimiento relacionado con el cristianismo esotérico, fundado por Peter Deunov (1864-1944), también conocido por su nombre espiritual: Beinsa Douno.

[24] Del turco «aferim», significa 'bravo', 'perfecto', 'muy bien'.

[25] Palabra de origen turco, significa 'espíritu nocturno maligno', 'vampiro'.

[26] Hristo Dimitrov Izmirlíev, alias Hristo Smírnenski (1898-1923), fue un poeta y escritor búlgaro. Su obra destaca por su fuerte compromiso social.

[27] Smókova proviene de «smok», que en búlgaro significa 'culebra'.

[28] Hristo Bótyov Petkov, conocido como Hristo Bótev (1848-1876), es considerado héroe nacional búlgaro, revolucionario, poeta y periodista. Fue una de las figuras más destacadas en la lucha contra la dominación otomana.

[29] Vasil Iványov Kúnchev, conocido como Vasil Levski (1837-1873), es considerado héroe nacional búlgaro, organizador de una red revolucionaria para la liberación de Bulgaria del dominio otomano, por lo que también fue llamado el Apóstol de la Libertad.

[30] Dimítar Blagóev Nikólov (1856-1924) fue un político y filósofo búlgaro que fundó el movimiento socialista organizado en Bulgaria y el primer partido socialdemócrata de la península balcánica (1891).

[31] *Varshavianka 1905*, que se traduce al castellano como *La Varsoviana*, es una canción revolucionaria polaca escrita en 1883. Fue muy popular en Rusia en el período revolucionario de 1905 y 1917. La versión más difundida entre los hispanohablantes es la denominada *A las barricadas.*

[32] Nikola Yónkov Vaptsárov (1909-1942) fue un poeta, comunista y revolucionario búlgaro. A pesar de que solo publicó un libro de poesía, es considerado uno de los poetas búlgaros más importantes.

[33] Nikola Yordánov Furnádzhiev (1903-1968) fue un poeta búlgaro, destacado representante de la así llamada Poesía de Septiembre, que se hizo eco de los acontecimientos que acompañaron al Levantamiento de Septiembre de 1923.

[34] Gueorgui Dimitrov Mijáilov (1882-1949) fue un político y abogado búlgaro, secretario general de la Internacional Comunista entre 1934 y 1943 y primer ministro de la Bulgaria socialista a partir de 1946. En 1933 fue detenido con motivo del incendio del Reichstag y protagonizó el célebre juicio de Leipzig, en el que asumió su propia defensa.

[35] Étropole es una ciudad en Bulgaria occidental, parte de la provincia de Sofía.

[36] «Kulak» fue un término despectivo usado en el lenguaje político soviético, que aludía a los antiguos terratenientes de la Rusia zarista que tenían grandes extensiones de tierras y que eran considerados enemigos del pueblo por oponerse a las colectivizaciones y al régimen totalitario. El término llegó a aplicarse incluso a simples propietarios rurales.

[37] Fragmento del poema «Septiembre» de Geo Mílev, en Juan Antonio Bernier, «Una traducción inédita de Pablo Neruda», *Cuadernos*

Hispanoamericanos, 737, noviembre del 2011.

[38] La delicia turca o *rahat lokum* —también conocida como *lokum*— es un dulce tradicional gelatinoso, parecido a los caramelos blandos o las gominolas.

[39] Un higúmeno es un clérigo monástico que ha sido elegido líder por la comunidad del monasterio. Su equivalente en la Iglesia católica es el abad.

[40] Conocida danza popular de Ucrania, Bielorrusia y Rusia meridional que se baila en cuclillas y levantando las piernas.

[41] Fragmento del poema «La lucha es implacable y cruel» de Nikola Vaptsárov, traducción de Juan Antonio Bernier (https://juanantoniobernier.blogspot.com).

[42] El Roter Frontkämpferbund (en español: Frente Rojo de Combate o Frente Rojo de Lucha, abreviado RFB), usualmente llamado Rotfrontkämpferbund, fue una organización paramilitar del Partido Comunista de Alemania (KPD) que existió durante la República de Weimar, aunque oficialmente estaba registrada como una asociación no política. La milicia existió entre 1924 y 1929, cuando fue prohibida al ser declarada extremista por las autoridades socialdemócratas alemanas.

[43] Lózenets es un barrio de Sofía.

[44] La OGPU o Dirección Política Unificada del Estado fue la policía secreta de la URSS hasta 1934.

[45] Se conoce como Lubianka el cuartel general del Servicio Federal de Seguridad (FSB), anteriormente KGB, y la prisión anexa en la plaza Lubianka de Moscú.

[46] Canal de navegación para barcos que une el mar Blanco con el Báltico, inaugurado en 1933.

[47] La TASS o La Agencia de Telégrafos de la Unión Soviética fue la agencia de noticias del Estado de la URSS.

[48] «Koba» es uno de los seudónimos más conocidos de Stalin.